EL HIELO SE RESQUEBRAJA



ATHENA PAULSEN

El hielo se resquebraja

ATHENA PAULSEN

© 2024 by ATHENA PAULSEN

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Advertencia, esta es una novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

lectuepub2.com

C a p í t u l o 1

Premium

Misty, Dás y yo estamos esperando a que London mueva el culo fuera de su habitación una vez se haya puesto sus calentadores rojos de la suerte. Nuestro día empieza tan temprano que casi es ayer, pero a la moda no le importa el espacio-tiempo.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si no te los pones, London? —pregunta Misty con los ojos cerrados, sentada en el brazo del sofá mientras Dás da saltitos hiperactivos de un lado a otro del salón que compartimos.

—¿Que me rompa una pierna? ¿Que falle un triple *lutz*? ¿Que mi entrenador me deje tirada por ser coleccionista de abanicos?

—Sí, fijo que los calentadores serían la causa de que pasara eso —dice la del complejo de cama elástica.

London sale de su habitación con una sonrisa radiante y a una se le olvida lo tardona que es.

—*Tacháaaan*, ¿verdad que ha merecido la pena?

Soy la primera en salir del apartamento. Al llegar abajo el campus está desierto, como de costumbre. Aún no ha amanecido y nos sale vaho de la boca, así que tengo claro que dos camisetas térmicas no son suficiente. Tenemos muy poco trayecto hasta la pista de hielo, unos diez minutos, pero a pie y con este clima se nos hace *un poco* largo.

—Me cago en este invierno de mierda.

—Pero si llevas tus calentadores, guapa.

—Tienes suerte de que no sienta las manos, Dás.

Huele a nieve y lo que en primavera será una parra virgen preciosa ahora es el decorado perfecto de un tétrico cementerio mal-rollista.

—Cuando nos graduemos, mudémonos a una isla tropical —pide Misty—, ¿trato?

—Sí, fijo que allí nuestras habilidades deportivas son de mucha utilidad —aprieto a Dásie contra mí para que me dé calor, las cuatro caminamos apiñadas y

a paso ligero.

—Es que en Isla Mauricio las temperaturas mínimas son de dieciséis grados positivos, ¿por qué Indiana tiene que ser tan negativa?

—¿Es-eso ha si-sido un chiste, Misty? —pregunta London apretujándome el otro brazo.

No puedo contener la carcajada, aunque suena a un atragantamiento.

—¿Puede ser un chiste y una petición seria? Pfff, ¿por qué no nos dedicaríamos cosa?

—¿A qué otra cosa? —pregunto.

—Pues a lo de los abanicos, por ejemplo. —Misty se inclina para mirarme por encima de London—. Fijo que en los países que los usan no saben lo que supone que se te congele hasta el *gloss*. Vayámonos a la adorada tierra natal de Dás, ¡la bonita Nápoles!

—Soy de Sicilia.

Lo sabemos, estuvimos allí de vacaciones el verano de segundo de carrera, pero Misty tiene un humor curioso que funciona tipo: tocar las narices a Dás es divertido, jaja. Una ráfaga de viento nos atraviesa y nos corta la risa.

—He visto demasiados TikToks de señales de tráfico saliendo volando por el viento como para no querer darme la vuelta ahora mismo —dice London.

—Pero si ya casi estamos —miento—. Aguantad.

—Dan tendría que vivir con nosotras, así podría darme calor antes de que empiece mi horrible día.

Dan, el jugador de baloncesto de casi dos metros que London tiene por novio, vino con un par de características curiosas de serie. Una espalda tan ancha que casi no cabe por la puerta y un afán de gruñir demasiado fuerte cuando follan, entre otras. Nos gusta Dan, pero también dormir, por eso contestamos al unísono:

—Ni de coña.

—Ya tengo bastante con oíros casi cada noche, solo falta que sea esa mi nueva alarma para despertarme. —Su habitación y la mía son las únicas dos que están pegadas la una al lado de la otra, lo cual para ella es una suerte y para mí una tortura que a veces me hace salir de casa en pijama.

—*Oh, síi* —gime Misty—. *Dan, Daaaan.*

—A veces pienso que hacen reclamos para que otras parejas acudan y formen una orgía monumental en nuestro micro-salón compartido—dice Dás.

—Burlaos, pero tengo tanto frío que este cuarteto va a pasar a ser un trío bien rápido.

—Pen-pensaba que no podía pasarte nada malo con tus c-c-calentadores —me río de ella con la certeza de que se me van a desprender las orejas.

—¿Podéis iros al infierno? ¿Las tres?

—Al menos allí se estaría calentito —dice Misty intentando darle un lametón a la ofendida y al inclinarse, estar a punto tirarnos a todas al suelo.

Llegamos diez minutos después y soy la primera en salir de los vestuarios. No porque quiera, sino porque la idea de pasarme tres cuartos de hora escuchando a Alexander Freddle quejándose de mi falta de puntualidad es tan apetecible como unos dolores de regla severos, pero llego a la pista y no está. Me quito los protectores de cuchillas y los dejo en un banco junto a mis guantes. Recapacito y me vuelvo a poner los guantes.

—Menuda sorpresa —Arkadi Antonov patina hasta el borde de la pista y se apoya en la vaya—, y yo que creía que ninguna de las cuatro volvería de las vacaciones de Navidad.

—¿Y eso basado en qué, tu carta a Santa Claus?

Hace un movimiento de cejas mientras mueve la boca masticando mi respuesta, como si le gustara su sabor. «Repugnante».

—¿De verdad has sido la única que no se ha quedado preñada, Hunt?

—Imagino que en tu cabeza ese es el único escenario posible en el que te librarías de las patinadoras que son mejores que tú, ¿tu autoestima está de vacaciones?

—Venga ya, bonita, sabes que ninguna de vosotras tiene nada que hacer contra mí, no necesito librarme de nadie. El patinaje individual no es lugar para vosotras. Lo buenas que seáis no importa, sois mujeres y eso ya os pone por debajo. —Sonríe y siento un calambre en la punta del pie de las ganas que tengo de darle una patada en toda la cara.

Es cierto que ha conseguido numerosas oportunidades y tratos beneficiosos por culpa del machismo latente que existe en este deporte, pero eh, que no es nada nuevo. Pasando olímpicamente de Arkadi, camino hasta la entrada y empiezo mi calentamiento. Por desgracia, me sigue.

—¿Te lo has pensado ya?

—¿Patinar con tapones en los oídos? Montones de veces.

—Vamos, Premium, podríamos formar una pareja excepcional. Deja el patinaje individual. Mi gran dominio disimularía tus debilidades y podría enseñarte técnica que aún no tienes aprendida, seríamos épicos.

—¿Técnica que aún no tengo aprendida?

Hice historia al conseguir el cuádruple *lutz* siendo aún adolescente, pero este

bocachancla engominado va a enseñarme su «gloriosa técnica». Que alguien me escupa en un ojo para que no tenga que seguir viendo esto.

—Ya, ya, tuviste tu momento de fama, pero te has estancado. Estás muy cerca de convertirte en una gran promesa fallida. En un «podría haber sido» que acabó quedándose en nada. Serás vieja pronto, ¿sabes? Nadie te querrá y ya será demasiado tarde para que yo te acepte. Deberías valorar lo que se te ofrece.

—Vete a la mierda, Antonov. —Freno en cuña cuando dejarle atrás no sirve de nada.

—¿Por qué no patinas conmigo?

—Haz el favor de dejarme en paz, ¿quieres?

—¿Te da miedo pasar mucho tiempo conmigo? ¿Crees que acabarías pidiéndome que te dejara embarazada?

—No te respeto como patinador. Eres brusco, impulsivo, impaciente y lo más opuesto a un ser agradable que se me ocurre —además de una mancha de barro que ensuciará mis años de universidad—. Pero por encima de todo no confío en nadie lo bastante como para dejar que me lance por los aires, y en ti, mucho menos que nadie. Así que métetelo en la cabeza: no.

Arkadi tiene la desfachatez de hacerse el ofendido, de irse patinando sin desviar la mirada como si acabara de dañar de forma irreparable aquello que más quiere en su mundo: su ego.

—¿Hay alguien más con quien quieras pasarte la mañana charlando? —La voz de Alexander Freddle suena a mi espalda y se me tensa el cuerpo.

—Alexander… yo te he buscado, pero no…

—¿Has acabado de perder el tiempo?

Me trago todas mis explicaciones porque a él no le importan nada.

—Sí.

—Bien, espero que no te hayas olvidado de la coreografía mientras has estado vagueando.

Él sabe que me he quedado aquí estas Navidades y que he estado practicando, pero aun así asiento y empiezo su rutina de calentamiento. Monótona, aburrida, a estas alturas ya más que interiorizada. A pesar de que compartimos pista con otros patinadores, Alexander no tarda en ponerme *Nocturne en fa mineur* de Chopin.

La luz a mi alrededor desaparece y solo veo el fragmento de hielo sobre el que voy a deslizarme de manera inmediata. Yergo la espalda, giro sobre mi cuerpo. El viento en la cara, el latido acelerado en mis oídos, las voces familiares susurrando que no soy lo bastante buena… Me reúno con él al acabar la primera

ronda y su mueca es de disgusto.

—Has entrado tarde en el salto.

—Tienes razón.

—¿Por qué?

Porque Arkadi se ha cruzado en mi camino, pero no le veo sentido a señalarlo porque él ya lo ha visto.

—No volverá a pasar.

Mi entrenador me mira de arriba abajo.

—Me gustaría no ver fallos de este tipo lo que queda de temporada. Ya eres mayorcita. Por otro lado, ya hemos hablado mucho sobre la gracilidad a la hora de las vueltas. Tienes que ser una muñeca, Premium, y sonreír más. ¿Has cogido peso estas fiestas?

—No.

—No me mientas, Premium. Mira sé que eres un ser humano y todo eso, y que te habrás puesto hasta el culo de turrones, pero si ganas peso tienes que perderlo. ¿Entendido? Nadie quiere ver una coreografía y preguntarse si el hielo aguantará lo suficiente o no.

«Ya estamos con los crea-complejos de los huevos». Me pesé y me tomé las medidas al acabar el año y lo hice de nuevo ayer, no ha cambiado nada así que es imposible que Alexander vea una diferencia que no existe. Lo único que quiere es darme caña para que no baje la guardia. Eso, o que me suscriba a alguna revista de moda dirigida por hombres que desearían ser mujeres y me dedique a compararme de forma obsesiva con unas modelos que estoy un noventa por ciento segura de que tienen mucha hambre.

Hace tanto tiempo que no como turrones que ni me acuerdo de a qué saben. Mamá solía obligarme a disfrutar un poco de la vida, pero ahora esa clase de dulces me recuerdan a ella y me ponen triste. Y nadie quiere comer algo que le pone triste.

Alexander resopla y me doy cuenta de que sigue hablando.

—Esto es lo que pasa por tener amigas mediocres, que se te contagia. Sigues viviendo con ellas, ¿no?

Aprieto los puños y hago una cuenta regresiva. Diez, nueve…¿Mediocres? ¿En serio? ¿Ellas? Cinco, cuatro… Él se toma mi silencio como un sí y yo le dejo. Dos, uno…

—Ya te dije que deberías vivir conmigo. Mi piso no está lejos del campus y yo te ayudaría a ser más disciplinada. Deberías mudarte conmigo pero ya.

—No considero que sea adecuado.

—Eres una cría y estás desaprovechando una oportunidad de oro, ¿por qué? ¿Por vergüenza de que te vea en pijama? ¿Por miedo a que te prive de tus barritas energéticas de chocolate? Solo haría por ti todo lo que tú misma deberías estar haciendo ya. —Resopla irritado—. En fin, haz lo que quieras, tú verás, pero tienes que bajar de peso. ¿Entendido? Premium, necesito que digas que sí, ya sabes que no me gusta tener la sensación de que hablo solo.

—Sí, entrenador, bajaré de peso hasta alcanzar las medidas con las que acabé el año.

—No pido más que eso. ¿Los patines son nuevos?

—Sí.

Regalo de mi padre. Otro intento más de comprar mi afecto.

—Está bien que te premies los logros, aunque sean pequeños —dice con tono condescendiente.

Oímos a London insultar a Arkadi por parar su ejercicio con uno de estilo libre y no puedo evitar sonreír. Usa el «no me toques los cojones» como si fuera una coma. La adoro.

—¿Ves? Es a eso a lo que me refiero. No son delicadas, hablan como camioneros, y Misty está cada día más fuerte, no entiendo cómo su entrenadora no le para los pies.

Misty está intentando revolucionar el patinaje cada vez que acude a una competición. Que todo el mundo ponga el foco en la fuerza de los patinadores y en la belleza superficial de las patinadoras es un estereotipo arraigado que ha servido de excusa para que la desigualdad persista en nuestro deporte. Desigualdad que se ve reflejada, por ejemplo, en el tiempo de demostrar las habilidades durante el estilo libre, mayor en el caso de los patinadores masculinos. «¿Alguien ha dicho tongo?».

Existe todo un conjunto de patinadoras que se esfuerzan por asemejar sus pasos a los masculinos, junto con las coreografías, con tal de demostrar que la línea es cada vez más difusa. Son muy criticadas por sus cuerpos más fuertes y distantes a la delgadez habitual. Misty es una de las caras jóvenes más representativas del movimiento en este momento y la admiro a rabiar.

—Tú tienes el cuerpo perfecto de reloj de arena y si pierdes lo que sobra volverás a ser perfecta.

Cada vez que Alexander dice que soy perfecta alguien me atraviesa con un clavo en el estómago. Me encantaría desobedecerle, ponerlo rojo de rabia, decirle que se meta sus comentarios por la nariz, cierre la boca y se asfixie. Pero no puedo permitir que nada me frene y quedarme sin entrenador a mitad de curso

lo fastidiaría todo.

Las clases pasan a través de mí y el sol brilla con fuerza. Hace días que no llueve, creo. Lo cierto es que no paso mucho tiempo al aire libre. Voy al fisio a ver a Alina porque hace unos meses que tengo dolor de rodillas y no consigo librarme de él y después voy directa a mi cita con Rose, mi masajista que me recrimina no estirar lo suficiente.

Podría ir caminando porque están justo a las afueras del campus, pero pido un Uber porque si no, no llego a tiempo a todo. Me preocupa que llegue un día que mi cuerpo no dé más de sí, ojalá haya alcanzado todas mis metas para entonces. Llego al entreno libre y London ya está con el arnés puesto, girando a toda velocidad sobre el *spinner*. Tiene un aguante asombroso. Aún no he visto a Misty y a Dás cuando me vibra el móvil. Veo el nombre que aparece en pantalla y me recrimino no haberlo dejado en la taquilla.

—Hola, no tengo mucho tiempo.

—¿Acabas de contestar y ya quieres colgarme?

—Estoy ocupada, papá.

—Veo que las faltas de respeto siguen siendo tu marca de identidad.

—Algunas cosas nunca cambian.

—Te llamaba para saber cómo estáis enfocando la próxima competición.

A Alexander le gusta hablar con mi padre, se entienden, se llevan bien porque hablan el mismo idioma: el del dinero. Este año será mi último con Alexander, aunque eso todavía no lo sabe nadie.

—Ya lo sabes, tú siempre lo sabes todo. ¿Algo más? Tengo prisa.

—Tus errores no son solo tuyos, Premium. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo.

—Cada vez que das algo a lo que aferrarse a tus rivales nos perjudicas a todos. ¿Te has propuesto arruinar la reputación de la federación?

Esa de la que él se lucra tanto a costa de la fantástica carrera de Anastasia Kashnova. Me desvinculé del tema en cuanto empezó a utilizar imágenes de mamá con tal de ganar más, cuando la convirtió en su logo, su forma de destacar. Pero aun así, es un fantasma que me persigue.

—En absoluto.

—¿Y por qué te esfuerzas tanto en que lo parezca? ¿Acaso eres tan egoísta que solo puedes pensar en ti y no en las consecuencias?

—Tengo que colgar.

—Colgarás cuando yo te diga que cuelgues. Alexander dice que has cogido peso, más te vale perderlo antes de que termine la semana. Por mí como si no

comes en tres días, haz lo que tengas que hacer.

—Papá, Alexander no…

—Es tu responsabilidad, ¿me oyes?

«Mi responsabilidad». La misma responsabilidad que tiene mi hermano mayor de chupar del bote.

—Espero que trabajes lo bastante como para que nadie se dé cuenta de que en realidad no eres nada más que una niña con un ego enorme. —Me cuelga.

Un instante después alguien me salta a la espalda.

—Llegas siete minutos tarde, Mi-M —Misty me zarandea los hombros y sus mechones rubios vuelan de un lado a otro—. ¿Acaso pensabas perderte la demostración magistral de Dásie de cómo mejorar los saltos?

—Eso jamás. —Le sonrío.

—¿Qué te ha dicho Rose? —pregunta mientras me quita el móvil de las manos y lo deja en una esquina en el suelo, demostrando que ha oído más de lo que me gustaría.

Luego me empuja hacia el fondo de la sala.

—Que maltrato mucho a mi cuerpo.

—Entonces nada nuevo. —Me pasa un brazo por encima de los hombros y me estruja hacia sí.

El entrenamiento pasa volando y nuestra extensa sesión de ballet de después también. Si no fuera por ellas caminaría por la vida en piloto automático, pero esas tres locas me arrancan carcajadas incluso cuando mi cabeza está lejos pensando en horarios, entregas, competiciones, exámenes y prácticas. Vuelvo a ver a Alexander al final de la tarde y cuando salimos hace casi el mismo frío que esta mañana.

De camino a casa, Misty se dedica a elogiar a su entrenadora (con corazones en los ojos) por lo mucho que la apoya y al resto se nos cae la baba. Está colada por Clare desde hace meses y las tres creemos que es correspondido, que su entrenadora está esperando a que deje de ser una estudiante universitaria para dar el paso.

—Deberías lanzarte —insiste London—, caerte sobre ella y ver si solo te sujeta o aprovecha para algo más, como meterte la lengua hasta la garganta.

Sacudo la cabeza y sé que no hace falta que repita mi opinión, que es la misma que la de Dás y la propia Misty. Su entrenadora se vería negra a la hora de buscar nuevas chicas a las que entrenar si se corriera la voz de que esa es su manera de trabajar. A Misty le importa y no va a pasar ese detalle por alto.

—Volveré en un par de horas.

—¿Me recuerdas por qué has cogido un trabajo por las noches, Mi-M? —se queja Dás.

Mi-M (*miem*) diminutivo de Premium inventado por estas tres. Es una pena que no pueda quejarme a mi madre, la responsable de que me llame como una suscripción de Spotify sin anuncios, pero es lo que hay.

—Porque no quiere usar nada del dinero de su padre —le dice London con la nariz rojísima antes de sorber—. Ya la conoces.

—Pero es que debería usarlo.

—Pues sí.

—Debería dejar sus cuentas tiritando, por energúmeno y mal padre.

—Estamos de acuerdo.

—Te dejaremos cena —interviene Misty con una mueca trágica y dramática antes de lanzar besos al aire—. Vuelve pronto.

Llego a la biblioteca poco después, aunque no por lo que ellas creen.

—Llegas dos minutos antes de tu hora, ¿acaso no has oído hablar de los cinco minutos tarde de elegancia? —la señora Mendhel resopla mientras me acostumbro al olor a libros nuevos y viejos—. Más te valdría haberte parado a beberte un zumo o lo que sea que hagáis los atletas en vuestro tiempo libre.

—Agua con vinagre, según tengo entendido.

—Menuda guarrería.

—Sabe tan bien como cabría imaginar.

Me quito el abrigo recuperando la movilidad en las manos. La biblioteca está vacía porque es tarde, así que puedo campar a mis anchas. Mi trabajo se basa en colocar libros en las estanterías, guardar otros en el almacén y anotar cuántos ejemplares nuevos han sido solicitados durante el día. Lo que no me dé tiempo a hacer, lo hará alguien mañana por la mañana. Pienso ponerme manos a la obra en cuanto localizo la primera pila de libros, pero Mendhel me frena.

—Espera —gira la pantalla del ordenador—, ¿esta eres tú?

Siento calor en las mejillas al asentir. Tengo una cara super redondita en la pantalla, mido una cabeza menos que ahora y soy un palo, pero estoy haciendo historia con mi cuádruple *lutz* así que a quién demonios le importa el resto.

—Sí.

—¡Demonios, niña, eres buena! —Pone otro video, esta vez de los nacionales de hace dos años—. ¿Y esta también? —Se carcajea y pasan los minutos—. Menudo talento. No me extraña que mi hermano no pare de presumir de ti.

—Gracias, muchas gracias. Pero no me sentiría bien si no trabajo y ayudo como he prometido, así que voy a empezar ya.

—Claro, claro, tú ves a lo tuyo. ¡Demonios, menudo salto! —Sigue riéndose cuando la dejo atrás y es el coro de mis pasos durante un buen rato.

Conozco a Xavier Mendhel desde antes de entrar a la universidad, es un diseñador magnífico y nos aprecia mucho a las cuatro. Estoy bastante segura de que el día que fui a verle ofreciéndole mis ahorros a cambio de cuatro vestidos, no habría tenido inconveniente alguno en rechazarlo y hacérnoslos gratis. Pero no fue lo que hizo. Aunque sí rechazó mi dinero, me pidió algo a cambio: que ayudara a su hermana en la biblioteca del campus. No sé el motivo, pero no me importa, lo haré encantada. No puedo esperar a ver la cara de esas cuatro.

A la mañana siguiente la historia se repite porque mi vida es una vorágine trepidante de sucesos en ningún modo monótonos. Alexander hoy está de mal humor y cada vez que cometo un fallo por pequeño que sea, para la música y me obliga a empezar desde el principio. No entiendo cómo el resto de patinadores no me odia, ni cómo pueden entrenar al tiempo que nosotros, pero sé que si lo clavo Alexander dejará los altavoces en paz y todos podremos practicar en silencio así que canalizo la frustración. «Me la trago, más bien, con la esperanza de que desaparezca por arte de magia».

—Das mucha vergüenza, ¿sabes? —Antonov pasa por mi lado como una serpiente.

Le ignoro y vuelvo a intentarlo. Fallo.

—A este paso los nacionales serán muy aburridos —se burla—, pero podrás verlos desde el sofá de tu cutre-piso.

—Vete a la mierda, ¿quieres?

La música empieza otra vez, separo los brazos y los llevo a mi espalda. El aire me da en la cara, toda mi concentración está en mi cuerpo, en mi próximo movimiento. Patino de espaldas, subo la pierna izquierda hasta la rodilla y me impulso… pero no consigo el cuádruple axel. Y eso no es lo peor, esta vez me desestabilizo y me caigo hincando la rodilla en el hielo. «La virgen».

—Mal, ¡mal! ¡Esfuérzate más, joder! ¿Eres una morsa o una mujer? Qué poca gracia tienes, ¡desde el principio! —Oigo a Alexander de fondo, pero estoy debajo del agua en una piscina y me late el cráneo—. ¡Levántate! ¿Es que no te cansas de hacerme perder el tiempo?

El dolor irradia por toda mi pierna hasta la cadera, quemándome. Una lágrima resbala por mi nariz y cae al hielo. Mientras mi entrenador sigue gritándome trato de ponerme en pie, pero no lo consigo. Me tiembla el cuerpo y se me encoge solo entonces soy consciente de que estoy llorando de verdad, con fuerza.

—Eh, Premium, ¿estás bien? —Alexander se arrodilla a mi lado y quiero contestarle, pero no puedo—. Mierda, mierda, no sabía que había sido un golpe tan fuerte, ¿puedes estirar la pierna?

Lo intento, pero me da un latigazo justo en el nervio. Noto la rodilla adormecida, pero me duele en todas direcciones.

—Tienes que llevarla a la enfermería —dice Max, entrenador de London, interviniendo en tono tajante.

—Ya lo sé, no te metas.

—Si no le exigieras tanto no tendría tantos accidentes.

—He dicho que no te metas, ¿estás sordo?

—Se pasa la vida en la enfermería, ¡un día la vas a arruinar la carrera!

—Max, cuida de tu alumna y déjame en paz —Alexander me coloca un brazo en la cintura y tira de mí levantándome con un solo movimiento.

—Estoy bien, ya se me está pasando —mi voz no suena convincente, se me mueve el pecho en contra de mi voluntad, se me encoge el estómago en espasmos y las lágrimas no paran.

Veo a todos los patinadores que se me han quedado mirando con horror. Alexander aparta a Misty y al resto que se acercan y me saca de allí. Podría ser peor, Annika Kuznetsov (ex-compañera) se clavó la cuchilla de un patín en el otro y perdió dos dedos. Esto no es nada.

—¿Puedes caminar tú sola? —pregunta Alexander cuando salimos del recinto, dejando claro que sujetarme es un suplicio para él.

Sacudo la cabeza y refunfuña, pero me acompaña hasta la puerta de la enfermería. No entra y sé por qué.

—¿Otra vez tú aquí? —Lila clava sus ojos azules en mí y me tumba en la camilla. El golpe me ha rasgado las medias, así que no hay nada que le impida hacer su trabajo—. Maldita sea, tenía que ser en la rodilla, joder. —Es un tesoro, me aprecia y yo a ella, aunque nuestras conversaciones consistan en que ella me grita y yo guardo silencio—. ¿Dónde está el cobarde de Freddle? ¡Te juro que voy a denunciar a Alexander por cabrón! —Coge una gasa, me limpia la herida aunque lo peor va por dentro—. ¿Qué te dije de las protecciones? ¡¿Dónde están tus rodilleras?!

—No creí que me hicieran falta. —Me centro en no mirar la sangre, ni las gasas con sangre que tira, ni nada que tenga que ver con la herida porque lo último que quiero es desmayarme.

—Te las vas a poner —detiene sus manos—, prométemelo o esta será la última vez que te trate.

Sé que es mentira, sé que siempre me tenderá una mano cuando lo necesite porque ella es así. El mismo nivel de mala suerte que he tenido con los hombres de mi vida, lo he tenido de buena suerte con las mujeres, no hay duda.

—Lo haré, te lo prometo. —Me limpio las lágrimas—. ¿Tienes algo para…?

—Sí, sí, para el dolor, ahora te lo traigo. —Se va maldiciendo hasta la salita contigua y me incorporo.

Veo la bolsa de hielo que ha puesto sobre la gasa y el trapo. «Adiós a mi entreno». Hago una mueca y se me curvan las comisuras de los labios muy hacia abajo, como si fuera una niña pequeña. «No debería haberme dolido tanto. Dios, ¿por qué sigue doliendo muchísimo?». Mi carrera acaba de empezar, tengo veintidós años, he estado practicando mucho para el Grand Prix y las Olimpiadas, no puedo fallarnos ahora. *Mamá…*

—Lo siento —susurro—. Lo siento, no volveré a fallar. Me esforzaré más.

—¿Qué te ha pasado? —Esa voz no es de Lila.

Estaba tan atontada por el dolor que ni siquiera me he dado cuenta de que había alguien más allí. Un jugador de hockey con la cara partida está a un par de camillas de distancia. No debería fijarme en sus ojos verdes, porque está claro que relucen así por la luz fluorescente, ni tampoco en lo pequeña que parece la camilla en la que está sentado.

Pero lo hago. Luego vuelvo a ser yo.

—Estaba paseando por la cornisa de un edificio y una ráfaga de viento me ha desestabilizado, ¿a ti qué te parece? —le ladro.

No me dice que me lo he buscado, ni que me merezco lo que me ha pasado aunque no sepa el qué, ni que soy una vergüenza para el deporte en general. Lo cual, para empezar, me resulta de lo más extraño. No dice nada más, pero me observa. Así, desde la distancia, como si fuera un puma que va a saltarle a la yugular.

Debo estar todavía muy atontada como para sentir lástima por su ceja, su labio y otras partes de su cara que han sido heridas. «Fijo que se ha acostado con quien no debía y el novio de alguien le ha remodelado la cara». Me encogería de hombros si pudiera, pero lo hago metafóricamente. Lila vuelve hasta nosotros.

—Tienes que buscarte otro entrenador.

—Tomo nota. —Me quejo cuando Lila aparta el vaso de agua de mi mano justo antes de que lo coja para que la tome en serio, y decido tragarme la pastilla a palo seco porque me duele.

Ella se apresura a darme el agua para que no me ahogue.

—Eh, ¿a dónde vas? —la enfermera utiliza su voz de sargento y por una vez

no es en mi dirección.

El jugador de hockey está en pie, apoyado en su palo de… ¿stick? ¿Se llama stick?

—Has dicho que descansara diez minutos, ya han pasado. —Se excusa como si la opinión de Lila le importara de verdad, como si la apreciara.

«Imposible, los idiotas no se llevan bien con la gente maja como Lila».

—No han pasado ni siete, siéntate.

—Tengo que volver al entrenamiento. —Se endereza y da un paso que resulta del todo convincente.

Es enorme y su espalda muy ancha, tanto que no sé cómo ha entrado por la puerta. Es una pena que ese tipo de rostros siempre vayan acompañados de una personalidad tan detestable, me apostaría el sueldo a que de no ser así los índices de natalidad subirían. Fijo que se pasa la vida haciéndose *selfies* y leyendo *DMs* de chicas despampanantes con el amor propio en números rojos.

—Ven a verme mañana.

—No es necesario.

—Zayne Swanson, no te estoy pidiendo tu opinión. He dicho que vengas a verme mañana.

—Sí, señora. —Me mira como si quisiera despedirse de mí también, pero aparto la mirada antes de que lo haga.

Entonces nos quedamos solas.

—¿Él sí puede venir a verte?

Lila clava sus ojos en mí y estrecha la mirada.

—Contenta me tienes. —Se acerca a mi camilla—. En serio, no me gusta un pelo cómo te trata Alexander. Hay gente que podría protegerte, Premium.

—No me pega palizas, ¿eh? Solo es exigente y es justo lo que necesito. —Dejo de hablar cuando me levanta la barbilla dejando mis lágrimas secas expuestas.

—Lo que va a hacer es joderte la vida como te descuides. El descanso es igual o más importante que el ejercicio. Sé lo buena que eres y sé que con Clare Doxon, Max Naese o cualquiera de los demás entrenadores no tendría que verte cada maldita semana. Premium, si esto no cambia, seré yo quien lo denuncie.

—No. No, por favor. No lo hagas. Le necesito. —Le cojo los antebrazos—. Por favor, Lila, cuidaré mejor de mí misma. Me pondré las protecciones de rodillas.

—No te creo —se pone las manos en las caderas y se me inundan los ojos de lágrimas.

—Te juro que estoy bien.

—Estás llena de moretones, cortes y heridas, y luego está todo lo que no se ve. Te aseguro que si vuelvo a oírle decirte que adelgaces le partiré la cara en dos. Y soy enfermera, ¡lo mío es curar a la gente!

—Sé lo que piensas de él y sabes que lo comparto. Pero esto me importa más que la opinión que tenga de él como persona. Por favor, Lila.

—Un mes. Si no te veo en el próximo mes, no diré nada. Pero vuelve aquí una sola vez en las próximas cuatro semanas y haré mucho más que denunciarlo.

La presión es una mano huesuda y fría que cierra sus dedos sobre mi garganta impidiéndome respirar, pero asiento. Lila me pone una tirita en la palma de la mano y en un dedo.

—¿Qué le ha pasado al del hockey? —pregunto—. ¿No es un poco temprano para las peleas de bares?

—¿Hablas de Zayne? Pfff, mira hoy me tenéis contenta. Un "jugador de elite" —dice esas tres palabras con el mayor de sus desprecios—, ha venido a Indiana a hacer su obra caritativa del año, se ha cebado con un chaval de segundo y Zayne le ha plantado cara.

—¿Se ha peleado con él?

—No, no ha sido mutuo. El degenerado ese sí ha pegado a Zayne, pero él no se ha defendido. Solo se ha asegurado de que a uno de los más novatos del equipo no le pasara nada. —Lila se va a por más hielo y mi mirada queda fija en su camilla con un sabor extraño en el paladar.

Sin saberlo, en ese preciso momento, mi vida cambió para siempre.

C a p í t u l o 2

Zayne

—Joder —se revuelve en el asiento del copiloto—. ¿Siempre ha durado tanto el viaje de Illinois a casa?

—No, tío antes era más corto, pero desde que metieron todos esos estados de por medio y reestructuraron las carreteras… —Dejo la frase sin acabar, pero sé que Anthony ya ha pillado el mensaje.

—Pfff.

—¿Puedes parar? —pregunto con la mirada fija en la carretera fingiendo que no me hace gracia.

—Tenemos un coche diminuto, me estoy asfixiando.

—Mides uno noventa, para ti todo es diminuto, Big Foot.

—¿Intentas distraerme con halagos? —Sorbe su refresco vacío.

—Intento lidiar con el hecho de que se me ha metido una ardilla histérica en el coche que no deja de suspirar.

—Siete días sin ver a Dixie, sin besarla, sin hacerla mía, menuda puta tortura.

—¿Y has aguantado todo el viaje sin hacerme ningún comentario al respecto? Asombroso.

—En serio, tío, no entiendo cómo aguantas tanto sin follar con nadie. ¿Cuánto ha pasado ya?

—No llevo la cuenta.

—Deben ser meses.

—Deben ser, sí.

—¿Has perdido una apuesta de la que no sepa nada? ¿Te has apuntado a alguna secta religiosa rara en la que el voto de castidad sea obligatorio?

—No.

—¿Y entonces? Mira, Tyler y Jonathan han dicho por el grupo que Angelica ya está en la fiesta y que ha preguntado por el capitán del equipo desde el momento en que ha puesto un tacón en casa. Sabes que está loca por ti desde hace tiempo y como ella tantas otras. Esta noche podrías perder tu mala racha.

—No me apetece.

—¿Por qué? ¿Porque es fácil? Bueno pues búscate a una que te ignore y sedúcela si es que te va ese rollo, pero deberías hacer algo más que centrarte en tu futuro. Follar, por ejemplo.

—¿Quieres meterte en tus asuntos, chaval? —Le miro por encima del hombro y agacha la cabeza.

—Soy tu mejor amigo —murmura apesadumbrado. Sonrío, pero por suerte él no lo ve—. Solo quiero que tengas lo que yo tengo. Lo mío con Dixie es una puta fantasía y tú te lo mereces. No solo eres un capitán cojonudo, eres…

—¿Vas a echarte a llorar?

Carraspea y sacude la cabeza.

—Volviendo a la fiesta, no creo que Dixie y yo pasemos mucho tiempo abajo.

—*¿Y eso?*

—Deja el sarcasmo de los huevos, hablo en serio, creo que voy a pedirle que se case conmigo.

«Eso ya lo he oído antes».

—Quién iba a decir que eres la misma persona que me repitió una y otra vez «no voy a pedirle exclusividad por si se asusta».

—Pero ahora sé que no está asustada, que me quiere y yo… —Resopla otra vez—. Cuatro horas de ida y cuatro de vuelta, son una maldita locura. La próxima vez lo hacemos en avión.

Asiento, pero no va a haber próxima vez.

—En veinte minutos estaremos en el campus, disfruta de tus últimos suspiros, Blancanieves. —Tomo un desvío ignorando el GPS porque ya estamos cerca.

Venimos del campamento de hockey. No, la cosa no va de prenderle fuego a unas nubes y contar historias de miedo alrededor de una hoguera. Más bien han sido siete días de larguísimas horas de entreno, partido tras partido, con tal de demostrar de lo que somos capaces a todos los caza talentos que han pasado por *Viksville* esta última semana. A pesar de que a Anthony ya le fichó el Draft de la NHL hace tiempo, ha venido porque la publicidad siempre es buena.

Aprieto las manos en el volante y noto cómo se me tensa la espalda, como siempre que pienso en mi futuro. Porque a mí no me fichó el Draft. Porque al llegar a la universidad todo lo que iba bien se fue a la mierda y el mundo creyó que estaba acabado.

—¿Puedes dejar de preocuparte?

—¿De qué? —Aparto la vista de la carretera un momento.

—No es que soporte dejar de lado mi pose de macho alfa insensible, pero

eres el mejor jugador de hockey que ha tenido North Star desde hace mucho tiempo. Ya nadie se acuerda de la lesión que tuviste en primero, Zayne. Tienes un hueco en la NHL, estoy seguro de ello. Los dos vamos a firmar el contrato de nuestras vidas al acabar el curso.

—Gracias, tío.

Hacemos el resto del camino en silencio. Anthony, Adler, Tyler, Jacob y yo compartimos casa, pero el resto del equipo suele estar gorroneándonos todo lo que pillan de nuestra nevera y lo hacen con tanta frecuencia que la casa siempre está llena de gente. Pese a esa realidad, no tiene punto de comparación con lo que nos encontramos al aparcar.

—Hogar dulce hogar.

La música suena tan fuerte que no entiendo cómo nadie ha llamado a la policía. El primero en vernos entrar es Dan, del equipo de baloncesto. Es buen amigo de Tyler y casi vive en nuestra casa. Llega hasta nosotros y nos tira media copa encima al abrazarnos.

—Os he echado de menos, la casa estaba vacía sin vosotros.

—¿Sí? Pues no lo parece —digo mirando a mi alrededor, a lo que Dan se descojona dejando claro cuántos de esos vasos se ha tirado por la garganta.

—¿No se suponía que llegabais a las diez? ¡Son más de las doce!

—Hemos llegado que es lo que importa —dice el que iba a sufrir una embolia si no se comía una hamburguesa gigante y un refresco de cinco litros—. ¿Dónde está Dixie?

En cuanto Dan señala una parte de la casa, Anthony vuela esquivando a todo el que se cruza en su camino como un pro. Intento escabullirme a mi habitación porque estoy hecho polvo y quiero darme una ducha, pero cuando llego a la cocina y los veo a todos allí, me alegro de no haberlo conseguido. Adler es el primero en placarme.

—¿Habéis roto algo?

—No, capitán, y no he dejado que nadie entrara en tu habitación.

—Porque no te sabes el código de su puerta —interviene Ace—, de saberlo sí habrías entrado.

—¿Buscas problemas?

—Hola, Zayne —interviene Jacob—. ¿Cómo ha ido?

—Muy bien, espero que lo que tienes en la mano sea agua.

Esa es la pega de tener a un crío de diecinueve en casa, que cuando los mayores de veintiuno vienen a beber, él ya está aquí. Como capitán cada integrante del equipo es mi responsabilidad, así que no debería pasarlo por alto.

Pero no soy tan buen capitán.

Saludo a Tyler, a Jonathan y al resto, y contesto a su interrogatorio, pero en cuanto aparece un grupo de chicas se olvidan de todo. Anne Sutt se acerca a mí contoneándose y me pone un vaso en la mano tras darme un beso en mejilla.

—¿Cómo está mi capitán favorito? —Susurra en mi oído quedándose muy cerca.

Huele a alcohol, está roja y por cómo nos mira el tío de la esquina juraría que hace un segundo ocupaba mi puesto.

—Bien, ¿y a Marcus cómo le va?

De manera inmediata arruga su diminuta nariz falsa y se aparta como si la hubiera insultado. Marcus es su novio y aunque no estudia en la UINS no me apetece que venga a partirme la cara.

—Está bien —dice en tono cortante antes de marcharse.

Hoy en día la lealtad es un bien un tanto escaso.

—¿Qué le has dicho? —Lo primero que veo son las uñas largas de gel subiendo por mi antebrazo, guiándose hasta mi mano y quitándome la copa.

Tacones altos, un eyeliner kilométrico, Eloise Truscott se apoya en la encimera y me observa con sus ojos negros disfrutando de lo que acabo de hacerle al intento de su mejor amiga.

—Solo le he preguntado por su novio.

Sonríe con malicia y se muerde el labio.

—Qué hombre más listo —da un largo trago—, ¿para qué buscarte problemas, eh? Anne debería aprender que no puede tener todo lo que quiera. Pero no puedes culparla, ha crecido creyendo que la tarjeta de papá compra cualquier cosa.

Lo dice como si el Rolex de setenta mil dólares que lleva en la muñeca no se lo hubiera comprado su padre, que cuenta con un importante cargo en Wall Street. Cojo la mochila que me había quitado para saludar y me la cuelgo de nuevo al hombro, pero ella frunce sus hinchados labios rojos, coge la correa y sacude la cabeza.

—No, no.

—Me ha gustado verte, Eloise, pero voy…

—Nada de huir a tu habitación. —Le da un tirón y se cae al suelo—. A menos que me lleves a mí contigo. ¿Sabes? Estoy al corriente de que los deportistas estáis siempre bajo mucha presión —baja el tono—, y yo podría aliviarla si me dejas.

—Eloise…

—Llegas tarde a las fiestas y siempre te vas pronto, y solo. No, nadie puede tenerte, sé que rechazas a todas las que ruegan estar en tus brazos, pero créeme que no has conocido a nadie como yo. —Deja el vaso, sube las manos hasta mis hombros y luego las enreda en mi pelo—. Vamos, Zayne, déjame convertirte en el hombre con más suerte de esta fiesta.

—No estoy interesado, Eloise —La aparto con suavidad, pero dejando claro que voy en serio.

Sus cejas rubias se juntan un momento después. Suelta una carcajada incrédula.

—Zayne, he rechazado a cuatro por esperarte a ti.

—Lo siento —cojo la bolsa y me voy, sin tener muy claro por qué me disculpo.

Subo las escaleras y a pesar de que oigo mi nombre varias veces, no me giro ninguna. Camino hasta el final del pasillo y pongo la clave. Esta vez soy yo el que suspira. «A veces es una mierda que hagamos tantas fiestas». Primero huelo la colonia de Chanel, luego siento los brazos enredándose a mi espalda. Me tenso y maldigo para mis adentros.

—¿Cómo has entrado aquí, Angelica?

Se ríe, pero no contesta. Cometí el error de dejarla entrar en el baño de mi habitación, sospecho que debió ver el código sin que me diera cuenta. Cuela las manos por debajo de mi camiseta y me toca. Me doy la vuelta para pedirle que se largue, pero me besa. Mueve su lengua contra la mía y se presiona contra mí. Le cojo la cara y la aparto sin soltarla.

—¿Qué te dije?

—No lo sé, no me acuerdo. —Se ríe por lo bajo y lleva una de sus finas y elegantes manos hasta mi cinturón—. Pero lo que sí recuerdo es lo bien que hueles y lo mucho que me pones. Te mereces ver lo bien que las tengo operadas.

—Angelica, para.

—¿De qué? Si no estoy haciendo nada. —El gloss pegajoso de sus labios acaba en mi cuello—. Soy una chica muy buena.

—Angelica —le paro la mano—. Quiero que te vayas.

—Joder, Zayne. —Se queja—. ¿Qué tengo que hacer para follemos? En serio, esto es humillante. Fui a verte a varios partidos aunque a mí el hockey me importa una mierda. Entiendo que entrenas y que estás ocupado pero estamos de fiesta, ¿no puedes dedicarme un rato? —gruñe exasperada—. El semestre pasado llevé la camiseta del equipo con tu nombre al menos cuatro veces y no paro de hacerte publicidad en mi cuenta de TikTok que ya tiene más de dos millones de

seguidores. Me lo he currado muchísimo, ¿qué más quieres de mí?

—Quiero que me dejes en paz. No quiero que te cueles en mi habitación y tampoco quiero acostarme contigo.

La poca luz que hay en la habitación no me impide ver lo mucho que se ofende. Sale dando un portazo. La habilidad que estoy desarrollando para enfadar al personal no es ni medio normal. Me froto la cara y voy directo a la ducha. Hubo un tiempo en que las mujeres como Angelica, Anne y Eloise me hacían sentir importante. Su aprobación era algo por lo que valía la pena competir y ganar. Pero esa clase de atención desaparece cuando las cosas te van mal, se esfuman sin dejar rastro.

Una vez me recuperé de la lesión, mi carrera despegó como un cohete de la NASA y fue entonces cuando me di cuenta de que no era más que un trofeo para ellas, algo de lo que poder presumir, pero que lo único a lo que se follaban era mi puesto en el equipo y los partidos que había ganado.

No es que haya decidido no acostarme con ellas, es que mi cuerpo ya no reacciona. Si bebo lo bastante como para acallar a mi cerebro, tal vez lo consiga, pero la idea me da asco. Me pongo una camiseta cualquiera, el primer pantalón de chándal que alcanzo y me meto en la cama. Dejo de oír la música en cuanto cierro los ojos.

A la mañana siguiente, cuando bajo a desayunar, la casa está echa un desastre, pero voy a la cocina como si no. Oigo risas. Cuando entro a la cocina Dixie está subida a la encimera y tiene un jugador de hockey pegado a la cara.

—Buenos días.

—¿Qué hay? —pregunta Anthony antes de seguir a lo suyo.

—¡Para! Shhh, para. —Dixie le da unos golpecitos en el hombro con tal de que le haga caso y entonces se mueve un poco, lo bastante para que ella pueda bajarse y estirarse la camiseta ocho tallas más grande que lleva puesta—. Buenos días, Zayne. ¿Has dormido bien?

Pongo tres vasos de zumo de naranja y me siento para beberme uno.

—Sí, estoy como nuevo. ¿Quieres que te devuelva la pregunta por educación o…?

—Todos sabemos que no la he dejado dormir —dice Anthony abrazándola desde detrás.

La manera en la que entierra la cabeza en su cuello, que la abraza y la estruja contra sí me deja claro que se calló unos cuantos resoplidos. Pienso en beberme el zumo arriba para dejarlos solos, pero la cocina se llena en seguida. Jacob es el primero en aparecer. Tiene una disciplina que no veas y no solo en el deporte,

también le va bien en las clases. Puede que por eso se haya convertido ya en el favorito del entrenador Landon.

—Mientras no estabais, Jacob y yo hemos hecho maratón de cine, ¿a que sí, Jacob?

—Sí, hemos visto todas las de La Guerra de las Galaxias. Ahora soy un experto en Jedis. —Coge un plátano y se sienta a mi lado—. Serenity también vino un día, con Cloire y Sutton.

Sonrío, hace demasiado que no las veo y sé que debería ponerle solución, pero esas tres están más ocupadas que yo.

—Fue genial —dice Dixie—. Aunque intenté convencerlos de hacer un especial de Julia Roberts y no me salió bien, Star Wars fue guay. Debería ir a cambiarme antes de… —Dixie no termina la frase y Adler, Ace, Tyler y el resto del equipo que decidió quedarse a dormir entran en la cocina. Se pone colorada y junta los pies con nerviosismo. La tensión se palpa en el ambiente, en las mejillas y en las palabras a medias que nunca llegan a serlo—. Perdón por las pintas.

—La vista al frente —les ladra Anthony, pero muchos no le hacen caso, al menos, no tan rápido como él querría—. ¿Estáis sordos o qué?

Todos se mueven por la cocina con tal de darle la espalda a la que no lleva pantalones y Dixie aprovecha la distracción para escabullirse a toda prisa. Anthony se va con ella.

—La aprecio, pero podría ponérnoslo fácil y no enseñarnos el culo de buena mañana —dice Dan por lo bajo.

—También podrías irte a tu casa, allí seguro que no te la encuentras —dice Jacob saliendo en su defensa como de costumbre.

No sé cuántas veces he pillado ya a Dixie y a Anthony haciéndolo, aunque tampoco es difícil porque lo hacen en todas partes. Lo que vengo a decir es que ella ya ha perdido un poco la vergüenza conmigo. Con Jacob está igual de cómoda pero por razones distintas. Digamos que cuando Dixie se presentó el día del orgullo con camisetas que llevar a juego, se ganó su corazón.

—Vaya, vaya, aquí está el responsable de que todo el equipo de béisbol acabara con una mujer despechada en los brazos —Tyler me zarandea aunque sin mucho entusiasmo, con la voz ronca y justo antes de dejarse caer en la silla de al lado—. Joder, estoy hecho polvo.

—Ya verás la bronca que nos va a echar Landon —dice Jonathan hincándole el diente a su bizcocho de yogurt sin gluten.

—Espero que hoy se lo tome con calma —dice Adler—, como es el primer

día de vuelta a la rutina.

No hace falta usar mucho la imaginación para tener claro qué han estado haciendo todos estas vacaciones.

—Calentad el músculo del arte dramático porque no os puede notar la resaca. Sino, nos obligará a entrenar hasta la noche.

—Pero, capitán… —Ace se calla en cuanto le miro. Salgo de la cocina y le oigo decir—: ¿Cómo veis ir de negro al entrenamiento de hoy y fingir que he muerto?

Las clases pasan y antes de que me dé cuenta estamos en la pista, pero Landon no nos hace jugar de inmediato. Empieza soltándonos un rollo sobre el saber estar, el respeto y la educación, que no sé a cuento de qué viene. Todos los que ocupamos las gradas tenemos la misma expresión confusa y no es hasta que el reloj de pared me dice que llevamos veintisiete minutos con el culo pegado al asiento que me doy cuenta por dónde van los tiros. Un segundo después, lo dice.

—Sé que solo estamos a mitad de curso, que todavía queda mucho por demostrar, pero estáis haciéndolo bien. Os habéis esforzado mucho esta temporada y sé que la cosa va a seguir así. Básicamente porque yo voy a obligaros a que siga así. En cualquier caso, espero que esto no sirva para que os confiéis y tenga que arrepentirme en el futuro.

—¿Esto es como un bofetón antes de un regalo o soy yo? —pregunta Anthony en voz baja a mi lado.

—Espérate que igual acaba siendo un bofetón antes de otro bofetón —suelta Adler a mi espalda.

—Bien, sin más dilación os diré que hoy vais a jugar con alguien muy especial. Va a enseñaros qué es lo que significa ser profesional y si alguno de vosotros aspira, aunque sea en sueños, a dedicarse al hockey al salir de la universidad, no la cagaréis.

Antes de que diga su nombre, un jugador de hockey con casco cruza la pista y con un movimiento rápido del stick golpea el disco hasta la portería opuesta. Luego se acerca a nosotros, se quita el casco y es…

—Joder —suelta Anthony.

—Ted Archedon —susurro.

Ganador de la Copa Stanley de hace dos años, ex-estudiante de North Star, un jugador con una carrera sobresaliente a sus treinta años, fichado por la NHL desde los veintiuno.

—Hola a todos. Seguro que ya lo sabéis, pero me presento de todas formas. Soy Ted Archedon, sí, el mismo, voy a dejar que lo asimiléis —se ríe—. Estoy

seguro de que estaréis flipando, yo lo estaría si estuviera en vuestro lugar. Aunque parezca imposible, estudié en North Star mi primer año de carrera y aunque fue breve porque me reclutaron en un lugar mejor, esta universidad siempre ha ocupado un rincón especial en mi corazón. Digamos que me ha mantenido humilde.

Los ánimos decaen un poco cuando su presentación se alarga más de quince minutos y en vez de jugar él se dedica a enumerarnos todos sus éxitos, sus victorias en la pista y quién le ha considerado "el mejor jugador de la historia". Es bueno, pero esas son palabras mayores.

—Son fans tuyos, Archedon, creo que podrían enumerar tus victorias mejor que tú mismo —El intento indirecto del entrenador Landon funciona y bajamos por fin a la pista.

La prensa también está presente porque esto es un acto benéfico, por así decirlo. Un buen gesto que quedará bien en su currículum y que nosotros aprovecharemos como la mejor *masterclass* de la historia.

Ted pide a Jonathan y Jacob que traten de bloquear la portería. Casi, casi, no suena condescendiente. El resto solo miramos cómo se carcajea mientras se sale con la suya una y otra vez, pero cuando Jacob le para su quinto intento, no se lo toma bien y se vuelve agresivo y tramposo.

—No hace falta que apures tanto, chaval, que sois dos contra uno, ¿no ves que os he dado ventaja? —pregunta mirando a los cámaras y posando de nuevo enseñando los dientes.

—¿Cómo te hiciste la cicatriz de la frente? —pregunta Tyler con admiración en los ojos, bastante ajeno al mal rollo con el que me estoy atragantando.

—Dylan Johnson cometió una infracción y lo golpeé con mi stick, pero tuve la mala suerte de que me rebotó con la misma fuerza. Aunque él perdió un diente, así que gané yo. —Le echa un vistazo de arriba abajo—. Está bien que la UINS esté a favor de daros visibilidad, me alegro. Si además juegas bien ya será la hostia.

Tyler lo hace ningún comentario, pero yo casi no me aguanto. Los cámaras agradecen la colaboración y se marchan, es entonces cuando empezamos a jugar todos.

—¿Quién es el capitán aquí, a ver? No me digas ahora que eres tú —se vuelve hacia Jacob.

—Soy yo.

—Bien, veamos si Landon ya es demasiado viejales como para tomar buenas decisiones. Ya era un carcamal hace nueve años.

Formamos dos equipos, pero él no deja jugar al suyo. Choca contra Anthony a pesar de que es al primero que elige para ser de los suyos y lo tira al suelo sin miramientos. Tiene la costumbre de levantar la pierna y dar una patada al aire cuando su equipo gana. El tío no parece ser consciente de que tiene una cuchilla pegada a la planta del pie.

No sé en qué momento exacto pasa para cada uno, pero tengo la certeza de que a estas alturas todo mi equipo piensa que es un gilipollas redomado y quiere que se largue. No hay ni rastro del entrenador, creo que ha huido, aunque eso no sería típico en él. En cualquier caso, a pesar del tiempo que llevamos, casi no nos movemos porque el juego es lento de cojones, ¿a qué se debe? Pues a él.

—Parad el partido, ¡parad, hostia! —La voz de Ted frena nuestros patines. Otra vez—. ¿Me voy a tener que cabrear? Tenéis que sujetar el stick como si fuera parte de vuestro brazo, de vuestra puta alma.

—¿Nuestra alma? —repite Adler, confuso.

—Sí, joder, el stick es vuestro futuro, pasado y presente. Lo es todo y a la vez no es nada.

Tengo que morderme la lengua para no soltar una burrada. A juzgar por la cara rarísima de Anthony, está igual.

—Esto no va de elevar la puntuación de vuestro equipo —sigue—. Si pensáis eso no vais a llegar a nada en la vida. Este deporte va más allá. Es una experiencia sensorial, hostia, ¡única y dinámica! La trascendencia de cada jugada es muy importante para…

Jacob tose y sé por qué, el problema es que Ted también.

—¿Tienes algún problema?

—No.

—Es evidente que sí. —Ted patina hasta él y tira el stick al suelo—. Vamos, suéltalo, ¿qué tienes que decir?

—No tengo nada que decir —Jacob alza la barbilla hacia él, sin retarle, pero demostrándole que no le teme.

—Has sido muy gallito desde que he entrado, ¿y ahora te acobardas? Vamos, suéltalo.

—Estaría bien seguir jugando.

—¿Estaría bien, verdad? —Ted le empuja—. Pues fíjate tú qué curioso, que no vamos a seguir jugando hasta que me digas por qué me has interrumpido. —Le empuja de nuevo.

—Eh, ya basta —me interpongo—. Jacob cierra la boca.

Lo hace, pero Ted se quita los guantes y reduce la distancia. Es un jugador de

la NHL no podemos hacerle nada o nuestra carrera se habrá acabado antes de empezar.

—No me gires la cara, crio de los huevos —Ted mira junto a mi hombro—. Ha sido evidente para mí desde que he entrado que no te he caído bien y que tienes envidia de mi éxito, pero vas a tener que comértela. Y si no vas a respetarme más te vale salir de mi pista, ¿me has oído, mindundi?

Intenta coger a Jacob, pero estoy en medio. Empujo a Jacob a mi espalda para alejarlo y bloqueo las intenciones de Ted con mi cuerpo. Sus ojos se abren con incredulidad y tan de cerca es imposible no darme cuenta de lo rojos que están.

—Apártate de mi camino o ese imbécil no será el único que reciba una lección. —Me agarra de la camiseta.

—Eso no va a pasar. —Le cojo el antebrazo—. Él no te ha hecho nada, así que vamos a calmarnos. Estamos aquí para aprender de tu forma de… —Lo siguiente que sé es que sus nudillos han golpeado mi mandíbula y un dolor seco y contundente me recorre el lado izquierdo de la cara.

—A ver si así te piensas dos veces desobedecer a alguien que está muy por encima de ti. Por si no te ha quedado claro todavía, yo no soy Landon. —Es muy rápido, en un momento arrincona a Jacob hasta que casi está contra la vaya que cierra el recinto—. ¿Qué ya se te han pasado las ganas de interrumpirme, chaval? ¿Ya tienes ganas de prestar atención a los que saben?

Aparto a Anthony y a Adler para que no se metan, cojo a Ted del hombro y lo muevo lo suficiente para colocarme entre Jacob y él. Esquivo su segundo golpe de milagro.

—Cálmate —le pido mientras Anthony busca a Landon y Jacob intenta salir de donde le retengo.

—¿Que me calme? —Ted se ríe y me da en la ceja, luego en la boca—. Estás acabado, capullo, tú y tu estúpido equipo de mierda. ¿Me oyes? —Me golpea el estómago con su otro puño, pero es el último golpe.

Landon ha vuelto con la prensa y está dando voces, igual que el agente deportivo de Ted. Todos tienen claro el culpable, salvo su agente que está tan en shock de la que se le viene encima que solo se le ocurre negar lo evidente durante el primer minuto. Anthony, Jonathan y Adler están como locos contándoles cómo ha pasado, repitiendo las palabras «inaceptable» y «abuso de poder» mientras el resto intenta ganarse a la prensa que ya está de nuestra parte. Jacob no se separa de mí y tiene los ojos rebosantes de culpa.

Tras unos largos instantes de gritos, Landon se lleva fuera a todos menos al equipo, rojo de rabia, diciendo lo lamentable e inconcebible que es y me ordena

a gritos que vaya a la enfermería. Obedezco. No sé si será la adrenalina o qué, pero casi no me duele la cara. Lila se enfada conmigo creyendo que ha sido alguno de los míos, pero se ablanda cuando le cuento la verdad.

—¿Me estás engañando?

—¿Te he mentido alguna vez?

—Maldita sea, Zayne. —Termina de limpiarme las heridas y de ponerme desinfectante en todas—. Quédate aquí sentado no te vayas a caer redondo al suelo.

—Estoy perfectamente.

—Diez minutos, ni uno menos. —Chista la lengua—. Te voy a traer un poco de agua. —La chista otra vez—. Menudo energúmeno. No pienso volver a ver hockey por televisión.

—Eh, ¿cómo que no? Los demás no tenemos la culpa —replico divertido—. La NHL es inocente, hay imbéciles en todas partes, son una plaga difícil de detectar.

De repente nuestra conversación se ve interrumpida y cuando Lila vuelve lo hace sin el agua. Ha oído al hombre marcharse, seguro. Ese cretino que ni siquiera a acompañado a la chica herida hasta la camilla. Vuelvo a sentarme cuando ella llega sola sin siquiera percatarse de mi presencia. Tiene los ojos llenos de lágrimas y se me encoge el estómago. Es como ver a un gato recién nacido llorar. Quiero que pare. A Lila también le da pena, por eso la regaña mientras la ayuda a tumbarse. Ha sido un golpe fuerte en la rodilla y le sangra, por lo visto ya ha tenido problemas antes. Es patinadora y está acostumbrada, o al menos eso pienso mientras la escucho justificarse.

Lila desaparece en busca de medicinas en el cuarto contiguo y la chica se hace más pequeña. Las lágrimas resbalan por su rostro y quiero consolarla. *Necesito* que deje de llorar, que deje de mostrarse así de indefensa, pero no sé cómo conseguirlo.

—Lo siento —susurra en una mueca desolada—. Lo siento, no volveré a fallar. Me esforzaré más.

Joder, no parece que falta de esfuerzo sea la causa de nada. El tiempo se detiene justo después. No lleva relojes caros, ni joyas de ningún tipo, ni tampoco maquillaje. Sus uñas no tienen forma de garra y algo me dice que en lo único que piensa es en lo que ha causado esa caída: patinar.

—¿Qué te ha pasado?

«Menuda pregunta de mierda». Tarda unos instantes en darse cuenta de que estoy ahí, de que le he hablado. Sus ojos tristes se abren mucho al verme la cara

y me queda claro que ahora mismo estoy hecho un cromo. Pero en lo único que puedo pensar es en que durante un segundo le doy pena. Está tan claro que casi la oigo. Acto seguido frunce el ceño y dejo de poder leer su mirada.

—Estaba paseando por la cornisa de un edificio y una ráfaga de viento me ha desestabilizado, ¿a ti qué te parece?

Me aguanto las ganas de sonreír porque me da que a ella no le gustaría que lo hiciera, ni tampoco que preguntara a quién le pedía perdón. Estar en silencio me parece un buen plan, sensato incluso. Puedo cerrar la boca, pero no apartar la mirada.

Llega Lila y le pide que cambie de entrenador. Me sorprende lo poco que sé de alguien que seguramente ha estado cerca de mí desde hace años. Me doy cuenta de que me irrita cantidad oír hablar de un hombre llamado Alexander a quien no conozco, pero cuando la veo tragarse la pastilla sin agua estoy seguro de que sabrá arreglárselas sola. Me levanto y aunque Lila me pone pegas, me deja irme. Mi mirada vuelve a caer sobre ella antes de cruzar la puerta, no sé por qué.

Nada más salir de la enfermería me encuentro con todo el equipo. Tienen una cara de funeral que no se aguantan.

—Zayne, lo siento mucho.

—¿Por qué? No me has pegado tú —le pongo una mano en el hombro a Jacob—. ¿Landon nos ha echado del equipo?

Sacuden la cabeza.

—Zayne… —Anthony no termina la frase, pero no hace falta.

—Habéis hecho lo que os he pedido.

—Deberíamos haberlo zurrado —rebate y todos asienten.

—Te hemos fallado —sigue Adler.

—No —digo rotundo—. De intervenir, ahora mismo tendríamos problemas legales gordos.

—Deberíamos haberlo frenado, aunque no se la hubiéramos devuelto —dice Tyler.

—Sabes que de haberle puesto un dedo encima todo habría acabado. Joder, ese capullo podría haberse cargado nuestro futuro en un momento. Habéis hecho bien, ¿entendido? Habéis hecho lo que debíais, lo que yo hubiera hecho de no ser capitán.

Asienten, pero siguen igual. Por suerte, Landon da un par de gritos desde la distancia y me veo obligado a movilizar al personal.

C a p í t u l o 3

Premium

Diez es un gran número. Casi son los meses que tiene el año, sin duda son las temporadas que tiene Friends, y podría haber sido una marca más en mi buena racha sin pisar la enfermería.

Pero no.

Alexander cree que es allí donde estoy, pero no puedo, no sabiendo lo capaz que es Lila de cumplir su promesa. Me sangra el codo, que es el desgraciado que se ha llevado todo el impacto de mi caída, pero estar sentada en mitad del pasillo no me lo está curando, sorprendentemente. Mi entreno se ha alargado porque Alexander estaba de mal humor, así que London, Misty y Dásie se han ido ya a casa.

De ser una patinadora corriente podría ir al baño, lavarme la herida y luego ir a compararme algo que me la proteja. Pero tengo un pequeño problema con la sangre, sí, suelo desmayarme cuando veo heridas abiertas. No sé cómo lo hacen los médicos, en serio, yo siento que el aire desaparece a mi alrededor, que mi cuerpo flojea y se vuelve blandito. Lo único que puedo hacer es cerrar los ojos y dejarme llevar, y a pesar de lo que la gente pueda creer, desmayarse por ahí estando sola tiene sus inconvenientes. Así que mantengo la vista al frente, pero noto la calidez resbalando por mi brazo y va a acabar siendo un problema. «Hoy, justo hoy tenía que traer el abrigo favorito de London».

De repente oigo voces que se acercan y pese a que creía estar sola en el complejo al ver a un montón de jugadores de hockey me queda claro que no es así. Giro la cabeza para no hacer contacto visual con ninguno, pero oigo una voz amable cuando están cerca:

—Eh, estás sangrando, ¿estás bien?

No lo dice con retintín, ni en tono de burla, lo cual me desconcierta un poco.

—Deberías ir a ver a Lila —dice otro.

—Esa es una idea fantástica, ¿cómo no se me ha ocurrido a mí solita? —para mi sorpresa el tío al que le contesto no me lanza una mirada cínica, ni me dije

que me jodan.

Se pone rojo y agacha la cabeza. Siento una especie de retortijón que no puede ser, en ningún caso, culpa.

—¿Estás mareada? No tienes buen color.

—¿Necesitas que te acompañemos a la enfermería?

¿Me están vacilando? Qué asco de peña, reírse de una pava herida. La sociedad se va a la mierda. Está claro que no hay suficientes vídeos de gatitos en internet como para que la gente sepa lo que es la compasión.

—No, gracias, estoy esperando a mis amigos. Son tíos enormes, por cierto.

Comparten una serie de miradas y entonces reparo en el que acaba de llegar. No había pensado en él ni una sola vez. Quizá en lo verdes que eran (y siguen siendo) sus ojos, capaces de competir con un diamante esmeralda, pero no en él.

—Id a los vestuarios, yo me encargo —dice en tono autoritario.

¿Yo me encargo? ¿Encargarse de qué? Una serie de «vale, capitán» y similares suenan en tono bajo, pero algunos se me quedan mirando aunque no entiendo lo que veo en sus caras. No puede ser pena, no me conocen de nada. El pasillo se vacía y él se acerca.

—¿Es que no has oído lo de mis amigos?

Me ignora mientras observa la herida. *«El degenerado ese sí ha pegado a Zayne, pero él no se ha defendido»*. No me imagino a nadie capaz de soportar que le peguen repetidas veces y no mover un músculo. Debe ser una roca. O estar mal de la cabeza. Genial, estoy en peligro. Siento una ráfaga de miedo erizándome la piel y la calidez del pánico tensándome el estómago.

—¿Hola?

—Sí, lo he oído y también lo de que son tíos enormes.

—Perfecto, entonces puedes seguir a tu equipo a… ¿qué estás haciendo? —Me ha levantado la mano. Me ha tocado. *Sigue* tocándome—. ¿Te he dado permiso para que me toques?

—Lila te ha amenazado diciendo que si vuelves a hacerte daño hará algo que no te guste nada, ¿verdad?—No me suelta—. Como poner tu caso de ejemplo en una campaña contra el maltrato infantil o algo así.

¿Eso ha sido un chiste? Me ha hecho gracia, pero estoy herida así que no cuenta.

—Puede. Vale, la última vez me dijo que debía estar un mes entero sin ir a verla. He estado teniendo mucho cuidado, pero…

—Los accidentes pasan.

—Sí.

—Lo entiendo —dice y sí que parece que lo entienda.

Parece que entienda todo lo que sea capaz de decirle. Ahora no está enfocado en mi codo, sino en mi cara. Me vibra algo en el estómago cuando reparo en lo alto que es, en que tiene algunas pecas repartidas por el puente de la nariz y en que su pelo negro le cae sobre la frente. No me impresiona, pero agacho la cabeza y aparto mi maldita mano.

La idea que mi padre tuvo siempre de un regalo eran sesiones extras de entrenamiento bajo su ojo crítico que acaban siempre con mi llanto. Nunca veía mis fortalezas, siempre mis debilidades. Si no tenía nada malo que decir, no decía nada. *Tiempo en familia*, lo llamaba. Llegué a odiar la Navidad, me figuro que a nadie le sorprende por qué. En cualquier caso, las apariencias engañan y el jugador que tengo delante no es un corderito inofensivo. Con toda seguridad, es un lobo encubierto, y por eso tengo que irme antes de…

—¿Me has oído?

Levanto la cabeza de nuevo.

—¿Qué?

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no te has curado la herida tú misma? No es profunda.

—¿Y a ti qué más te da? Esto no es asunto tuyo, no me lo has hecho tú, y como ya te he dicho, mis amigos…

—¿Cómo se llaman?

—¿Qué?

—Esos amigos tan enormes que tienes, ¿tienen nombre?

—Jim y James. —El silencio que viene después es demoledor.

Bochornoso se queda cortísimo.

—¿Jim…? ¿Y James?

—Eso he dicho. —Resoplo y murmuro—: Está claro que tantos golpes entorpecen las funciones auditivas, deberían especificarlo en la etiqueta del material deportivo que te compras.

—Voy a hacerte el favor de no preguntarte sus apellidos. Dudo que ninguno de los dos pueda superar lo que se te ocurra.

—No me lo he inventado. Van a venir.

Durante una fracción de segundo tiene la confusión en el rostro de alguien que ve sol en la previsión meteorológica mientras la lluvia le moja la cara. Entonces sus facciones se relajan.

—Te da miedo la sangre.

Lo confirma, como un hecho irrefutable.

—A mí no me da miedo nada.

—No te has mirado el codo ni una vez y actúas como alguien a quien le ha dado un tirón en el cuello y no puede girar la cabeza. —Se genera un silencio que no sé cómo negar, ya que no puedo mirarme la herida.

—Aprensión es una palabra que dista mucho de «miedo». Y tampoco tengo aprensión.

—¿Puedes esperar aquí?

—¿Disculpa?

—A tus… amigos, ¿puedes esperarlos aquí? —dice encogiendo esos hombros enormes que tiene, que me hacen sentir una pulga en mitad de un colchón que no le pertenece—. Lo digo porque voy a ir a la enfermería a por lo que necesitas y si cuando vuelva no han llegado todavía, tal vez me dejes echarte un cable. Aunque, por supuesto, no te hace falta.

—No, no, yo… he dicho… tú…

Se marcha. Antes de que articule una respuesta adecuada y furiosa que me represente como es debido, vuelvo a estar sola en el pasillo. El entrenamiento, el ballet y las prácticas me han dejado los cuádriceps hechos polvo. Por eso no me largo de inmediato y echo a correr.

Miro el abrigo de London y me odio a mí misma. Estoy segura de que solo está haciendo esto para burlarse de mí, para vengarse por haber sido borde el otro día. Fijo que es lo que hace en sus ratos libres, un ajuste de cuentas. Probablemente tenga una libreta con nombres en clave y localizaciones, la mía sería patinadora gélida de la enfermería: ridiculizar por soledad. No solo tiene unas piernas muy fuertes, sino que puede ser sigiloso como un puma, porque no me doy cuenta de que está de vuelta hasta que se sienta a mi lado.

—¡No! ¿Por qué has traído todo eso? Pensaba que ibas a sacar lo mínimo de forma disimulada, ¿le has dicho la verdad a Lila? ¿Le has dicho todo, no? ¿Cómo puedes ser tan…?

—Lila no estaba —interviene abriendo la pequeña caja roja, ignorando mi ataque de pánico—. Tenía una excusa preparada sobre lo brutos que pueden ser los jugadores de hockey que practican en la pista a la que nunca te has acercado, pero no ha hecho falta.

Le miro manteniendo la vista en sus ojos, sin bajarla siquiera a sus hombros. Entonces se pone en pie y se aleja del banco.

—¿A…? ¿A dónde vas?

—Al vestuario.

—¿No vas a…? Ahh. Ya, entiendo, sí. Adiós. —Una ráfaga de vergüenza

arrasa conmigo.

«Claro que no, Premium. La gente no ayuda sin que te endeudes a cambio, ¿o es que has olvidado toda tu existencia?».

—Me has dejado claro que no estás cómoda con el contacto físico. Además, he supuesto que, ya que no tienes miedo ni aprensión a la sangre, preferirías hacerlo sola. —Mueve la cabeza hacia el botiquín—. ¿Por qué no empiezas?

Resoplo y me veo tentada a decir que no me apetece, pero en vez de eso, busco en el botiquín a ciegas. Toco lo que parece un plástico firme y dudo si es el enganche de una venda, o…

—Eso son las tijeras —dice cruzado de brazos, apoyado en la pared, saboreando el momento.

—¿Por qué sigues aquí?

—Pídemelo.

Un calambre me recorre el estómago. Su tono es grave, autoritario, masculino.

—Ya te he pedido que te largues y no lo has hecho. ¿Para qué iba a pedírtelo otra vez?

—¿Siempre eres así?

Quiero decirle que sí, darle el número de mi hermano para que disfruten poniéndome a caldo lejos de aquí, pero él descruza los brazos se acerca a mí y se sienta a mi lado.

—¿Cómo te llamas?

—¿Y eso qué más da?

—¿Contestas alguna vez a las preguntas que te hacen?

—Premium Hunt.

—¿Premium? —Se detiene tras verter un líquido en algo que no veo y sus ojos me atraviesan. Quiere reírse, pero se aguanta—. Es un nombre poco común.

—Sí. —Me limito a morderme el labio para que no disfrute sabiendo que me está doliendo, pero joder si está doliendo.

Escuece que no veas.

—Yo me llamo Zayne. Zayne Swanson.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? —Oigo un deje tenso en su voz, lo cual es raro.

—Me lo dijo Lila, pero yo no pregunté.

Sonríe. No sé por qué sonríe, pero lo hace. Ha estado curándome sin apenas tocarme, centrándose en la herida del codo, pero una vez la ha desinfectado y vendado, me coge la mano para limpiarme la sangre del brazo. Tengo la espalda

recta, estoy conteniendo la respiración y noto un impulso en las rodillas de ponerme en pie, pero por algún motivo no lo hago. Sus manos son muy grandes, igual que él. Me he fijado, pero de nuevo, estoy herida, no cuenta.

—¿Cómo te lo has hecho? ¿Otra cornisa?

—He chocado contra alguien al caer de un triple axel. —Porque el cuádruple no me sale ni flipando.

—¿Un triple axel? ¿En serio?

No sé qué me sorprende más, que sepa lo que es o el tono mezcla de orgullo y admiración con el que lo dice.

—Sí, no es tan raro —musito.

—¿La persona con la que has chocado está bien?

—¿Antonov? Oh, sí, él está estupendamente. Ha calculado bien.

Frunce el ceño. «Sí, es justo lo que estás pensando». Teniendo en cuenta que solo quedábamos los tres en la pista, a cualquiera le resultaría sospechoso que nuestros caminos se hubieran encontrado, pero a Alexander no. Él nunca veía segundas intenciones en Antonov. «Pareces de porcelana, Premium», esas habían sido las palabras de mi entrenador cuando se ha visto obligado a poner punto final al entrenamiento de hoy.

Zayne me suelta despacio al terminar y oigo cómo se quita los guantes.

—Ya está, puedes mirar.

Mi corazón se contrae por miedo a que sea mentira, a que juegue con lo que ya sabe de mí para pasárselo bien, pero cuando la miro mi piel está normal. Zayne se levanta tras un breve silencio.

—¿A dónde vas?

—A devolver esto. —Levanta el botiquín ya cerrado—. Procura no… —sacude la cabeza—. La próxima vez que te pase, puedes pedirme ayuda.

Me mira como si lo dijera en serio, como si fuéramos amigos y esto fuera algo habitual entre nosotros. Pienso dónde está la gracia, cuál es la broma que no pillo, pero no doy con nada. La electricidad, claramente causada por mi herida reciente, me da calambrazos por la piel mientras sus ojos se mantienen sobre los míos a la espera de una respuesta.

—No será necesario. —Me levanto también y agarro el abrigo de mi mejor amiga—. Gracias por curarme. Que vaya bien.

El viento frío nocturno me da la bienvenida y ahí es cuando caigo en la cuenta de que me falta papel de regalo para envolver la sorpresa de Dás. Pasado mañana es su cumpleaños y hemos hecho un álbum de fotos y recuerdos, intercalando selfies con objetos tipo: la servilleta del primer bar al que fuimos en

el viaje express a Alemania o el billete de tren de Nueva York, gastado, de aquel día que nos perdimos y tuvimos que caminar cuarenta y cinco minutos hasta el hotel a las dos de la madrugada. Llevamos semanas recolectando tesoros y por fin está todo listo. A pesar de que finge que no, es una ñoña y fijo que llora en secreto.

Tras comprar el papel vuelvo a mi taquilla y encuentro lo que London y Misty han dejado ahí para que decore el paquete.

—Pegatinas de fonendoscopios —susurro—. Le va a encantar.

—Más le vale, me pasé horas buscando en Amazon.

Doy un bote y me giro para ver la cara de London a un palmo de la mía.

—Ahhh, así que por eso tienes ojeras de mapache, —Misty chista la lengua —. Claro, claro.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No se suponía que ibais a distraerla?

—Sí, pero ya no hace falta, ha salido con ese chico.

—¿Qué chico?

—Edward —dicen al tiempo.

—¿Con Edward? —Se me caen los hombros—. No, joder, con ese no. Ese tío bebe mucho y es muy bruto, no me gusta ni un pelo.

—¿Qué íbamos a hacer? ¿Atarla a la cama con las esposas que London *no* guarda en su armario?

—¿Has rebuscado en mi armario?

—Quería el jersey blanco suave, pero juro que no vi nada más comprometido que eso. —Misty me mira y me sonríe—. En cualquier caso, debíamos asegurarnos de que no decorabas al tuntún. La presentación es importante.

Pongo los ojos en blanco.

—Si vais a seguir con ese rollo de que no se envolver regalos, largaos, no pienso compartir el papel con vosotras.

—No es un rollo, es que utilizas demasiado celo —dice London.

—Y los pliegues no están bien vistos.

—Ni las arrugas llamativas. No es nada personal, Premium.

—Aunque un poco sí.

Pongo los ojos aún más en blanco y me siguen. Ocupamos una mesa del espacio abierto de trabajo que la mayoría de la peña de economía utiliza para comer a toda prisa antes de las clases de la tarde. Los de administración y dirección de empresas tenemos una vida un poco mejor y podemos permitirnos vaguear quince minutitos en el bar.

—No me puedo creer que Dás quiera volver aquí cuando todo termine —dice

Misty—, ¡y sin nosotras!

Quiere estudiar medicina cuando decida que su carrera de patinaje ha llegado a su fin. Lleva diciéndolo desde primero.

—No tengo ninguna duda de que lo conseguirá —London admirando mi elección de papel—, aunque menudo palo estudiar administración con nosotras para luego no usarlo.

—Nunca se sabe —dice Misty mascando chicle—, puede irnos fatal. Podemos acabar ocupando la parte oscura de un puente remoto en alguna ciudad con menos de tres mil habitantes y que lo único que nos salve sea nuestra sabiduría de contables. Para ser médico hace falta pasta y saber contarla puede ser un puntazo.

—Que ceniza eres a veces, en serio —gruñe London, probablemente batiendo un récord de la persona más irritada del mundo que sostiene unas serpentinas.

Mientras discuten abro el confeti y luego inundo la bolsa en la que vamos a meter el regalo. «Porque esto fijo que no lo hago mal». Hablamos un poco de las clases de esta mañana y yo evito con ingenio tocar el tema de mi codo. Llegamos a casa y hacemos la cena, una tortilla con pavo y frutos secos. Justo antes de sentarnos a la mesa me vibra el móvil. No consigo entender por qué descuelgo.

—La semana que viene tienes que viajar a Rumanía, el jueves, te voy a enviar los billetes por email. Si llevas maleta para facturar te lo pagarás tú. —Cuelga.

Respiro hondo, me meto en mi cuarto y espero a que conteste.

—Suerte que para el patinaje no hace falta ser muy listo, ¿qué es lo que no te ha quedado claro?

—No voy a ir.

—Claro que irás, ya está pagado. Deberías aprender a dar las gracias, esto es dar de comer a tu fama. Aunque no sé de qué me sorprendo, eres una desagradecida, como todos los niños mimados.

Me muerdo la lengua para no decirle por dónde se puede meter el billete y su opinión. Aprendí hace tiempo que lo contrario al amor no es el odio, es la indiferencia, y eso quiero fingir que siento hacia mi hermano. El mismo que cuando éramos pequeños se negaba a darme un abrazo o a jugar conmigo o a hacer ver como que el vínculo que nos unía significaba algo. Que aceptara trabajar para mi padre en la organización que se lucra de la imagen de nuestra madre muerta no debería haberme sorprendido tanto como lo hizo.

—Te cuelgo.

—Vance.

—¿Qué más quieres saber? Te he dicho que te enviaré un email.

—¿Estás sordo? —Me tiemblan las manos cuando aprieto los puños—. ¿Hace falta que te lo repita? No voy a ir.

—Mira, Premium, no me toques las narices. Tú no has hecho nada para merecerte la posición que tienes, apenas sabes patinar, estás donde estás por papá y por ser hija de Anastasia Kashnova, así que cierra la boca y haz lo que sabes. —Se ríe de forma amarga—. Solo tienes que ir allí y dar un par de entrevistas, fingir que es tu sitio. Sé que tu ego da para eso y más, así que no nos lo pongas difícil, ¿quieres?

—Se lo has prometido a alguien antes de preguntarme, ¿verdad? Y ahora tu palabra está en juego y lo que quieres es que te haga un favor. ¿Es eso?

—Deja de ser una niñata, Premium.

—No voy a ir, ¿me has oído? Tengo responsabilidades aquí. No vuelvas a llamarme a menos que sea para una emergencia de verdad. —Cuelgo y pongo el modo avión con el pulso acelerado y la boca seca.

Hago una larga exhalación y tiro el móvil en la cama. Quiero gritar. No, lo que de verdad quiero es estampar el móvil contra el suelo con tanta fuerza que nadie pueda imaginar que ese montón de piezas rotas, en otra vida, sirvió para algo.

Vuelvo al salón y para mi desgracia Lorelai y Rory están muy calladas. Esperan a que me siente frente a un set de cubertería de la *Barbie* para preguntar.

—¿Quién era?

—Mi hermano. —Me coloco la servilleta de Ken en el regazo.

—¿Qué quería? —London pone cara de asco.

—Tocar las narices.

—Es tan mono —comenta Misty antes de fingir una arcada.

—¿Detalles?

—Quiere que vaya a Rumanía a hacer unas entrevistas. —Se revolucionan y empieza el festín de miradas incrédulas, gruñidos de queja y una larga ristra de insultos—. Da igual, no voy a ir. Cambiemos de tema.

—Seguro que te ha dicho una impertinencia del estilo “así haces algo útil con todo ese tiempo libre que tienes” —London se levanta y camina alrededor de la mesa—. Es un ignorante odioso y juro que voy a ir a Manhattan y le voy a patear su puto culo de asqueroso reprimido que no tiene otra cosa que hacer con su vida que sacudirle los bolsillos a la gente y recoger las migajas que caen. No entiendo cómo sois hermanos.

—La primera tortita siempre sale mal —dice Misty-Mist.

—Vosotras tres sois hijas únicas.

—Las excepciones que confirman la regla. Argh, no me extraña que no dejes de tener pesadillas —London se deja caer en la silla y me lanza una mueca lastimera muy poco merecida.

—¿Tienes pesadillas? —pregunta Misty, a lo que me limito a asentir.

Zayne ha estado apareciendo en mis sueños en contra de mi voluntad. No se me ocurre otro modo de describir la forma en que su mirada se clava en la mía.

—¿De qué tratan?

—Sí, a mí tampoco me lo has contado. ¿Sale tu padre? ¿Sale Alexander? ¿Sale Antonov? ¡Dios, ¿por qué hay tantos imbéciles en nuestras vidas?!

—Eh, dejemos el tema. A Vance le he dicho que no, he colgado y he puesto el modo avión, así que se acabó lo que se daba. Nos ha salido riquísima la cena, ¿eh?

—Estoy orgullosa de ti —London me pone una mano en el hombro y me mira de arriba abajo como si fuera un gato con tres días de vida que ha sido abandonado en una triste carretera comarcal.

Es entonces cuando se percata de la venda que llevo en el codo y de repente hablar de mi hermano no me parece tan mala idea. El odio que tienen a Alexander crece cada día y temo que eso dificulte aún más las cosas.

Están hechas polvo, así que en seguida se ponen el pijama y se preparan para dormir. Mientras Misty se pinta las uñas de los pies de color plateado, (sí, es invierno, no, no le importa), London se pasa quince minutos hablando con Dan, diciéndole lo mucho que le echa de menos pese a que se han pasado la hora de la comida morreándose. Hace un par de meses que se liaron, cuatro semanas que aumentó la frecuencia a la que venía al piso y ahora se llaman casi cada noche.

El silencio lo inunda todo a eso de las nueve y media.

London tiene una adicción severa, preocupante e incurable a los cojines suavísimos de pelo rosa, pero cuando me siento en el sofá a oscuras, tapada con la manta, lo agradezco. Bostezo mientras repaso los vídeos de mis últimas competiciones. No falta mucho para que tenga viajar para competir, así que me viene bien. Se me cierran los ojos, pero lucho contra el sueño obligándome a decir en voz no muy alta los errores que veo.

—La elegancia de las manos en los giros, tengo que darles más importancia… Alexander ha dicho de mi caída del *lutz*… alzar los brazos con gracilidad… —No he dado ni una cabezada, ni una, así que no entiendo cómo Dás se materializa sin más delante de mí con el ceño fruncido y el cansancio en sus redonditas facciones.

—¿Qué haces aquí?

—Has salido con Edward el sinvergüenza, ¿qué esperabas?

—No es un sinvergüenza —miente.

—Le tiró su examen a la cara al profesor de cálculo cuando le acusó de copiar. No solo es que no tenga respeto por la autoridad, es que encima sí estaba copiando.

—Mi-M, tú odias al señor Rockner.

—Una cosa no quita la otra. —Tira de mí y me pone en pie.

—A la cama.

—¿Por qué sales con ese tío? Es idiota, tú no.

—Porque la tiene enorme y sabe muy bien lo que se hace.

—Dás.

Se ríe.

—Oye, que no voy a casarme con él. Tenemos un pacto sexual de mutuo acuerdo del que disfrutamos de vez en cuando, nada más.

—Ya, no, si me parece estupendo, ¿pero no puedes encontrar a alguien que acepte ese pacto y de paso no sea Edward?

—No todas somos tan fuertes como tú, Premium. No todas somos capaces de esperar sin saber cuándo llegará la meta.

—¿De qué estás hablando?

—En algún momento ese escudo tuyo se hará pedazos y me muero de ganas de ver quién será el que consiga derribarlo. Tal vez conmigo pase lo mismo, pero mientras tanto, me divertiré con Edward. —Me da un beso en la mejilla y después de un rápido «buenas noches» se mete en su cuarto.

Al día siguiente nuestras clases terminan pronto, lo lógico sería que aprovechara esas dos horas libres para adelantar faena, así que no entiendo cómo he llegado a un partido de baloncesto. El primero del año, el único que el equipo de la UINS juega en casa. London nos ha arrastrado a todas para que animemos a Dan. Sé que Misty ha venido por las palomitas y Dás con el objetivo de beberse su peso en litros de refrescos azucarados. ¿Pero qué hago yo aquí? London grita eufórica antes de que empiece el partido mientras luce su camiseta de novia orgullosa.

Pensaba ponerme a estudiar sin que London se diera cuenta, pero el partido es épico. Es tan reñido que no hay una ventaja considerable para ninguno de los dos equipos, en seguida se adelantan el uno al otro.

—Oye —me dice Misty—, ese rubio…

—Jack Carter. —Leo en su camiseta.

—Es excelente. ¿Es el capitán?

—Sí, Dan lo dijo un día, no para de salvar puntos.

El equipo blanco los persigue, Jack le hace un pase a Dan, Dan gira y se lleva la pelota tan lejos como puede. Lo acorralan, se ve obligado a lanzarla y desde una esquina se la pasa a Leo que está a punto de perderla pero se la devuelve a Carter y él canasta desde *muy* lejos.

Gritamos con el público.

¡Tres puntos! El partido va demasiado deprisa. Un jugador de blanco cae al suelo, pero parece que se tira, así que gritamos al árbitro para que medie en nuestro favor y cuando lo hace juro que se me va a salir el corazón del pecho.

Pasan treinta minutos y la cosa se tensa horrores. El equipo de Ohio acaba de perder una oportunidad de oro para encestar y Stephan, de North Star, no ha desaprovechado la suya. Todo el grupo de jugadores de rojo vuela hasta el otro lado del campo. El insoportable de Raddier empuja a nuestro Leo, pero él se recupera y la lanza a Dan. Canasta, dos puntos. London se vuelve loca.

—¡Dios! —Dás me aprieta el brazo—. ¿Pero es que no necesitan acercarse a la canasta o qué pasa?

—No lo parece. ¡Me encanta este deporte!

A medida que el reloj avanza el equipo de Ohio pierde compostura y cuando el reloj marca una hora, empiezan a jugar sucio. El odioso Brihnamot se acerca a la canasta para quitarle el balón a nuestro Sam, pero su mano no se acerca a las del jugador sino a su cara. Está a punto de darle en el ojo, lo vemos con claridad por las pantallas. Sam cae al suelo y se lleva la mano al ojo izquierdo. Dejo de respirar.

—Ha ido a por él porque ha marcado el último punto, ¡están jugando sucio! —grita London, ganándose la mirada asqueada de un tío con la camiseta de Ohio y una bandera unas gradas más arriba.

—¡Ha sido un accidente, deja de lloriquear!

—¡Defiende a un equipo que sepa jugar sin romper las reglas! —grito.

—¿Sabéis lo que es la deportividad? —grita Misty—. Porque ellos está claro que no.

—¡A fregar, pringadas!

Dás se levanta y juro que si el partido no hubiera seguido, se lía. Pero nos vemos obligadas a olvidarnos de todo lo demás en cuanto la pelota vuela de un lado a otro. Los de blanco están tan apiñados junto a nuestra canasta que los jugadores del equipo de casa se ven obligados a retroceder. Queda poco tiempo, pero la pelota cae en manos de Jack. El tiempo se ralentiza. Siento la adrenalina. Un mar blanco corre hasta Carter, él se la lanza a Dan, su jugador favorito,

cinco, cuatro… Se la devuelve. Tres, dos… Jack salta y canasta. Tres puntos. Ganan el partido. El estadio estalla en gritos.

Esperamos al final de las gradas a que el equipo salga del vestuario, una vez el público ya se ha ido a casa. Aún estamos eufóricas.

—Ha sido bestial, ¿por qué no somos aficionadas al baloncesto? —Dás se ha comprado una mano inmensa de goma espuma después de que acabara el partido.

—No lo sé, pero creo que deberíamos ir a verlos a donde sea que jueguen —dice Misty buscando el itinerario en el Instagram del equipo.

—Es en Miami —dice London—, no podemos ir a Miami. ¿O sí?

—No, pero sería genial que jugaran aquí de nuevo —admito cuando ya he descartado convencerlas para irnos.

Soy de las que piensan que es mejor no conocer a tus ídolos, que siempre acaban siendo una pandilla de idiotas, pero han insistido.

—Juegan —London carraspea—. Antes he mentido para que vinierais. No es el primero ni el único de la temporada que juegan en casa. —Saca la lengua—. Pero ahora no os podéis enfadar conmigo porque os ha encantado y queréis verlos, así que os estoy dando una muy buena noticia. —Retrocede, pero alguien le corta el paso.

Dan. El equipo al completo está frente a nosotras y yo no debería saberme todos sus nombres, pero me los sé. London se agarra al cuello de Dan y le planta un beso tan íntimo que dudo si sabe que tiene público.

—Ha sido un partido brutal —dice Dás—, es un placer conoceros.

Nos dan las gracias. Es tan raro conocer a alguien que no te conoce nada.

—Habéis estado formidables, Sam, ¿qué tal está tu ojo? —sigue Misty, nadie diría que hasta hace un par de horas no sabía distinguir el base del escolta.

—Muy bien, gracias. —Sam se la come con los ojos—. Ya casi no duele. ¿Cómo te llamas?

—Misty, encantada de conocerte —le ofrece la mano y hacemos una ronda rápida de presentaciones.

Después dicen que esta noche van a celebrar la victoria del partido dando una fiesta en casa de Ridley y Stephan, que estamos invitadas.

—Entonces, ¿también estudiáis en la UINS, como London? —pregunta Leo mirándome solo a mí.

—Sí, somos patinadoras sobre hielo.

—Supongo que tendremos que ir a veros competir para que las cosas estén en paz —dice Ruby mirando a Dás.

Jack sale del vestuario en ese momento. Va cabizbajo, con una sudadera tres tallas más grande de lo que debería y el pelo rubio mojado. Me espero que sea un borde, un arrogante, un chulo y todo lo puesto a lo que es en la cancha, pero cuando abre la boca lo primero que dice es:

—Perdón el retraso, una madre y su hijo se han colado en el vestuario para unas fotos y el de seguridad casi llama a la poli.

—Adivino, no te has puesto de parte de Jordan —Ridley le pasa un brazo por encima de los hombros.

—¿Qué querías que hiciera, tío? El niño me ha chocado la mano y era así —junta tanto el pulgar y el índice que sé que es imposible que fuera tan pequeña. Sonrío y él también lo hace al mirarme—. Hola.

—Hola.

—Habéis jugado súper bien —dice London—. Tenéis que estar orgullosos.

—Se lo debemos a nuestro capitán y a ese montón de horas de estudio de estrategias que nos ha recompensado a todos —dice Dan empezando un aplauso.

—Algo tendremos que ver también el resto, ¿no? —pregunta Stephan, aunque también aplaude.

—¿Queréis venir a comer algo? —pregunta Sam hablando en plural, pero mirando solo a Misty.

Ella un poco cortada, asiente.

—No podemos —intervengo—, tenemos ballet en veinte minutos.

—Podríais estar enfermas —dice Dan—. La malaria está a la orden del día.

—Los mosquitos no sobreviven a este clima. Lo siento.

Jack se ríe por lo bajo y el sonido me resulta agradable. Tanto, que no escucho al resto que también lo hacen cuando mis amigas recapacitan y la cara de Dan se vuelve una mueca triste y dramática.

—Ya veo quién es la capitana de las patinadoras —dice Leo con una sonrisilla.

—Sí —responden ellas al unísono.

—¿De qué habláis? Nosotras no formamos un equipo, competimos de manera individual.

—Ya —Dás me pone una mano en el hombro—, pero si lo tuviéramos, sin duda tú serías la capitana. Eres la que más estudia y la que más enseña al resto. —Baja el tono—. Y sin duda, eres la más caga-prisas y la razón principal de nuestra puntualidad.

Le pellizco un costado y se aparta riendo. Nos despedimos y ellos se van, porque están famélicos. Las cuatro hacemos un círculo que bautizo como el

círculo de las recriminaciones.

—¿Cómo os apuntáis a todo tan rápido?

—Bueno… —London desvía la mirada.

—¿Se os han olvidado vuestras metas y obligaciones?

—No, jefa. —Dás cuadra la espalda.

—Solo queríamos divertirnos. —Misty hace una mueca.

—Entonces haber escogido otra profesión.

—Eso —dice London—, aquí hemos venido a sufrir y a ser desgraciadas. ¿A qué se viene a la universidad sino?

—Perdonad —una voz masculina suena a mi espalda. *Jack*—. Esta noche vamos a hacer una fiesta, para celebrar la victoria. —Desvía la mirada a sus pies con algo que me niego a aceptar que sea vergüenza después de cómo se ha metido a todo el estadio en el bolsillo.

—¿De verdad? —pregunta Dás en tono cantarín—. No sabíamos nada.

Se pasa una mano por el pelo y al acercarse llega hasta mí un olor fuerte, muy agradable y masculino. Nada que ver con el olor a tabaco que siempre desprende Alexander, lo que percibo es fresco, con un toque de limón.

—Si os apetece pasaros y vuestro horario os lo permite —me mira—, estáis invitadas.

Quiero contestar, pero mi lengua está atontada y no funciona. «Error 404».

—Sacaremos un rato, Jack, gracias —contesta London—, las cuatro.

El plan de ir a la fiesta se va al traste cuando les recuerdo a mis tres preciosas y olvidadizas mejores amigas que tengo trabajo en la biblioteca. ¿Qué hacen ellas? Esperarme a que vuelva. Pero no me esperan vestidas, maquilladas y listas, no, me esperan en pijama para que nos arreglemos juntas.

—Porque es un ritual —dice Misty.

—Porque así compartimos más tiempo juntas, que ya nos queda muy poco —dice London.

—Eso es cierto, pero también lo es que teníamos mucho sueño y nos hemos quedado fritas en el sofá —dice la que falta.

El piso huele a caramelo que no veas porque London nos ha bañado en perfume, Misty sigue envuelta en mantas en el tocador improvisado que es nuestra pequeña cocina porque “alguien le ha dejado sin agua caliente” y Dás está viendo un tutorial de cómo hacer un *smokey eye* sin parecer un mapache.

—Esta noche va a ser genial —La de las mantas se pone más y más colorete —, me encanta conocer a gente nueva.

«A mí no».

—Sí, va a ser una fiesta increíble —dice London rizándose el pelo desde el baño con la puerta abierta—, yo estaré con Dan, Sam se enterará de que su nuevo *crush* es lesbiana y por una vez, Dás no se liará con un sinvergüenza.

—Eh, yo no soy el *crush* de Sam.

—Me da a mí que sí —admito ajustando los calcetines con lazos para que las botas blancas de tacón me cierren.

Tengo la mala costumbre de calzarme antes de enfundarme en el vestido. «Porque tonta se nace, no se hace».

—¿Si pasara de Edward dejaríais de darme el coñazo con el temita? —pregunta Dás alzando dos vestidos para que elijamos, uno verde y uno rojo.

—Sí —decimos al unísono—, y el rojo.

—A veces parece que estemos conectadas.

—Sí, Misty, a la nave nodriza —Dás vuelve a su cuarto para ponerse el vestido rojo mientras empiezo con el delineador.

—Por cierto, London, ¿te fijaste en la forma en la que Jack miraba a Premium?

Se me cae la brocha del iluminador de las manos. Me giro y las tengo a ambas en el sofá, una con media cabeza llena de rizos y la otra con una sola mejilla colorada.

—No vamos a llegar nunca si no espabiláis.

—¿Sabes qué me contó Dan? —Le dice London a Misty, fingiendo que no estoy presente—. Que el año pasado Jack lo pasó fatal por culpa de un imbécil de la Universidad de Underglare. Por lo visto se fijó en una chica que no debía y un grupito se dedicó a hacerle una putada tras otra. Incluso le dieron una paliza una vez.

—¿La chica tenía novio?

—Qué va, que va, no hubo cuernos. Por lo visto el antiguo capitán estuvo dando la cara por él hasta que detuvieron al culpable.

—¿Lo detuvieron?

—Sí, pero porque también había hecho otras cosas. Era un tío muy turbio. El equipo tiene la esperanza de que este año le vaya mejor, porque se lo merece.

Una Dás despampanante sale de la habitación justo cuando se hace el silencio y ninguna de las tres puede apreciar lo guapa que está.

—Vaya caras, ¿sabéis que vamos a una fiesta y no a un funeral, verdad?

C a p í t u l o 4

Zayne

Estoy intentando ser positivo pero me está costando. No he recibido ninguna oferta por parte de los ojeadores que visitaron el campamento de hockey. Tuve que escribir a mi agente deportivo para asegurarme de que no se había olvidado de mi existencia, lo cual se tradujo en una conversación un poco triste sobre las pocas oportunidades que hay para todos los excelentes jugadores que destacan por encima de la media.

«Vamos, que estoy jodido».

Después de la bronca que nos echó nuestro entrenador por perder un partido contra los *Yedans* de California, lo último que querría es vernos emborrachándonos. Por suerte, no lo va a ver, puesto que la fiesta es en casa de nuestros colegas de baloncesto. Hoy han bordado su partido en casa y se lo merecen, nosotros solo les estamos siguiendo el ritmo. He perdido la cuenta de los vasos que he hecho para Schneider y para mí lo que va de noche, pero no han sido suficientes. La mano de mi futuro todavía me aprieta la garganta con demasiada fuerza

—Estoy orgulloso de ti, tío —dice Anthony colocando los vasos en la mesa que vamos a usar para jugar al beer pong—. Lo habitual es que a estas horas tu batería social se haya agotado y aún sigues aquí, es como si fuera mi cumpleaños.

—¿Qué puedo decir? Estoy contentísimo.

—Nos faltan jugadores, capi —dice Tyler colocándose a nuestro lado de la mesa.

Anthony hace números y busca por la sala oscura llena de gente bailando. Diez vasos a cada extremo de la mesa (cada uno con una mezcla de tequila que voy a patentar) son una gran cantidad de vasos.

—¿Dan no había dicho que quería jugar? —pregunta Jacob que pulula a nuestro alrededor.

—Shhh, tú no estás aquí, chaval —le digo—, tú no puedes beber.

—Solo he venido a mirar —dice antes de darle un largo trago a su cerveza.

En ese momento aparece Dan con otro montón de jugadores de baloncesto. Espera. No son *solo* jugadores. La chica de ojos tristes y ceño fruncido, la que no tiene miedo a la sangre, pero sí lo tiene. *Premium.* El efecto del alcohol desaparece y estoy muy despierto. Me obligo a no mirarle el cuerpo como un baboso, pero se ha puesto un vestido. Un vestido te digo.

—Traigo refuerzos —dice Dan saludando al grupo.

Se hacen algunas presentaciones, aunque todo mi equipo se queda cortado al ver a Premium cuando la reconocen. Todos menos Anthony, que no tiene registrada la palabra vergüenza en su base de datos.

—¿Eran ellos los amigos enormes de los que hablabas? —pregunta desplegando su amabilidad y don de gentes—. Pues no mentías en lo de enormes. Encantado de conocerte oficialmente, me llamo Anthony Schneider.

—¿Qué amigos? Si nosotras acabamos de… —la chica rubia a su lado cierra la boca cuando ella le lanza una mirada imponente—. ¿Sabes? Lo más seguro es que sí fuera sí fueran ellos.

No puedo no sonreír, pero lo intento que es lo importante. Se reparten a cada lado de la mesa y *ella* camina hasta el mío. Voluntariamente.

—Hola, Zayne —dice en tono neutro.

—Hola, Premium.

—Vale, bien, todos sabemos cómo funciona esto, ¿no? —Anthony se frota las manos—. Nosotros vamos a encestar todas las pelotas en sus vasos hasta vaciarlos, y ellos van a llorar.

—Es una suerte que os dediquéis a canastar treinta horas a la semana —empieza Jack Carter al otro lado—. Uy, no, espera, si esos somos nosotros.

Una serie de «uhhhh» suena por la sala.

—Una portería, un vaso… nosotros marcamos goles sea donde sea, si buscáis intimidarnos os habéis equivocado de rivales —le rebato consiguiendo el mismo efecto en el público.

—Los perdedores tendrán que pasarse el resto de la noche sin camiseta —propone Jonathan—. ¿Trato?

—Una mezcla de *strip póker* y *beer pong* —resume Anthony—, me gusta.

—Un segundo —London abre los ojos espantada—, ¿en qué se traduce eso si llevas vestido?

—Vosotras os libráis del castigo —Dan le besa la mejilla—, ellas están exentas. ¿Todo el mundo conforme?

—Sí —decimos la mayoría y siento un par de ojos taladrándome la mejilla.

Cuando la miro, es evidente que le sorprende. O bien no ha ido a muchas fiestas, o bien se ha rodeado de capullos capaz de aprovecharse de la situación. «Joder».

El primer punto lo marca Jack y me lo bebo yo, entonces canasto en otra y se lo bebe él. El juego es agradable, lleno de pullas amistosas y todo va bien, salvo por el detalle de que Premium está muy cerca de mí y a esta corta distancia es imposible ignorar lo bien que huele su pelo a *no tengo ni idea qué* pero dulce. O el olor a melocotón que desprende el resto de su cuerpo. O lo cerca que está su culo de darme en… Me encantaría mantener las distancias, y aunque no hay mucho espacio, lo intento con ganas porque no quiero que crea que me aprovecho.

El equipo de baloncesto es tan bueno como cabría esperar, pero lo que no saben es que Schneider sería ganador de la medalla de oro si el *beer pong* fuera un deporte olímpico. Resulta sospechoso lo bien que se le da a Jacob, pero también lo dejo pasar. Soy un capitán horrible. Pero pese a nuestras virtudes de equipo, vamos perdiendo por dos.

—Eh, ¿y si el que pierda tiene que organizar otra fiesta el finde que viene? —pregunta Dan.

—Si lo que quieres es que te inviten a su casa, solo tienes que pedirlo —Jack encesta y a Jacob le toca beber.

El que encesta la pelota en el vaso puede elegir quién quiere que se lo beba, y eso es lo que hace Leo.

—Premium —dice con una sonrisa perversa, pero ella ya se ha bebido dos enteros y por la reticencia con la que coge el vaso, juraría que no está acostumbrada a beber.

Se lo quito de las manos y lo vacío.

—Eh, ¿de qué vas, Swanson? —Se queja Ridley—. Nada de trampas.

—¡Qué caballero! —gritan varias de sus amigas por encima de la música.

—¿Leo no ha dicho Zayne? Culpa mía, estaré perdiendo oído de tanto ganar.

La oigo reírse. No tiene sentido con lo fuertísima que está la música y con el hecho de que tenemos que hablar a gritos, pero para mí la habitación se queda en silencio y la oigo solo a ella.

Rompo el pacto que había hecho conmigo mismo, bajo la cabeza despacio mientras el juego sigue y me quedo embobado con su sonrisa. Es tan radiante que me cuesta hasta tragar saliva. La primera vez que la vi, a pesar de las lágrimas, ya fue evidente que era preciosa pero esta noche desprende una alegría que no es comparable a nada. Oigo el latido de mi corazón y siento cómo se

acelera en mi pecho, Premium se gira y me pilla de pleno. «Mierda». Le sonrió un poco, con la escasa seguridad que me ha dejado contemplarla, pero ella no me devuelve el gesto.

—No tenías por qué —sacude la cabeza—, no te lo he pedido.

—Ese es un gracias muy largo.

Esta vez sí sonríe. *Me* sonríe. A mí. Siento como las rodillas me flojean y una correa imaginaria se ata a mi garganta.

—Gracias.

Se da la vuelta justo a tiempo para ver a su amiga Dásie fallar un lanzamiento. Debe ser cosa del alcohol, (no sé bien si el que se ha bebido Premium o el que me he bebido yo), pero juraría que está bajando las barreras. Que ya no odia tanto coexistir en el mismo espacio vital que yo de la forma que lo hacía la primera vez que la vi. De hecho, es ella la que ha caminado hasta este lado de la mesa. Puede que su experiencia con capullos sea mucho más extensa de lo que creo y tenga que demostrarle que yo no soy así, con algo más que unas vendas.

—Hoy estamos tristones —dice Tyler por lo bajo tras fallar un turno y pedir otro—, podríais darnos oportunidades extras.

—¿Y por qué estáis tristones? —se interesa London mientras el resto pasa de su cara.

—Porque no existe la justicia —concluye zanjando el tema antes de que tenga que obligarle yo a hacerlo.

Sé a qué se refiere al tema que han dejado a medias cuando he entrado a desayunar esta mañana, el mismo sobre el que llevan cuchicheando días: Ted.

—Eh, Premium —dice Leo—, como no has podido beber lo que te tocaba, ¿qué te parece si luego te invito a una copa?

Premium no dice nada. Dan le da un golpe en el estómago a Leo para que se calle y le dice algo al oído, lo cual me hace pensar que hay alguien más del equipo que está interesado por ella. No me gusta la idea, la verdad.

—Tengo una pregunta —empieza Misty—, ¿no podíamos alterar un poco las normas? Hacer una modificación tipo: aunque falles puedes hacer que alguien beba.

Todos se ríen y ella entiende que es un no y lo acepta agachando la cabeza y con las mejillas coloradas.

—Qué mona es —dice Sam, quien al acercarse a Jacob empuja a Premium y ella se desequilibra.

Su cuerpo choca contra mi pecho, se ladea y un momento después se agarra a

mis brazos con tal de no acabar en el suelo. No puedo contenerme y mis manos llegan a su cintura para que no se caiga. Espero que me grite en cuanto se dé cuenta de que la estoy tocando (otra vez), pero se queda inmóvil. Durante un largo instante, la calidez de su cuerpo pasa a través de la fina tela de su vestido y nadie lo impide. La sangre me arde en las venas, no sé qué le pasa a mis pulmones. Alza la mirada despacio y veo con claridad que sus ojos son un hipnótico mar de plata.

Sus manos son suaves y pequeñas en comparación con las mías y las siento resbalar por mis antebrazos cuando se incorpora. La ayudo al tiempo que salgo del trance. Cuando ladea la cabeza por encima de su hombro y me mira, espero que me ladre, que me lance una mirada asesina y diga algo que me deje claro que ha malinterpretado mi ayuda. Pero no lo hace. Sus mejillas están coloradas y asiente un par de veces antes de decir:

—Gracias.

—No, no ha sido nada.

Los vasos bajan a gran velocidad y alguien sugiere traer más para que el juego no acabe tan pronto. Premium que llevaba rato callada, se ofrece y va a la cocina. Me obligo a no seguirla, aunque quiero. Es la primera vez en mucho tiempo que quiero seguir a alguien a alguna parte, no tengo claro qué hacer. Anthony me da un codazo y luego un empujón, frena a Tyler que había echado a andar hacia la cocina y no me lo pienso más.

Me cuelo entre la gente a paso ligero para que no me pare nadie y la encuentro haciendo cola tras un grupo de chicas. El problema es que una de esas chicas es Angelica y parece haberme visto venir de lejos porque conozco esa mirada de reproche y rencor y algo me dice que las palabras que le está susurrando a Miranda Lennor no se quedan atrás. No me saluda, aunque yo sí, y cuando me pongo al lado de Premium puedo hacerme una idea de lo que ha escuchado de mí.

—He pensado que necesitarías ayuda con los vasos.

—Vale, gracias.

Guarda silencio mientras ellas cuchichean. Es bastante incómodo, la verdad, y me sabe mal que Premium tenga que pasar por esto cuando no es cosa suya. Por suerte, no tardan en irse con todo lo que van a beber. Le pedimos unos vasos al camarero que se encarga de la barra libre, pero se da cuenta de que se ha quedado sin hielos así que nos pide que esperemos un minuto. Me siento un novato, joder y estoy en cuarto. La veo incómoda y tengo que preguntar.

—Oye, si has oído algo que no…

—La rubia ha dicho que sales con alguien en casa y que estuviste a punto de acostarte con ella y dos de sus amigas, pero al final te rajaste porque solo te gusta jugar con la gente.

—No tengo novia. Y no tuve intención de acostarme ni con ella, ni con nadie.

Asiente y siento que la he jodido. Sigue incómoda, pero tal vez no sea conmigo, sino con la situación. Desearía saber lo que pasa por la cabeza ahora mismo.

—¿Por qué no?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no te acostaste con ella o con su amiga? Si de verdad no tienes novia.

Joder, vaya pregunta. ¿Por dónde empiezo? No me gusta poner a parir a nadie, no quiero criticar a Angelica, ni a ninguna de sus amigas aunque podría. Me paso la mano por el pelo.

—No tienes por qué contestar, es una pregunta muy personal, disculpa.

—No son mi tipo —concluyo porque no quiero que retroceda.

—¿No te gustan preciosas? Porque todas las de ese grupo eran guapísimas.

—Y está claro que la apariencia es lo único que importa, ¿no?

Sus gruesos labios rosados se quedan abiertos unos largos segundos, pero vuelve a juntarlos antes de pronunciar palabra. Lo repite y su boca *sí* es preciosa. Por fuera sigo serio, pero hay algo dentro de mí que está muy contento por haberla dejado sin palabras.

—Bien jugado, casi me lo creo. —Sonríe.

Frunzo el ceño, pero no llego a preguntar, porque un tío que no había visto nunca le pasa un brazo por encima de los hombros a Premium.

—¿Qué hace una chica como tú perdida en una fiesta como esta? —Se acerca tanto a su cara que no hay duda de que es su novio.

Pues claro. ¿Cómo no iba a tenerlo? De repente, ella le quita el brazo de encima y lo empuja.

—¿En serio, Antonov? ¿Incluso aquí? Lárgate, anda.

El tío se ríe y la forma en que lo hace ya consigue que me caiga mal. Soberbio, altivo, la mira como si ella solo fuera una cría de instituto y él el director de la Universidad de Indiana. Cuadro los hombros.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que si bebes más de la cuenta dejes de reprimir tus deseos? ¿Temes acabar pidiéndome que patine contigo?

«No intervengas, puede sola».

—Sí, te lo pediré de rodillas —responde en tono cortante—. No sabía que

eras sonámbulo, pero es hora de que te despiertes.

—Si te soy sincero, sí lo he soñado un par de veces. Aunque reconozco que si vas a pedírmelo sí me gustaría que te arrodillaras, y ya que estás ahí…

Mi puño está a punto de mandarlo todo a la mierda cuando Premium da un paso al frente y le mete un codazo en pleno estómago al gilipollas.

—La próxima vez será una patada en los huevos, Antonov, quedas advertido.

Los ojos de Premium se encuentran con los míos y su mueca seria pasa a reflejar sorpresa, entonces me doy cuenta de que estoy sonriendo a lo grande.

—Que susceptible eres con las bromas, Premium. Cuando te gradúes y no consigas comerte una mierda en el mundo real, tendrás que conformarte con hacerme entrevistas a mí y tal vez te diga que no. Has sido lo bastante tonta como para no aprovecharte de la suerte que te dio la vida, te has empeñado en hacerte un nombre recorriendo el camino difícil, ¿y cómo te está yendo? ¿Eh?

Premium no le ataca, se encoge, entonces dejo de poder frenarme.

—Vas a largarte de aquí chaval o voy a hacer que te apetezca.

—¿Y tú quién coño eres para intervenir?

—Soy su amigo y no me gusta nada lo que estás haciendo.

—¿Amigo? ¿Te crees que follártela te da algún derecho? —Vuelve a mirar a Premium y mis piernas se mueven solas, me coloco entre ambos.

Le saco una cabeza y no es por nada, pero es como un palillo con el que me limpiaría los dientes.

—Lárgate. ¿Quieres que te lo deletree?

—¿Y por qué mierda iba a hacerte caso a ti? ¿Acaso es tu casa?

—Como si lo fuera.

Endurece la mandíbula y me queda claro que no está acostumbrado a que le digan que no. Mal asunto. Maldice en voz baja, se da la vuelta y se va, pero cuando me giro, Premium ya no está. La veo un poco más allá hablando con London y paso de las bebidas.

—Quiero irme a casa. —Tiene los ojos llorosos y una expresión dura que insensibiliza sus facciones dulces.

—No puedes dejar que te estropee la noche.

—Está aquí, London, vamos a estar cruzándonoslo todo el rato, ya sabes cómo es. Me voy a casa, quédate si quieres por Dan, es su noche.

—No, si te vas me voy contigo.

—Podemos ir a mi casa —intervengo y ambas lo interpretan como lo que no es—. A ver, allí también hay una fiesta. Adler, uno de mis compañeros de piso lleva toda la semana preparando una fiesta que no estaba dispuesto a posponer

por esta, así que parte del equipo se ha quedado allí. Algunos hemos venido aquí para ver a Jack y al equipo, pero el plan inicial era volver a casa para estar con el resto. Así que no tienes por qué sentirte incómoda, no lo hago por el bocachancla ese.

London se ríe y Premium se esfuerza en no hacerlo.

—Otra fiesta suena genial —dice London apretándole el brazo a su amiga, emocionada.

No sé qué la convence, pero da el paso y nos largamos. Anthony ni siquiera termina el *beer pong* porque sabe a quién debe ser leal. Me despido de Jack y vuelvo a felicitarle por su victoria.

—Puedes pasarte por nuestra fiesta cuando la vuestra se vuelva un coñazo.

Se ríe. Me coge del brazo tras chocarme los cinco y se me acerca para preguntar.

—¿Estáis saliendo?

No me hace falta preguntar a quien se refiere, sé que va por Premium. Al empezar el curso pasado estuve a punto de partirles la cara a unos de Underglare por él, sé que no se merecía aquel acoso ni lo que vino después, igual que sé que es muy buen chaval, pero no quiero que lo intente con Premium. Para empezar porque sé que él sí se acuesta con Angelica, Eloise y todas sus amigas.

—No.

Sonríe y odio no haberle mentido.

—Es muy guapa —se gira para mirarla.

—Nos vemos, Carter.

Tyler se queda, pero es de los pocos. Para compensar, Dan se viene con nosotros. Casi es del equipo. Las amigas de Premium parecen majas y no me ha pasado por alto lo rápido que se han subido al barco de «largarse cuanto antes» cuando han sabido que el tal Antonov estaba por ahí. Está claro que le odian todas por igual y eso dice mucho de su amistad. Jacob se ha dado cuenta de que Premium está triste así que ahora no me lo quito de encima. Me cae genial, por eso me sabe fatal que no vaya a llegar vivo a mañana.

—Se te estaba dando muy bien el *beer pong*, quédate con eso.

—No he encestado ninguna.

—Ya, pero has estado a punto.

—Anthony —mi voz sale mucho más gutural de lo que pretendía, pero en un movimiento de cabeza lo entiende y se lo lleva. «Lo del disimulo no es lo nuestro»—. Perdónale, tiene buenas intenciones.

—Sí, lo he visto —sonríe un poco, pero sigue con las mismas ganas de fiesta

que cuando ha dicho que quería irse a casa.

—Antes… no quería intervenir. Era evidente que tenías controlada la situación, pero él estaba siendo un imbécil y no he podido contenerme.

Guarda silencio durante tanto rato que creo que la he cagado sacando otra vez el tema. Recuerdo que cuando ha pasado se ha marchado y dudo de hasta qué punto no quería que me metiera en sus asuntos.

—Es la primera vez que alguien hace algo así por mí.

—¿Qué? Venga ya, no es posible. Tus amigas y tú parecéis muy unidas.

—No, no, quiero decir que eres el primero que… —No termina la frase, pero no hace falta.

Me paro.

—¿Te refieres al primer hombre?

Asiente y con las manos metidas en el bolsillo del abrigo, sigue andando. Me quedo sin palabras. «¿Qué clase de padre tienes?». Tal vez no tenga. Puede que sea huérfana. Joder, no sé qué escenario es peor. ¿Tiene que ver con el mundo del patinaje? ¿Todos son escoria o qué? Tengo un millón de preguntas, pero no hago ninguna porque ella me trae de vuelta al presente.

—Creía que querrías algo a cambio.

—¿A cambio de defenderte? Joder, Premium, eso es muy triste.

Sonríe y su mirada deslumbra.

—Sí, supongo que sí.

Me doy cuenta de que su desconfianza tiene unas raíces profundas. Quiero saber más de ella y sus razones, pero sé que no es el momento. No cuando ya veo mi casa desde donde estamos.

—Anthony, Jacob, Adler y el resto, no son así. Puedes fiarte de nosotros.

No dice nada y me doy cuenta de la tontería que acabo de decir. Confiar no es tan sencillo para nadie, y es evidente que para ella menos todavía. Aun así, vuelve a darme las gracias.

—He perdido la cuenta de cuántas veces me has dicho eso esta noche. ¿Siempre eres tan agradecida?

—Es por beber, no te acostumbres. De hecho, no pienso volver a emborracharme.

Suena falso, así que esta vez el que sonríe soy yo. Llegamos a casa en diez minutos porque está muy cerca de la de Stephan y Ridley. Le pido a Premium que enseñe una foto del Antonov ese de los huevos al de seguridad. Sí, la fiesta que han montado Adler y Ace es privada, una nueva norma que hemos instaurado este curso. ¿La razón? Cada vez que poníamos barra libre en una

fiesta todo el campus venía a nuestra casa y hace unos meses unos tíos que ni siquiera eran amigos nuestros nos destrozaron el salón en una pelea. Así nos evitamos problemas.

Premium se anima en cuanto pasamos la entrada, mucho más relajada. Adler y Ace, los culpables de que nuestra casa se haya vuelto un circo, nos reciben con confeti.

—Bienvenidos a la mejor fiesta del año —dice Adler con intención de ponerme un gorrito de fiesta que arrugo y tiro al suelo.

Ace le lanza confeti a la cara a Anthony y él lo fulmina.

—¿Quién se supone que va a limpiar todo esto?

—Eh, ¿por quién nos tomáis? —Ace se apoya en Adler—. Hemos contratado servicio de limpieza profesional.

Es una suerte que no tenga problema en gastar el dinero de sus padres, de lo contrario, nunca habríamos podido librarnos de tanto confeti.

—¿Serían tan amables de dejar de preocuparse por todo y acompañarnos? —pregunta Adler en tono servicial.

Payaso.

—Tenemos un juego a medias y tendréis que beber para coger al resto de jugadores —concluye Ace.

—Suena genial —dice Dásie con una meca competitiva.

—¿Qué juego? —pregunta Jacob.

«Verdad o atrevimiento». Es evidente que la originalidad no es cosa de borrachos, Nos repartimos por las sillas y el sofá de la sala de estar, y en ese rincón nos aislamos del resto de la fiesta. En cuanto el equipo hace sus preguntas y las risas aumentan me siento en casa. Ya sé que lo estoy, pero eso no siempre va unido.

Mi vida en North Star no se parece en absoluto a mi vida en casa de mis padres. Les quiero y ellos siempre me han querido a mí, son los mejores padres que alguien podría soñar y a veces voy a verlos porque los echo de menos. Pero esta vida va aún más acorde conmigo, la verdad que me caen muy bien esta panda de tontos y brutos organiza fiestas.

—Turno del capitán —dice Jonathan frotándose las manos—, ¿verdad o atrevimiento?

—Verdad.

—¿Has rechazado un polvo de Angelica alguna vez esta semana?

Todos gruñen.

—Haz otra pregunta, menudo desperdicio —se queja Dan.

—¿Por qué? —pregunta London.

—Porque ya sabemos que sí.

—Vale, vale, la retiro. —Jonathan junta las manos en señal de disculpa—. ¿Es verdad que Anthony es el hermano que nunca tuviste, o es puro cuento?

Miro a Anthony y el capullo tiene los huevos de dar un trago de cerveza y desviar la mirada por miedo a lo que pueda contestar. Nos conocemos desde el instituto, éramos los únicos que se quedaban horas y horas entrenando después de que el equipo se marchara. Mis padres le querían tanto que cenaba en casa casi cada día. Los suyos trabajaban hasta tarde, de esta forma no estaba solo. Me rompió la nariz en primero y yo se la rompí en último curso. Dijo que no me guardaba rencor, que el equilibrio del universo lo necesitaba. Cuando supimos que ambos habíamos sido aceptados en North Star lo celebramos como en nuestras vidas.

—Ese también ha sido un desperdicio de pregunta, Jonathan. —Doy un trago de cerveza—. Es evidente que lo es.

Anthony sonríe y me mira como si esto fuera una telenovela. Lo empujaría de la silla si estuviera más cerca. El muy idiota…

—¿Podemos, por favor, empezar a hacer preguntas comprometidas de verdad? —pregunta Ace.

—Sí, esto parece una versión mojigata del juego —dice Adler entre risas.

—A partir de ahora, solo se pueden hacer preguntas sobre sexo —sentencia Anthony.

—Ya, como que a ti no te ha gustado tu momento *bromance* —le dice Misty por lo bajo, demostrando que ya le ha pillado confianza.

—No sé de qué estás hablando, patinadora.

—Vale, Zayne, te toca —dicen varios, muy interesados en que pregunte a la persona de mi izquierda.

Miro a Premium y ella me devuelve la mirada. No parece en absoluto cortada porque todos quieran saber algo de su vida sexual, más bien está indiferente que no veas. El público se impacienta así que no lo pienso mucho.

—¿Dónde ha sido tu peor experiencia?

No contesta de inmediato, solo me mira. Dudo si he sido un capullo por no preguntarle algo mejor, pero su expresión tampoco me da muchas pistas. Odio que esté jugando a esto, pero está claro que soy el único.

—No sabría decirte, no he tenido ninguna.

—Menuda suerte —suelta Jacob, a lo que todos se ríen.

Sobre todo Dásie, a quien lleva haciéndole gracia hasta el comentario más

tonto desde hace un buen rato. Me cae bien, pero creo que está llegando a su límite de alcohol en vena.

—Sí, Ace sabe mucho de malas experiencias —se burla Adler.

—Eh, todos tenemos que empezar por alguna parte, ¿vale? —dice Ace que tiene seguridad para admitir eso y más.

—Pero no es posible —dice la chica que está sentada en las piernas de Ace —, ¿nunca te has acostado con un tío borracho? ¿O te han hecho algo que no te gustara?

—No he dicho que nunca haya tenido ninguna experiencia mala —aclara Premium—, he dicho que no he tenido experiencia. Soy virgen.

El botellín está a punto de caérseme de las manos. El tiempo se detiene y mi cerebro me jura que no la he oído bien.

—Ni de coña.

—No es posible.

—Nos está vacilando.

Anthony, Adler y Jacob son los únicos a los que oigo, pero no los únicos que hablan. Nadie la cree, pero ella se limita a encogerse de hombros y yo…, joder, sí la creo. «Es virgen». No lo entiendo, juro que no tiene sentido para mí porque es guapísima y tienen que haberle pedido salir un millón de veces.

La forma en la que sus amigas guardan silencio, con una mezcla de orgullo en la mirada y una actitud a la defensiva por si alguien se mete con ella, termina de convencerme del todo.

—¿Por qué eres virgen? —pregunta la chica.

—Eh, ya hemos hecho una pregunta —le dice Ace—. Premium, te toca preguntar a Dan.

Me alivia al instante que Ace la corte, aunque sé que, como todos, debe tener curiosidad. Premium se mira las manos unos segundos y se me tensa el cuerpo al pensar que la hayamos hecho sentir incómoda. Acto seguido, se le escapa una sonrisa y entonces se dirige a Dan.

—¿Has fingido alguna vez un orgasmo?

—No —se pone un poco rojo—, nunca me ha hecho falta. ¿Los…? ¿Los tíos también fingen orgasmos?

—Hay algunos que lo hacen para subirle el ego a sus parejas —dice Jacob—, o eso leí una vez.

—Nadie debería fingir orgasmos —dice Anthony—, hay que trabajar duro para merecerse oír los de tu pareja

—Sí, *muy* duro —dice Adler y todos se ríen.

Se nos empieza a unir gente y las bebidas no paran de llegar. Llegado un punto Misty se lleva a las tres a bailar y las pierdo de vista. Bueno, miento. Me acerco al salón de vez en cuando para comprobar que siguen allí y a la puerta para asegurarme de que nadie ha dejado pasar a Antonov.

—¿Y nosotros sí podemos pasar? —pregunta una voz que tengo más que registrada—. Dudo que estemos en la lista.

—¿Austin? ¿Serenity? ¿Se puede saber qué hacéis vosotros aquí?

—Hemos venido a invadir el piso de Dixie un par de días, para que no se olvide de nosotros —dice Serenity, tan sonriente como de costumbre.

—Sorpresa —dice Dixie saliendo de detrás de Austin—, me he chivado de la fiesta.

—Pero si es una fiesta demasiado exclusiva, podemos resignarnos e irnos a otra parte —dice Austin.

Tiro de su brazo y le placo.

—Tío, todo el puto curso sin pisar la universidad. No es en eso en lo que habíamos quedado —le doy un par de golpes en la espalda tan fuertes como se merece.

—Lo siento, Swanson, la vida ahí fuera es más demandante de lo que imaginaba.

Dixie me abraza tan fuerte que dudo si acabará rompiéndose los brazos.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

—No, nada, solo que te he echado de menos —miente.

«Joder, me cago en ti puto Schneider bocazas». Volvemos a la fiesta y los forasteros son reconocidos y tratados como estrellas. Sé que solo ha pasado medio curso desde que se fueron, pero parece mucho más que eso. Nos costó acostumbrarnos a entrenar sin ellos cada mañana en el gimnasio.

Vamos a por algo de beber al jardín trasero donde está la barra libre y cuando Serenity y Dixie se quedan bailando fuera (porque Dixie conoce a todo el mundo), Austin y yo nos sentamos en el bordillo de la fuente.

—Así que la vida fuera de la universidad es más complicada de lo que esperabas.

—Sí, entre los entrenamientos y los viajes para ver a Serenity, no me queda tiempo para nada más. —Por cómo lo dice me queda claro que lo está haciendo muy bien. Que está donde quiere estar—. Pero os he echado de menos, si eso sirve.

—No, tío, no sirve.—Le miro muy serio, pero en seguida me desmonta la fachada—. ¿Y Serenity? ¿Lo lleva bien?

Suspira.

—Es una máquina. Finge que puede con todo, pero yo sé que la distancia le cuesta como a mí. Me muero de ganas de acabar con esta etapa y poder estar juntos cada día.

—Pffff, hablas como Anthony.

Se ríe. Choca el cuello de su botella con la mía y los dos bebemos.

—¿Qué hay de ti, capitán del equipo de hockey? ¿Tienes tiempo para salir y desconectar además de entrenar como un vicioso obsesivo?

«Tiempo sí. Son ganas lo que me faltan». Hablamos un poco de esto y aquello, pero en seguida saca el tema que le rondaba por la cara, fingiendo no estar ahí.

—Me he enterado de lo de Ted Archedon.

—Joder, Anthony no sabe mantener la boca cerrada.

—Es una putada.

—No es nada.

Hace una mueca, pero no dice nada porque realmente, no hay nada que decir.

—He visto el vídeo viral en internet de vuestro partido contra los de Tampa. Los pases tuyos y de Schneider son épicos, pero tío, el noventa por ciento de los comentarios son de como rematas la jugada. Es magistral.

—Gracias.

—¿Qué planes tienes para cuando te gradúes?

Alzo una ceja y doy un trago de cerveza.

—¿Esta es tu manera de preguntarme sin presiones si he recibido alguna oferta?

—No lo sé, ¿te sientes presionado?

Se me escapa una carcajada. No me había dado cuenta de lo mucho que le había echado de menos. De repente veo a London empujando a Premium hacia mí y ella con una cara de apuro que no veas, y pierdo el foco de atención.

—Zayne, perdona —dice al resignarse—. Dás se ha quedado dormida en una habitación de arriba que tenía la puerta abierta. Sé que no debería haberse metido, pero no está en sus cabales. Quería preguntarte si podíamos quedarnos arriba media hora o así, para ver si se despeja un poco, vivimos en pleno campus y está un poco lejos como para llevarla en ese estado. Misty tampoco está muy fina y…

—Quedaos a dormir.

—¿Qué?

—Podéis quedaros a dormir, si queréis. Es tarde y no creo que consigáis un

Uber por aquí a estas horas. Os llevaría yo, pero he bebido.

—Pero, ¿estás seguro? ¿De quién es esa habitación? No querríamos molestar.

—Es la habitación de invitados. No es molestia. —Le aseguro, pero ella se revuelve poco convencida y fija la vista en sus zapatos—. Tengo toallitas desmaquillantes.

Lo digo porque he convivido mucho con Dixie y lo bastante con Serenity como para saber que irse a dormir maquillada no es nada agradable. Sus ojos se alzan y no consigo entender lo que dicen. «Joder, ojalá pudiera entender de qué va el puzzle que tengo delante».

—¿Eso es un sí? —pregunto y ella asiente.

—Sí, vale, muchas gracias, Zayne.

—No hay de qué. Ahora os lo subo.

Ella desaparece llevándose a London y yo siento que la he cagado, aunque no sé en qué.

—Error. Ahora se pensará que las tienes para tus ligues. —Austin me da unos golpecitos en el hombro—. ¿Sabes? Si no fuera por este tipo de cagadas, serías demasiado perfecto y no caerías bien.

—¿Qué hago para que no piense que es así?

—¿Me estás pidiendo consejo sobre mujeres?

—Te estoy pidiendo consejo sobre *esta* mujer.

—Vale, necesito detalles. —Alza las manos en son de paz—. Eh, sé guardar un secreto.

—No, no sabes. —Me froto la cara—. Quiero acercarme a ella, pero no sé cómo.

—¿Por qué quieres acercarte a ella?

Porque difiere de todo lo que he conocido hasta ahora. Porque se sorprende cada vez que alguien es bueno con ella y eso me da rabia, y quiero corregirlo. Porque me interesa y si un médico estudiara mis pulsaciones cuando está cerca me detectarían arritmias crónicas.

—¿Es que tienes que saberlo todo?

—Vale, vale, Swanson, no me muerdas —se ríe—. Mira lo de «sé tú mismo» y esos rollos nunca funcionan si tu personalidad es una puta mierda, pero la tuya está bastante bien. Así que yo que tú, me limitaría a ser sincero y decir la verdad.

«Ser sincero y decir la verdad». Golpeo la puerta con los nudillos a pesar de que está abierta.

—Hola —Premium se levanta de la cama, las cuatro caben bien y aún no me lo explico.

—¡Zayne, nuestro chico estrella! —grita Misty.

—Shhhh —le chista London—, despertarás a Dás.

Les saco unas mantas del armario y se las dejo a los pies de la cama. Luego le pido a Premium que me acompañe al baño y aunque no le digo para qué, ella me sigue. Sigue oliendo a melocotón.

—Tenemos tipos distintos y sé que no sirve cualquiera —me rasco la nuca y carraspeo mirando todos los packs de toallitas—, según la piel que tengas y eso.

—Pareces saber mucho del tema —ese tono me deja claro que sí, ha pensado mal.

Un par de voces gritan tonterías cerca de la escalera y Premium cierra la puerta del baño.

—La verdad es que no tengo ni idea, lo que sí tengo son amigas. Dixie, la novia de Anthony, se quedaba a dormir a menudo y acabó dejando aquí su arsenal para desmaquillarse. La novia del tío con el que me has visto hablando, Serenity, también se quedaba muchas veces. Sé que a Dixie le importará que las utilicéis, así que coge lo que necesites.

Guarda silencio mientras me mira con atención y juraría que sus mejillas se han vuelto rojas.

—Es muy amable. Ambos lo sois, tu amiga y tú. —Se acerca para leer la tapa de todas las que he dejado en el mármol mientras yo la miro en silencio conteniendo la respiración al estudiar su perfil—. ¿Puedo tomar prestadas estas de aquí? Las hipoalergénicas nos van bien a las cuatro.

—Sin problema. —Señalo la puerta—. El baño tiene un código, apúntatelo en el móvil por si durante la noche queréis utilizarlo.

—¿Aquí todo tiene código o me lo parece a mí?

—Solo las habitaciones de arriba, pero no te recomiendo ir a los baños de abajo.

Se ríe.

—Tomo nota. —Se lo apunta y se apoya contra la puerta de manera inconsciente—. Muchas gracias, Zayne.

Me apoyo en el lavamanos para darle espacio porque tal vez, si no se siente incómoda, se quede hablando conmigo.

—¿Qué más…? —murmuro mirando el baño, sin tener ni puñetera idea de qué narices puede necesitar para estar a gusto en casa de alguien que apenas conoce—. Si alguna se quiere dar una ducha hay toallas limpias en el armario. Dixie y Serenity también van a quedarse a dormir, así que no seréis las únicas chicas.

Asiente sin decir una palabra y mi cerebro se bloquea porque es guapísima. Nunca creí que a alguien pudiera quedarle tan bien un vestido, pero aquí estamos.

—La herida de mi codo está como nueva gracias a ti, Zayne.

Si sigue pronunciando mi nombre con ese tono suave…

—Me alegra.

Premium desprende la energía de un imán contra el que me está costando luchar desde que la vi en la camilla autoconvenciéndose de que todo iba a salir bien. Pero ahora la cosa es aún más difícil. «¿Por qué eres virgen?». Me muero por preguntárselo.

¿Por qué se privaría de *ese* placer? ¿Por qué desde que lo ha dicho quiero protegerla de todo el que tenga una opinión al respecto? Está claro que sabe defenderse sola, además ella no querría que lo hiciera. Pero aun así…

—Tu silencio habla muy alto, ¿sabes?

—Perdona.

—Puedes preguntarme lo que quieras, no estoy avergonzada de lo que he dicho.

—Es que no tienes ningún motivo para sentir vergüenza, Premium. Puedes hacer lo que quieras, es tu cuerpo, tú decides. No es nada malo.

A pesar de que se ha mostrado segura, mis palabras tocan una zona sensible. Asiente y su aroma dulce me cala los huesos. No hay ni una sola célula en mi cuerpo que no quiera besarla.

—¿Sabes? Sigo esperando que cortes el rollo, que dejes de fingir ser un buen tío. —Da un paso hacia mí, luego otro. Baja el tono—. Pero empiezo a pensar que no estás fingiendo.

Sus ojos plateados bajan por mi cara hasta llegar a mis labios y ahí se detienen y se separan. Tiene el ceño fruncido, como si no entendiera lo que siente o fuera lo último que esperaba sentir. El corazón se me sube a la garganta y me queman las manos de necesidad por tocarla.

Premium se acerca más y yo hago lo mismo, despacio. Consciente de lo grande que es mi cuerpo a su lado, de que estamos a solas y de las posibilidades de que quiera irse de un momento a otro. Sus manos suben hasta mi cara y las puntas de sus dedos están frías cuando me acarician con suavidad. Todo un contraste con el fuego que me sale de dentro. Se inclina hasta que sus labios rozan los míos, primero es una caricia y luego se presionan un poco contra mí y creo que voy a romper el mármol si no la beso de verdad.

De repente alguien intenta abrir la puerta del baño y los dos saltamos del

susto.

—Mierda, ¿cuál era el número, tío?

—No me acuerdo.

Oigo las voces de Adler y Ace al otro lado de la puerta y juro que mañana seremos dos menos en el equipo.

—Perdona… no sé por qué… —Se gira intenta abrir la puerta pero nuestra maneta sube hacia arriba en vez de hacia abajo, así que se pone aún más nerviosa.

—Espera, Premium. —Al acercarme se sobresalta y justo en ese momento, la puerta se abre y ella sale de allí como alma que lleva el diablo.

—Uy, esa se parece cantidad a Premium —dice Ace apoyándose en la pared para no caerse al suelo.

—Todo un caballero, capitán, acompañando a una dama al servicio. ¿Estabas aquí fuera hace un segundo? —pregunta Adler mientras veo cómo Premium sortea a la gente y se mete en la habitación de invitados.

La fiesta termina al cabo de unas horas y cuando me meto en la cama, la casa está en silencio. Sé que no voy a poder pegar ojo en toda la noche y mi predicción no iba desencaminada. A la mañana siguiente bajo a desayunar después de ocuparme de la erección de campeonato con la que me he despertado. La puerta de la habitación de invitados sigue cerrada y me alegra porque eso significa que no está vacía. Se me cierran los ojos de lo hecho polvo que estoy. Veo a algunos del equipo fuera, al parecer no soy el primero en levantarse.

—…ese capullo ha pagado *mucho* a la prensa que presenció lo ocurrido con tal de que cierren el pico, más incluso de lo que habrían ganado publicando la noticia. —Oigo la voz de Jacob en un escaso murmullo y maldigo para mis adentros: otra vez con lo de Ted—. Pero nosotros no aceptamos su dinero.

—¿Por qué? —pregunta Premium.

«¿Premium?». Mierda.

Capítulo 5

Premium

—Nuestro entrenador tiene una política muy estricta en cuanto a los sobornos. —Me cuenta Jacob meneando la cuchara dentro del bol de cereales, sin llegar a comerse ninguno—. La cosa es que si la NHL se entera y hace un comunicado echarán a Ted del equipo, ¿y quién crees que se comerá todo el odio de los fans?

—Zayne. Menuda mierda.

—Sí. Ojalá me hubiera pegado a mí. Me gustaría tanto que él no…

—Jacob —Zayne se planta en la cocina con una camiseta ancha y unos pantalones grises de chándal.

«Me cago en mi puta vida». ¿Así se despierta este tío? Qué injusta y poco equitativa es la vida. El hombre al que besé anoche hace un movimiento con la cabeza hacia el exterior.

—Ayuda a Jonathan y Adler a recoger, están en el jardín.

—Los del equipo de limpieza no tardaran en… Sí, capitán. —Jacob deja sus cereales y se va de la cocina.

La electricidad en el ambiente me deja claro que luego va a haber bronca. Y que esa bronca, la va a dar el capitán. Me uno al club de los abandona-desayunos.

—Yo también debería…

—No, quédate.

Vuelvo a sentarme sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas y mis pezones se ponen duros. «¿Ese es el tono que utiliza como capitán?». *Ufff*. ¿Vamos a hablar del beso? Tenía la esperanza de que no se acordara. Sé que bebió, aunque no sé cuánto. Puede que tenga suerte y olvide el que, con toda seguridad, fue el peor beso que le han dado en la historia.

No me lo devolvió. Se quedó ahí plantado y puede que sepa poco de la sexualidad masculina, pero si le hubiese atraído lo más mínimo habría aprovechado la oportunidad. Está claro que lo entendí todo mal, ¡no debí besarle,

dios! ¿Por qué lo hice? Maldita sea.

Le cuento todo eso a mi café en el idioma de las miradas penetrantes mientras percibo ese olor amaderado y masculino, que se mezcla con algo dulce que no distingo.

—No puedes decir nada a nadie.

—Ted es un cretino monumental.

—Premium. —El tono gana aspereza.

—Ya, lo pillo. Sé que te perjudicaría, Jacob lo ha dejado claro. Pero aun así es una mierda.

—Sí, es una mierda —admite y algo me dice que es la primera vez que se permite hacerlo. Suspira—. Tienes que prometerme que no dirás nada.

—Claro que no diré nada —resoplo por lo bajo—. Lo que te faltaba. Encima de que es un imbécil, tendrías que aguantar que sus seguidores te… —Se me llevan los demonios, yo lo advierto—. Te prometo que el secreto está a salvo conmigo.

Me cree. Lo sé por la forma en que su espalda se relaja y el instinto asesino que ha proyectado en el pobre y adorable Jacob, se calma.

Jacob es uno de mis favoritos y no, no me hace falta más de una fiesta para estar segura de ello. Lo más probable es que no vuelva a ver a ninguno, pero cuando Jacob Bolton me ha propuesto estudiar juntos en la biblioteca, el plan me ha apetecido mucho. Y cuando Adler Jenkins me ha dicho que ha dado fotos de las cuatro al de seguridad para que podamos entrar a todas las fiestas del resto del curso, ha sido como una diana al corazón. No entiendo qué clase de agua beben en esta casa, pero esto no es a lo que estoy acostumbrada.

—Gracias, significa mucho.

«Este no da diana en mi corazón, este hace otra cosa aún más peligrosa».

—No hay de qué. —Me levanto—. Debería irme ya.

—Puedes quedarte a desayunar, si quieres. —Dice tranquilo, como si supiera que voy a irme igual—. Tenemos de todo, no solo los cereales con sabor a químicos de Jacob. —Sonríe y es dolorosamente guapo—. Anthony es muy tiquismiquis con dejar armarios abiertos durante las fiestas, así que los cierra todos con llave.

Me gustaría. De verdad que sí. Pero los celíacos tenemos una dieta restrictiva de narices y Zayne ya ha hecho mucho por mí como para que me marche dejándole con la pena de no poder darme de desayunar.

Por otra parte, puede (o no) que el ser humano que se ha sentado a mi lado me de miedo. Un poco. O quizá algo más que eso, quizá se asemeje al terror

digno de una peli de espíritus. No sé en qué es capaz de convertirme, pero sé que es algo desconocido y yo estoy bien en la zona segura. Da un trago de agua y yo *no* centro la vista en su garganta.

—Es una buena estrategia, pero debería irme a entrenar ya.

—Pero es sábado. Vale, déjame reformular eso. “Pero no puedes hacer ejercicio con el estómago vacío”.

La risa se me escapa en contra de mi voluntad. Es tan involuntaria como un estornudo, así que no cuenta.

—¿Qué me ofreces?

—¿Qué te gusta?

—¿Respondes a una pregunta con otra pregunta?

—¿Sí?

Me vuelvo a reír. «Mierda». Misty, London y Dás entran en la cocina.

—No me puedo creer que hayamos dormido tanto.

—Hemos perdido dos horas increíbles del súper cumpleaños de Dás, ¡ya vamos tarde!

—Aquí está el eslabón perdido.

Me acerco a estrechar a Dás entre mis brazos y una vez allí la zarandeo a gusto. Le doy besos por toda la cara aunque ella se queja y luego me niego a soltarla. La felicito en italiano y luego en nuestro idioma.

—Feliz cumpleaños, Dásie —dice una voz masculina a mi espalda.

Siento las mejillas un poco calientes porque igual desde fuera ha quedado un poco ridículo.

—Gracias, Zayne. Y gracias también por lo de anoche, nunca me había pasado bebiendo.

—No fue nada. ¿Estás bien ahora?

—Sí, como nueva.

London tira de la cumpleañera hacia fuera y nos despedimos. No sé qué tienen los ojos de Zayne que se me clavan muy adentro, dudo que sea el color, aunque sean de un verde precioso. Suspiro en cuanto salimos de la cocina. No solo se portó de cine al dejarnos ocupar su casa como unas acopladas integrales, sino que se portó muy bien cuando Antonov vino a tocarme las narices. Siento el estómago algo revuelto al pensar en lo que pasó después, en cómo malinterpreté toda esa amabilidad.

—¡Primera parada, nuestra casa! —exclama Dás ya en la calle.

Hace un sol radiante y toda la pinta de que el invierno nos está regalando un día de primavera adelantada. No queda rastro del frío seco de días atrás.

—Es cierto, tenemos que ponernos nuestros uniformes para el día —dice Misty revelando la primera sorpresa.

—¿Uniformes?

Las botas rosas al estilo country que nos hemos puesto a conjunto las cuatro me están moliendo los pies, así que me siento mientras ellas cogen lo que hemos pedido. Una chica rubia de pelo largo entra en el establecimiento y no puedo evitar pensar en la chica de anoche. Angelica, dijo Zayne que se llamaba. Esa tía era odiosa, criticaba todo lo que veía, no solo a él. Aunque ese ya habría sido motivo suficiente como para que me cayera mal. Desde que lo conocí no he hecho otra cosa que juzgarle y apartarle, no me extraña que no me devolviera el beso.

—Eh, Mi-M, ¿a qué viene esa cara? —London se sienta frente a mí con su *bubble-tea,* acercándome el mío.

Las dos supernenas que faltaban se sientan en la mesa redonda y yo sacudo la cabeza.

—¿Cuánto falta para el cine? —pregunto.

—Mmm, dos horas y cuarto —dice Misty antes de proceder a gemir de placer —. Delicioso.

—¿Queréis ir de compras antes? —propone London.

—Íbamos a ir de compras después del cine —dice la cumpleañera.

—Ya, pero también podemos ir antes.

—¿Te refieres a además de después?

—Ajá.

Dás se levanta.

—Vamos.

Enlazamos los brazos después de cruzar la puerta y hacemos nuestra primera parada en lo que nos gusta llamar: ropa para doctores que menos mal que quedará oculta bajo la bata blanca. Es una tienda muy seria que solo le gusta a Dás, pero hoy todo vale.

—¿Ha cogido esa americana gris inmensa por voluntad propia? —Me susurra Misty sentada en el único taburete del probador más grande de la tienda.

—Tal vez deberíamos haber pasado por la óptica primero.

—Aquí traigo los otros dos colores —dice London colándose tras la cortina y acomodándose a mi lado.

—¡Me encanta! ¿No es precioso? —pregunta Dás con un polo rojo y verde con rayas naranjas.

La respuesta obvia es «no», pero nos la aguantamos. Conseguimos que no se

lleve esa desgracia para la vista, pero acaba escogiendo un mono púrpura que, para ser de esta tienda, es bastante guay. Después vamos a una de antigüedades. Dás siempre dice que es un alma vieja en un siglo repleto de TikToks, pero como eso ya lo sabíamos su regalo han sido unos vinilos country de sus cantantes favoritos.

—Oye, poco se habla del aguante del estómago de Dás —dice London en cuanto nos sentamos en las butacas del cine—. Cuando ayer vi que se desplomaba en la cama, creí que el cumple tendría que posponerse.

—¿A quién se le ocurre ir a una fiesta antes de otra? —pregunta Misty.

—Sí, ojalá alguien se hubiera opuesto a la idea —me como una palomita dulce después de la salada que me tira London.

—¿Esta noche también trabajas? —pregunta Dás.

Asiento.

—Solo serán unos meses y tampoco estoy mucho rato. —No entiendo cómo no se han dado cuenta de que lo que hago allí es del todo simbólico.

—Volviendo al tema, si no hubiéramos ido a la fiesta, no habríamos podido ver lo buen tío que es Zayne.

—Sí, fue todo un detalle que propusiera ir a su casa.

Las voces de Misty y London se pierden en mi cabeza. No se acuerda del beso, no ha dicho nada, así que estoy fuera de peligro. Debería estar aliviada. «Ojo, es así como me siento, ¿eh?» A nadie le gusta que le rechacen dos veces en menos de veinticuatro horas. Lo lógico sería que no pensara más en el asunto, pero tengo una espina clavada. Aparto de mi memoria los recuerdos de mi codo herido, el abrigo de London y Antonov borracho como si fueran moscas. El nudo que siento en el pecho se me quitará en un par de días, fijo.

—…saber escoger cuándo intervenir.

—Y darnos un pase vip para el resto de las fiestas que organicen también fue un detallazo.

—Está claro que todos le adoran y me da que tienen motivos de sobra.

Silencio. Más silencio. Las palabras de Misty flotan en el aire. Aparto la vista de mis palomitas y tres pares de ojos me taladran el rostro.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Ya habéis acabado de enumerar todas sus virtudes?

—Mi-M.

—¿London?

—¿Por qué soltaste la bomba en mitad de verdad o atrevimiento? —Su sonrisa es PPP: pícara, pilla y peligrosa.

—Sí, es decir, nos encanta cómo eres y tú lo sabes, pero sueles esquivar todas

las preguntas personales que te hacen —sigue Misty—. Que te sentaras a jugar ya fue muy chocante. ¿Pero encima te abres y sueltas eso?

—Fue mortal, los dejaste a todos descolocados —Dás suelta una carcajada.

—¿Hay algo que no sepamos, Premium? —insiste London—. Porque casi me pareció que ese dato iba dirigido totalmente a Zayne. Para alejarlo de ti.

«Pero no funcionó». De haberlo hecho no habría acabado en su baño y no habría cometido semejante estupidez.

—No lo hice por nada en especial.

—¿Se ha acercado a ti? —pregunta la cumpleañera.

Las luces de la sala se apagan, pero ellas no miran la pantalla.

—Solo nos hemos cruzado un par de veces. Apenas lo conozco. Vamos a ver la peli.

Antes de que contesten alguien nos «shhhh» desde detrás, lo cual me viene muy bien. Debería estar acostumbrada a la sensación de rechazo, no tiene ninguna lógica que siga dándole vueltas a lo que pasó en el baño durante toda la película.

Ningún sentido.

Pero es lo que pasa.

A duras penas pude mantener la atención del grupo en algo que no fueran sus sospechas cuando salimos del cine, pero la cosa mejoró cuando volvimos a ir de tiendas. Misty y yo vamos a por batidos para las cuatro y después de pagar, ella vuelve a entrar para ir al baño porque (y cito) «no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes».

Alzo la vista y leo los carteles de las tiendas. «Hazle la cobra a los precios altos», «reforma tu cuarto de baño por menos de…», «pintalabios para besar y dejar marca».

—Venga ya.

—¿Premium? —Mechones rubios mojados, ojos marrones que resplandecen con el sol y una sonrisa que debilitaría las rodillas más fuertes—. Menuda casualidad.

—Jack, hola. —Me acerco a darle dos besos y su mano llega hasta mi cintura al devolvérmelos.

—¿Qué haces tú aquí?

—De compras, estamos celebrando el cumpleaños de Dás. —Le explico dónde están todas.

—Suena divertido.

—¿Qué haces tú?

—He quedado con Dan y Leo para echar unas canastas en una pista en la montaña cerca de aquí. Tiene buenas vistas, podríais pasaros si queréis.

—Tenemos un horario muy completo, pero se lo propondré a la cumpleañera.

Alguien lo empuja y él tiene el tiempo justo de apoyar las manos en la pared a mi espalda para no caerse sobre mí. Cuando alzo la cabeza, tengo sus brazos a ambos lados y su rostro a un palmo.

—Por cosas como esta querría vivir en una cabaña en medio del bosque, aislado del mundo —sus ojos sonríen y su boca muestra todos sus dientes.

No puedo no corresponderle.

—Ya, te entiendo. A veces las multitudes son un coñazo.

Jack mantiene su mirada sobre la mía unos segundos muy largos, hasta que un taxi toca el claxon muy cerca nuestro y me sobresalta. Puede que me imagine que me huele el pelo, ¿quién querría hacer eso? Pero cuando me giro sus labios están aún más cerca.

—Ya estoy list… Jack, hola. —El tono de Misty se vuelve más agudo.

Las distancias se recuperan y el ritmo de conversación también. En nada Jack se despide, porque ha quedado con amigos, y se marcha. A la montaña. Sí.

—¿Qué ha sido eso?

—No ha sido nada.

—¿Y no querrás que no diga *nada* sobre lo que *no acaba de pasar* a Pin y Pon cuando entremos a la tienda, no?

—Por favor.

—Mis labios están sellados, Pinocho.

Al llegar a casa estábamos rendidas. Pedimos comida marroquí, que es la favorita de Dás y vimos la segunda de Terminator porque le encanta decirnos lo que le pasaría a una persona de verdad al recibir tantos golpes. Llego a la biblioteca pasadas las once y estoy hecha polvo. Las botas country eran de plástico puro así que ahora mis UGG son el paraíso más absoluto.

Los días pasan y yo me centro en el patinaje, las clases y de nuevo el patinaje. El domingo voy a entrenar sin Alexander y debido al cansancio tengo una alucinación. Veo a alguien en las gradas que no puede estar allí de verdad. Es raro, pero me pasa algo parecido el lunes a media tarde, pero cuando termina el entrenamiento allí ya no queda nadie.

—¿Qué miras, Mi-M? —pregunta London y yo me limito a sacudir la cabeza.

El martes desaparece y el miércoles se me hace tarde. Una vez más Alexander llega de mal humor al entrenamiento y me hace repetir los ejercicios hasta que nos quedamos solos en la pista. Esta vez ni siquiera Antonov se queda.

Busco en las gradas una compañía que no existe y para sorpresa de nadie, no encuentro nada.

—No estás con la cabeza donde debes. ¿Vas a fallar un triple *lutz*? Porque si vas a hacerme pasar vergüenza rehacemos la coreografía y dejo que todos vean que no sabes patinar.

—No voy a fallar.

—Has fallado el cuádruple *lutz* dos veces —dice y me muerdo la lengua porque tiene razón—. Mañana por la tarde ven una hora antes para practicar más. —Suspira angustiado—. Tienes tanto que corregir…

—Tengo clases de ballet.

—¡Pues te la saltas!

—Alexander, no puedo.

—Arkadi me dijo que te vio en una fiesta y que ibas muy borracha, ¿piensas empezar a tomarte tu carrera en serio en algún momento?

—No bebí mucho y el domingo entrené como siempre.

—¿El domingo? ¿Y puede saberse qué hiciste el sábado? ¿Vaguear? —Suelta una bocanada de aire con olor a tabaco—. Tienes que venir a vivir conmigo, esto no pasaría si estuvieras bajo mi supervisión. Hablaré con la dirección para que pongan a otra persona con Misty y las demás.

—No voy a mudarme, Alexander —musito odiándole un poco más todavía por obligarme a pasar por esto otra vez—. Tú mismo dices que el descanso es necesario.

—Ya sabes que tienes que hacer ejercicios aunque no patines, tienes que mantenerte en forma, sino ya sabes lo que pasará con tu peso.

No le contesto porque no quiere oír mi respuesta y yo paso de dársela. Su mala relación con la comida no es mi problema.

—Múdate conmigo, Premium, deja de ser una niñata estúpida.

Y entonces digo la que tiene toda la pinta de ser la palabra más peligrosa a elegir.

—No.

Grita y las manos no son lo único que me tiembla.

—Debería dejarte tirada. —Susurra acercándose más de lo que me gustaría —. Debería largarme y dejarte a tu suerte porque está claro que no te lo tomas ni la mitad de en serio que me lo tomo yo. ¿Quieres que haga eso? ¡Contesta!

—Estás mezclando lo profesional con lo personal, Alexander. Quiero que seas mi entrenador, pero vivir contigo sobrepasa los límites de nuestra relación profesional.

—No seas tan condescendiente, Premium, no actúes como si la madura fueras tú cuando te estás comportando como una niña pequeña. Soy mayor que tú, casi podría ser tu padre. —Sin el casi, ronda los cuarenta y pico—. ¿Acaso tienes miedo de lo que dirían de ti? ¿Tienes miedo de que todos crean que nos acostamos y por eso no cedes? —Se acerca y por algún motivo los tres años de defensa personal que hice de pequeña se me vienen a la mente, mi rodilla está colocada en un ángulo perfecto—. ¿Tienes un nuevo novio celoso o algo así? —Lo dice en el tono más despectivo que le he oído nunca, así que hago lo que más le irrita.

No contestar.

Cuando se va suelto el aliento contenido. «La tendrá pequeña, por eso es un amargado de mierda» dice Misty en mi cabeza. «Cuando quieras le pido a Max que nos entrene a ambas, estoy más que dispuesta a compartir mi tiempo de entrenamiento contigo», sigue London. «Te lo digo, un día le voy a dar un empujón a ver si se deja los dientes y la mala uva en el hielo», termina Dás. Y así, poco a poco me siento mejor. Miro el reloj. Es tarde, así que me tocará ir a la biblioteca sin pasar por casa.

Alguien me coge del brazo y mis pasos se frenan de golpe por el fuerte tirón. Me da la vuelta y lo siguiente que sé es que me arde una mejilla del fuerte bofetón. Tardo un instante en reaccionar. Toda la sangre se me sube a la cara, mi pulso se ralentiza. Mis pies se mueven, pero yo no les he dado la orden. La mano que rodea mi muñeca con fuerza me clava los dedos y me arrastra por el pasillo.

—¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame, Vance! —No lo hace, así que dejo de luchar contra él, avanzo, enredo sus pies con los míos y hago que tropiece.

No llega a caerse, pero me suelta.

—¿Quieres cobrar otra vez? —Está rojo de ira, pero consigo poner distancia —. No me calientes, Premium, que la tenemos.

—¡¿A qué has venido?!

—Te dije que ibas a ir a Rumanía y si no lo haces por las buenas lo harás por las malas. ¡Vamos! —señala el pasillo vacío.

—No pienso ir a ninguna parte contigo, Vance. Acércate otra vez y te haré daño de verdad.

—¿Hacerme daño *tú a mí*? —Se ríe y tengo un *déjà vú* de todas nuestras peleas.

Las físicas no eran las peores. Me sabía defender aunque él siempre pegara más fuerte y sus golpes dolieran durante semanas. Aun así, las palabras que salían de su boca sin duda eran un castigo más hiriente.

—Nunca fuiste buena leyendo entre líneas y veo que sigues siendo igual de poco espabilada. —Alarga la mano e intenta cogerme—. ¿Quién crees que paga tu carísimo entrenador? Papá, al que sigues ignorando. —Otra vez, ahora más cerca—. ¿Te crees que no puedo hacer que te corte el grifo con una llamada?

—Pues que lo haga. Ese dinero no es más que un intento de limpiar su conciencia por lo que está haciendo con la imagen de mi madre muerta. Todo ese patrocinio, usar su carrera y sus logros, poner en su boca palabras que nunca dijo con tal de hacer fortuna es repugnante. Solo de pensar que ella lo viera me dan arcadas, así que tú y tus billetes a Rumanía os podéis ir a tomar por… —Dejo de hablar cuando esquivo un golpe que solo iba de farol y acabo con la cabeza pegada a la pared y él detrás de mí oprimiéndome mi cuerpo.

—Tan íntegra y altiva como siempre. —Me aprieta con fuerza aplastándome la mejilla dolorida.

Huele a menta mezclado con whiskey. Se me escapa una lágrima en contra de mi voluntad.

—¡Suéltame, Vance! —grito, pero él me aplasta más.

—Nadie tiene un código moral como el tuyo, ¿eh? ¿Eso te dicen los tíos a los que te follas, hermanita? ¿Has dejado que una larga lista de pringados se metan en tus bragas y has acabado por creerte el cuento? —Me sujeta el codo para que no le dé en pleno estómago—. Te diré un secreto, tu falsa integridad no te la compra ni el más tonto. Si te murieras mañana, nadie te recordaría, ni te echaría de menos. No eres como mamá, eres sustituible en todos los sentidos, y antes de llenarte la boca hablando de lo que hacemos en la federación deberías agradecer el éxito que tienes por ser hija de…

Se calla, de repente ya no lo tengo encima. Mis músculos se quejan del dolor al tiempo que oigo un golpe. Un cuerpo cae al suelo: Vance.

—Zayne. —Jadeo.

—Quédate detrás de mí. —Me mira por encima del hombro y me deja a su espalda.

Vance se pone en pie. Mi hermano ni siquiera pregunta, le tira el puño cerrado a la cara, pero él lo esquiva. Zayne se mueve muy rápido, lo golpea en el estómago una vez, otra más en la mandíbula y en un par de movimientos lo tira al suelo. Le pone una rodilla en el pecho y le inmoviliza un brazo.

—Dame una buena razón para que no te rompa el brazo. —Su voz es fiera y da miedo, pero el pánico más puro cae sobre mí como un rayo cuando veo el peligro.

Todo el poder y la influencia de los Hunt en su contra, lo que podrían

perjudicarle.

—No lo hagas, vámonos —suplico sintiendo que se me cierran los pulmones —. Zayne, vámonos. Estoy bien.

—Premium, he volado hasta aquí y voy a llevarte a Rumanía aunque tenga que hacerlo a… —Deja de hablar cuando Zayne le golpea en la cara.

—¡Swanson! —Brama una voz a nuestra espalda.

No tardo en darme cuenta de que se trata del entrenador del equipo de hockey, Landon, creo. Zayne se pone en pie con una maldición en el rostro, pero unas ganas enormes de zurrar a Vance escrita por todas partes. Respira de forma agitada mientras el corazón está a punto de estallarme en el pecho.

—¿Qué narices está pasando aquí?

—Entrenador Landon…

—¿Entrenador? —Vance se levanta y se alisa el traje—. ¿Eres jugador? Estás jodido, chaval. Despídete de tu carrera.

—No volveré a preguntarlo.

—Ha agredido a una patinadora, señor —dice con absoluto respeto—, no podía mantenerme al margen.

—¡Soy su hermano, gilipollas!

—¿Y eso te da permiso para algo de lo que has hecho? —Zayne aprieta los puños dispuesto a volver a empezar.

—¿Es eso cierto? ¿Ha agredido a una alumna del centro?

—No tengo que darte explicaciones ni a ti, ni al mindundi este. He venido a llevármela y eso es lo que voy a hacer.

La mano de Vance intenta alcanzarme, Zayne se interpone, pero no es él quién lo frena. Es Landon.

—Sin importar la relación familiar que comparta con la señorita Hunt, voy a tener que pedirle que se vaya.

Vance se zafa del agarre cordial pero firme de Landon.

—¿No eres muy listo, eh, entrenador? Porque de serlo, intentarías arreglar lo que tu chucho ha roto. Porque solo hace falta que pida las grabaciones de las cámaras de seguridad y publique su contenido para que su carrera se acabe. Me ha agredido, ¡a mí! ¿Lo entiendes?

—Las puertas de los vestuarios femeninos están demasiado cerca para que haya cámaras. —Landon señala unos pasos más atrás—. Las imágenes terminan allí. —Vuelve a cogerle—. Tal vez le apetecería reconsiderar a quién amenaza o tener base antes de sentenciar algo que lo deje en ridículo. Si vuelvo a verle por aquí avisaré a la policía, pero puede que antes no me aguante y acabe haciendo

algo indebido que acabe doliéndole más a usted que a mí. ¿Me entiende, verdad? —Le suelta y le da un golpe fuerte en el hombro para que eche a andar.

Y lo hace. Vance me lanza una última mirada envenenada, pero luego se gira y desaparece. No me había dado cuenta que había cogido la camiseta de Zayne con fuerza, pero se la suelto cuando me percato.

—¿Estás bien?

—Sí. —Quiero disculparme, pero no tengo oportunidad.

—Los dos, a mi despacho. Ahora.

Seguimos a Landon en silencio y al llegar cierra la puerta tras nosotros. Suelta un largo suspiro y se sienta en la enorme silla negra que no tiene pinta de ser lo bastante acolchada como para compensar todos sus problemas.

—¿Podéis explicarme qué ha pasado ahí fuera?

—Entrenador, ese energúmeno estaba agrediéndola. Deberíamos haber llamado a la policía.

—No, eso lo dificultaría todo. Hablaré con mi padre. Haré todo lo que esté en mi mano para que no repercuta negativamente a Zayne, señor, ni a usted.

—Primero cuéntame qué ha pasado, Premium.

Obedezco, porque hay algo en Landon que intimida mucho y porque se lo debo. A ambos. Mi preocupación aumenta a medida que lo hace su enfado. Zayne no para de resoplar hasta que Landon le llama la atención. Luego se limita a no estarse quieto en la silla.

—Desde que entré a la universidad, le he visto poco, solo llamaba o escribía de vez en cuando. Por eso no me esperaba que se presentara aquí. Siento la situación que he causado.

—Esto no es culpa tuya, es de él —me corta Zayne con las fosas nasales dilatadas.

—Swanson, ¡cálmate! —Landon da un golpe en la mesa—. Esa actitud no va a solucionar nada. Y te recuerdo que tú has tenido la suerte de sacudirle, contento deberías estar.

Si la situación no me hubiera dejado en shock, me habría reído de eso último. Zayne se frota la mandíbula y su pecho sigue moviéndose de forma abrupta. No puedo apartar la mirada, por eso Landon tiene que repetir varias veces mi nombre para traerme de vuelta.

—Dices que hablando con tu padre el asunto se solucionará, ¿sabe él que tu hermano estaba aquí?

—Lo dudo. Apostaría a que mi hermano ha pactado con alguien que iba a estar allí mañana y que mi ausencia le va a traer problemas.

—¿Tu padre no es como él? —pregunta Zayne.

Noto el deje de esperanza en su voz y me sabe mal quitársela.

—Lo es, pero mi hermano suele hacer ese tipo de cosas a sus espaldas con tal de hacerse valer. Trabaja para mi padre y quiere quedarse con la federación cuando se jubile, así que hace de todo por impresionarle.

—Siempre me ha llamado la atención que tú no formaras parte de ella —dice Landon—, empiezo a entender por qué.

Sus palabras me desencajan. ¿Se había fijado en mí? Ya, me figuro que si no vas con la cabeza en otra parte de forma permanente, te das cuenta de lo que te rodea y eso. Landon me dice que eso es todo y pide a Zayne que se quede.

—Me gustaría acompañarla a casa, señor. —Se pone en pie—. Es tarde y su hermano puede estar esperándola.

Quiero decirle que no hace falta, que sé apañármelas sola, pero me he visto metida en un avión a Rumanía en contra de mi voluntad. Odio reconocer tan bien el sentimiento de debilidad.

—Puedo esperar fuera el tiempo que haga falta.

—No lo harás, te irás. —Sacude la cabeza convencido y me pregunto cómo lo sabe—. Entrenador…

—Vale, sí —Landon mueve la mano hacia la puerta y hace una mueca clara de «dejad de darme dolor de cabeza por esta noche»—. Marchaos.

Le doy las gracias una vez más y salimos de su despacho. Zayne camina con la vista fija en sus deportivas y el ceño fruncido. Me encantaría oír lo que le pasa por la cabeza, intuyo que es una conversación muy intensa. Me espera a que recoja mis cosas del vestuario y cuando salgo su expresión se ha vuelto incluso más dura. Cojo su sudadera negra y naranja cuando echa a andar y tiro de ella para llamar su atención.

—¿Zayne?

—Debería haberle partido las piernas.

—Eso me pondría aún más difícil convencer a mi padre para que interceda a favor nuestro.

—No tienes que hablar con él si no quieres.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ti.

Me coge de la muñeca y me para. Su agarre es suave y cálido.

—Premium, tengo un agente deportivo que se encarga de proteger mi imagen, no hay nada que tu hermano me pueda hacer. —Está tan seguro de sí mismo que casi le creo.

—Si eso fuera cierto, la historia de Ted habría salido a la luz.

—Eso es distinto, tiene fans. —Endurece la mandíbula—. Tu hermano solo dinero.

El dinero nunca es *solo* dinero, si Vance consigue convencer a mi padre esto puede meter a Zayne en problemas gordos. «Menuda mierda monumental». Suspiro y echo a andar. Entonces caigo en que tengo que ir a trabajar.

—¿Trabajar dónde?

—En la biblioteca.

—¿Por qué trabajas en la biblioteca?

—Un diseñador encantador va a hacernos unos vestidos para los nacionales a las cuatro, su hermana trabaja en la biblioteca, así que la ayudo por las noches. Es un poco lío.

—Vale, no tienes por qué decírmelo si no quieres —sonríe un poco y le sienta de cine.

—No, va en serio.

—¿De verdad?

—Sí y no puedes decir nada, es una sorpresa para ellas.

—Premium, pídeles a tus amigas que te cubran esta noche, deberías descansar. —La seriedad vuelve a conquistarlo todo.

—No, es muy arriesgado a Mendhel se le podría escapar. Además, puede que para ti sea insignificante, pero he dado mi palabra, no puedo faltar.

Sus ojos se quedan sobre los míos y durante unos instantes, ninguno de los dos dice nada.

—De acuerdo, tengo un par de horas.

—¿Qué quieres decir?

Zayne no contesta y la sonrisa que dudo si me imagino, vuelve a su rostro. Llegamos a la biblioteca.

—Chica, tienes la mala costumbre de llegar cinco minutos antes de tu hora y la vida no está hecha para los puntual… —Mendhel se queda callada, se pone en pie y juro que se mostraría menos confusa si hubiera entrado con un gato en brazos levantándolo a lo Simba—. ¿Hola?

—Buenas noches, vengo a echar una mano con el trabajo. Espero que no sea molestia.

—¿Gratis?

Zayne se ríe y el sonido me recorre como chispas por la piel.

—Del todo gratis, sí.

Al principio está encantada de recibir más mano de obra, pero en cuanto se entera de que es el capitán del equipo de hockey, no duda en compartir que es

fan de ese deporte. Empiezo a pensar que lo que quería Xavier era que su hermana consiguiera entradas gratis para todos los partidos que se jueguen en la universidad. Zayne me acompaña a la planta de arriba con trece libros, dejándome en muy mal lugar por solo ser capaz de cargar con seis.

—¿Por qué estabas entrenando tan tarde? —pregunta observándome mientras busco la «din-» en un mar de «di-».

—Algunas veces mis prácticas con Alexander se alargan. ¿Qué hacías tú allí?

—Había quedado con mi agente deportivo.

—¿No tiene nombre, solo cargo?

—Se llama Darren Davis.

—Eso suena a nombre falso.

—Se lo diré de tu parte.

Contengo la risa, le cojo los últimos libros que sujeta y mis manos acarician sus dedos. Tardo en apartarme más de lo que debería. ¿Por qué? Quién sabe. Luego trago con dificultad, ignoro el calambrazo y sigo colocándolos. O lo intento, porque cuando vuelvo a centrar la vista en la portada del libro que ha quedado arriba con tal de leer el autor, las letras se mezclan unas con otras. «Reacciona». Parpadeo y me giro a la librería a mi espalda, a la espera de recuperar el sentido.

No lo consigo.

—Hay tantos autores… —me río nerviosa por lo bajo porque no soporto el creciente silencio.

—Premium. —Noto un deje raro en su voz, así que le miro.

—¿Qué? ¿A qué viene esa cara?

—Tu cuello —Se acerca tanto que contengo la respiración, me mueve el pelo y se inclina hasta igualar la altura de nuestros rostros—. Tienes una herida.

—¿Ah, sí? No será nada, ni siquiera me he dado cuenta.

Endurece la mandíbula y sigue sujetándome el pelo para apartarlo. Insiste en mirar mi piel como si fuera el cuadro más caro del museo mientras maldice a quien ha pintado encima. No me atrae en absoluto. Bebí y tomé una mala decisión. El patinaje es lo único que tiene espacio en mi mente. Sus labios se fruncen, pero aun así se ven bonitos. Zayne es guapísimo, pero he visto cantidad de hombres guapos a estas alturas. Antonov sin ir más lejos, él solo es horrible por dentro. Ese es el quid, Zayne no lo es.

Intento calmarme, pero no puedo. Mi pulso se acelera con cada segundo.

—¿Por qué no has dicho nada?

—Ni me había dado cuenta, Zayne. ¿Hay algún motivo por el que estás

exagerando tanto? No es como si fuera a desangrarme.

—Alguien tiene que preocuparse por ti.

—*Yo* lo hago. Desde hace más tiempo del que… —mi voz pierde fuerza por completo cuando sus ojos abandonan mi cuello y se posan en mis labios. Mis manos flojean, los libros peligran y la electricidad en mi estómago cobra vida propia—. ¿Zayne?

—No intervendré siempre que puedas sola —me coloca un par de mechones tras la oreja—, pero estaré ahí si lo necesitas.

—¿Por qué?

Veo cómo su pecho sube y baja por la visión periférica, no aparta la mirada, ni la mano de mi oreja. Sus ojos están hablando un lenguaje que no entiendo, que nunca he oído antes. Se inclina y me da un beso en la mejilla, como hacen los amigos. Luego da un paso atrás. Todavía estamos tan cerca como para que pueda contarle las pecas del puente de su bonita nariz.

—Porque formamos un buen equipo.

No soy capaz de contestar nada. Él se marcha abajo a por más libros y yo me quedo mirando el espacio vacío que antes ocupaba su cuerpo.

C a p í t u l o 6

Zayne

—¿Has visto a Zayne?

—Tu novio está esperándote fuera.

—Oh, no, él no… nosotros no… ¿Has dicho fuera?

—Puedes traerle cuando quieras, ¿eh? Hemos avanzado mucho trabajo los tres juntos. Encima de ser un bombón, va a regalarme entradas para el próximo partido, has tenido mucha suerte en conocerlo. —Oigo la carcajada de la señora Mendhel desde fuera—. En mis tiempos, la mayoría de nosotras conocíamos a elementos mucho peores personal y físicamente, pero tu chico es harina de otro costal. Estás un poco roja, corazón, ¿tengo la calefacción demasiado alta? Te he dicho que puedes pedirme que la baje cuando quieras.

—Está bien, está todo bien, hasta mañana.

Arrugo la frente cuando ella cruza la entrada y reacciona justo cómo esperaba que lo hiciera: poniéndose aún más roja, abriendo los ojos asustada y sin poder encontrar las palabras adecuadas.

—¿Qué hay?

—¿Qué hay…? —repite—. Bien, no, o sea… ¿qué haces aquí fuera?

—He ido a por la cena —muevo la cabeza hacia la salida—, vamos.

—Claro, debes estar hambriento. Lo siento. Deberías haberte marchado hace rato a cenar. No hace falta que me acompañes, en serio, no vivo lejos y cuando antes llegues antes podrás comer.

Estrecho la mirada y me detengo con la certeza casi absoluta de estar equivocado.

—Es cena para ambos, ¿lo sabes, no? —no contesta, pero su cara sí y mi estómago se hunde hasta quitarme el hambre—. Joder, Premium.

—Es todo un detalle, pero no puedo.

—¿No puedes cenar?

—Soy celíaca. De haber sabido que ibas a comprar cena, te lo habría dicho. Perdona.

Rebusco en la bolsa y siento alivio inmediato, porque ha sido una elección inconsciente. Solo buscaba algo sano que hubiera comido ya con tal de que fuera una apuesta segura, quería que le gustara. Saco uno de los tazones combinado de pepino, aguacate, salmón y mango entre otras frutas, y se lo ofrezco.

—Un segundo —señala con el dedo—, ese restaurante…

—Jonathan también es alérgico al gluten. —En el instituto se metían con él por "no poder comer nada" y desde que llegó a la universidad ha demostrado una fijación férrea a evidenciar lo contrario—. Le gusta mucho cocinar y a estas alturas tenemos más comida sin gluten en casa que con. Y eso que Jonathan ni siquiera vive con nosotros.

Sus ojos sueltan chispas luminosas y lo acepta.

—Muchas gracias.

Me he dado cuenta de que cuando algo le hace ilusión hace una mueca adorable con los labios y se le encogen los hombros. Es evidente que me va a poner más difícil no besarla con cada segundo que pase, pero no soy de los que aparta la mano del fuego, por mucho peligro que haya de quemarse.

—Aquí hace frío, ¿te sentirías incómoda si fuéramos a mi coche?

—¿Por qué iba a sentirme incómoda? —Resopla mientras el color vuelve de nuevo a sus mejillas—. A mí me da lo mismo.

Contengo la sonrisa.

Llevamos veinte minutos en el coche y he descubierto una nueva personalidad de Premium. Tiene carácter, pero no de la forma que parecía cuando la conocí. Defiende sus opiniones, pero sabe escuchar y es bastante sensible cuando interviene un capullo como Antonov, ya no digamos como su hermano. Ahora no para de sonreír, estoy seguro de que ni se da cuenta, y me está hechizando.

—Le has encantado, ahora cada vez que vaya yo sola tendré que tragarme su mueca de disgusto.

—Bueno, es que la señora Mendhel es muy fácil de complacer. —Estudio su cara—. ¿Qué?

—El tono con el que lo has dicho, ¿crees que yo soy una chica difícil?

—¿Acaso crees que eres una chica fácil?

El color de sus mejillas empieza a ser un premio que quiero ganarme a toda costa una y otra vez.

—Yo no soy difícil, mis amigas me adoran.

—No lo pongo en duda. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Deja el bol vacío en la bolsa y se limpia los labios con la servilleta.

—Sí que puedes, Zayne.

—¿De verdad tu padre está de acuerdo con la forma en la que te trata tu hermano? —las imágenes vuelven hacia mí y siento la mala leche de nuevo.

—No es muy diferente de cómo me trata él. Pero prefiero no hablar de ellos.

Asiento porque veo cómo se va cerrando y no quiero que me eche justo cuando empiezo a verla por quien es. Quiero respetar su espacio, aunque las preguntas me atraviesen como flechas. Premium desvía la mirada y la posa en el salpicadero, recorriendo el espacio que nos rodea para terminar en mis ojos. Mueve las cejas.

—Dime, Zayne, ¿es esto lo que haces con todas las chicas a las que rechazas? —Sonríe, sacude la cabeza y baja el tono—. Me da que tu amistad es algo demasiado valioso para ser solo el premio de consolación.

—¿De qué estás hablando?

—Debería irme ya, se hace tarde.

Alcanzo su mano después de que se abroche el abrigo con tal de que no salga del coche. Por primera vez no están frías.

—No soporto dejar conversaciones a medias, Premium. —Mi voz sale más brusca de lo que pretendía, pero ella alza la barbilla como resultado.

—Vale, ¿quieres que lo diga más claro? Me rechazaste y hoy estás siendo encantador, así que o te doy pena o quieres que seamos amigos. ¿Te infla el ego que lo admita?

—Quiero que seamos amigos, pero no te rechacé.

—No importa, Zayne, hay cantidad de chicos a los que no les atraigo y no pasa nada.

Está claro que no se dio cuenta de nada de lo que pasaba a su alrededor en la fiesta. De cómo todos babeaban por ella, de lo que me está haciendo a mí ahora y cada vez que estoy a tu lado.

—No sé en qué estaba pensando, mi vida está en el patinaje, no tengo tiempo para nada más. Lo tenía claro hasta que apareciste y no te comportaste como se supone que se comportaría alguien en tu posición.

—Habías bebido, no quería aprovecharme de la situación.

—No hace falta que me des explicaciones.

—Además, dijiste que eras virgen, no sabía hasta dónde llegaba tu experiencia y no quería asustarte.

—He besado a cientos de chicos, sino miles —miente en tono altanero e irritante—. Y, no es por nada, pero soy mayorcita, no tienes por qué endulzarme lo que pasó, estaba allí, lo vi.

—Premium, no me estás entendiendo.

—No voy a hablar mal de ti si es eso lo que te preocupa, ni voy a chivarme de lo de Ted. Sé cumplir mi palabra. —Acerca una mano a la maneta de la puerta y actúo.

Tiro de ella, invado su espacio y la beso. Me cuelo en su boca, le separo los labios para saborearla de verdad, tal y como quise y una descarga de placer va directa a mi polla. Jadea cuando mi lengua resbala contra la suya y se pega más a mí.

Me devuelve el beso.

Existe una timidez en su lengua al principio, indecisión, pero desaparece cuando le agarro la mejilla inclino su rostro y la presiono otra vez contra mí esperando no ser brusco. No es su primer beso ni de coña. Emite un sonido dulce demostrando lo que le gusta, pero como siga con eso me va a causar una erección. Quiero tocarla y demostrarle muchas cosas, pero rompo el beso antes de que me vuelva loco.

Sus ojos se quedan fijos en mis labios, aún estamos muy cerca. Quiero besarla otra vez, pero parece querer decir algo. Tarda unos segundos y juro que me mata cada uno de ellos. La espera no resulta ser lo peor.

—Zayne, apártate.

Se me tensa todo el cuerpo. Hago lo que me pide y le doy espacio. Cuando alza la vista la emoción inunda sus ojos plateados que ahora resplandecen. No lo entiendo. Y no llego a hacerlo antes de que salga del coche. La sigo.

—¡Premium, espera!

—Eso ha sido miserable y cruel —me ladra y aunque su tono es arisco no oculta la tristeza—. No tenías por qué hacer eso.

Le corto el paso.

—¿De qué estás hablando?

—No tenías por qué besarme por compasión. Eres un capullo perverso. Un sádico.

Se me hunde el corazón dentro del pecho. Se va, pero no voy a dejarla escapar. Le corto el paso y le cojo de las mejillas.

—¿Quién te ha hecho tanto daño para que eso sea lo primero que pienses?

—Zayne, basta —dice, pero no se mueve—. Déjame.

—No. No hasta que entiendas que lo que ha pasado no ha sido eso.

—Vale, sí, lo que tú digas. Querías besarme. Querías hacerlo y por eso lo has hecho. ¿Hemos acabado? —Me aparta las manos, pero no se va.

—No.

—Zayne…

—¿Por qué no me crees, Premium?

—¡Porque no puedo! La vida no es un cuento de hadas, ¡la vida es una mierda! —grita mientras llora—. La vida es tener una buena madre y que muera por tu culpa. Es soportar que tu padre te lo recuerde cada vez que te ve y que olvide todo lo demás que tiene que ver contigo. —Se aleja más, sollozando—. Es tener un hermano que te desprecia sin motivo, perder una competición tras otra y que a nadie le valga nada de lo que haces. La vida es perder todo lo bueno que tienes hasta quedarte sin nada. Así que ya basta, ¡ya basta de todo esto! No me cures, Zayne, no me ayudes, no me beses, ¡no hagas nada!

La rodeo con los brazos.

—Zayne, ¿qué te he…? —Se agarra a mi sudadera primero para apartarme, un segundo después para que no la suelte.

La presiono contra mi pecho y ella se desmorona, liberando todo aquello con lo que ha estado cargando. Me parte el alma. Puedo ver las espinas que otros han estado colocando a su alrededor, cómo la hieren, y solo puedo imaginarme lo que se siente.

Le acaricio el pelo hasta que se calma. Minutos o horas, no estoy seguro de cuánto pasa, pero no me importa. Cuando se aparta, no me mira, tiene la nariz muy roja y los ojos más todavía. Le limpio las lágrimas y le alzo la cabeza para demostrarle que no tiene que ocultarse, luego deposito un beso en su mejilla. Siento la reticencia de mis dedos a soltarla, pero lo hago para abrir la puerta del copiloto, la siento con las piernas fuera y le alcanzo una botella de agua que aún no habíamos abierto.

Espero a que hable, pero no lo hace. Supongo que ya lo ha hecho bastante. Quiero que se sienta cómoda conmigo, así que no la presiono. Me dice que vive cerca y que debería irse, esta vez de verdad, pero cuando la sigo no me frena. Hablamos de Mendhel y de la cena. Tengo las manos congeladas y puedo hacerme una idea de cómo las tendrá ella, le cojo una y la meto en el bolsillo central de mi sudadera. Ella finge no darse ni cuenta.

No pide lo que necesita, está tan acostumbrada a no recibirlo que cuando lo hace lo rechaza con puro terror: porque perder duele mucho más que no haber tenido.

—Gracias otra vez. No tenías por qué acompañarme hasta aquí. Ni hacer nada, en realidad.

No. Aún no se da cuenta. Pero se la dará.

—Como capitán del equipo de hockey hay algunas labores de voluntariado

que quedan muy bien en el currículum.

—¿No me digas?

—Sí, además hemos contribuido a las ganancias de un local que no conoce mucha gente. Ya son dos buenas obras.

Sonríe fugazmente.

—Buenas noches, Swanson.

—Premium. —La llamo cuando ya está en la escalera—. Tu número, ¿me lo das?

—¿Para qué?

—El cumpleaños de Jonathan es dentro de poco y me gustaría poder consultarte opciones sin gluten, si no te importa. Me harías un gran favor.

Reticente, desciende las escaleras. Me ofrece su móvil, pero no lo cojo y le ofrezco el mío porque si le dejo el poder a ella es más que probable que no me llame. Sonríe de manera torcida y yo me siento muy bien conmigo mismo.

A la mañana siguiente, después de un buen entreno en el gimnasio, voy camino a clase cuando me encuentro a una versión femenina y pequeña de Adler.

—Vaya, vaya, ¿qué hace una oveja sin su rebaño?

—Buenos días, Isabella. ¿No es un poco pronto para esa bebida energética? ¿Sabes que dormir proporciona mejores resultados que todos esos químicos?

—Lo de meterse cada uno en sus asuntos sí que funciona de maravilla. Deberías probarlo y si te apetece luego se lo inculcas a mi hermano. —Me mira de arriba abajo con una mueca despectiva—. Veo que sigues queriendo ser un armario de dos puertas.

—Veo que sigues llevando unas gafas demasiado grandes para tu cara.

—Te partirás la espalda.

—Se te caerá la nariz.

—¿Puedes decirle a Adler que deje de venir a la biblioteca a abochornarme? —Me coge del brazo y pone una mueca de súplica—. Todo el mundo sabe que lo suyo no son los libros, podríamos quedarnos cada uno en su territorio.

—¿Como Inglaterra y Francia?

—Ya sabía yo que había algo de cerebro tras todos esos músculos. —La sonrisa le ocupa toda la cara.

Isabella sigue hablando cuando las veo. Las desventajas del excesivo ejercicio físico flotan a mi alrededor en forma de palabras, pero yo solo veo a Misty dando un codazo a London, a ella dándole otro a Dásie y por último, ella alertando a Premium. Igual que ha pasado con las otras tres, los ojos de Premium viajan de Isabella a mí repetidas veces y casi puedo oír lo que piensa.

—Buenos días, Zayne.

Isabella deja de hablar para observar a London. El resto me saluda, pero Premium solo nos observa a ambos con cierta desilusión que desaparece cuando se esconde tras su escudo de indiferencia.

—¿Cómo estás, Hunt?

—Muy bien.

—Di que no, que ayer ni siquiera cenó de lo agotada que estaba —interviene Misty.

—Alexander le exige demasiado y necesita un descanso urgente —sigue Dásie—. Vamos a ponernos en la última fila en clase para que se duerma.

—No voy a dormirme, estoy perfectamente.

No se lo ha contado. Tal vez la visita de Vance el gilipollas las preocuparía. Sería lo lógico. Pero que se haya guardado que cenamos juntos me gusta, porque ahora tenemos un secreto juntos. O unos cuantos, en realidad. Saco de la mochila una barrita energética y se la ofrezco, pero ella no la coge.

—Se me cansa el brazo.

—No, no hace falta. He desayunado y tú la necesitarás más que yo. —Sus palabras son amables, pero su tono es tan distante y gélido que podría solucionar el deshielo de los glaciares.

No cedo y ella no aparta la vista. Ya no queda nada de la chica vulnerable de anoche, la que tengo delante es puro peligro.

—Anda, fíjate, si son de las que no tienen gluten —London coge la barrita—. Además, esta marca te gusta mucho. Ya es casualidad. Gracias, Zayne, se la comerá encantada.

—¿Por qué hablas por mí? —Le gruñe desvía la atención y aprovecho para mirarla.

Lleva una falda naranja que muestra sus piernas infinitas y una parte de mí se alegra mucho de no poder ver cómo le queda por detrás. Lo ha combinado con una sudadera lila que resalta su cuello de cisne, su figura, sus…, «joder». No voy a empezar a babear. O igual ya es tarde.

—¿Ves lo que te decía sobre meterte en tus asuntos? —susurra Isabella antes de darme un codazo sin llegar a soltarme—. A todo el mundo le gusta la idea.

—Se la comerá y tú acabarás teniendo problemas si sigues con eso —contesto.

—¿Ahora ves el futuro? ¿Ese es tu plan B si lo del hockey no sale bien? ¿Vas a leer manos, Zayne?

—Bueno, tenemos que irnos —interviene Premium rompiendo el contacto

visual conmigo a cada oportunidad que tiene—. Que vaya bien.

Tira de sus amigas y las obliga a andar, pero estoy en medio del camino y no tengo intención de apartarme todavía.

—¿Haces algo esta noche?

—Sí, trabajo en la biblioteca.

Claro que no puede invitarme delante de sus amigas. Tampoco parece querer hacerlo en absoluto.

—¿Y después?

Isabella me mira frunciendo el ceño.

—Estás hecho un hipócrita, me dices que duerma ¿y qué haces tú? Pfff, para flipar.

La ignoro y mantengo los ojos en los únicos plateados que he visto desde que me he despertado. Me alegra ver que ya no están tristes. Prefiero que me ladre a verla llorar. Cualquier cosa menos verla llorar.

—Tampoco me viene bien.

—Es que tenemos que volar a Nueva York para competir dentro de nada, de lo contrario estaría encantada —dice Dásie.

—¿Cuándo volvéis?

—Estaremos allí menos de un día, será muy rápido. ¡Qué suerte tenemos de vivir en la era que vivimos! —exclama Misty.

—Os deseo suerte. Nos veremos a la vuelta.

Sigo teniendo intenciones de verla hoy, por muy ocupada que esté, pero prefiero que no lo sepa. Sus amigas se despiden de mí con una amabilidad y alegría desbordantes, y se van a clase. «Y luego me pone en duda que es una chica difícil».

—Te gusta la de lila, ¿a que sí? —Isabella me suelta y sacude la cabeza—. Pfff, qué básicos sois los tíos, os perdéis por cualquier cara bonita.

—No deberías tener tantos prejuicios, novata.

—¿Prejuicios? Adivino, animadora mimada y rica, no sabe localizar Nueva York en el mapa y el sudor del duro trabajo le da alergia.

—No has dado ni una.

Las clases vuelan y estoy de vuelta en la pista. Llevo dándole vueltas a qué mensaje enviarle a Premium, pero no me decido. Quiero hablar con ella y tengo la sensación de que el teléfono no me servirá de nada.

—¿Quería verme, entrenador? —pregunto al entrar en su despacho, aunque es retórica porque me lo ha dicho nueve veces.

Hoy. Con la de ayer, diez.

—Sí, Swanson, siéntate —se inclina para pulsar su interfono y le dice a alguien—: ya puedes pasar.

Ese alguien resulta ser mi agente deportivo, Darren Davis, que de hecho, sí es una persona de verdad.

—¿Esto un lío, señor?

Darren toma asiento y me da unos golpes en el hombro que parecen más amistosos que del pésame. Luego sonríe. «Vale, creo que tengo futuro».

—Pensaba esperar a darte la noticia un par de meses más porque mi técnica lleva dando resultado años —empieza Landon—, pero en el último mes has estado metido en dos peleas y me quiero asegurar de que sabes lo que puedes perder.

—Señor, si se refiere a lo de ayer, le prometo que hice lo que debía.

—Has sido seleccionado por varios equipos de la NHL —suelta de sopetón —. Quieren firmar contigo, una vez te gradúes tendrás que meditar a que equipo elegir.

Sus palabras suenan con eco en mi cabeza.

—¿Perdón?

—No fuiste seleccionado por el Draft y sé que fue por tu lesión, tuviste la mala suerte de que sucediera en el momento crítico, pero es evidente que le supiste dar la vuelta a la situación. Te has esforzado más que nadie y vas a recoger los frutos de tu trabajo, enhorabuena. —Landon pone varias hojas delante de mí, todas tienen pinta de contratos.

—Felicidades, Zayne, te lo has ganado —dice Darren.

—Un segundo, un segundo —me levanto y señalo las tres hojas—. ¿Qué? Fui al campamento de hockey a principios de año, no había recibido ninguna oferta.

—Era mentira.

—Llegaron el año pasado, pero no te preocupes, como les dijimos que tienes que pensártelo, nadie lo vio como una ofensa —dice Darren poniendo una cuarta hoja encima de la mesa—. De hecho, esta llegó después del campamento.

Me siento cuando me flojean las piernas.

—¿Estoy soñando? Me he abierto el puto cráneo en el entrenamiento, ¿verdad?

—Si no te dije nada fue porque me sorprendiste, Zayne —continúa Landon que por lo visto, no ha dicho bastante—. He entrenado a muchísimos jugadores y he visto muchas lesiones. La tuya fue de las decisivas, de no haber hecho la rehabilitación como es debido, no habrías podido volver a jugar. Pero te curaste y volviste más fuerte que antes, incluida tu mente. Hacía mucho tiempo que no

veía semejante potencial, así que te lo oculté para que siguieras esforzándote. Por eso te hice dudar de si seguirías los pasos de Jensen Fischer como capitán del equipo cuando llegaras a cuarto. Lo cierto es que el año pasado ya habrías sido el mejor capitán que podía tener el equipo, pero eso a ti no te convenía. No quería que te relajaras.

—Es normal si te jode un poco, pero tienes que saber que Landon y yo miramos por el bien de tu carrera.

Mi mundo se da la vuelta. Entierro la cara en las manos y me froto las sienes con fuerza. El miedo se convierte en posibilidad. Las puertas contra las que he estado chocando una y otra vez están abiertas de par en par.

—¿Cuatro…? —Casi estoy jadeando y no puedo respirar, ni nada que se le parezca—. ¿Cuatro ofertas? ¿Hay cuatro ofertas para mí encima de la mesa?

Noto una mano firme y dura contra mi hombro que golpea un par de veces. Landon ha salido de detrás de su mesa y ahora está delante de Darren y de mí.

—Necesitarás tiempo para asimilarlo, pero ya lo harás fuera de mi despacho, no he acabado. La razón por la que te lo he dicho es para que tengas cuidado. Me siento orgulloso de tu reacción con Archedon y con el energúmeno de ayer. Pero tienes que vigilar porque lo que te juegas es muy gordo, ¿entiendes? No puedes cagarla ahora o te arrepentirás toda tu vida.

Me quedo en trance. Darren se queda con Landon y cuando salgo Anthony está en el pasillo, esperándome. Casi ni le veo. ¿De verdad no estoy muerto?

—Buah, estamos jodidos, ¿no? —Se aparta de la pared—. ¿Qué te ha dicho? Eh, ¿a quién hemos cabreado ahora? —pregunta y me limito a darle lo que sostengo—. ¿Qué son, carteles de «se busca»? Tío, estás un poco blanco, ¿estás…? Zayne. Zayne. ¡Swanson! ¡¿Qué cojones?! ¡¿La NHL?! —Pasa los papeles—. ¡¿Cuatro equipos?! ¡Me cago en mi puta vida, Zayne! —Me coge del cuello y me placa, goleándome la espalda con fuerza.

—No me lo puedo creer —Miro los papeles cuando Anthony pega un grito ronco.

—¡Te dije que llegarían! ¿Te lo dije o no? —Me salta encima—. Tío, has tenido que batir algún récord, ese campamento va a petarlo el año que viene. —Se ríe—. ¡Es una jodida pasada!

Sacudo la cabeza y le cuento la historia, pero primero lo saco de allí para que no le oiga el entrenador y se meta en un lío.

—Hijo de… —frente al coche, cerveza en mano, Anthony suelta una carcajada—. Puto Landon, las mata callando. Aunque no creí que Darren pudiera guardar un secreto así. Es una barbaridad. El equipo va a flipar cuando se lo

cuentes. ¡Eh, hagamos una fiesta mañana por la noche!

—Ya veremos.

—Ahora tendrás mucho que pensar, mucho que digerir. —Choca las cervezas y guardamos silencio unos segundos—. Eh. Estoy orgulloso de ti, capitán.

Le choco el puño y me hace prometer que esperaré a mañana para darle la noticia al equipo porque esta noche duerme en casa de Dixie. Lo cierto es que ya es un poco tarde y entrenamos juntos en el gimnasio a primera hora. Puedo esperar. Me despido de él y vuelvo a entrar a la facultad. Empiezo a acostumbrarme a verla vacía.

Le hago un gesto a Mendhel para que no me delate y a cambio le dejo las dos entradas para el próximo partido en casa encima del mostrador. Sus ojos se vuelven estrellas. Subo las escaleras de dos en dos y llego al piso arriba. Mi humor mejora un todavía más al verla y empiezo a pensar que hoy es el mejor día de mi vida. ¿Qué coño? Lo es.

Golpeo una estantería con los nudillos.

—¿No le dijiste a nadie que cenamos juntos por lo ocurrido con Vance o por mí?

—Zayne, hola. —Sorprendida, casi asustada por mi presencia—. ¿Qué haces aquí?

—Quería verte.

—¿A mí? —Empuja el carrito lleno de libros—. ¿Por qué?

—Porque quería comentarte los resultados de las olimpiadas de dos mil doce.

—¿Es una broma? ¿Tengo que reírme?

La miro y se lo digo sin palabras, pero como no lo pilla, saco el tema.

—Te dije que no tenía novia. —Me acerco—. Nunca te he mentido, Premium, no tienes motivos para desconfiar de mí.

—Tenías una chica agarrada del brazo. —Hace eso de fingir que busca algo en la estantería sin leer nada.

—Y eso nos convierte en… —chisto la lengua—, cierto, marido y mujer, ¿cómo no he caído antes? Debería haberle comprado un anillo. ¿Habrá algo abierto a estas horas?

—¿Eres irritante como deporte? —Me clava sus afilados iris de plata.

—¿Estás celosa de Isabella, Premium?

—Isabella —repite el nombre como si fuera una palabra mágica, algo demasiado bonito como para pronunciarlo. Desvía la mirada hacia abajo y durante una fracción de segundo casi puedo imaginarme que ha pensado en mí una o dos veces en todo el día—. En absoluto.

—¿Ni un poco? —Me acerco más y vuelve a ser evidente lo grande que es mi cuerpo en comparación al suyo, la diferencia que hay de altura.

Y aun así, aquí la peligrosa es ella.

—¿Necesitas que te lo escriba en un pósit, Swanson? He dicho que en absoluto. ¿Por qué sonríes?

—Porque te pones muy guapa cuando te irritas, Hunt.

—Entonces debo estar espectacular ahora mismo.

—Sí —admito. Las manos se le congelan y da la sensación de que se olvida que sujeta un libro—. Es una suerte que no estés celosa de la hermana pequeña de Adler.

—¿Su…? ¿Su hermana?

—Sí, este año ha empezado primero y ya tiene bastante con todos esos exámenes difíciles, la presión y las relaciones sociales como para recibir el odio de la mejor patinadora de North Star.

—¿Qué sabrás tú cómo patino? —murmura en un tono más suave.

Supongo que este no es un buen momento para reconocerte que he estado colándome en tus prácticas. Que el primer día planeé ir quince minutos y terminé quedándome una hora entera. Que iba a ser solo una vez y fueron más. Me miro la muñeca, (no llevo reloj).

—Es tarde, te pasas diez minutos de la hora. ¿Dónde están tus cosas?

—Tú no te cansas nunca, ¿eh?

—Sé que vas a irte a Nueva York mañana, pero tengo una muy buena noticia que celebrar y me apetecía mucho compartirla contigo.

—¿Noticia? ¿Qué noticia? —Se le iluminan los ojos.

—Aquí no.

Quiero llevarla a cenar, pero me dice que se ha olvidado el móvil en la taquilla así que volvemos a las pistas de hielo. Tenemos que encender algunas luces porque ya no queda nadie salvo el de seguridad que nos ha abierto a pesar de que hemos interrumpido su cena. Qué tío más majo.

—¿Cuánto vas a tardar en decírmelo?

—Tú no has contestado a mi pregunta, ¿por qué iba a contestar a las tuyas? —Me encojo de hombros.

—¿Qué pregunta?

—Tus amigas y tú sois muy íntimas, pero no sabían nada de lo de ayer. ¿A qué se debe?

Me arrepiento de preguntar cuando suspira y se le pone cara triste.

—Se pondrían echas una furia de saber lo de Vance. Por cierto, he hablado

con mi padre.

—Premium, te dije que no era necesario.

—Para mí sí lo era. Él no sabía nada. Voy a verle en Nueva York, comeremos juntos y me aseguraré de que controle a Vance. Haré que me lo prometa. —Su agradecimiento es tan puro que me deja a sus pies, por eso no insisto en la otra parte de la pregunta—. Gracias de verdad por lo de ayer.

—Nunca me habían dado las gracias por besar a alguien.

Me pega y yo cojo su muñeca. Intenta soltarse, pero sin mucho esfuerzo. Luego su mano cae y yo sigo sujetándola. Deseo que el número de puertas que quedan de por medio aumente, que los pasillos se alarguen, que el complejo deportivo se vuelva más grande. No quiero que me rechace otra cena, quiero que se quede conmigo, que le apetezca hacerlo.

—¿Cuál es la buena noticia que celebrar? —pregunta caminando más despacio.

—En primero, jugábamos un partido contra los Wabblen de Nebraska y eran conocidos por ser bastante violentos, aunque no le dimos mayor importancia. Al menos, no hasta que Russ Scott me rompió el brazo aplastándomelo contra la portería, jodiéndome el hombro por un montón de sitios.

—Oh, dios mío, Zayne. ¿Hablas en serio?

—Tan en serio como que estuve siete meses sin jugar. Muchos decían que mi carrera había acabado antes de empezar.

—Debió ser una pesadilla.

Trago saliva recordando aquel horror, queriendo apartarlo de mi presente.

—Por suerte, Landon no me sacó del equipo. Trabajé muy duro durante mi recuperación y después una vez estuve de vuelta en la pista, sabiendo que me encontraba en un punto muy por detrás del resto. Que tal vez el tiempo que había perdido afectaría para siempre a mi carrera. Al fin y al cabo cuando el Draft seleccionó a mi mejor amigo, yo ni siquiera podía sujetar el stick en condiciones.

Premium pone una mano sobre la mía y me da un apretón.

—Ahora eres el capitán, conseguiste recuperar el tiempo perdido.

Le sonrío y me aguanto las ganas de besarla.

—Lo cierto es que Landon no fue del todo honesto conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Él creía que solo exprimiría mi potencial si tenía presente a cada paso que, al final, podía quedarme sin nada. Por eso, Landon y Darren me ocultaron las puertas que se fueron abriendo.

—¿Puertas? ¿Quieres decir…? —Se le ilumina el rostro.

—He recibido ofertas de la NHL.

Se queda muda, con la boca abierta, congelada y en shock.

—¿La…? ¿Has dicho la NHL? ¡Zayne! —grita antes de saltarme encima y conseguir que me dé un vuelco el corazón. La estrecho en mis brazos—. ¡Felicidades! Madre mía, ¡es increíble! —Se las ingenia para soltarse, me coge de la mano y tira de mí—. Esto hay que celebrarlo. ¡Menuda noticia!

—Premium, espera, tu teléfono —sonrío dejando que tire de mí, de nuevo hacia el vestuario.

Pero antes de que entre, la giro sobre sí misma y la abrazo de nuevo.

—Dame un segundo más, por favor.

—Va-vale. Sí. —Tarda un poco, pero su cuerpo se relaja contra el mío y me rodea con los brazos, acurrucando la cabeza en mi pecho.

Cuando la suelto no he tenido suficiente, pero a mí podría hacérseme de día, ¿sabes lo que te digo?

—Te espero aquí.

—No, ven. Está vacío, no pasa nada —abre la puerta y me guía dentro.

Recupera su teléfono y la miro mientras recoloca lo que se ha caído de su taquilla al abrirla.

—Así que Premium Hunt es escrupulosamente organizada con su tiempo y lo opuesto con sus cosas.

—Cállate, Zayne —refunfuña.

Me inclino hacia su taquilla y veo algo que no debería. Su ropa interior. Está doblada, pero alcanzo ver que es negra de encaje. Carraspeo y me alejo. «Mi imaginación me va a torturar con eso más tarde».

—¿Te da corte un poco de tela, pero bromeas sobre nuestro beso?

Sí, porque una cosa es a lo que aspiro y otra algo que ya he hecho. Uno puede ser muy vulnerable con sus sueños. Estaría bien decir que no sé cómo he llegado a este punto en el que estoy a su merced, pero sí lo sé. Cada vez que abre la boca, Premium…

—Zayne. —Traga saliva y su cuello de cisne atrapa mi atención. Debe haberse maquillado la herida, porque no se aprecia—. Sabía que esa chica no era tu novia.

—¿Lo sabías?

—Sí, igual que sabía que me cubrirías delante de mis mejores amigas. No es algo que pase a menudo, pero confío en ti. —Se carga de valor y alza los ojos hasta los míos—. Así que, enséñame.

Mis dedos se mueven solos y le acaricio las manos, jugando con ellas,

manteniéndola cerca. Escuchándola.

—Enséñame, Zayne.

—¿A qué?

—A besar. Quiero aprender, perfeccionar la técnica, y yo no… conozco las reglas.

Mi cuerpo se enciende mientras ella se muerde el labio inferior y ya estoy cachondo.

—Si vas a reírte de mí, me voy.

—Nunca me reiría de ti, Premium. —Acaricio su mandíbula y subo hasta su mejilla, cada rincón de piel es suave. Le aparto el pelo, me inclino hasta que nuestros rostros están a una altura similar. Beso su mejilla, despacio, recorro la distancia hasta llegar a la comisura de sus labios—. La única regla, es no pensar demasiado.

Le inclino la cabeza y la rozo, sin llegar a besarla. Me alejo. Separo mis labios y los suyos reaccionan como un espejo. No la toco. Estoy hambriento, pero el deseo en su mirada me golpea con una intensidad que me dice que funciona, que está preparada. Se pone de puntillas y me alcanza.

Entonces bebo de ella.

La beso con brusquedad, con ansia. El beso es húmedo, urgente y necesitado, todo lo que había querido demostrarle y más. La cojo en brazos y ella me rodea con las piernas, un segundo después la empotro contra la pared y le separo aún más la boca. Dejo de ser capaz de racionar cuando hundo mi lengua en su boca y ella me clava los dedos en la espalda, en el pelo, retorciéndose contra mí para reducir más la distancia. Noto su corazón golpeando contra mi cuerpo, su pulso desbocado, me salgo de su boca y pellizco el lóbulo de su oreja con los labios, la chupo, luego le beso el cuello y cuando ella gime estoy a punto de salirme de mi cuerpo.

Nos movemos. Tira de mi sudadera y me la quito, también la camiseta. Me mira, me toca y luego se deshace de la suya. Dios, es preciosa, quiero pasarme el resto de mi vida comiéndomela.

Sé que tenemos que parar, pero acabo sentado en el banco con ella encima a horcajadas. Me deja sin palabras. Está justo encima de mi polla y se mece de tal forma que nuestra ropa casi no supone ninguna barrera. Me prometí que no dejaría que lo que yo sentía por Premium la presionara, pero es ella la que se sujeta a mis hombros, la que insiste hasta que la tengo tan dura que duele. Se le pone roja la cara y sé que el jadeo que suelta tenía intención de ser una palabra, así que acepto el cumplido y la atraigo de nuevo hacia mí.

No sé qué es lo que quiere, pero voy a dárselo.

El calor que desprende el punto exacto que se roza contra mí me hace querer colar las manos bajo su falda, comprobar lo mojada que está y hundirme en ella tras comprobar que es tanto como imagino.

—*Ah*, Zayne.

—Vas a tener que enseñarme muchas cosas, Hunt.

Fusionamos nuestras bocas y sus labios son una fantasía, la fricción de nuestros cuerpos es una puta ida de olla milagrosa y sensorial. Ella lo es. Devora mi boca, me besa con intensidad, deleitándose, separando más los labios o haciéndolo solo un poco.

—¿Sin reglas, profesor?

—Me cago en la puta.

Cada vez que Premium gime mi erección responde. Le hundo una mano en el pelo y me la como. Podría haberme corrido ya ciento cincuenta y siete veces y no entiendo cómo no ha pasado. Voy a desintegrarme. Ni siquiera puedo imaginarme lo que sería si mi polla estuviera dentro de… Dios santo. Tengo que deletrearme la palabra «virgen» treinta veces.

Me aferro a mi autocontrol como puedo, acariciando la piel expuesta a la altura de sus caderas. Está caliente y suave bajo mis manos y surge el mismo efecto que un hechizo. No puedo resistirlo y mis manos viajan hasta su culo, ella se retuerce. Es redondo y perfecto, y me ayuda a presionarla con fuerza contra mí. Quizá demasiada fuerza. Quizá es demasiado y ella…

—Dios, sí —gime acelerando el ritmo de sus caderas—. Zayne.

Le beso el cuello y es dulce, no tiene sentido. La deseo. Joder, tanto que me va a reventar la maldita cabeza. Sus gemidos se cortan, le falta el aire, me aparto para mirarla y veo cómo tiembla, se estremece y se sacude mientras se corre. Se queda grabado en mi retina, y es algo demasiado intenso como para no seguirla. No me ha llevado al orgasmo, lo ha convertido en su ciudad y me ha empujado dentro. El placer deja temblando hasta mi columna, la euforia es profunda y atraviesa todas las capas superficiales hasta llegar al hueso.

Intento recuperar el aliento mientras la oigo en bucle en mi cabeza. Le aparto el pelo que se le ha pegado a la cara.

—Tú no eres de este mundo, Hunt.

Se enrojece un poco más, sonríe, se muerde el labio y vuelve la timidez.

—¿Qué? —pregunta cuando se me escapa la risa.

—Nada, es solo que me resulta curioso que sea ahora cuando decidas sentir vergüenza.

—No estoy acostumbrada a revelar mis cartas.

Hace el amago de levantarse, pero no la dejo. Me incorporo y la inclino para que tenga que agarrarse a mi cuello. No quiero que me suelte. *Necesito* que se quede donde está.

—Premium.

—¿Si?

—¿Vas a dejar que te invite a cenar?

C a p í t u l o 7

Premium

—Toma, guapa —London me pasa un cojín cervical rosa que hace toda la pinta de ser un teleñeco.

El avión ha despegado hace cinco minutos así que ya podemos desabrocharnos el cinturón.

—Gracias y por lo de antes también.

London ha hecho un numerito de pánico a volar para convencer a Alexander de que le cambiara el sitio. La realidad es que la del miedo soy yo, pero de haberlo sabido tal vez Alexander se habría ofrecido a darme él la mano.

—No hay de qué. Estoy dudando de hacer algún casting. Ya sabes, por si lo de las olimpiadas no cuaja.

—Porque entrenadora, comentarista deportiva, coreógrafa artística y jueza de patinaje no son suficientes *backups*.

—Nunca se tienen suficientes. Oye, ¿no es ofensivo que Arkadi tenga el mismo tiempo con la prensa que tú cuando no te llega ni al tobillo? La desigualdad de oportunidades es dolorosa y evidente.

—Vaya cambio de tema.

—Pues tengo otro más radical todavía. —Me observa ladeando la cabeza, parpadeando un número exagerado de veces mientras guarda silencio.

—¿Estás intentando enviar un mensaje a la nave alienígena que te trajo a la Tierra? ¿Dos parpadeos mamá, tres papá?

—Mi-M —me coge una mano—, creo que ya he sido bastante educada y paciente.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué sonríes así? Tengo miedo.

—Deberías. ¿Sabes lo harta que estoy de esperar?

—¿A quién?

—¡A ti! ¿Vas a contarme lo que pasa entre el quarterback del hockey y tú?

—No sé de quién hablas.

—El hermano perdido de Elisabeth Swann, ¿no te suena?

—No hay nada que contar. —Intento soltarla, pero me aprieta más fuerte.

—Dos horas, guapita. —El teleñeco verde neón de su cuello le cae al regazo cuando se inclina e invade mi espacio—. Dos horas con esta mirada penetrante, tú verás. Además, te he librado del rancio ese, ¿y tú me lo pagas con mentiras?

—No… no son mentiras. No sé lo que pasa entre Zayne y yo. —Pero tengo palpitaciones, no me concentro, no estoy pensando en la competición tanto como debería teniendo en cuenta las pocas horas que faltan y eso me aterra—. De verdad que no.

—Empieza por contarme de qué hablabais cuando os pillamos en su cocina el día del cumpleaños de Dás.

«Ted Archedon». Sacudo la cabeza.

—No puedo.

—Vale, así que ya os guardáis los secretitos. —Sonríe de forma radiante.

—Supongo.

—Pues sí que va bien la cosa.

—No hay cosa.

—Tu cara dice lo contrario. Tu cara dice salseo extremo de la mejor calidad y por el que vale la pena poner el cebo en la caña y esperar a que pique el pez.

London me escudriña con sus enormes ojos negros. «Aguanta, piensa en el hielo. Yo soy de hielo». Puede que aprenda a sacarme a Zayne de la cabeza, puede que olvide su personalidad entera. Puede, puede… «El hielo se resquebraja».

—Premium, voy a preguntarte algo y no quiero que te asustes.

—Porque la alternativa de dejar el tema no está sobre la mesa, ¿no?

—Ambas sabemos la respuesta a eso. ¿Es posible que, de forma remota, mínima, curiosa y nueva te sientas…?

—Sí.

—No he terminado la pregunta.

—La respuesta es sí.

—Oye, no quiero que me des la razón para librarte de mí. Cariño, puedes ser virgen toda la vida si tú quieres, pero he estado observándoos. Veo lo tensa que te pones cuando está Zayne cerca, cómo lo miras. Sé que no has tenido suerte con los hombres de tu vida y que eso ha hecho que te cierres. Y lo entiendo. Empezando por tu padre, siguiendo por Vance, el capullo de Arkadi, tu entrenador de los cojones… de verdad que se me llevan los demonios, es como vivir de forma perpetua en un martes trece masculino.

Luego está él, que es un caso aparte. Que se cuela en la biblioteca para

protegerme de Vance. Que quiere compartir sus buenas noticias conmigo, invitarme a cenar y contarme sus secretos. «Joder, este problema es serio».

—Lo que vengo a decir…

—Hicimos cosas —suelto de sopetón.

—¿En el desayuno?

—No, en el vestuario. Vino a recogerme a la biblioteca y luego me acompañó a por mi teléfono.

—¿*Cosas*? —repite mirándome como un ratón miraría a una serpiente.

Me revuelvo incómoda. No porque me avergüence, sino porque esto es nuevo para mí.

—Estábamos vestidos —bajo la mirada.

—Vale. Sigue. ¡Por dios, Premium, sigue!

—Primero nos besamos, lo cual fue alucinante.

—¿Os besasteis?

—No sabía que alguien podía besar así —suspiro.

—¡Ay, mi madre! —grita en susurros—. Premium, ¿me estás vacilando? ¿Te estás puto quedando conmigo?

Sacudo la cabeza. Ella rompe en una carcajada histérica y floja que me da toda la sensación de que va a dañarle los pulmones.

—A ver, te beso y te gustó. Eso es nuevo. Nunca habías dejado que un tío se acercara tanto. ¿Por qué lo hiciste? Porque no tienes cara de que te obligara a nada.

—No me obligo, quise besarle. —En varias ocasiones—. Luego no sé cómo, acabé sobre su regazo. Eso también me gustó.

—A mí me da algo. —Se tapa la cara con el cojín verde neón y se revuelve como si le estuviera dando un ataque. Intenta tranquilizarse, se abanica con la mano, vuelve a darle un ataque y así vamos para bingo—. A ver, a ver, me calmo. Estoy calmada. Ibas por lo de su regazo.

Miro a mi alrededor. Pese a que es un vuelo corto la gente parece muy a favor de pasarse el viaje dormida. Nos han tocado en los asientos más atrás del grupo, así que no hay peligro. Pensar en Zayne sin camiseta es uno de los motivos principales de insomnio de un cuarto de la población estadounidense, estoy segura.

—No fue nada, estoy convencida de que ya se habrá acostado con otra.

—No según Dan. Dice que lleva meses rechazando a una tras otra a pesar de que se le tiran al cuello y que no es nuevo de este año, que ya era así el año pasado.

Eso concuerda con lo que dijo Angelica. No puede ser. No. ¿O sí? Imposible. ¿O no?

—Premium. ¿Tú no quieres que se acueste con otras?

—No es asunto mío. —Pero no.

—Vale, volveremos a eso más tarde, pero por lo que más quieras en este mundo, sigue contándome.

—Bueno, él me cogió y yo le rodeé la cintura con las piernas, nos estábamos besando a lo bestia cuando acabamos en uno de los bancos del vestuario y fue entonces cuando pasó.

—¿El qué?

Me va a hacer decirlo.

—Verás, yo llevaba falda y sus pantalones no eran muy gruesos, así podía notarlo *todo* muy bien y, bueno, digamos que la fricción hizo lo suyo, sí.

—¿Estás diciendo…? —abre la boca en un grito sordo y me da golpes en el brazo—. ¿Hizo que te corrieras?

—Sí, ambos nos…

—¡Ay, Dios mío!

—Pero vestidos.

A London le da un ataque. Literal. No puede dejar de reírse, de estrujarme el brazo y de ahogar su emoción contra el cojín. Para cuando llegamos tengo que pedirle que vuelva a echar mano de sus dotes de actriz con tal de que Misty y Dás no se enteren. Lo que nos jugamos hoy es muy importante y no podemos despistarnos.

«A ver si lo que me late en el pecho se aplica el cuento».

Zayne Swanson

Zayne
Buena suerte
🍀

Puede que haya estado sonriendo a la pantalla de mi móvil más de lo debido, pero me libro de la sensación cuando lo encierro en la taquilla. Misty y yo competimos en categorías superiores a las de Dás y London, así que nos toca patinar primero. Por desgracia a Arkadi Antonov también, así que tengo que verle el careto en la grada. El entusiasmo del público lo compensa un poco. Hay muchos padres con sus hijos. Algunos de los cuales, competirán aquí dentro de

unos años. Mi mente se aleja del presente.

—Mi tesoro, hoy has hecho un muy buen trabajo. —Mamá me mete en su abrigo y caminamos cogidas a paso ligero.

—¿Has visto mi doble lutz? ¿Lo has visto?

—Claro que lo he visto, yo era la que más fuerte aplaudía, ¿no lo has oído?

—Sí, sí que me he dado cuenta. —Toqueteo la medalla de oro.

—Tu padre y tu hermano ya estarán esperándonos en el coche, ¿dónde quieres ir a celebrarlo? Elige y allí iremos.

—A Marte.

—Vale, bien, veré si hay algún cohete disponible antes de las doce —se agacha me hace cosquillas—. ¡¿A Marte ha dicho la niña?! ¡¿A Marte?! ¡Pero bueno!

—¡Para, no! —Me duele la tripa de tanto reír—. ¡Mamá!

—Premium Hunt, hazme el favor de elegir un restaurante que esté en este planeta.

Hago una mueca y ella se da cuenta. Como siempre.

—¿Qué ocurre?

—Ashley ha dicho que nunca come comida basura porque así de mayor le resultará más fácil no engordar, ¿eso es verdad?

Me coge de los hombros y luego me alza la barbilla.

—Hay una cosa que odio del patinaje y es esa.

—¿Los comentarios de Ashley? A mí tampoco me gustan.

—No, tesoro, lo obsesionados que están todos con el aspecto que deben tener las patinadoras. Pienso repetírtelo hasta que me muera: tu cuerpo es uno de tus bienes más preciados. Tienes que cuidarlo con mucho cariño para que pueda saltar tan alto como tú quieres y eso a veces significa comer una pizza. Es como hacer los deberes y luego poder irte a jugar, me encargo de que comas sano y te aseguro que hoy puedes comer lo que te apetezca. Sea lo que sea.

—Pues sí que me apetece una pizza —admito contagiándome de su sonrisa —. Y un helado, mami, ¿puedo también helado?

—He dicho lo que quieras, ¿o no lo he dicho? ¿No me digas que solo lo he pensado?

Se me escapa la risa. Me coge de la mano y yo la agarro fuerte, cuando caminamos hacia la salida tengo que ir saltando porque estoy super contenta.

«Estás aquí, conmigo. Siempre». Inspiro llenando mis pulmones del aire seco y frío, concentrándome en *Clair de Lune* que está sonando mientras repaso mentalmente todos mis pasos. Misty llega hecha un flan y poco después lo hace

su entrenadora.

—Os he traído un poco de agua, chicas —dice Clare sentándose en la grada.

Acepto la botella y me tenso al ver que los de detrás comentan por lo bajo el vestuario de Misty y también su aspecto, sus músculos. No parece que mi mirada envenenada los achante. Mi mejor amiga va a ser la única patinadora que no lleve vestido hoy y le costó lo suyo que la organización accediera, teniendo en cuenta que muchos estaban en contra. De hecho, en las olimpiadas sería inimaginable. De no haber pedido permiso, la habrían sancionado, pero lo consiguió y ahora estamos un paso más cerca de no ser objetos. Gracias a ella.

—La espalda recta y la barbilla alta, princesa, que se te cae la corona —le manda Clare y Misty obedece. «El amor»—. ¿Cómo estás, Premium?

—Con ganas de salir ya y acabar con esto. La espera es lo que más me mata.

—¿Ves? A mí eso no me pasa —interviene Misty—, yo agradecería un par de horas de retraso. O un par de días.

—Lo vas a bordar —le doy un apretón en el hombro—. Estoy muy orgullosa de ti.

Sus párpados naranjas relucen cuando cierra los ojos y exhala con nerviosismo, pero me devuelve el apretón.

—Te toca —llega Alexander y me coge del brazo. Apenas oigo el «suerte» de Misty de lo rápido que me hace caminar, incluso llevando los patines puestos—. Recuerda todo lo que hemos ensayado y no la cagues. Puedes hacerlo, ¿entendido?

—Entendido.

—Premium, puede que no te lo diga a menudo, pero tienes un Don. Lo tuyo no son solo saltos, tienes una habilidad para patinar que resulta hipnótica, bella y limpia. Tienes mucho control y la coreografía que hemos practicado no es imposible para ti.

—Gracias, Alexander —siempre me sorprende cuando me muestra su cara amable.

—Y hazme el favor, no te cortes la cara con la cuchilla.

Sonrío y me acerco a la entrada cuando Nina Svetlakrova ya ha salido. Espero a que me presenten y entro en la pista. Saludo al público y patino rodeando el centro hasta que me paro en él. «Joven promesa», «North Star», «momento ansiado», «meses de duro trabajo», las palabras de los altavoces llegan a mí, pero no se quedan conmigo. La adrenalina me aísla de la realidad. «Aquí solo estoy yo, el ruido no existe, solo el hielo que marco al avanzar». *Nocturne, Op. nine* de Chopin empieza a sonar, me arqueo y empiezo la

coreografía. Estoy en una montaña rusa y solo quiero ir más rápido. El corazón se me acelera más y más. «Ahora». Mi vestido vuela conmigo cuando salto, giro y…

Clavo el cuádruple *lutz*.

El público enloquece y algo estalla en mi interior. Felicidad. Me alejo del borde, patino hasta el centro. Abro los brazos, giro sobre mí misma y cojo una de las cuchillas al alzar la pierna. Más rápido, más rápido, más. Recupero la respiración rodeando el centro.

La canción y coreografía acaban demasiado pronto, justo cuando me estaba acostumbrando a la euforia. «¿Has visto, mamá? ¿Lo has visto». No me queda oxígeno, pero tengo una enorme sonrisa en la cara. Saludo al público y me deslizo fuera de la pista.

—Muy buen trabajo —me dice Alexander dándome los protectores de cuchillas.

El público sigue aplaudiendo mientras me lleva a ver en qué posición me han clasificado los jueces. La vida no se para, en un segundo mi momento termina y la siguiente patinadora entra a la pista. Hay una ilusión desconocida al después, añadida a mis tres mejores amigas que me mantiene la sonrisa. Primera posición. «Chúpate esa, Antonov. A ver si tú te acercas a eso». Alexander aplaude con el ramo entre los brazos y yo me espabilo por salir de allí porque quiero ver a Misty.

—Tienes que contestar unas preguntas. ¿Se buena, vale?

Lo dice por la fama que me precede. Algunos me tienen miedo y la verdad, mejor. En este deporte cualquiera se cree un experto *tose en Arkadi* y es un gustazo que ya nadie me pregunte tonterías porque saben que me voy dejándolos a medias.

—Señorita Hunt, ha hecho un gran trabajo, ¿sabe que es considerada un icono entre las nuevas generaciones?

—No estoy segura de saber a lo que se refiere con eso, yo solo patino.

Se ríen. Ignoro el micrófono de *Ezkle Television* a conciencia.

—¿Está preparándose ya para las olimpiadas?

—Llevo preparándome desde que tengo uso de razón, pero sí, sin presiones.

Más risas. «No bajes la guardia».

—¿Qué diría a aquellos que opinan que los jueces son muy benévolos con usted, señorita Hunt?

—No les diría nada, le verdad.

La periodista de *Ezkle* me pone el micrófono en la cara y pregunta:

—¿Y a la gente que opina que usted no cumple con las medidas estándar de las patinadoras de hace treinta años qué les diría?

—Que se pueden ir a tomar por culo.

«Esa es mi hija». Alexander tira de mí justo cuando los flashes se revolucionan y unos hablan encima de otros.

—Joder, Premium —su tono se vuelve áspero y desagradable cuando estamos a solas—. ¿De qué coño vas?

—Llevan diciendo lo de «hace treinta años» por lo menos cincuenta. La excusa ya huele.

—Esto nos perjudica.

«Nos» es la palabra clave. Se refiere a él. Finjo que hago caso a Alexander mientras me dice que mi éxito se va a ver lastimado por mi actitud como no cambie, pero no le doy mayor importancia porque mientras no insulte a los jueces, todo irá bien. Al menos, hasta ahora ha sido así.

Llevo cuatro años con Alexander y él es el único motivo por el que hago entrevistas, a partir del año que viene se acabó. Él no sabe que hay un reloj sobre nuestra relación profesional y que falta poco para que llegue a cero. «No puedo esperar». Cuando llegamos a la pista, otro grupo de reporteros se nos acerca y nos cierra el paso. Se supone que he acabado, pero no me dejan acceder a las gradas con el resto del público, todavía tienen más preguntas.

—Vámonos —Alexander tira de mí alejándome de la pista.

—Pero, Misty…

—A menos que quieras robarle el protagonismo a tu amiga, harás lo que te digo.

El sonido se vuelve lejano cuando las puertas se cierran. Alexander se marcha y yo voy en busca de Dás y London, pero en el pasillo de camino veo unas televisiones que retransmiten lo que está pasando en directo y me quedo a verla. Recupero la alegría al ver lo bien que lo hace. La televisión no tiene sonido, pero oigo al público aplaudir desde aquí y puedo imaginarme a los comentaristas elogiando la calidad de sus transiciones.

—¡Toma ya! —exclamo cuando clava el triple axel.

—¿Premium Hunt?

Me giro y veo un rostro que me suena, aunque no sé de qué. Ojos azules, aspecto del norte de Europa…

—¿Sí?

—Has estado excepcional ahí fuera.

—Gracias. —Sonrío de forma escueta y me giro para marcharme, pero me

frena.

—¿No sabes quién soy? Intuyo que tu entrenador no te ha dado el mensaje.

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

—Lo suponía, pero tenía la esperanza de que te lo diera ya que también es tu agente deportivo y se entiende que busca lo mejor para ti. ¿Nunca has pensado en el conflicto de intereses existente?

—Perdone, ¿quién es usted?

—Soy Dominik Turner. —Sonríe cuando se me abren los ojos—. Veo que sí me conoces.

—Claro, es el entrenador de Layla Assnara.

—Era y, por favor, tutéame. Layla va a dejar la competición para ser madre y ahí es donde entras tú, Premium.

—¿Yo?

—Quiero entrenarte. Llevo estudiando tu estilo y tus coreografías y me atrevería a decir que puedo convertirte en la mejor patinadora que eres capaz de ser.

—No has dicho la mejor patinadora del mundo. —Siento un cosquilleo dentro.

—Eso dependerá de tus capacidades, no de las mías. Además, no me gusta ejercer presión innecesaria sobre mis patinadores. —Hace una mueca simpática —. Eres excepcional, igual que tu trayectoria, pero temo que si te quedas con Alexander Freddle te estancarás. No te impulsa cuando debe, apostaría a que usa el miedo como motivación en vez de la ilusión de la belleza de este deporte. Como tu agente esperaba que te hiciera llegar mi oferta, pero no ha sido así.

—No, no lo ha sido. —Pero no me hace falta.

Dominik juega en otra liga, una que Alexander no sabe ni a qué huele.

—No pasa nada, sabría que podría verte aquí hoy —sonríe y a diferencia de lo que ocurre con Alexander, el gesto no eriza el bello de mi espalda, me resulta cálido y agradable. Reconozco haberlo visto en numerosas ocasiones con Layla. Dominik asegura tener mi correo electrónico y añade que me enviará la oferta formal solo a mí para que pueda estudiarla. Es entonces cuando tengo que pararle los pies.

—Me siento muy agradecida porque hayas pensado en mí, pero yo ya tengo entrenador y a tan poco de los nacionales, no puedo ni plantearme hacer un cambio tan grande. —Sé que pedirle que me espere seis meses es demasiado, así que no lo hago.

—Premium, quizá llevas meses preparando la coreografía, ¿pero qué

diferencia a un bailarín profesional de uno novato?

—Su técnica.

Sacude la cabeza.

—Su habilidad para aprender más deprisa algo que resulta muy difícil para la mayoría. Diez personas pueden pasarse décadas haciendo la mejor obra de sus vidas, pero solo una es capaz de hacer cientos.

Tengo que controlar mi cabeza para no asentir.

—Es un honor, de verdad que lo es, pero ya he tomado mi decisión. Tendrá que buscar a otra. Lo siento.

—Es una lástima —parece sentirlo de verdad.

Me despido con un gesto y me marcho con repentino dolor de estómago. Mamá eligió a Alexander para mí cuando todavía era pequeña, siempre hablaba de él, creía en él. Es cierto que la trayectoria de mi actual entrenador era muy prometedora, pero pese a todas a las que ha entrenado, al final he sido la única patinadora que ha destacado un poco por encima de la media. Y aun así, nunca me he planteado ir contra el deseo de mi madre… salvo ahora. Suspiro, me froto la cara con las manos y me mancho de purpurina.

Alguien choca contra mí.

—¿La has visto? —grita Dás, pero no es euforia—. ¡¿Has visto a Misty?!

—No me han dejado, ¿qué ha pasado?

—Se ha caído.

—¿Misty se ha caído?

—Sí. Por si fuera poco London es la primera en salir de nuestra categoría y ya sabes lo supersticiosa que es. ¿Qué hacemos? —Está pálida, cagada de miedo.

Voy a la pista con ella con tal de encontrar a London y luego ir en busca de Misty. Está en el banco hiperventilando.

—Me voy a caer.

—¿Qué dices? —gime Dás—. Lo estás gafando.

—Dios, me voy a caer seguro. —London no da señales de oírla.

Me siento en el banco y le cojo las manos.

—Apriétame las manos.

—¿Qué?

—Apriétalas, London. —Lo hace—. Esto es lo que vas a hacer ahí fuera, ¿vale? Vas a usar todas tus fuerzas con cada movimiento para caer en el segundo exacto que debes. Lo has hecho miles de veces y te ha salido bien mil una, no hay nadie que pueda hacer tu coreografía mejor que tú.

Max Naese llega hasta nosotras y le pide que la siga.

—Hazlo bien, London —le ordeno como si no hubiera otra opción sobre la mesa—, tú solo hazlo, no lo pienses.

Sigue a su entrenador y entra en la pista. Las pantallas enfocan su delicado rostro y no veo tensión en ella, como si de verdad hubiera bloqueado todo su miedo.

—Buen comienzo —dice Dás.

—No se va a caer.

Mi corazón está en vilo toda su actuación, pero lo borda. Le sale de diez y aplaudo hasta que me duelen las manos.

—Ha roto la maldición —suspira Dás aliviada.

—¿Desde cuándo eres tú supersticiosa?

—No lo soy, salvo en momentos de pánico, como este.

Le zarandeo de los hombros.

—Te digo lo mismo que a ella, lo que intentaba Misty era algo muy difícil —una coreografía típica de patinadores masculinos. ¿Por qué? Porque durante años en los programas libres se les ha permitido más tiempo que a las mujeres y la rubia revolucionaria quiere cambiar las cosas—. No es lo mismo que lo que hacemos nosotras.

—Lo sé. —Juega con sus manos.

—Pues no te digas lo contrario. Tu mente ahora es más importante que tus patines.

—Lo sé —asiente más convencida—. No me voy a caer. No va a pasar.

Finjo que no le tiembla todo y me cargo de determinación para transmitírsela.

—Iré a ver a Misty —digo cuando veo a Naese y a London volviendo a lo lejos—. Vendré antes de que salgas, lo prometo.

—Vale. Aquí estaré. Dale un abrazo de nuestra parte.

No sé por qué voy al vestuario, pero es allí donde la encuentro. Tiene los ojos rojos de haber llorado, pero ya se le han secado las lágrimas y lo único que veo es frustración irradiando en todas direcciones.

—Menuda mierda. —Se pasea descalza delante de mí—. La he cagado pero bien.

—Sí, un poco sí —admito para relajar el ambiente.

—He decepcionado a Clare.

—¿Te lo ha dicho ella?

—¿Ella? ¿Cómo va a decírmelo? Es un ángel. Pero lo sé, lo siento muy adentro, en el alma.

—Lo sabes —repito con retintín.

—Nunca creí que pudiera caerme así. He visto las repeticiones, había sido perfecto, pero he perdido el control un instante y todos mis esfuerzos se han ido a la basura. —Hace algunos sonidos incomprensibles—. ¡Maldita sea, qué asco!

—Sí, no sé si te dejarán presentarte a las olimpiadas después de semejante caída.

—Sé que te estás burlando de mí, pero me merezco mi momento de drama, ¿no crees? —Noto un deje triste y dudo si me he pasado—. Me he pasado mucho tiempo ensayándolo, clavando cada caída, para fastidiarlo todo llegado el momento de la verdad.

Toco el banco a mi lado para que se siente y cuando lo hace suspiro aliviada para mis adentros.

—El momento de la verdad fueron los regionales y lo clavaste. El momento de la verdad serán los nacionales y llegado el día, las olimpiadas. Es una mierda lo que te ha pasado hoy, pero forma parte de ser deportistas.

—¿Y si me cargo mi futuro por intentar cambiar las cosas? ¿Y si al final no consigo nada y me quedo sin mi pasión?

Entrelazo nuestras manos y me las llevo al estómago.

—Puedes dejar la búsqueda de la igualdad cuando quieras, Misty, ya has aportado mucho más que tu granito de arena. Las cosas no cambian de la noche a la mañana, se necesita tiempo.

—No quiero rendirme. —Sacude la cabeza y hace pucheros.

—¿No? —Sonrío.

—No cuando hay mierdosos como Arkadi acaparando todas las oportunidades. ¿Sabes que ha quedado séptimo?

Se me escapa una carcajada y a ella otra. «Que tiene que enseñarme la técnica dijo, pues será de cómo ser peor patinadora».

—¿Ves? Al final si va a merecer haber venido hasta aquí.

Suspira.

—Lo cierto es que no podría dejarlo ni aunque quisiera. Acatando sus normas me sentía una *people pleaser* de esta forma soy una *people placer.* —Me guiña un ojo—. De pequeña ya me molestaban todas esas estrictas normas sobre lo que debe ser una patinadora, no podría ser nada que no fuera esto. —Se señala los bíceps y me río.

—Eres magnética, Misty, cuando tú patinas nadie puede apartar la mirada. Tienes una legión de seguidores por algo.

—Ya será menos. —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Pfff, me estarán

odiando ahora mismo.

Guardo silencio porque si necesita llorar no quiero que lo haga sola.

—A veces me gustaría ser como tú —dice al cabo de unos minutos—. Se te da todo bien, hagas lo que hagas.

—Pues a mí me gustaría ser como tú —fijo la vista en las taquillas—. Tú luchas por ser y defender quién eres, yo sigo poniéndome los vestidos.

—Te encantan esos vestidos.

—Pero odio que a ellos les gusten, que crean que soy la muñeca que han pedido ver, que estoy pasando por el aro. Y odio que encima los pague mi padre. —Y ya no hablemos de tener que verle, aunque Zayne lo merece.

Misty apoya la cabeza en mi hombro.

—No deberías tener reparo alguno en aceptar su dinero. Es lo mínimo que puede hacer para compensarte.

Le beso la frente.

—Deberíamos ir a ver a Dás, estará echa un flan.

—Pero London ha roto la maldición —dice poniéndose en pie.

Sonrío porque pese a todo, ha visto su actuación. «Menuda es».

Llego al hotel *Strasly Decode* diez minutos antes de lo previsto. Llueve a mares y pensaba que el tráfico sería terrible, pero al final no ha sido para tanto. Subo a la última planta y llego al restaurante, cuando pregunto al *maître* me advierte que él ya está allí.

Mi padre ya ha empezado a comer cuando me siento. Frente a mi silla, hay un plato de pasta humeante que huele para morirse, también hay pan tostado con queso y otro tipo de entrante que me encantaría probar, pero ya si eso en otra vida.

—Hola, papá.

—Siéntate, se enfría. —No alza la vista para mirarme.

Dejo el bolso en el respaldo de mi silla y me siento entrelazando las manos. Estamos junto a un ventanal inmenso y las vistas son espectaculares incluso con el cielo así de gris. La música clásica de fondo es igual de tranquila que las conversaciones de las demás mesas, pero lo único que quiero hacer es irme.

—¿Qué tal el vuelo?

—Bien. En unas horas vuelvo a casa.

Suelta los cubiertos y se queda un largo instante mirando por la ventana. Dudo si le he ofendido por no creer que mi casa sea donde esté él, pero no veo el sentido a mentir. Mi hogar está lo más lejos posible de él y de Vance.

—Por esto merece la pena trabajar duro, ¿eh, Premium? —Se ríe—. Son los

pequeños detalles, una buena comida, unas buenas vistas…

—Papá, tú no sabías que Vance iría a Indiana para llevarme a Rumanía a la fuerza, ¿verdad?

—No me gusta repetirme, Premium, y tú lo sabes. —Mastica malhumorado por mi interrupción—. Pero hablé con él después de tu llamada y me contó una versión muy distinta de la historia, me dijo que un amigo tuyo le agredió.

—No es amigo mío, es un jugador de hockey que estaba en recinto y si intervino es porque Vance me tenía aprisionada contra la pared. Papá, lo que sea que te haya contado no es cierto.

—¿No le pegó?

—Sí, pero tenía motivos. Yo misma…

—Pegó a tu hermano, ¿no deberías ponerte de parte de tu familia? La familia lo es todo.

Se me ponen los dedos blancos de apretar los puños. Quiero volcar la mesa y gritarle hasta que me entienda, pero no funcionaría.

—He venido aquí para asegurarme de que controlas a Vance. Sabes que no quiero formar parte de lo que hacéis, así que te agradecería que evitaras que el incidente se volviera a producir.

—¿De qué estás hablando? Soy tu padre. Has venido a comer conmigo.

—Necesito que me prometas que no hará nada contra el jugador de hockey. Te escribí su nombre para que no haya errores posibles. Está en su último año y defenderme de Vance no debería costarle su carrera.

—¿Defenderte? Ni que hubiera sido algo más que una riña entre hermanos.

Tengo que dejar la conversación en pausa cuando llega el camarero a servirle el segundo a mi padre. Entonces se percata de que no he tocado mi plato.

—¿Hay algo que no sea de su gusto?

—Se ha despistado hablando, ahora se lo come, gracias —dice mi padre haciendo que se vaya.

—Fue más que una riña de hermanos. Vance estaba fuera de sí.

—Estás exagerando.

—¿Acaso estoy obligada a ir a Rumanía a dar no sé qué entrevista? ¿Eso es lo que estás diciendo, que nadie debería haber intervenido y yo debería haber dejado que me arrastrara a ese avión?

—Se lo prometiste, Premium, sabes lo que opino sobre incumplir tu palabra.

—No se lo prometí. Nunca se lo prometería, conoces mis horarios.

—¿Estás diciendo que tu hermano miente?

Cierro la boca. «Por ahí no, céntrate».

—Papá, tuvo que intervenir el entrenador de hockey para que se marchara.

Se toma su tiempo para contestar.

—Teniendo en cuenta todo el dinero que estoy aportando a esa universidad al pagar tus estudios, he de admitir que me molesta un poco que echen a patadas a uno de mis hijos.

—No fueron irrespetuosos. Landon lo trató con educación en todo momento y Zayne solo quería apartarlo de mí.

—Defiendes mucho a ese Zayne para ser *solo* un jugador.

—También defiendo a su entrenador, lo contrario sería totalmente injusto. ¿Puedes darme tu palabra? —Mi padre será muchas cosas, pero si promete algo, lo cumple pase lo que pase—. ¿Puedes darme tu palabra de que te encargarás de alejar a Vance del entrenador Landon y de Zayne Swanson?

—Hablaré con él, sí. Pero a cambio tendrás que hacer algo por mí.

—¿El qué? —pregunto dispuesta a lo que sea.

—Tendrás que hacer una videollamada con la CCR.

La CCR era un canal de radio deportivo muy famoso en… Rumanía. De repente estoy revuelta, me duele el estómago y siento que se hace de noche dentro de mi cuerpo.

—¿Trato?

—Sí, papá, trato hecho.

—Bien, ahora come, he pagado una fortuna por esto y no vas a dejarme en mal lugar.

—Soy alérgica al gluten, papá, no puedo comerme esto.

La desaprobación destaca en su mirada mientras me cambia el plato por el suyo vacío.

—Entonces bebe un trago, no has tocado la cerveza. Es una especial muy cara que…

—La cerveza también lleva gluten.

Suelta los cubiertos de mala manera y me mira irritado porque haya escogido precisamente esa enfermedad, de entre todas las que podría haber escogido.

C a p í t u l o 8

Zayne

—¿Estáis follando por mensaje?

—Apártate de mi cara, ¿quieres?

Cierro la taquilla tras ver que su última conexión no ha cambiado. Supongo que ya estará en el avión de vuelta.

—¿Qué? Mi capitán está lanzado y no voy a ser yo el que le frene. —Anthony me da unos golpes en la espalda—. Una patinadora con suerte. ¿Sabemos ya si ha ganado?

—Sí, ha ganado.

—¿Y por qué mierda tienes esa cara de culo?

—Misty se ha caído. Estará triste por ella. —¿Por qué no me ha llamado?

—Bueno tío, son gajes del oficio. Nosotros también perdemos partidos, pero no pasa nada.

—¿De qué habláis? —Adler ha entrado al vestuario sin que nos diéramos cuenta y está apoyado en las taquillas.

—De la gente que va a perderse la fiesta de esta noche, es una pena.

—¿Esta noche? —pregunto mirando a Anthony, ya que había acordado con él que sería después de que ellas volvieran de la competición.

El precio que tuve que pagar fue decirle el por qué. Pero creía haber dejado claro que sería mañana, no hoy. Estarán agotadas después de la competición y el vuelo.

—Sí, capitán, esta noche celebramos tu futuro puesto en la NHL —dice Anthony—. Aunque para eso aún faltan horas. ¡Ahora a entrenar!

—Ahh, sí —Adler chasquea los dedos—, me ha mandado Landon para que os diga que si no movéis el culo ya os saca del equipo.

—¿Tú eres tonto, chaval? —le grita—. ¿Y nos lo dices ahora?

—¿Quién soy yo para interrumpir una conversación matrimonial?

Le doy un empujón, volvemos a la pista y todo el equipo está presente, pero Landon no.

—¿Ha dimitido? —Vacila Anthony.

—Ha ido a por un megáfono —Ace tiene mal aspecto, como en pánico—, ha dicho que así oiremos mejor sus órdenes.

—RIP mis oídos —dice Tyler.

El equipo coge la oportunidad para hablar y hacer el tonto porque no somos tan responsables como para empezar el calentamiento.

—Por su ex —oigo susurrar a Jeremy, de primero.

—No es su ex, solo es un cretino que patina con ella —le dice Jacob.

—Pues cuando me quedé en la fiesta de Jack oí por ahí que la usaba para desestresarse cada día después de entrenar.

—Tío, ¿eres imbécil? —pregunta Jacob.

—¿O sea que se la folla? —pregunta Kit, también de primero—. Menuda suerte, Premium es guapísima.

—Puede que sea guapa, pero Arkadi dice que no había probado a una tía más sosa en la cama en su vida.

—No jodas, ¿en serio? ¿Es como una muñeca hinchable?

—Sí, dijo que estaba deseando librarse de ella, pero que se había colgado de él y le daba pena así que dejaba que se la chupara como premio de consolación. Un…

—Jeremy, Kit, dad cinco vueltas a la pista. Disfrutadlo, va a ser el único ejercicio que hagáis hoy.

—Pero, capitán, ¿por qué…?

—¿Te he dicho que hables? ¡Largo!

Jeremy se va pálido y cabizbajo y Kit le sigue, entonces miro al resto del equipo.

—Capitán, yo… —interviene Jacob, pero ya sé de qué lado está.

—Escuchadme todos —llamo la atención del equipo—, lección de hoy: Arkadi Antonov es un hijo de puta.

—Dinos algo que no sepamos.

—Calla, Tyler —le advierte Adler por lo bajo.

—¿Veis a Kit y a Jeremy? Eso es lo que pasa cuando dejas que mierda humana como Antonov te coma la oreja. No quiero ver a ninguno de vosotros dándole ni la hora, ¿entendido? —Alzo más la voz—. Si queréis jugar algún partido esta temporada os alejaréis de él, ¿ha quedado claro?

—Sí, capitán —responden al unísono.

Estoy de mal humor y necesito deshacerme de lo que siento, lo cual se traduce en que me empleo a fondo en cada jugada. Estoy tan metido en el

entrenamiento que casi no oigo el dichoso megáfono de Landon. Acabo dolorido, pero no es suficiente, tengo que hacer algo al respecto. Después de ver cómo la trató su hermano, no puedo dejar esto pasar. Quiero protegerla. Si está mal o no, lo averiguaré después.

—Eh, capitán, bien jugado —Tyler me da con su stick y yo le devuelvo el golpe.

Empezamos a hacer el tonto y acabamos con algunas heridas y partiéndonos de risa. Me siento culpable por el arañazo con el que ha acabado Tyler, así que me ofrezco a ir a por el botiquín.

—Me ofendes, capitán, soy un tío duro —es lo último que oigo antes de salir del vestuario.

Lo consigo, pero la cosa es que no llego al vestuario de vuelta. ¿La razón? Premium.

—Deberíamos celebrarlo, es un gran paso —murmura de espaldas a mí—. Jolín que no estoy retransmitiendo la llegada del hombre a la luna, ¿a mí qué me pasa? Quería saber si considerarías oportuno… no, demasiado formal. Podríamos quedar. No, no, así parece que le obligue.

—¿Qué haces? —susurro en su oreja, ella da un bote y se gira de golpe.

Entonces me ve y se queda a la mitad de mi nombre. Nunca me había alegrado más de no llevar camiseta.

En serio.

Nunca.

Sus ojos pasan de mi cuello donde están las marcas que me ha dejado Tyler hasta el hombro en el que tengo varias cicatrices. Incluso a esta distancia, me sale fuego de dentro. Se acerca con el ceño fruncido y me toca. «Joder, sí».

—¿Estabas ensayando para un musical?

—¿Q-qué te ha pasado?

Se me contraen los músculos con el más mínimo contacto.

—Creía que volvías más tarde, menuda sorpresa —no reconozco mi voz de lo ronca que sale—. ¿Qué tal ha ido la competición? ¿Has ganado, campeona?

Sus dedos acarician la piel de alrededor de mis cicatrices con una suavidad desconocida para mí.

—¿Te duele?

—No, nada.

Sube hasta mi cuello y lo acaricia con la palma entera, dejando que su pulgar descanse en mi mandíbula. Es tan dulce que no soy capaz de moverme.

—¿No llevabas las protecciones puestas? —suspira—. ¿Para qué las tienes?

Se muerde el labio y hace una mueca como si, joder, como si quisiera hacerme de todo para aliviar un dolor que no siento.

Nunca he deseado tanto estar herido como en este momento. Debería entrenar sin protecciones. Quiero aferrarme a ella con fuerza, quiero echar a todos del vestuario y meterla a ella dentro. Premium sube la vista hasta mis ojos y se le abren los suyos al ver cómo la miro.

—¿Cómo…? ¿Cómo te has hecho los nuevos?

—Haciendo el tonto al acabar. El botiquín es para Tyler.

—¿Está bien? —Vuelve la vista hacia mis marcas.

—Sí, no ha sido nada.

—¿Fue aquí? —pregunta tocándome el hombro—. Debió doler muchísimo. Es una lástima.

—No te pongas triste —le acaricio el pelo—, ya está curada.

Es entonces cuando se da cuenta de lo cerca que estamos. Si no quiere que la bese no lo haré, me digo, pero sus ojos ocultan el deseo contrario.

Una puerta se abre dando un golpe sonoro que nos hace dar un bote a ambos. Es la puerta del vestuario y tenemos unas décimas de segundo para salir del trance antes de que los ojos de Tyler acaben sobre nosotros.

—Ahí estás, tío. Ya pensaba que tenía que ir a rescatarte de la bronca de Lila.

—Para nada —ladro en tono seco y le estampo el botiquín en el pecho.

—¿Qué tal estás, Premium? —Los ojos del recién llegado viajan de uno a otro y se queda blanco—. Me voy, gracias, adiós. —Tyler se esfuma a toda velocidad y nosotros volvemos a quedarnos solos.

—Tú también deberías volver.

—¿Cómo ha ido la competición?

—Muy bien. —Se esfuerza en sonreír, pero agacha la cabeza—. Lo he clavado.

—Sé lo de Misty. —Vuelvo a tocarle el pelo—. Lo siento.

—Ahhh, no, bueno… cosas que pasan.

Quiero apartar toda la tristeza de su vida a besos. Ojalá me deje.

—¿Cómo está ella?

—Bien, Misty tiene una resiliencia inagotable. —Baja el tono—. Esto para ella no es nada. Seguro que nadie se acuerda después de la próxima competición.

—¿Y tu padre? —paso a acariciarle las manos, sin entender por qué me deja.

Sacude la cabeza y arruga los labios de una forma adorable.

—Te pedí que no fueras a verlo por mí, Premium. —Da un respingo y sé que he sido cortante—. Perdona.

—He hecho lo que debía y no me arrepiento, Zayne. —Se suelta y cuadra la espalda—. Ahora podré dormir tranquila.

Quiero saber más, pero nos quedamos sin tiempo, Anthony, Jacob y Adler salen del vestuario con una enorme sonrisa en la cara hablando sobre lo bien que han entrenado hoy. «Vamos, que Tyler se lo ha largado todo».

—¿Pero qué haces así, exhibicionista? Vístete, hoy tenemos fiesta.

Fulmino a Anthony con la mirada, pero no funciona, es inmune.

—¿Vendrás, Premium?

—Oh, Jacob, lo cierto es que no debería.

—Es una ocasión especial —dice Adler guiñándole un ojo—, vamos a celebrar lo de Swanson.

—Dejadla en paz, acaba de volver.

—Tienes que venir, Premium —insiste Anthony—, Zayne quiso retrasar la fiesta hasta que volvieras de Nueva York, pero nuestras ansias casi no nos dejan. Por favor, no le rompas el corazón a mi amigo.

—¿Quieres dormir en la calle, chaval? —Le agarro de la camiseta y estoy a punto de levantarle cuando oigo un suave:

—¿A qué hora es?

Lo único que pienso mientras me ducho es que ha dicho que sí. El vestuario está vacío. Sé que Anthony me está esperando fuera con el coche, pero antes de ir allí, hago una parada. Le veo en la pista, tal y como esperaba. Le hago señas para que se acerque a la valla, pero el gilipollas hace como si no me viera. Le llamo y nada. «Séptima posición, a tu ego le tiene que joder».

Ya me he cambiado así que ni de coña voy a meterme en el hielo. No, voy a hacer que salga él. Le apago la música y no solo eso. Cojo su altavoz cutre y lo lanzo contra las gradas.

—¡¿Pero tú de qué coño vas?!

Sonrío, pero no contesto. Camino hacia la entrada a la pista para que se acerque. Lo hace mientras suelta amenazas y yo me recuerdo que la NHL no quiere tíos problemáticos.

—Me lo vas a pagar.

—Hoy en día las tecnologías son muy resistentes, lo más seguro es que solo tenga un rasguño y mejor, porque quiero que recuerdes esta conversación cada vez que lo veas.

—¿Recordar el qué, eh? —Me da un empujón y agradezco la valla que nos separa—. ¿Cómo te parto la cara?

Le cojo de detrás del cuello para que se quede donde está, intenta moverme,

pero casi me da la risa.

—Solo he venido a hablar, pero yo que tú no me tentaría. ¡Deja de moverte y escucha! ¿Lo que has estado diciendo por ahí de Premium? No va a volver a repetirse.

—No sé de qué estás hablando.

—Sí, sí lo sabes. Y también sabes cuántos tíos forman el equipo de hockey, ¿a que sí?

—No me amenaces.

—Imagínate cuántas mentiras equiparables a la tuya podríamos decir por ahí. O incluso muchísimo peores, si nos ponemos ingeniosos. —Sonrío, pero extrañamente, él no—. Ambos sabemos lo frágil que es la reputación y que la cosa no acaba a las puertas del campus, sino que llega mucho más allá. Estás en tu último curso, no querrás mandarlo todo a la mierda, ¿a que no?

Se calla, pero aprieta tanto los dientes que se los va a partir.

—Ya me parecía. Espero que no seas tan tonto como para cometer el mismo error otra vez porque con esto has gastado toda mi paciencia y no quieres ver el aspecto que tengo cuando se me termina. —Le doy unas palmadas en la cara y la conversación por terminada.

—Te la estás follando, ¿no? —grita cuando ya estoy lejos.

—Joder, y yo que creía que había quedado claro mi mensaje. —Me vuelvo.

—Serás uno más. No va a mirarte ni dos veces por mucho que intentes ser su patético guardaespaldas.

—Yo que tú empezaría a trabajar el rechazo porque es Premium la que está quedándose con todos los números uno y tú, el perdedor que intenta bajarla del podio que ha sido creado para ella. Busca ayuda o al menos, deja de intentar tapar el sol con el dedo.

Aparcamos en frente de casa y ya hay música puesta aunque falten horas para que empiece la fiesta. He de reconocer que tengo mucha suerte, porque todos los que viven aquí se han implicado a fondo en la fiesta. Les he dicho cien veces que no hacía falta, que podíamos hacer algo pequeño, pero Anthony ha tirado la casa por la ventana. Ha contratado un carrito de helado con varias personas dentro, unos bailarines profesionales que espero que no promuevan que los invitados nos destrocen la casa por estar muy motivados y he oído algo sobre tatuajes gratis. Anthony debió nacer en Las Vegas, de bebé fijo que se dedicaba a ayudar al crupier y le daban la papilla en una copa de martini. Es lo único que justificaría su personalidad.

Como ya me he duchado, solo tengo que cambiarme a algo más elegante que

un chándal, pero cuando me quito la camiseta la oigo. La siento pasándome sus delicados dedos por encima. Que haya venido a verme a mí nada más llegar a North Star me ha hecho de todo dentro, pero, ¿la forma que me ha tocado? Joder, ha empalmado mi ego y sigue duro como una piedra.

Tengo que usar el doscientos por ciento de mi autocontrol para no masturbarme pensando en lo que ha pasado, para apartarlo de mi mente y salir de mi dormitorio.

—Felicidades, capitán —Adler me pone una gorra con el logo negro y naranja de la NHL en la cabeza y una cerveza en la mano.

—Gracias, tío.

—¿Eso quiere decir que nos perdonas por haber jodido tu momento con lady Premium? Puedo fingir que no sabíamos lo que hacíamos porque Tyler no nos lo ha contado en absoluto. —Le fulmino con la mirada y se carcajea antes de largarse de mi vista, que es justo lo que quiero que haga.

Llego a la cocina y veo a Jonathan con un casco de hockey. No es de los nuestros sino de su equipo favorito de la NHL.

—¿Cuánto os habéis gastado en *merchandising*? —Le pregunto, pero es Tyler quien contesta desde lejos:

—¡Ufff! Las deudas pasarán de generación en generación.

—No es para tanto —dice Jonathan soltando su móvil—, ya sabes el don que tiene Anthony para conseguir lo que quiere. Pero tendrás que darle las gracias a Dixie, también ha tirado de contactos.

—¿Tiene contactos en la NHL?

—No, en la tienda del centro comercial que vende productos oficiales —me mira desde las alturas abriendo una botella de agua—. ¿Vas a soltarlo ya, o vamos a seguir con este incómodo preámbulo?

—Yo no estoy incómodo. —Me coloco la gorra hacia atrás—. ¿Estás tú incómodo, Johnny?

—Ya te digo.

—Vale, ¿has hecho lo que te pedí?

—Sí, lo he comprobado y he tachado todo lo de la lista. Tenemos Ron, sangría, tequila y mucho más en la barra, los helados del puesto de Anthony ahí fuera son sin gluten y hay un montón de comida de mi restaurante favorito que, si tiene buen gusto, le encantará.

—¿De verdad?

—Sí, ahh, por cierto, he comprobado que el de seguridad tenía los nombres y las fotos de Angelica y todas sus amigas. Les he oído por el pasillo comentando

que iban a venir sin invitación, riéndose de lo fácil que es para ellas colarse en cualquier fiesta y hacerla suya. —Me da unos golpes en el hombro—. No será en esta.

—Gracias, tío.

—No hay de qué, capitán. Disfruta de la noche.

—Tú también.

«¿Por qué estoy tan nervioso, joder?».

C a p í t u l o 9

Premium

London me está esperando fuera porque he prometido ser rápida, aunque empiezo a dudar si tenía otras intenciones.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis repetido la aventura del vestuario?

—No vas a olvidarte del tema nunca, ¿eh?

—Tienes razón ha sido un desliz —se muerde el labio—, uno repetido de adelante hacia atrás.

—London.

—¿Qué? No te pongas roja, es que es algo curioso, ¿sabes? Igual los vestuarios son vuestro fetiche. El jugador de hockey y la patinadora, todo comenzó con un beso que con algo más de roce acabó en…

—¡¿Quieres cerrar la bocaza?!

Nos chocamos con alguien y unos libros caen al suelo. Le ayudamos a recoger y entre disculpas levanto la cabeza y veo que es Dallas. Uno de los amigos idiotas de Antonov. Me veo tan tentada a dejarlos en el suelo que no me explico cómo no lo hago. El tío resopla al quitárnoslos de las manos y se larga.

Llegamos al piso y para sorpresa de nadie, esas dos no han deshecho las maletas.

Las cuatro aprovechamos para dormir hasta el último minuto. Estamos tan hechas polvo que tengo que poner música a todo volumen para espabilarnos.

—En toda nuestra vida universitaria habremos ido a… ¿dos? ¿Tres fiestas? —Dás bosteza mientras se abrocha sus altísimos tacones—. ¿Cómo es posible que todas se estén concentrando en nuestro último semestre?

—Dan tiene la culpa —dice London saliendo a mi rescate y aunque lo agradezco, ya es hora de ser sincera.

—Es por Zayne, no sabía que había recibido ofertas de la NHL porque su entrenador se lo había estado ocultando para exprimir su potencial al máximo —empiezo y todos los ojos se giran en mi dirección—. Le dio la noticia antes de que nos fuéramos a Nueva York.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotras? —tantea la de los tacones.

—Puede que seamos amigos. —Carraspeo—. Y los amigos deben estar presente en las ocasiones importantes, ¿no? —Silencio—. ¿Qué pasa?

—No creáis que no nos dimos cuenta de cómo se bajó London del avión —dice Misty.

—¿Yo? No sé de qué estás hablando.

—Venga ya, algo te contó y os lo callasteis por la competición, Dás y yo nos dimos cuenta. —Su mirada viaja de London a mí—. Debió ser algo fuerte porque London no soltó prenda cuando te fuiste a ver a tu padre.

—Sí, y no es por nada, pero Mi-M, tú estás en contra de las fiestas. Por muy amiga que seas del jugador de hockey, esto no tiene sentido y menos un día como hoy.

—Lo tuyo es el patinaje, *solo* el patinaje. A no ser que Zayne no sea *solo* tu amigo.

Suspiro y las miro a ambas.

—Nos besamos.

—¡Oh dios mío!

—Esperaba que dijera que le gusta, ¡esto es muy fuerte!

—¡Hicieron mucho más que eso! —Estalla London—. ¡¡Se corrieron con ropa!!

—¡¿Qué?! —Misty chilla.

—¡London!

—¿Dónde? —grita Dás.

—¡En el vestuario femenino! —responde la traidora tapándose la boca después, como si eso solucionara algo.

—Estoy en shock.

—¿Tuviste un orgasmo?

—Dás…

—¿Lo tuviste?

—Sí, lo tuve.

Estallan en gritos y carcajadas a las que, por supuesto, London se une.

—Así que te va el *petting*. Menuda sorpresa —las dos se amontonan en la esquina del sofá más cercana a mí—. Queremos saberlo todo, ¿verdad, Misty?

—Verdad. Hoy más que nunca necesito alegrías, no te puedes negar así que empieza a soltar detalles.

La cosa es que no estoy preparada para darlos. Acerca de lo que pasó en el vestuario, sí, ¿las razones que me llevaron a eso? No tanto. Zayne está bajando

mis barreras cada vez que me demuestra lo distinto que es a todo mi mundo. Eso es algo demasiado aterrador como para decirlo en voz alta.

Llaman al timbre justo cuando terminamos de vestirnos. London abre y aparecen Dan y Jack.

—Señoritas, su carruaje ha llegado.

Dan se ha ofrecido a llevarnos en su camioneta y no sabe hasta qué punto me alegro de verle. Espero en el sofá frente a London, con una sonrisa inmensa en la cara porque no puede decir palabra del tema y quiere. Vaya si quiere.

—Te queda muy bien ese vestido, Premium —la voz masculina de Jack me saca de mi baile interno de victoria, es entonces cuando me percato de que se ha sentado a mi lado—. El rojo te favorece.

—El pijama que llevaba hace treinta minutos era mejor, pero no cumplía las condiciones de etiqueta. ¿Qué tal los entrenamientos?

—Demandantes, como siempre. Es una suerte que viva para ese deporte.

Le sonrío porque sé lo que es eso, pero cuando aparto la mirada tras los dos o tres segundos de contacto visual socialmente aceptado, siento como la suya me taladra la mejilla.

—No suelo verte en las fiestas, ¿a qué se debe esta suerte?

—Estamos de celebración —dice London provocándome un vuelco al corazón.

—¿Celebración?

—Premium ha conseguido el primer puesto en la competición anual de patinaje en Nueva York —contesta mi amiga.

—Caray, guapa y disciplinada, lo tienes todo. —Jack tamborilea los dedos sobre sus rodillas, entonces baja el tono—. Tengo que preguntar, ¿de verdad nunca has tenido novio?

—No, nunca.

—¿Y quieres tener?

—¿Puedes dejar de tirarle la caña a la amiga de mi chica? —pregunta Dan cuando sale de la habitación de Misty tras alcanzarle el abrigo de la percha más alta—. Si la incomodas no nos dejarán venir más.

Dudo que alguien pueda frenar que Dan viva en nuestro piso de forma intermitente.

—¿Te he incomodado?

—No, estoy muy cómoda.

A Jack le brillan esos ojos marrones que tiene, que no son en absoluto verdes.

—¿Querrás bailar conmigo esta noche?

—Tal vez, si mis amigas me sueltan en algún momento. Son un poco posesivas.

Cuando todos estamos listos para salir, los recién llegados emprenden la marcha hacia el coche. La puerta del piso está abierta, pero ninguna se mueve.

—¿Qué se supone que acabas de hacer? —pregunta London ojiplática.

—¿Vas a jugar a dos bandas? —No tengo claro si a Dás le parece mal.

—Sé que eres nueva en esto de salir, pero no está muy bien visto jugar con la gente —Misty hace una mueca.

—¿Jugar…? No quería rechazarle delante de su amigo para no herirle el orgullo. Me cae bien, es simpático, además cuando vea que no le sigo el juego entenderá que no estoy interesada.

Se quedan boquiabiertas.

—Es una profesional y acaba de entrar en la pista—murmura Dás, mientras Misty la empuja fuera asintiendo de manera silenciosa.

—¿Venís o qué? —oímos a Dan a lo lejos.

—¡Sí, es que Misty se olvidaba el móvil!

London no me deja seguirlas, se me acerca tanto que me inunda el olor a lavanda y pachuli.

—Deberías haberte visto la cara —me susurra—, ¡creías que hablaba de Zayne!

—Es que esta noche tienes la lengua muy suelta.

—Estoy oficialmente ofendida.

—Y yo me he oficialmente vengado. —La empujo y me señala.

—Como tu mejor amiga, vas a tener que recompensarme.

—Como tu mejor amiga, vas a tener que recompensarme.

Gruñe, pone los ojos en blanco y nos vamos a la fiesta. Nada más aparcar todo el equipo de baloncesto se nos echa encima.

—Eh, vaya unos lentos, llevamos aquí media hora —dice Leo con una chica agarrada a su cuello.

—Cuarenta y cinco minutos —le corrige Ridley con una morena aferrada a su torso, imagen que provoca que la pelirroja a mi lado se revuelva.

—Hemos tenido que beber mucho para soportar la ausencia —dice Sam que sigue haciéndole ojitos a Misty pese a que ya sabe que es lesbiana—. Ahora sí que es una fiesta de cumpleaños genial.

—No es tu cumpleaños.

—¿Es que te has propuesto aguarme la fiesta, Leo?

Dan cierra el coche y saluda a sus amigos chocándoles la mano.

—Veo que algunos no pierden el tiempo, ¿eh? —le dice Dan a Ridley.

—Hola, Daisy —Ridley mira a Dásie por encima del hombro de su amigo.

—¿Nos conocemos? —responde ella confusa, a lo que London tose para disimular la risa.

Jack no disimula.

—¿Se supone que así vais a poder entrenar mañana? —pregunta el capitán—. Dais vergüenza y no son ni las doce.

—Lo siento, Carter —dice Leo ofreciéndole su bebida—. No mucho, pero lo siento —Sonríe cuando la coge—. Eh, creo que Stephan se ha follado a alguien en el jardín de atrás. Voy a poner carteles de «se busca» para conseguir fotos.

Rachel, Phoebe y Monica aprovechan para tirar de mí, alejarnos del grupo, y volver al tema de conversación que por lo visto no ha acabado. Me doy cuenta de que ponerme colorete ha sido algo del todo innecesario.

—¿Vas a perder la virginidad en un futuro próximo? —pregunta Misty—. ¿Algo así como esta noche?

—Si pudiera construiría una máquina del tiempo para volver al pasado y no contaros nada.

—Sabes que no tienes que hacer nada que no quieras, ¿verdad? Puedes parar cuando se te antoje.

—Sí, Dás.

—Lo cierto es que Zayne parece muy dulce y ya sabemos que la apariencia no lo es todo pero *joooooooder*. —Esta es London.

—En la otra fiesta se portó increíble.

—Espera, ¿por eso nos dejó quedarnos a dormir?

Misty y Dás se alternan y no tienen fin, así que aniquilan toda esperanza.

—No, la fiesta privada en el vestuario no había pasado todavía —explica London—. ¿Puedo decir eso al menos?

Necesito alejarme de ellas, se están poniendo odiosas, pero cuando camino hacia la entrada de la casa con tal de buscar el altavoz más grande junto al que poner la oreja, me siguen. Mi corazón da un vuelco al verle. Nos dejan pasar y su mirada se cruza con la mía, pero no hablamos. Ni siquiera acortamos la distancia, puesto que Zayne me da la espalda en seguida.

—¿Qué ocurre? —pregunto a Adler mirando a Zayne y Anthony mantener una conversación intensa con los de seguridad, (sí porque hoy son dos).

—Han tenido que echar a unos de arte porque no entendían que intentar acostarse con un grupo de mujeres *muy* borrachas está mal —me cuenta mientras Ace habla con el resto.

Hace muy poco que los conozco, pero incluso yo sé que tienen *muy* en cuenta no crear un ambiente propicio para las agresiones sexuales.

—¿Misty está bien? —Adler me saca de mi trance.

—¿A qué te refieres?

—Jacob quería saber cómo te había ido y os ha buscado en internet. Hemos visto lo de su caída. Pero tranquila, hemos acordado no sacar el tema, todos están avisados. Solo quería saber cómo lo lleva.

Se enciende una hoguera en mi pecho y nadie puede evitarlo.

—Bien, Adler, gracias por preguntar.

Llegan más jugadores de hockey y alguien me pone un granizado de tequila en la mano. «Es sin gluten» leo en los labios de Tyler. Empezamos a bailar. Hay algunas chicas que no conozco, pero me suena haber visto en clase y todas parecen tener devoción por el chico sin gluten. Jacob tampoco se queda atrás. Mis amigas, por otra parte, están revolucionando el salón y no es porque las quiera, pero no me extraña nada porque son tres bombones. De repente siento una mano en la mía, tira de mí y giro sobre mis tacones.

—Hola, campeona.

Está. Muy guapo. De azul.

—¿Qué hay? ¿Te has deshecho ya de todos esos casi-delincuentes?

—Empiezo a pensar que hacemos demasiadas fiestas.

Intento disimular lo que me alegro de verle. Sobre todo, porque nos hemos visto hace horas. No me sale muy bien. Estoy segura de que estoy enferma, lo que no tengo claro es de si Zayne es la cura o la causa.

—No puedo decir que sé lo que se siente.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque esta es la segunda a la que voy.

Se me queda mirando de un modo que no entiendo, así que le doy un mordisquito a mi *tequi-granizado*, pero sus ojos caen hasta mis labios y es peor. Me da un ataque de tos y él ser ríe.

—Premium, ¿has cenado algo? —Jacob aparece de la nada y yo levanto el *grani-equila* (sigo trabajando en el nombre)—. Eso no es una cena. Hay de todo para ti.

—¿Para mí? ¿Qué quieres decir?

—Para celiacos. ¿Y los helados de fuera? Son sin gluten. —Mira a Zayne y yo también—. ¿Después de lo que has insistido no se lo has dich…?

—Jacob, ¿has bebido?

—Es agua, capitán. Ya sabes que la meto aquí para ser socialmente aceptado.

—Jacob se da la vuelta y se larga con su cerveza después de guiñarme un ojo.

Me encanta Jacob. En cuanto al hombre que tengo delante…

—¿Le has dicho a todos lo de mi alergia al gluten?

—Fue un comentario de nada, pero se lo tomaron a pecho.

—Te lo conté solo a ti, Zayne, ¿por qué cuentas por ahí mis secretos? —Se le tensa la espalda—. ¿Es eso lo que haces con la gente… que confía en ti?

—¿Te estás burlando de mí?

—Evidentemente.

Suspira aliviado y le empujo con la mano libre por haberme creído mientras oigo algo que se parece mucho a mi risa.

—Es un detalle precioso. Gracias.

—¿Sí? Me alegro. Bueno, supongo que ya nos veremos por ahí. —Pasa de largo, pero le cojo la muñeca.

—¿Finges que te has enfadado para devolvérmela?

Me mira desde las alturas, luego sonríe y yo le imito. Somos dos tontos.

—¿Zayne? —La voz de Anthony se oye por encima de una canción de Adele versión *Speed Up*—. Tenemos un problema. Pero es tu fiesta, no debería decírtelo. Iré a buscar a Tyler. —Zayne le sujeta del hombro para que lo diga—. Nos han roto una lámpara. He pensado que querrías subir a Lucy arriba.

—¿Lucy? Pero si está en la mesa del correo y las llaves.

—Los bailarines…

—Me cago en todo, Anthony.

—Es por una buena causa, ¡la NHL! —pone cara de bondad y yo la verdad, se lo compro.

—Vale, ayúdame a subirlo arriba —gruñe—. Pero tenemos que dejar las fiestas.

—Prometido, esta semana no hacemos más.

La curiosidad mueve mis pies sin permiso. Lucy resulta ser un perro de cristal más grande de lo que imaginaba. Quiero preguntar a qué se debe, pero no tengo tiempo porque lo levantan y los brazos de Zayne se tensan y…

—Premium, ¿quieres abrirnos paso por la escalera? —pide Anthony con voz de hacer el esfuerzo de su vida.

—Sí, por supuesto. ¿No necesitáis más ayuda para levantarlo?

—No —dicen al unísono.

Me ocupo de tocar los hombros de las parejas que han decidido que el decimoséptimo escalón es el lugar perfecto para explorar la boca a su *crush*, y a otros que todavía están en la frase previa. O se sonrojan o se molestan. Llegamos

a la habitación de Zayne y me dice la clave, entramos en su cuarto y sueltan al chucho falso. El primer peligro que localizo es lo mucho que el ambiente huele a él. «Ayyyy, socorro, que nadie me salve».

—Así que esta es vuestra mascota —digo balanceándome en mis tacones—. ¿Soléis darle de comer?

—No, pero Zayne a veces se desvela y necesita a alguien con quien hablar. Tiene muchos problemas y Lucy sabe escuchar. —Se le corta la risa rápido—. Voy a bajar, por si hay algún cuadro que peligre. Tú tranquilo, capitán, yo me encargo.

La puerta se cierra cuando Schneider deja de apoyarse en ella y siento alivio al instante porque la música queda en un lugar lejano. Miro a Zayne que sigue con el ceño fruncido mirando a Lucy.

—¿Temes que se escape por ahí sin que te des cuenta y un día te traiga un montón de cachorritos de cristal?

Lenta, pero inexorablemente, su iris me alcanza y atraviesa con la fuerza de un tornado.

—Estás muy graciosa esta noche.

—Ya te he dicho que no voy a muchas fiestas, no sé qué se espera de los invitados —vago por su habitación y hay muchas cosas que me sorprenden.

Para empezar: no hay ningún póster de una chica medio desnuda pegado al techo, ni tampoco cigarrillos, calcetines sucios, una chaqueta con manchas dudosas o un plato de plástico con pizza vieja en el suelo.

Lo que sí que hay: un par de fotos personales, varias plantas de interior y una camiseta de la NHL que apostaría mi granizado de tequila olvidado en la cocina que lleva ahí colgada años. Y todo eso me genera un millón de preguntas, empezando por las fotos.

—Lucy fue un regalo de mis padres. —Me doy la vuelta contra su escritorio y veo que está muy cerca—. Ellos tienen un refugio animales. Me lo regalaron cuando empecé la universidad.

—¿Para que te acordaras de ellos?

Sacude la cabeza.

—Lucy estuvo en el refugio desde que tengo uso de razón, querían que la cuidara, aunque en realidad era para que cuidara de mí mismo. Padres, ¿eh?

—Es un detalle muy bonito. ¿Te llevas bien con ellos?

—Les debo todo lo que he conseguido. Llegado el momento, espero devolvérselo con intereses.

Pasan los minutos y me siento en su mesa. Él se apoya en el respaldo de la

silla de su escritorio y me acostumbro a su tono de voz suave, sincero e íntimo que solo le he escuchado usar conmigo. Adoro a sus padres por cómo habla de ellos. Se le arrugan las comisuras de los ojos, se ríe con facilidad, me aprieta la pierna cuando me meto con él y cuando estamos tan cerca que puedo ver las diferentes tonalidades esmeralda que guarda su iris, me muerdo el labio para controlar mis ganas. Porque antes era fácil algo que con él es imposible.

—¿Premium?

—¿Sí?

—Deberíamos volver abajo.

Ah. Ahhhhh. Guau.

—S-sí. Claro.

Me bajo de la mesa y camino hasta la puerta en tiempo récord. Estoy segura de que esas han sido sus tres palabras al cien por cien. Así que no entiendo por qué pone una mano en la puerta cuando me dispongo a abrirla. Acto seguido me topo con una mirada oscura y ardiente.

—Somos amigos, ¿no?

—Claro —asiento prometiéndome que llorar no es una posibilidad, pero no se mueve. Me está quemando y no sé dónde meterme—. ¿Pasa algo?

—Sí.

Lo único que oigo son nuestras respiraciones. Estamos muy cerca y no quiero irme.

—No entiendo este juego, Zayne.

—No es un juego, yo… no te estoy rechazando. —Su voz ronca me eriza la piel—. Necesito que te quede claro.

—No pasa nada, puedo aceptarlo. —Rodeo el pomo con la mano, pero un segundo después mi espalda está contra la puerta.

—Eres virgen, Premium.

—Me he dado cuenta.

—Puedo imaginar la importancia que debes darle al sexo y la que puede que le des a todo lo demás. —Endurece la mandíbula—. No quiero que hagas nada impulsivo de lo que mañana te arrepientas y acabes odiándome.

—No te odiaría. Zayne no soy virgen porque crea que mi primera vez debe ser de alguna manera concreta o porque vea mal lo de acostarse con mucha gente. Me cuesta mucho confiar. No he tenido mucha suerte que digamos con las personas que han entrado en mi vida, con los hombres, quiero decir. Llegado a un punto me cerré en banda, porque no hacerlo me resultaba insoportable. Si no esperas nada, no te decepcionas y los golpes duelen menos. Pero tú… —No

puedo respirar, quiero besar a este hombre. Agacho la cabeza y cierro los ojos—. Contigo sí lo haría.

Silencio. Cuando alzo la mirada el hombre que tengo delante ha debido crecer al menos tres palmos. Imponente se queda corto. Debo estar imaginándome el calor que irradia su cuerpo.

—¿Has bebido?

—¿Crees que lo que acabo de decir es mentira? ¿Que no estoy en mis cabales? —Resoplo—. Menos de medio granizado de tequila, Zayne, casi no lo he… —Sus labios arrollan los míos.

Me aplasta contra la puerta y me abre la boca para hundirse en ella. Una oleada de fuego me quema y me contrae la parte baja del abdomen mientras me aferro a su cuello. Me pego más a él, se me va a salir el corazón, un instante después cuela sus manos bajo mi vestido y amasa mi culo haciéndome gemir.

Me presiona más contra su cuerpo demostrando que la ausencia de fricción también es insoportable para él. El beso se vuelve más húmedo, más necesitado, nuestras lenguas se apoderan de todo. Se quita la camiseta y quiero tocarle, pero apenas he rozado su torso cuando inhala cerca de mi cuello y me hace estremecer. Su cuerpo se tensa y su garganta sube y baja como si fuera el mejor olor que ha percibido en toda su vida. Me arden las mejillas, el bulto en su pantalón se ha convertido en una tienda de campaña. Mi vestido tiene una cremallera central delante, así que me doy la vuelta para bajarla porque sigo queriéndolo cerca. Su mano se extiende por mi abdomen y me olvido de mi cometido porque nadie me había tocado así.

Nunca.

Me ladea la cabeza y me muerde el cuello, lo besa, lo lame y yo muevo las caderas contra él, dejando que mi culo roce su erección.

—Eres… *joder*, ¿eres real?

Me muevo haciendo un movimiento más profundo contra él, buscando su boca por encima de mi hombro. Zayne se deshace de mi vestido con desesperación, casi lo arranca de mi piel. Sus manos caen sobre mis pechos y los acaricia con un autocontrol digno de mención. ¿Le tiemblan las manos? Imposible. Deseo con todas mis fuerzas deshacerme del sujetador, pero no quiero apartarle. Como si me escuchara, cuela una mano entre la tela y me toca de verdad. Gimo con fuerza mientras me sostiene.

Debería darme vergüenza estar tan al límite tan rápido, pero no. Es lo más erótico que he vivido en la vida. Zayne susurra palabras en mi oído mientras la mano que se extiende por mi abdomen controla el movimiento de mi cadera. Me

da que si sigo moviéndolas contra él, si mi culo sigue hundiéndose en su pantalón, perderá la cabeza. Y yo con él.

—Si te toco, ¿tu ropa estará mojada? —Me besa con intensidad y dudo si va a detonarme allí mismo, en sus brazos.

Jadeando me retuerzo con tal de que lo compruebe, sin la confianza suficiente como para llevar su mano hasta allí. Es un sentimiento tan poderoso que voy a desmayarme. Siento que voy a convertirme en fuegos artificiales hasta que se aparta de mí y me congelo. Con la respiración agitada volvemos a estar cara a cara y sigo su mano que señala la cama.

—Túmbate boca arriba, preciosa.

—¿Qué vas a…? ¿Por qué te alejas?

—Porque voy a masturbarte y tengo que hacerme a la idea un segundo.

Mi corazón se salta un latido al tiempo que una voz chilla en mi interior que no he oído bien.

—¿Q-qué? Yo, creía…

—Paso a paso, —me acaricia la mejilla—, aún es pronto.

«Pero estoy preparada para ti», quiero decir, pero no puedo. ¿Por qué? Porque quizá estoy semidesnuda, pero sin duda, eso me dejaría aún más expuesta. Miro su pantalón y me mata.

—Quiero hacer algo que te guste a ti también.

Se ríe. El tío suelta una carcajada melodiosa.

—Premium, si haces lo que te pido vas a hacer realidad un montón de mis fantasías.

No lo entiendo, pero sus ojos me atraviesan el alma.

—¿Quieres desnudarme tú?

—Mejor no te lo… —sacude la cabeza, se calla y endurece la mandíbula.

Se da la vuelta y le oigo respirar con dificultad. Juraría que sufre un dolor físico por cómo se le tensan todos los infinitos músculos de la espalda. Espero unos segundos, luego entrelazo su mano con la mía y le beso despacio. Quiero hacerme una casa en sus besos y vivir en ellos.

Lentamente, sus cálidos dedos llegan hasta el broche de mi sujetador y el pedazo de tela cae al suelo poco después. Zayne no rompe el beso, no me mira, pero el beso se vuelve más profundo y pasional, urgente. Sus manos suben por mis caderas y cuando llega a mis pechos solo ruego a su nombre mientras él maldice.

—No había deseado tanto a alguien en mi vida —gruñe—. ¿Puedo chupártelos?

—Joder con las preguntas —musito temblorosa y él sonríe de manera torcida.

Juro que nunca había visto a un hombre así de guapo. No tengo palabras.

—¿Nunca te han hablado así?

Sacudo la cabeza y eso parece que le enciende todavía más. Acaricia mis pechos, sin llegar al pezón.

—Necesito consentimiento verbal.

—Quiero que lo hagas.

Se inclina, separa los labios contra mi pecho y se mete uno en la boca. Su lengua, dios, saborea uno de mis pezones llevándome al cielo mientras una de sus manos amasa el otro pecho. ¿Desde cuándo soy así de sensible? No creía serlo.

Bajar la mirada es un error, jamás podré olvidar semejante imagen, tengo que aferrarme a sus hombros cuando el placer me sacude de forma violenta. Cuando mi espalda da contra el colchón descubro que es una cama muy grande para mí. Zayne se acerca y tira de mi cuerpo hasta colocarme cerca del borde. Se arrodilla, me separa las piernas y no aparta su mirada de la mía ni un instante.

Sigo teniendo un pedazo de tela mojado pegado al cuerpo, pero cuando él pasa un dedo sobre mis bragas lo siento tan adentro que se me curva la espalda.

—Dios, sí que estás mojada. —Inspira cerca de mi entrada y repite el movimiento. No tarda en deshacerse de ellas. En el momento en que me toca piel con piel mis terminaciones nerviosas estallan en mil pedazos. Lo hace despacio, regodeándose, disfrutándolo y a mí me mata—. No te corras, tenemos que averiguar dónde está tu límite.

—Mi limite acaba donde empieces tú.

Veo como su lengua presiona el interior de su mejilla, como si quisiera usarla, pero no se dejara. Usa solo los dedos, presiona aquí y allá, acelera el ritmo, traza una diagonal, aumenta la intensidad. Me voy a morir, quiero cerrar las piernas porque es tan fuerte que dudo poder soportarlo, pero él no me deja.

—Prométeme que me dirás que pare si algo no te gusta.

No puedo contestarle porque acelera un poco el ritmo y luego para. Acelera y hace otras cosas. Sus dedos son pura magia. Es como si quisiera hacer todo a la vez, pero no tuviera bastante tiempo.

—Premium

—*¿Eh?* ¿Qué?

—Prométemelo.

—Zayne… dios, sí, te lo prometo, pero, por favor…

No termino la frase. Sus dedos me abren de una forma distinta, dejan mi

clítoris mucho más expuesto justo antes de atacarlo en un movimiento circular rápido y aniquilador.

—*Ahhh* —arqueo más la espalda—. *Zayne.*…

Nunca había estado así de sensible, ni así de excitada. Es dedicado, concienzudo y persistente. *Super persistente.*

—¿Puedo meterte un dedo? —pregunta jugando con mi miel, frenándose antes de que alcance el clímax.

Palpito con fuerza, no tengo aire, pero quiero más y eso me da valentía.

—Puedes, sí, Zayne. Aunque puede que no tengas tiempo.

No acabo de entender lo que hace porque todo pasa muy deprisa. Mi clítoris tiene lo que desea, pero algo da *justo* en el lugar adecuado dentro de mi vagina. Mi punto G. N-no es posible. ¿Cómo ha…? ¿Tan rápido? Me aferro a las sábanas con fuerza y gimo a punto de salirme de mi cuerpo.

Me hago pedazos y tiemblo, estallo. Zayne mete y saca su dedo pese a que yo ya estoy cayendo y eso lo hace mejor. Me tenso, le dejo menos espacio. Una parte de mí no puede creer que no haya apartado la mirada.

—Voy a dejar el hockey, pienso dedicar mi vida a ver cómo te corres.

Sus palabras atacan directamente mi centro y me penetran el alma. Toca una y otra vez en el lugar adecuado y cuando estoy a punto de caer por segunda vez desde lo alto de la ola, pregunta:

—¿Dos? Vamos, preciosa, sé que puedes. —Y sí, puedo. Me cuesta un poco acostumbrarme, a lo grandes que son sus dedos, pero estar a mil lo hace todo más fácil—. No hay prisa.

—Sí, hay mucha prisa —jadeo necesitada.

—Lo estás haciendo muy bien.

Pero yo no estoy haciendo mucho. Él en cambio me ha empujado hacia el abismo y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Soy gasolina y Zayne una caja de cerillas encendidas. Me muerdo el labio con fuerza.

—Tienes un coño perfecto, Hunt.

—Dios santo.

Me tiemblan las piernas mientras él entra y sale de mí. Tengo que gritar cuando el segundo orgasmo son fuegos artificiales sobre el puto cuatro de julio. No es que alcance el clímax, es que *yo soy el clímax.* Sigue. Sigue. La sensación no se detiene. Mis músculos se contraen con desesperación, buscando algo a lo que aferrarse, lo que sea.

—Sigues corriéndote —me está mirando, no, me está atravesando con la mirada. Sigo corriéndome y sus ojos no pueden resplandecer a un mayor nivel,

imposible—. Premium, puedes decir que no. —Su nuez sube y baja mientras sigue acompañándome—. Pero, ¿puedo comerte?

—*Ahhhh.* —La virgen.

¿Cómo se respira? ¿Quién narices soy?

—Un minuto —pide sin permitirse acercarse más—. Menos, si quieres.

—Z-Zayne. —Gimo porque sus palabras me están matando.

Se me clavan en la piel y creo que podría correrme otra vez y muy fácilmente.

—Solo déjame probarte. —Me acaricia la cara interior del muslo—. ¿Por favor?

Me arde el cuerpo. Me lo pide por favor una vez más y suelto un «s-sí» con el que casi no reconozco mi propia voz. En el momento en que sus labios chocan contra mi centro mi espalda se arquea y gimo con fuerza. Zayne me besa con la boca bien abierta, ataca mi clítoris y succiona haciendo que me retuerza. Se presiona más contra mí con un gruñido gutural. No sé si me oye preguntarle cómo hace eso porque parece estar en trance, no, en su lugar favorito. Los gemidos que hacen eco por la habitación no pueden ser míos, ¿o sí?

—Eres deliciosa. —Los sonidos que hace con la boca son obscenos y resuenan por toda la habitación—. Sabes *tan* bien.

Me saborea y luego se hunde en mí. Uno de sus dedos vuelve a mi abertura y me tienta con él. Sus ojos quedan fijos en los míos. Su intenso iris esmeralda que echa fuego, su cuerpo, su deseo, el placer que me provoca, todo es demasiado. Lo veo venir, sé que me va a hacer trizas, pero también que no hay nada que pueda evitarlo. Mi cerebro se da la vuelta y me pone los ojos en blanco.

Todo vestigio de control se esfuma sin dejar rastro. Sus dedos, sus labios, su lengua, Zayne está por todas partes. Me pierdo. Otra vez. No llevo la cuenta, pero esa no es la última. La razón tiene mucho que ver con lo que Zayne entiende por un minuto. Es una medida de tiempo, al parecer, infinita.

Llegado un punto tengo que cogerle las mejillas y apartarle, porque estoy agotada. Zayne no quiere, me gruñe, pero cede relamiéndose los labios. Luego sonríe con suficiencia al ver cómo me ha dejado, orgulloso de su obra, sube por mi cuerpo y se queda muy cerca de mis labios. El peso de su cuerpo que me deja sentir no me resulta desconocido, sino reconfortante. Le rodeo con las piernas.

Me besa la mejilla. Giro la cara hasta que nuestros ojos se alinean. Musito un «gracias» que consigue que me bese la cara como un animal. Incluso me da un mordisquito en la mandíbula. ¿Me está saboreando?

—Créeme, todos los tíos del campus harían fila para ocupar mi lugar. Soy yo

el afortunado aquí. —Me besa y noto mi sabor en sus labios.

Al principio es extraño, pero me está besando y su boca es cálida y perfecta, no me deja pensar en nada más. Nos movemos el uno contra el otro de forma inconsciente. Su pantalón tejano resulta todo un contraste con mi desnudez. Sigo queriendo deshacerme de esa barrera. Rompo el beso y le miro.

—¿Qué puedo hacer?

No responde, me besa el cuello y juro que Zayne es el propietario de los besos más sensuales del planeta.

—No tienes que hacer nada. Esperarme aquí mientras voy al baño un par de minutos.

Aprieto las piernas contra él y sacudo la cabeza.

—No, yo quiero ser partícipe.

Se detiene y sé que como se meta conmigo por mi inexperiencia le voy a patear el culo. Y luego puede que me eche a llorar.

—No quiero que lo hagas por obligación.

—¿Te crees que eres el único que ha fantaseado?

Veo cómo mis palabras arrollan con todo a su paso y me encanta.

—Me desarmas, Hunt, no te haces idea de hasta qué punto.

Oh. Eso. Bien. Me muerdo el labio.

—Es mutuo. ¿Y bien? —Le miro expectante.

Zayne nos mueve con una facilidad asombrosa, como si fuera peso pluma. De repente estoy sentada en su regazo, sus manos en mi culo y su erección contra mi centro. A pesar de eso, me convenzo de que nadie puede tenerla así de grande. Nos coloca al borde de la cama y luego me pide que me siente a su lado, como si él no fuera capaz de apartarme. Mi cuerpo tampoco quiere separarse del suyo, pero acepto.

Oigo el tintineo de su cinturón y mis labios se separan de forma automática. Zayne se baja la cremallera de los tejanos y se me corta la respiración cuando le veo en su máximo esplendor. Sí es enorme. Empezar por ahí sería como intentar un triple *lutz* tras ponerte los patines por primera vez. Zayne me echa un vistazo, jadea y suelta una exhalación mirando al techo.

—Dios, voy a durar poquísimo si te sigo viendo así.

Llevo la mano a su erección, tocándola y se le tensa todo el cuerpo. Imagino los movimientos que hará estando él solo y los imito mientras me mojo más y más. Al principio rodea mi mano con la suya para guiarme, luego me deja a mí. No lo hago muy rápido e intento no ser brusca.

—¿Así te gusta?

—Joder. —De su garganta ruge un sonido ronco, animal—. Lo haces increíble.

En el fondo lo dudo, pero mi ego tiembla. Quiero saber lo que se siente al tenerla en mi boca, saber si habrá espacio en mi garganta. Quiero que la coloque entre mis pechos, quiero sentirle dentro de mí. Quiero hacerle muchas cosas, pero me centro en el ahora y Zayne lo disfruta. Se le encoge el estómago, se le tensan todos los músculos y gruñe. No puedo dejar de mirarlo, es adictivo, quiero más.

—Podríamos repetir lo que hicimos —me cuesta hablar—, en el vestuario. —Me miro el cuerpo—. Solo sería un escalón más, ¿no? —Estoy de rodillas sobre la cama, separo las piernas y él viene a mí. Acaricia mi clítoris y mi entrada con su erección y es demoledor—. Elige qué te gusta más.

—Todo. Todo lo que haces. —No aparta la vista de lo que estamos haciendo y mi corazón va a salir despedido. Muevo la mano cerca de su base y él mueve las caderas—. ¿Puedo…?

—¿Sí?

Zayne traga saliva y su nuez sube y baja por su garganta, despistándome.

—¿Puedo correrme encima tuyo?

Me estallan las mejillas.

—¿Eso es lo que quieres?

Lleva una mano a mi cintura, luego a mi espalda, hasta mi culo.

—Me dejaría soñar por un momento que eres mía. —Me besa el hombro.

Le beso el cuello.

—Hazlo.

Me mira el cuerpo como si fuera el tesoro perdido mientras se sujeta la polla moviendo la mano sin descanso. Gimo por lo que veo, por lo que hace su punta contra mí clítoris, porque correrme de nuevo no es una absoluta locura. Me mezo contra él con suavidad, moviendo el culo hacia atrás y luego hacia delante. No tengo muchas ideas pero parecen gustarle todas las que se me van ocurriendo. El ambiente se vuelve más húmedo y los sonidos que predominan son los que salen de Zayne y sé que quiero beber de todos ellos.

—¿Esto es un sueño? —pregunta con la mirada vidriosa—. ¿Estás aquí de verdad?

Perdido, cargado de vulnerabilidad. Me hace polvo. Le agarro la mejilla y le beso para demostrarle que sí. El me lo devuelve hundiéndose en mi boca de la forma más cálida e intensa que conozco mientras nuestros cuerpos nos regalan fricción más rápida.

Justo antes de que pase se aleja lo suficiente como para poder mirarme, esta vez no al cuerpo, sino a los ojos. Zayne se corre y su orgasmo es tan fuerte que puede conmigo. Es lo más erótico que he visto en mi vida y aunque no tuviera su polla rozando la parte más vulnerable de mi ser, sé que me habría corrido igual.

C a p í t u l o 10

Zayne

Nos quedamos hablando una hora, luego Premium se dio cuenta de que sus amigas le habían reventado el móvil a mensajes y tuvimos que volver a la fiesta. ¿Está muy feo que las odie?

—Te ayudo. —Recojo su vestido del suelo y ella se quita la camiseta que le había prestado.

—Gracias.

—No hay de qué.

Lo odio. Cada segundo de la despedida. Cuando se sube la cremallera, cuando deposita con cuidado la camiseta con la que pienso dormir el resto del año, *todo*.

—¿Quieres un poco de agua?

—No hace falta, puedo beber algo abajo.

Por alguna razón quiero que se lleve mi botella. Quiero que tenga algo que le recuerde que esto ha pasado. Le sonríen los ojos cuando la acepta y se queda tan cerca que me permito soñar con que ella tampoco quiere irse. Mis labios vuelven a los suyos. Ella me rodea el cuello con los brazos y me mete la lengua en la boca haciéndome de todo por dentro. Joder es magia. «¿Le pido que se quede aquí? ¿A vivir? ¿Se lo pido?».

—Deberíamos volver antes de que mis amigas suban aquí —se muerde el labio—. Estoy segura de que todo el mundo echa en falta al futuro jugador de la NHL.

Me doy cuenta por cómo lo dice que eso es lo último que le gusta de mí y entonces entiendo que eso es lo que siento cuando hablo con ella. Que se interesa por *mí*. Por quien soy lejos de la pista.

—Premium —le cojo una mano antes de que alcance la puerta.

«Cállate y no la cagues, anda, que al final la asustas». Sacudo la cabeza. Alza mi mano hasta sus labios y me besa el dorso. Luego se marcha.

Me dejo caer sobre la cama. Me froto la cara pensando en que podría

haberme pasado la noche entera escuchándola hablar de patinaje. Sabe un montón y siente una pasión que he visto en poca gente. Por otra parte, no sé cómo voy a estar aquí sin imaginármela. Sin pensar en lo deliciosa que es su miel. Joder, no sé cómo lo voy a hacer para no empalmarme cada minuto del día.

Me doy cuenta de que si ella no está conmigo, lo mejor es que salga de la habitación cuanto antes. Bajo las escaleras y casi ni oigo la música de lo alto que está el ruido en mi cabeza. Alguien me pone una cerveza en la mano y me la bebo.

—¿Vas a dejar de mirarla como un pervertido? —Schneider me da unas palmadas en la cara para despertarme.

—Yo no diría pervertido, pero un poco intensito sí —dice Dixie subiéndose al taburete a mi lado.

El salón está inundado de luces púrpuras y azules que rompen la oscuridad y le caen encima a los que bailan. Premium ha encontrado a sus amigas. Le robo la cerveza a Anthony.

—¿Quieres un consejo? —pregunta la chica con estrellas brillantes en los párpados y purpurina por toda la cara.

—No la acoses, le acabarás dando grima.

Muevo una pierna para darle una patada, pero él la esquiva.

—No te burles de él, ¿acaso no te acuerdas cuando estabas así por mí? No fue hace tanto —Dixie alza la barbilla y Anthony procede a comerle la cara—. Vale ahora, déjame hablar con Zayne, ¿nos traes más bebida?

—Te traigo la luna, si quieres —Anthony se va fuera, pero veo lo que le cuesta quitarle los ojos de encima.

—Bien, ahora que estamos solos, primero de todo tengo que admitir que ¡estoy ultra emocionada por ti! —Me pone las manos en una pierna y se me acerca—. Desde que te conozco nunca has mostrado interés por ninguna, de hecho, llegué a dudar si eras uno de esos gays súper masculinos, pero ya veo que no.

—Estoy esperando a que la charla motivadora empiece, pero tengo mis dudas.

—Señálamela.

No lo hago, solo miro en dirección a Premium. Dudo que Dixie pueda ver el foco blanco que le cae encima solo a ella y oscurece el resto de los presentes porque juraría que eso es cosa de mis ojos. Debería ir al oftalmólogo.

—¿Pelo castaño? ¿Vestido rojo? ¡Mira cómo sonríes! Qué mono, me muero. Vale, es guapa, pero tú también estás cañón, así que la atracción no será un

problema. En realidad… ¿cuál dices que es el problema?

—Quiero salir con ella y no sé cómo pedírselo.

—Porque crees que te dirá que no.

—Está muy enfocada en sus metas y su horario es una locura, no tiene tiempo para mí.

—¿Te lo ha dicho ella? Porque por la forma que nos está mirando juraría que la idea de ponerla celosa es una buena manera de empezar. —Se acerca a mi oido y me susurra—: Puedo ayudarte con eso.

Me aparto, sacudo la cabeza y miro a Premium. Antes de cargarme de valor para sonreírle, gira la cabeza y sigue bailando.

—Quiero hacer muchas cosas, Dixie, pero ponerla celosa no es una de ellas.

—¿Cuándo te has vuelto tan maduro? Un segundo, ¿has sido siempre así?

Anthony vuelve con bebida y me pasa una cerveza con cara de disculpa. Entonces veo a Stephan, Leo y a otro montón de jugadores de baloncesto mirando a las cuatro. No, comiéndoselas con la mirada. Llaman a Jack que está fuera, pero no los oye por la música, ni se fija en ellos a través del cristal.

—Ve, tío —dice mi mejor amigo—, ya la viste en la fiesta de Jack, se puso a tu lado. Y luego se vino con nosotros. Sálvala antes de que sea demasiado tarde.

Dejo la cerveza y sorteo a la gente cuando Carter ya ha entrado en casa. Sus amigas se han percatado del grupo y tienen la expresión tensa, pero a mí no me han visto. Como el cerebro humano es un hijo de puta, reproduzco en mi mente todas las veces que me han rechazado desde que era un crío. Aun así, paso de todo y le pongo las manos en la cintura. London, Misty y Dás me miran con los ojos iluminados, Premium se gira en mis brazos.

—¿Quieres bailar?

Me sonríe y siento que me arde la sangre en las venas y que mi pulso no puede acelerarse más.

—Sí que quiere, sí —dice London.

—Lo está deseando —dice Dásie.

—Y encima acabas de salvarle, sin saberlo —dice Misty.

—¿Me dejáis contestar a mí? —intenta ser brusca, pero parece que con ellas no le sale. Se vuelve hacia mí y tiene las mejillas rojas—. Una canción, luego tenemos que irnos.

Asiento.

Se quedan a dormir.

Otra vez.

No entiendo cómo han podido cambiar tanto las cosas en tan pocas semanas.

¿Quién iba a decir que «estaba paseando por la cornisa de un edificio y una ráfaga de viento me ha desestabilizado, ¿a ti qué te parece?», iba a ser el comienzo de algo semejante? La incertidumbre de lo que quiere de mí me está matando, pero lo dejo pasar por esta noche.

Que se queden a dormir es una gran noticia, pero por desgracia se queda en la habitación de invitados con sus tres mejores amigas. Si eso conlleva pedirle a algunos del equipo de baloncesto que no pueden quedarse a dormir, la verdad es que no me importa.

—Eh, capitán, ¿vas a pedirle que duerma contigo? —pregunta Ace colocándose a mi lado en el pasillo imitando mi postura.

—No.

—Qué solemne —dice Adler—, se le ve jodido. RIP sus esperanzas.

—¿Sabes que Jack quiere follársela? —pregunta Ace.

—¿No era Leo?

—Los dos, tío, los dos quieren follársela.

—Eh, tres, tienes que contar a Zayne.

—Pero Zayne no ha estado en su casa antes de la fiesta, Jack sí.

—¿Queréis iros a dormir la puta mona antes de que me enfade? —Doy un paso hacia ellos y eso basta.

Soy el último que queda abajo recogiendo y no lo hago por caridad, sino porque si me tumbo en la cama igual me da algo. Está aquí, bajo mi techo y aun así es como si estuviera en otro país. Vaya tortura. La calle se ha vaciado bastante cuando me acerco a tirar la última bolsa de basura. Entonces noto una mano suave en mi nuca, un cuerpo que se pega al mío y mi sonrisa se expande hasta que me giro y veo que es Angelica. Tengo el tiempo justo de girar la cara para que sus labios acaben en mi cuello y no en mi boca.

—Hola, guapetón. —Se ríe mientras se tambalea, huele a whisky y tiene un vaso en la mano.

Dos de sus amigas están en el bordillo, sentadas y en trance.

—¿Qué haces aquí? —intento que me suelte, pero no lo hace.

—He venido a por ti —se inclina—, ¿sabes que eres la medalla de oro por la que todas competimos? Pero yo soy paciente como para presentarme a las olimpiadas una y otra vez hasta ganarte. La bromita de no dejarnos pasar te la paso porque me ha puesto cachonda estar en tu lista negra, pero solo una vez.

—Angelica, estás borracha, vete a casa.

—Quiero que salgas conmigo, capitán. —Se da la vuelta y frota su culo contra mí. La cojo de las caderas para apartarla, pero ella alza las manos hasta mi

cuello. Es como una araña—. ¿Por qué te haces el difícil? —Baja el tono—. Le pongo a todos sé que a ti también.

—Tú no quieres salir conmigo, Angelica.

—¿Qué? —Me encara—. Claro que sí. Quiero salir contigo todos los días de mi vida.

—¿Sabes siquiera lo que estudio?

—Hockey. —Se ríe más y se me tira al pecho.

—No, lo que hago en clase. ¿Lo sabes?

—¿Y qué más da eso? —Se inclina—. A nadie le gusta lo que estudia, eso se hace por obligación.

—¿Tengo hermanos? ¿Padres? ¿Sabes algo de mí, lo que sea, además de que soy el capitán del equipo de hockey?

—Sé que tienes los ojos verdes, que tus bíceps son tan grandes como mi cabeza y que nunca has tenido a alguien tan bueno como yo en tu cama. —Chista la lengua—. Te gusta demasiado hablar, creo que ese es tu único defecto. Si te hubiera esperado desnuda en tu habitación ni siquiera habríamos tenido aquella conversación. —Sonríe y sus uñas me suben por un brazo—. ¿Quieres que lo haga?

—Adiós, Angelica.

—Dame tu móvil, Zayne. —Me paro por si no tiene forma de volver a su casa—. Dámelo para que pueda mandarte fotos como te mereces. Capitán, ¿es que no sabes que podría provocarte un orgasmo solo con tocarte la punta de la…? —Le doy la espalda y chilla—. ¡Ay, Zayne! ¡Debes tenerla muy pequeña para tenerme tanto miedo! ¿Por qué sino ibas a ser tan terco?

Vuelvo sobre mis pasos y veo que sus amigas están cerca, sentadas en el suelo tan hartas de esta conversación como yo.

—Sabía que cambiarías de opinión.

—¿Sabes lo que significa la palabra «no», Angelica?

—No.

Suspiro mientras suelta una carcajada, sin saber qué más decirle. Estoy hasta los huevos.

—Tú y yo no somos amigos.

—Ni falta que hace.

—No vuelvas a venir a mi casa, ¿quieres?

—La calle no es tuya, puedo estar aquí si quiero. De hecho, podría mudarme en frente si quisiera y no podrías hacer nada.

Tiene razón, lo cual es una putada. Vuelvo sobre mis pasos y cierro la puerta

de la entrada sintiendo un alivio inmediato. «Qué pesadilla de mujer». La oigo llamarme a gritos desde la calle, canturreando borracha, pero eso ya no es cosa mía. Solo espero que se canse antes de despertar a todo el mundo.

—¿Estamos seguros de que no tiene un altar con tu foto y unas velas? —se burla Anthony desde la escalera.

—Vamos, no me jodas, lo que me faltaba ya.

—¿Llamamos a Austin? Igual él sabe ver el patrón.

—Cállate anda.

—Fijo que tiene contactos en la policía.

—Que te calles.

Subo con su risa de coro.

Aún no ha amanecido, pero después de unas horas dando vueltas en la cama me levanto y salgo a correr. Me ducho y bajo a la cocina para desayunar. No pasan ni tres minutos hasta que la oigo bajar con Jacob.

Todo el mundo sabe que Jacob es un buen chaval. Sus padres no se lo pusieron fácil para salir del armario y eso es un eufemismo de la hostia, porque lo echaron de casa cuando les habló de su orientación sexual. Si no fuera porque su tío le paga la carrera, no estaría estudiando. Le quiero como el hermano pequeño que nunca he tenido, en serio, así que casi no le odio por robarme la oportunidad de desayunar a solas con ella.

Casi.

—Buenos días, Premium. —Me levanto.

—Buenos días, Zayne. —Sonríe y el foco vuelve a caer sobre ella.

Cómo puede estar tan guapa recién levantada es algo que no entiendo.

—Hola —Jacob mueve la mano en mi dirección y le hago un gesto con la cabeza.

Le perdono un poco más cuando le ofrece del bizcocho sin gluten de Jonathan. No hace falta más de un minuto para darme cuenta de que se llevan genial. No sé cuándo ha pasado, pero me alegro. Cuanto más a gusto se sienta en esta casa más querrá venir y eso es con lo único que sueño últimamente. Entonces oímos las voces de Adler y Ace en el jardín de atrás, a través de la ventana.

—Entonces, ¿Kit no vendrá al entrenamiento de hoy?

—Más le vale que no. Después de que se emborrachara y pusiera a parir a Zayne llamándolo dictador, Tyler le dejó claro que no sería bienvenido.

—Menudo capullo. Espero que se disculpe.

—Yo también, es un crío y no sabe de qué va esto, pero no es mal chaval.

—No como Antonov, menudo gilipollas por decir eso de…

Jacob se levanta y cierra la ventana, como si no fuera de lo más evidente.

—¿Ha pasado algo con Antonov?

El ambiente se tensa a medida que el silencio se alarga.

—No nos cae bien —se limita a decir Jacob.

Su mirada cae sobre la mía y se me contraen los músculos. No quiero mentirle, pero tampoco quiero que sepa lo que ese capullo anda diciendo de ella porque le va a doler.

—¿Zayne?

Odio ser yo el que le haga daño, pero sé lo importante que es la confianza para ella. No sé si es buena idea, pero se lo cuento. Cuando veo como se encoge quiero cargarme la isla de un puñetazo.

—No es nada nuevo, Antonov me ha dicho muchas cosas desagradables a la cara, a mí y a mis amigas. Sé la facilidad que tiene para mentir y para inventarse historias, aunque es cierto que nunca había ido tan lejos. —Baja más el tono—. Al menos, no que yo sepa. —Suspira.

¿Por qué no le zurré? ¿Por qué no le remodelé la cara de payaso que tiene a ver si así aprende a cerrar la maldita bocaza?

—¿Qué sientes? —le pregunta Jacob—. Dicen que va bien sacarlo todo para que no te quede un trauma y acabes siendo una persona emocionalmente no disponible.

—Jacob, no la psicoanalices.

—Estoy triste, aunque no tiene sentido. Antonov y yo no somos amigos, me ha pedido una cantidad ingente de veces que patine con él, que me cambie a la modalidad en parejas. Sé que no lo dice por admiración ni mucho menos, pero una parte de mí creía que en cierta medida me respetaba.

—Es una mierda de tío, Premium —sigue Jacob—. Lo que haga o deje de hacer no dice nada de ti. Si no se respeta ni a sí mismo, ¿qué podemos esperar? Es escoria. Se merece no patinar en la misma pista que tú. Se merece…

—Jacob, ¿por qué no nos dejas a solas un momento?

Era evidente que tenía mucho más que decir al respecto, pero me obedece y sale de la cocina arrastrando un poco los pies. Lo hago porque quiero contarle a Premium lo que hice al respecto y puede que acabe en discusión, así que cierro las puertas y vuelvo a sentarme. Ella me escucha con atención hasta que termino.

—Sé que no me has pedido que intervenga y sé que eres muy capaz de arreglar tus asuntos sola. Es que cuando oí a Kit y Jeremy, la cosa pudo conmigo.

—¿Seguro que no le has pegado, Zayne? —insiste con la preocupación oscureciendo sus ojeras.

Me siento fatal por todo. Sacudo la cabeza y le cojo la mano.

—Te prometo que no. Solo lancé su altavoz por los aires y le dejé claro lo demás.

Asiente pensativa, sin hacerme partícipe de su monólogo interno. Estoy cagado. Dudo si querrá irse. Dudo si va a mandarme a la mierda.

—Gracias. Dejando a mis amigas aparte, nadie había hecho nunca algo así por mí. —Me da un apretón en la mano que tenemos entrelazada—. Gracias. Pero tienes que vigilar de ahora en adelante, una vez se corra la voz de las ofertas que has recibido vas a estar bajo el microscopio. —Vuelve a su desayuno y yo estudio su perfil.

Se me acelera el pulso al pensar en lo que voy a decir. Me obligo a soltarlo antes de tener la oportunidad de acobardarme.

—Premium, sal conmigo.

Trago con dificultad al ver cómo se queda petrificada. Se lanza a su vaso de agua y lo vacía, luego me mira despacio.

—Soy un poco antiguo en las relaciones. No me va eso de compartir. No es por celos es… —que me duele el pecho si pienso en otro besándote, sin saber si va a tratarte como te mereces—. Pero si es lo que tú quieres, lo aceptaré. Solo necesito que me digas…

—Me gusta la exclusividad.

—¿Te gusta?

Me besa.

El lunes estoy en clase cuando me vibra el móvil como loco. He dormido poco y la señora Andeloir habla con un tono monótono que me está dejando zombie, así que lo desbloqueo para despejarme.

All the single ladies

Anthony Schneider
Habéis visto el mensaje de Landon?

Jacob Bolton
No, que dice???
😨😱

Anthony Schneider
Nos cita en el auditorio.

Tyler Jones
Tío, no, bronca ahora no.
Todavía estoy:



Ace Crawford
Sabemos seguro que es bronca?
Igual es otra cosa

Adler Jenkins
Para qué coño iba a ser sino?
Para darnos unas palmaditas en la espalda?
Tú deliras

Ace Crawford
Alguien está de mal humor porque no consigue entrenador para el verano

Adler Jenkins



Jacob Bolton
Adler, no te hace falta.
Juegas muy bien

Zayne Swanson
Que nadie llegue tarde

Me alegra verlos a todos puntuales a pesar de que están hechos mierda del fin de semana. La cosa es que ni siquiera me sorprende porque son cumplidores que te cagas. No se lo digo a menudo, pero estoy muy orgulloso de ellos.

—¿A quién se le ocurre hacer una fiesta y luego ir a otra? —murmura Anthony mientras entramos.

Para sorpresa de todos, no estamos solos y quien ocupa el escenario no es Landon sino la decana Stephany Madder. También veo a la legión de entrenadores de patinaje y a nuestro entrenador, que está discutiendo con Alexander. «Con un par. No sé de qué va, pero punto para Landon». Le vi dándole órdenes a Premium todas las veces que fui a verla patinar y cada palabra que salía de su boca era despectiva, me provocó unas ganas dolorosas de arrancar un asiento de la grada y tirárselo a la cabeza. Me alejo de mi grupo y voy hasta ella. Le acaricio la cintura y me pongo delante suyo, su expresión es compungida.

—Eh, ¿qué ocurre?

—No lo sé, Zayne, estoy asustada. Esto no puede ser bueno. ¿Y si pasa algo con el mantenimiento de nuestras pistas?

—¿Con el mantenimiento?

—Hemos oído a uno de los entrenadores repetir «compartir» un montón de veces. ¿Y si North Star cuenta con menos financiación de la que pensaban y no pueden mantener todas las pistas como hasta ahora?

—Tranquila, cálmate. Dudo mucho que estemos aquí por eso.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Le brillan los ojos y se le están poniendo rojos. También le tiembla la voz y las manos.

—Escúchame, pase lo que pase podrás practicar. Los de natación comparten la piscina y no les va mal.

—¡Pero ellos no son tantos! Además estoy segura de que sí es muy difícil de cuadrar sus horarios, ¡imagina los nuestros! El otro día leí que las acciones de la bolsa habían bajado en un montón por ciento, fijo que eso ha afectado también a North Star.

—Eh, respira, Premium —le acaricio el pelo—. Espera a que nos den la noticia antes de entrar en pánico, ¿vale?

—No sé yo, puedo ir adelantando faena.

—Puede que no sea nada y habrás pasado el mal trago gratuitamente. —Saco lo que quise darle hace unos días, pero no tuve ocasión y lo pongo en su mano —. Ten, cómetela.

—¿Me das una barrita energética para animarme?

—Dale la vuelta.

Abre la boca con un gemido de sorpresa inaudible.

—No es posible. ¿Con sabor a donut? —Me la devuelve—. No puedo comerme esto.

—Sí que puedes —envuelvo su mano con la mía.

—No, engordaré ocho kilos. No me levantes la ceja, Swanson, anoche comí helado por tu culpa.

—Sí, y eso debieron ser unos veintitantos kilos más, ¿verdad, Hunt?

—Verdad. —Sonríe y baja los brazos—. Supongo que podría comérmela si entreno un poco más.

—También puedo ayudarte con eso. —Le guiño un ojo y se le ponen las mejillas rojas.

Dios, me muero por besarla.

—Swanson, a tu sitio. —La voz severa de Landon llega a mí desde el

escenario y cuando alzo la vista y le veo, está muchísimo más alto y furioso que de costumbre.

—Sí, señor.

«Qué mal rollo». Está que echa humo y empiezo a ponerme nervioso con tanta incertidumbre. Vuelvo con mi equipo y me siento entre Anthony y Tyler.

—¿Sabía algo?

—No, nada.

—Esto me da muy mala espina —Schneider se acomoda en la butaca que sin duda, es demasiado pequeña para lo grande que es.

Nos han separado en bloques así que los de hockey estamos en el izquierdo y los patinadores en el derecho, lo cual es una pena. La pena se convierte en algo más cuando veo a Antonov sentarse junto a Premium, pero ni un segundo después ella se levanta y se sienta al otro lado de London, lo más alejada de él que puede.

—Buenas tardes —empieza Madder—. Os hemos citado a todos aquí porque ha habido un problema que afectará a vuestros entrenamientos de ahora en adelante. —«Hostia»—. Calma, calma, ¡silencio! —chilla con su voz aguda de anciana—. No me he expresado bien, quería decir el final de vuestros entrenamientos, ¡no hay razón por la que alarmarse! Veamos —se recoloca las gafas y todos nos echamos hacia delante en los asientos—, las duchas del vestuario del ala de hockey están inhabilitadas debido a un problema provocado intencionalmente en las tuberías. Esto ha afectado también al otro vestuario masculino, el de los patinadores. Por ende, el único vestuario con duchas funcionales en este momento es el de las patinadoras.

—¿Ha dicho provocado? —susurra Tyler.

—Intencionalmente —añade Adler.

Veo el brazo de Antonov alzarse para pedir la palabra y se me ponen los ojos en blanco.

—La universidad comprende que después de horas de ejercicio físico deseéis ducharos —sigue la decana, ignorándole—, y es por ello por lo que hemos creado un horario de turnos para cada grupo, tenéis el pdf subido a vuestro campus virtual. Por temas de seguridad, tenemos que ser *muy* estrictos con el cumplimiento del horario. Es por eso que, si algún chico entra en el vestuario femenino cuando las patinadoras están en la ducha, será expulsado de la universidad de forma inmediata. Ocurrirá lo mismo viceversa. Es por vuestra seguridad, así que respetad las normas y todo irá bien. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

—Disculpe, decana Madder —interviene Antonov—, ha dicho que el daño producido en el vestuario de los jugadores de hockey ha sido provocado. Quería saber si existirá alguna sanción para ellos por el estropicio que han causado. Van a fastidiarnos a todos, sería lo justo.

Los novatos del equipo se revolucionan y tengo que hacerlos callar para que el capullo no consiga que Landon nos abronque. Nos está mirando como si quisiera desintegrarnos y está claro que luego va a haber bronca.

—No tenemos pruebas de que hayan sido los jugadores del equipo de hockey quienes estropearan sus propias duchas —responde la decana—. No, tenemos entendido que ha sido alguien de fuera de la universidad, tal vez durante alguna fiesta. Ya que las puertas del complejo no han sido forzadas, es evidente que alguien entró con permiso, así que la seguridad ya ha sido sancionada por no realizar su trabajo correctamente. Somos conscientes de que esto es una molestia para todos y el centro intentará solucionarlo lo antes posible. Por desgracia el pronóstico es de cuatro a cinco semanas. Espero que seáis pacientes.

La decana se va y yo me quedo con la mosca detrás de la oreja porque no tengo ni idea de quién narices ha podido venir a jodernos. Mientras los entrenadores hablan, nos juntamos unos con otros. Bueno, nosotros nos acercamos al grupo de Premium y *el mete mierda* hace lo suyo.

—Esto es culpa vuestra.

—¿Y eso por qué? —pregunta Jacob.

—¿Eres sordo o tonto, chaval?

—¡Arkadi! —le ladran Premium y Dásie al tiempo.

—Es la verdad, es vuestro vestuario el que han jodido, el mío ha sido solo de rebote —insiste—. Sois vosotros los que deberías estar sancionados, diga lo que diga la estúpida de la decana.

Le pongo una mano a Jacob en el pecho cuando da un paso hacia él. Le saca una cabeza y aunque Antonov sea mayor, Jacob le ganaría fijo, pero lo último que quiero es una pelea. Teniendo en cuenta cómo tiene la cara Antonov, me da que el karma ya se está ocupando de darle lo suyo.

—Vamos a no faltarnos al respeto y a llevarnos todos bien —digo bajo la atenta y lejana mirada de Landon—, cuadraremos los horarios y con suerte no tendremos que vernos las caras.

—No habla por todos —dice otro patinador—. A nosotros no nos importa compartir.

—Sí, vamos a intentar llevarnos bien —dice otro más.

Landon silba y nos hace una seña, baja del escenario y nos lleva a una salita

contigua al auditorio que a partir de ahora será el escenario de todas mis pesadillas.

—¿Qué te ha dado antes? ¿Comida? —oigo preguntar a Alexander en cuanto baja del escenario, me giro—. Enséñamelo. Si no puedes enseñármelo, no puedes comértelo, Premium, así funciona.

La mira como si hubiera cometido el peor de los crímenes por querer comerse una condenada barrita energética. Anthony tira de mí y menos mal, porque Alexander no tiene ningún altavoz cerca con el que pueda aliviarme. Lo último que veo es a Premium poniendo cara de hastío y luego… luego nada, su expresión se vuelve neutral, indiferente.

«Me cago en todo lo cagable».

Schneider me empuja dentro de la sala, Landon venía pisándonos los talones así que no tarda en cerrar tras de sí. Hay una mesa y un montón de sillas, pero no suficientes así que los novatos se quedan de pie. La sala huele a detergente de limón y no tiene ventanas, lo cual resulta un tanto asfixiante. No tengo tiempo de decirles que se comporten, espero que no haga falta.

—No voy a andarme con rodeos, ¿alguno de vosotros ha tenido algo que ver?

Miro a mi equipo mientras guardan silencio.

—No, entrenador.

—Cállate, Swanson. Quiero oíros a todos, quiero que me miréis a la cara uno a uno y me digáis si esto es una venganza personal que ha acabado jodiendo al equipo. ¿Es así?

—No, entrenador —dicen Anthony, Tyler y Jacob.

—No hemos hecho nada —dice Jonathan.

—Hace mucho que no nos metemos en peleas —dice Adler.

Da un golpe en la mesa y el barullo cesa.

—Decís que no habéis hecho nada para merecéroslo, pero llevo muchos años en este oficio para reconocer una venganza cuando la veo. Indagad por ahí. Quiero llegar al fondo de este asunto. Espero, por vuestro bien, no descubrir que me habéis mentido.

«Yo también». No tengo oportunidad de mirar todos a la cara, pero los que tengo delante todos tienen pinta de culpables. Es típico cuando eres inocente y estás muerto de miedo porque no quieres que te acusen falsamente es cuando más culpable pareces.

—Bien, siguiendo con la orden del día, no quiero que deis problemas a los patinadores, vamos a usar sus duchas, las suyas, ¿entendido? Cumpliréis el horario y os marcharéis diez minutos antes de la hora. Me importa una mierda si

os dejáis el teléfono o el perro de vuestra madre, vais a respetar las normas. ¿Nos estamos entendiendo?

—Sí, entrenador.

Empieza a dolerme la cabeza por el marrón que se nos viene encima.

C a p í t u l o 11

Premium

—Premium.

Oigo la voz de Antonov de lejos repetidas veces, pero no lo demuestro. Lo ocurrido ha sido la gota que colma el vaso en uno que ya estaba rebosando. Me acerco a la valla que delimita la pista para estirar un poco la espalda, pero tira de mi brazo antes de que llegue. Me gira de forma brusca de modo que estamos cara a cara.

—¿Vas a seguir ignorándome?

Doy media vuelta y llego hasta la valla sin mirarle siquiera. «Parece que llueve».

—Será insoportable. —Aparece delante de mí, me coge del antebrazo y esta vez no me suelta. Lo primero que veo es que le han partido el labio y tiene una de las mejillas hinchadas—. ¿Puedes hacerme el puto favor controlar a tu novio? El cretino fue muy valiente al traerse a sus perros para sujetarme. Menudo cobarde de mierda está hecho, ¡y encima he tenido que aguantar su actuación de tío maduro delante de la decana!

Hago el amago de irme, pero en vez de soltarme consigo que me apriete aún más. Me harto de que me toque. Doy un golpe seco en la parte delantera de su codo y me libero. Se ofende más, si cabe.

—No me toques.

—¿Es que no vas a decir nada de lo que acabo de contarte? ¿Acaso no lo sientes? Es increíble, esto es todo culpa tuya, Premium, por el numerito de ofendida que montaste en la fiesta. —Espera, se cruza de brazos y espera más estrechando su gélida mirada—. ¿Es que quieres que vaya a hablar con el director y lo solucione yo?

—¿Quieres que hable, Antonov? Bien. Sé que Zayne no te ha hecho eso. Has tenido que esforzarte mucho para que alguien te partiera la cara tan rápido y poder montar este numerito de manipulador teniendo en cuenta que discutió contigo hace dos días. Pero para tocar las narices siempre has sido el número

uno, ¿verdad?

—¿De qué coño vas? ¿Cómo puedes no creerme, *a mí?*

—¿Esta es tu forma de llamar mi atención? Pues siento mucho decirte que no funciona, puedes llamarme zorra delante de toda la universidad, pero nunca recurriré a ti. Aunque fueras la única persona que me hablara en todo North Star, seguiría dándote la espalda. ¿Quieres saber lo único que siento, Antonov? —Miro sus heridas recientes—. No haber sido yo la que te lo haga.

No me sigue cuando me alejo. Por lo visto, tiene cierto instinto de supervivencia.

—¿Qué te ha dicho? ¿Que se unió a una secta de pequeño y es *el líder* el que le obliga a ser como es?

—O mejor aún, ¿que va a dejar North Star y lo que le han hecho en la cara ha sido una pelea de despedida?

—Al margen de lo que te haya dicho, esta noche podemos pasarnos la cena criticándolo, ¿te hace el plan?

Misty, London y Dás *siempre* encuentran razones para hacerme sonreír. Alexander llega y tengo que sacudirme de encima el confeti imaginario que me han lanzado mis amigas mientras hacíamos planes para la cena.

Al llegar a casa colgamos el horario de duchas en nuestra nevera y hago mi entrevista con la radio CCR cuarenta minutos antes de irme a la biblioteca.

—¿Cómo fue esa competición, chica con alas? Mi catarro no me ha dejado venir a curiosear antes.

—¿Qué tal la garganta?

—Perfecta, pero he echado mucho de menos hablar. Ahora cuéntame, vamos, me tienes en ascuas.

Quiero a la señora Mendhel. Al principio creí que se aburriría de mí, que para ella solo sería un robot con pinta humana que le ayuda a colocar libros. Pero se acuerda de todo lo que le cuento, aunque sea un detalle ridículo como mi color favorito de calentadores (violeta).

—No me digas, ¿tu amiga se cayó? Ya es mala suerte. Supongo que debe estar triste.

—Lo lleva mejor de lo que lo haría la mayoría.

—Me alegra oírlo, ¡solo los más valientes consiguen sus sueños! ¿Tienes algún vídeo que enseñarme?

—¿De…? ¿De verdad quieres verlo?

—¡Claro! Estoy aprendiendo mucho sobre patinaje, creo que me estoy volviendo una aficionada. ¿Hace falta algún rito de iniciación para ser del club?

Su sentido del humor es algo a lo que aún no me acostumbro. Me cae muy bien Mendhel. Al menos hablamos quince minutos del patinaje y otros quince más de comida para celiacos. Puede parecer una tontería, pero es más personal de lo que ha sido cualquier charla con mi padre los últimos diez años.

Al salir miro el móvil y sigue sorprendiéndome no ver ninguna llamada perdida de Vance, ni ningún mensaje suyo amenazándome. Mi padre debe haber cumplido su palabra.

Pasan los días y mi horario no me da un respiro.

Entrenar, clases, ballet, entrenar, biblioteca, dormir y repetir. Antonov me está dando espacio para sorpresa de todos y trato deliberadamente de no pensar en ninguno de los afilados comentarios de Alexander. Funciona bastante. Puede que el cansancio tenga que ver. De hecho, ni siquiera puedo quejarme de que Dan esté en nuestro sofá cada vez que llego a casa, sea la hora que sea.

—Premium, he cogido tu jersey verde claro de la cómoda, ¿me lo prestas una semana?

—Claro, Dan, lo que tú… ¿mi jersey? ¿Para qué?

—Un regalo a London.

—¿Le regalas mi jersey verde claro a London?

—Le regalo un oso de peluche que necesita un jersey.

—Esa respuesta me genera muchas más dudas.

—¿Eso es que no me lo dejas?

—Te regalo mi habitación si no me haces más preguntas.

Oigo un «gracias» al cerrar la puerta del piso.

Entre otras noticias, me duermo de pie colocando los libros de la Lam- a la Lan-, y la señora Mendhel vuelve a repetirme que puedo traer a Zayne cuando quiera, creo que le echa de menos. Yo también, hace días que no nos vemos. Muchos. Al menos siete. Puedo hacerme una idea de lo que me he librado por tener cero interés en los hombres durante toda la carrera. Intento sentirme agradecida, pero sigo echándole de menos.

Pienso en si existirá alguna palabra en alemán que describa a la perfección mis emociones.

Alexander se enteró de mi entrevista con la CCR y como mi agente deportivo me «recomendó» que hiciera cinco más. Le dije que no tenía tiempo para ello, pero de alguna forma, reajustó mi horario para que mi escaso y frágil tiempo libre se convirtiera en más trabajo. A veces siento que soy un ancla y estoy a punto de tocar fondo, pero mis músculos me sostienen en pie un rato más y me hacen creer que puedo con todo.

Recibo el correo de Dominik Turner y detengo mis pasos. En él me detalla los términos de su oferta y a medida que leo mi visión se vuelve borrosa. *Quiero.* De verdad que sí. Sacudo la cabeza y sigo andando. Es muy tarde, el campus está desierto y el frío me está matando. «Solo diez minutos más y mi camita…», oigo un claxon.

De forma instintiva mi cabeza busca el emisor del sonido y veo el coche de Zayne. Me acerco con el corazón acelerándose a cada paso, dudando si todavía llevo máscara de pestañas, si la espuma que me he puesto en el pelo esta mañana sigue oliendo bien, si me ha echado de menos… Me acerco a la ventanilla y me pide que suba.

Dudo de cuál es el protocolo, cuál sería la forma adecuada de saludarnos y entonces su boca se estrella contra la mía con una urgencia que me había obligado a olvidar. Huele tan bien que me inclino sobre el freno de mano e invado su espacio personal. Respondo con su misma ansia y me obligo a no sentarme en su regazo. Dios, besa tan bien. Quiero más. Horas de besos, por favor. Pero no es eso lo que más he echado de menos, sino a él.

—¿Has cenado?

«Ay, joder». Vuelvo a besarle, a separarle los labios y a hundirme en su boca. Soy una profesional (no) y él me ha enseñado todo lo que sé. Me acaricia la mejilla, me hunde las manos en el pelo y me presiona más contra sí. Entonces se cambian las tornas y mi espalda se pega contra el asiento. Quiero sentir su cuerpo contra el mío, encima de mí, necesito menos espacio a pesar del poco que existe. Oímos el sonido de un claxon (el nuestro) y los dos damos un bote. Zayne sonríe y no hay fuerza humana en mí capaz de no corresponderle el gesto.

—Perdona —dice pasándose una mano por el pelo, con las mejillas coloradas —. No te he dejado contestar.

He sido yo la que le ha besado la segunda vez, pero decido no remarcarlo.

—¿Qué haces aquí, Swanson?

—He venido a buscarte.

—Pero sabes lo cerca que vivo de la biblioteca. Son tan solo diez minutos.

—Quería verte aunque solo fuera uno.

Mi corazón se salta un latido.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—Sé lo ocupada que estás después de las competiciones, que tienes que revisar los fallos y hacer los cambios pertinentes en tu coreografía —«se acuerda»—, y me siento mal por lo que ha pasado con nuestras duchas, aunque te juro que no ha sido una venganza. Confío en mi equipo y si dicen que no le

han buscado las cosquillas a nadie… bueno, el caso es que quería darte espacio.

—Mal hecho.

—¿Cómo dices?

—No quiero espacio, Zayne. —Miro fuera del coche porque su mirada es demasiado—. Tal vez lo querría de Alexander, de las exigencias del patinaje o de todo lo demás, pero no de ti. —No dice nada, así que vuelvo a mirarle. Tiene pinta de querer decir mil cosas al mismo tiempo y si las dice, creo que voy a llorar—. Sí, no te he escrito es porque dudaba si querrías que lo hiciera. Dudaba si tu silencio era un mensaje.

Rompe el contacto visual y hace una exhalación profunda mientras yo me tomo un segundo para digerir lo bonito que es su perfil.

—He estado persiguiéndote. —Le brillan los ojos, no está enfadado—. Fui yo el que se coló en la biblioteca para estar contigo, el que te pidió el teléfono, el que insiste en llevarte a cenar.

—Ya, pero eso fue antes de… —Lo entiende.

—¿Del sexo? —Su mirada se vuelve oscura—. Joder, Premium. Te pedí salir justo después.

—Ya, pero podría haber sido por los efectos del orgasmo. Tenías todo el derecho y la capacidad de haber cambiado de opinión al tener algo de espacio para ti. —Frunce el ceño, hace una mueca y me siento peor conmigo misma—. Lo siento, no es que tú hayas hecho nada para hacerme creer eso. Es solo que es difícil para mi cabeza aceptarlo sin más.

—¿Qué es difícil de aceptar?

—Tú. —Le señalo de pies a cabeza—. Tu interés. Hiciste que todo en la fiesta fuera sin gluten. Luego está lo de Vance, lo de Antonov, lo que pasa cada vez que estamos a solas. El aspecto que quiero que tenga mi… —«futuro»—. Desde el principio, no sé cómo manejarte, Zayne.

—Eso no te ha hecho distante en el pasado.

—Lo mío me ha costado —admito—. Pero cuando vi que te alejabas una parte de mí pensó que aceptarlo sería mejor a la larga. Cuanto menos tuviera que olvidar, más llevadero sería.

—¿Eso quieres? —La seriedad afila cada ángulo de su rostro—. ¿Quieres olvidarte de esto?

—No. Es lo último que quiero. —Bajo la mirada cuando se me inundan los ojos a traición.

—Más te vale —sus dedos se entrelazan con los míos—. Y lo siento.

—¿Qué sientes? —diga lo que diga, necesito decirle que se equivoca.

—No haber caído en que te lo tomarías así. Después de lo que pasó con el primer beso, debería haberlo imaginado. —Exhala—. Lo cierto es que aunque quería darte espacio, no fui capaz de aguantar ni una semana.

—¿De qué estás hablando?

—Fui a verte hace dos días, pero London me dijo que estabas tan agotada como yo pensaba. Te vi, te habías quedado dormida en el sofá echa un ovillo aprovechando la hora de la cena para dormir.

—¿Por qué no me dijo…?

—Se lo pedí yo —sigue acariciándome—, no quería que le dieras importancia.

—¿Porque viniste a verme de forma casual en plan colegas?

—Yo no soy tu colega —su tono me genera un escalofrío interesante—. Era evidente que lo último que necesitabas era otra preocupación, algo más que añadir a tu lista. Quería cuidar de ti, aunque fuera desde lejos.

Mi corazón se vuelve blandito y frágil. ¿Qué me está haciendo este hombre?

—Aunque si hubiera sabido que estas eran las conclusiones que ibas a sacar de mi espacio, no te lo hubiera dado.

—Mejor, aprende la lección para la próxima —me burlo y él se ríe.

Los días siguientes estoy en una nube. Zayne está por todas partes. Le veo antes de que empiece mi rutina con Alexander y cuando salgo del vestuario ya cambiada. Aparece cuando salgo de la biblioteca y a veces llega mucho antes, haciendo que no solo mi día mejore, sino también el de Mendhel.

Patinadoras con las que convivo (ew)

London
Mi-M, donde estás?

Misty
He llegado a casa y estaba vacía
No me ha gustado nada el *feeling*
😐😐

Dás
Mi-M, *we miss you*
Abandona tu vida secreta de bibliotecariaaaa
Es normal que eso me suene a peli porno?

Premium
Me retrasaré un poco
No me esperéis despiertas

London
Acaba de hablar en Swanson?

Misty
Estás con Zayne, verdad?!?!
😍😍😍

Dás
Esta ya está con Zayne otra vez
Viciosos!!!
🦑🥵🥇😍🔥

Ninguna estaba en casa cuando salí hacia la biblioteca así que no vieron lo arreglada que estaba. Hoy le había puesto más empeño a mi outfit que la noche de la fiesta, y ya es decir. De Mendhel no pude escapar, así que tuve que confesarle lo de mi cita con Zayne. En cuanto lo vio entrar en la biblioteca, nos echó de allí aunque faltaran treinta minutos para mi hora de salida. «No me la merezco».

He atesorado los ratos que he pasado en el coche de Zayne cenando o simplemente hablando, pero desde que hemos entrado al restaurante mi corazón se ha dado la vuelta. No, mucho antes, cuando Zayne entrelazó su mano con la mía y me dio un rápido apretón. Parecía nervioso y eso me estaba derritiendo de formas inimaginables, pero en cuanto empezamos a hablar, todo fue sobre ruedas. Nos traen el segundo y yo sigo chupándome los labios de la deliciosa salsa del primero.

—No teníamos porqué venir a un restaurante que ofrezca solo comida sin gluten —le susurro—, hay cantidad de restaurantes con alguna opción apta para mí.

«Cantidad» puede que sea una palabra muy generosa.

—No quería que vieras algo en la carta que te gustara y luego resultase que no podías comerlo. —Me da un toque con la pierna bajo la mesa—. No me has contestado.

—Tú a mí tampoco. —Le doy otro.

—¿Qué tal con Alexander? —Enreda nuestras piernas.

—¿Qué tal con Landon? —Las enredo más.

—Me encanta ver tu vena competitiva —sonríe desafiante.

Llega el camarero a preguntar si queremos más bebida, intento enderezarme y salir del enredo, pero Zayne no me suelta y me doy un rodillazo contra la mesa, me encojo y contengo un gruñido. El camarero se va y yo ni siquiera he oído qué

le ha contestado Zayne.

—¿Estás bien? —Se ríe por lo bajo.

—¿Por qué no me has soltado?

—Mala suerte.

Lo fulmino con la mirada.

—Serás…

—Lo siento, no puedo. No soy capaz. —Su mano llega hasta mi rodilla, llevo vestido así que lo único que me separa de su tacto son las medias—. ¿Te duele?

—N-no. No ha sido nada.

La acaricia un poco más y un manojo de nervios llega a mi estómago cargándose el hambre. Le cuesta enderezarse y volver la atención a su comida, casi parece que el «no soy capaz» era sincero.

—¿Puedes por favor decirme de una vez…?

—Nos ha echado la bronca. Tenemos una serie de partidos repartidos durante el año que ya nos dejan con el agua al cuello, y él además ha decidido apuntarnos a un torneo de hockey. Le hemos expresado nuestra disconformidad y casi nos arranca la cabeza. Pero al final todo se ha solucionado.

—¿Sí? ¿Ha borrado la inscripción?

—No, hemos asumido que vamos a ir y le hemos pedido perdón, luego todo ha sido más fácil.

—Lo siento mucho. —Me muerdo el labio—. Por cierto, ¿qué es un torneo de hockey? ¿Y cuándo es?

—Es el mes que viene —le sonríen los ojos—, estaremos fuera una semana y competiremos con un equipo estatal distinto cada día. Es muy demandante físicamente, pero pondrá muchos focos sobre nosotros. Landon lo ha hecho para ayudarnos. Se hace el duro, pero nos aprecia y quiere asegurarse de que tengamos tantas oportunidades como sea posible. Aunque eso signifique estar en las últimas para jugar el partido en casa que tendremos al poco de llegar.

—¿Habéis tardado mucho en acceder a su plan?

—El grupo se ha dividido entre inconscientes y sensatos, hemos discutido un poco y acabado en una pelea amistosa.

—¿Landon deja que os peleéis?

—Se esfuerza en mantener un buen ambiente en los entrenamientos y a veces se limita a dar un paso atrás mientras estrechamos lazos a nuestra manera.

—Me cae bien Landon, ¿lo he dicho ya? —Bebo un poco de mi refresco mientras me sonríe y se olvida del plato de comida que tiene delante. Carraspeo —. Por cierto, aparte de Anthony y tú, ¿quién se gradúa este año?

—Solo Jonathan. ¿Ahora vas a decirme lo que te ha pasado hoy con Alexander?

—Digamos que ha dejado caer que a Misty, según él, le iría mucho mejor si se «empapara del verdadero estilo del patinaje femenino» y no me ha sentado bien. Para él eso se traduce en salir con hombres y dejarles las mancuernas a ellos.

—¿Alexander es homófobo? Lo que le faltaba ya.

No es nada nuevo oír a Zayne criticar a Alexander, pero sigue encendiéndome una hoguera en el pecho como si lo fuera.

—Ya lo ves —asiento—, también ha dicho de forma sutil que le convendría dejar su enfado permanente y su obsesivo empeño por cambiar el mundo del patinaje. En fin, es un idiota.

—Lo es. Oye, ¿Misty sale con Clare?

—No —se me tensa el cuerpo entero—. No estaría bien visto. Además, no se gustan, eso es tan cliché. —Su mano acaricia la mía, pero el pánico que me da traicionar a mi mejor amiga me puede. *Sé* que no diría nada. *Sé* que puedo confiar en él. Pero aun así, no me salen las palabras—. Alexander siempre mira a todo el mundo como si pertenecieran a una clase de ser humano inferior, pero hoy no he podido contenerme, le he contestado y él se ha quedado con un humor de perros el resto de la clase. Puede que yo tampoco haya puesto mucho de mi parte.

—¿A qué te refieres?

—Para hacer un triple *lutz* necesitas patinar por toda la pista para coger la velocidad necesaria, ¿no? Pues cuando estaba cansada de que me hiciera repetir lo mismo una y otra vez sin escuchar ni una palabra de lo que le decía, fallaba aposta y él tenía que esperar a que recuperara la velocidad para pedirme que volviera a intentarlo. Tal vez ha sido inmaduro por mi parte, pero esta semana he tenido que ver a Lila tres veces por culpa de sus prisas. —Se queda en silencio y muy serio. Zayne se revuelve en su asiento y no entiendo lo que dicen sus ojos cuando me mira—. ¿Estás bien?

—Premium —su voz es ronca, directa y me genera una serie de escalofríos en lugares inoportunos para estar en público—, sé que no es cosa mía, pero ¿has pensado cambiar de entrenador?

Le cuento lo de Dominik y entonces admite que *odia* a Alexander (como si no lo supiera ya). Tengo que hablarle de mamá para que lo entienda. Zayne de nuevo se queda muy callado y yo me doy cuenta de que temo sus silencios y lo que pueda salir de ellos.

Comparte su postre conmigo porque quiere que lo pruebe todo. Después de hacer unos ruiditos por los que me mira con suma atención y acabo roja como un tomate, le ofrezco de mi postre pero no acepta.

—Eso va contra el código.

—¿Qué código?

—Tío, el código. Si alguien acepta tu pastel, tú tienes que aceptar el suyo.

—Me da que voy a saltarme tu código esta noche, Hunt.

Zayne es un tío peligroso, tiene tanto en su personalidad capaz de hacerme polvo que debería huir a Francia. Pero en vez de buscar un vuelo, tiro de su chaqueta y le freno en mitad del aparcamiento. Sus labios responden a los míos, sus manos llegan a la parte baja de mi espalda y me atraen hacia sí. Le miro detenidamente cuando nos separamos, hay rastros de nieve en el suelo que crujen bajo mis botas.

—Puedes preguntarme lo que quieras sobre mi madre.

—¿De verdad?

—A estas alturas sabes más de mí nadie en North Star, mejores amigas aparte. Te contaré lo que quieras.

Deposita un largo, suave y lento beso sobre mis labios y entrelaza nuestras manos. Llegamos a su coche, pone la calefacción y movemos los asientos hacia atrás. Todavía falta una hora para que empiece la película y el cine está aquí al lado. Zayne me coge las piernas y las pone sobre las suyas y mientras me acaricia.

—¿De qué murió?

—Mi madre desarrolló eclampsia durante el embarazo, algo que le provocaba dificultad para respirar y hacía que se encontrase bastante mal. Todo empezó con que ella, mmm… tuvo un embarazo múltiple.

—¿Tienes…?

—No —sacudo la cabeza—, mi hermano o hermana murió en la primera etapa. El síndrome de HELLP es una complicación rara y grave que daña el hígado de la mujer embarazada y por desgracia, ella lo sufrió. Acabé naciendo un poco antes de lo esperado con tal de evitar dañar a mi madre. Por desgracia, quedó marcada de todas formas. —Mis pulmones se cierran, pero el vaivén de caricias me calma.

—¿Y tú? ¿Supuso algo para ti nacer antes? ¿Tuviste algún problema?

Niego con la cabeza y suelta el aire con algo que no puede ser alivio. ¿O sí?

—Mamá cada vez estaba más débil y los problemas de su hígado se volvieron crónicos. Hasta que murió cuando yo tenía ocho años, mi madre necesitó una

continua atención médica y medicación permanente. Había rachas malas y otras menos malas, pero irradiaba tanta vida que había días que conseguía hacernos olvidar que estaba enferma. Por desgracia, de la última crisis no se recuperó. —Carraspeo—. Al final, durante las semanas que se pasó en cuidados paliativos, mi padre se mostró distinto conmigo. No le gustaba que estuviera cerca de ella. Cuando conseguía estarlo, mamá me decía que mi padre solo estaba intentando evitarme el sufrimiento. Que me estaba protegiendo para que no la viera en ese estado. Pero a Vance no le impedía estar con ella, así que yo lloraba y lloraba esperando a que me dejara entrar. El día de su funeral mi padre me dijo la verdad, que yo era la culpable de todo, que yo le había hecho eso a mi madre.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que Zayne tira de mí, me sienta en su regazo y al abrazarme, mojo su camisa blanca. Sus brazos abarcan todo mi cuerpo y sus manos me sostienen sin dejarme caer. Hay más que quiero decir, pero no me salen las palabras. Sollozo y no entiendo por qué, si yo ya tenía más que asumida esa realidad. Oigo maldiciones, siento su cuerpo tenso, pero cuando consigo prestar atención a lo que dice, su tono es dulce.

—Tú no tienes la culpa de nada. De nada en absoluto, ¿me oyes? —Lo repite como un mantra y me abraza hasta que me recompongo.

O al menos hasta que las lágrimas son silenciosas y ya no sollozo. Cuando me incorporo me limpia las mejillas y veo en su iris todo lo que había oído en su tono. Mi estómago se da la vuelta.

—No entiendo cómo alguien puede decirle semejante barbaridad a su propia hija. Eras solo una niña, una que no tenía culpa de nada.

—Si nos ponemos objetivos fue mi nacimiento lo que le causó la enfermedad.

—Me cago en mi puta vida —gruñe y se muestra tan furioso que tengo que contenerme para no pedir perdón—. Premium, no fuiste tú la que causó la muerte de tu madre.

—Fue en el embarazo.

—Para empezar, fueron ellos los que decidieron tenerte, tú no decidiste nacer. Culpar a tu madre por tener un cuerpo defectuoso y no ser lo bastante fuerte como para poder ver crecer a su hija te parecería horrible, ¿no?

—Zayne.

—Pues lo que dice tu padre de ti es muchísimo peor, solo que tú no lo ves porque te lo está haciendo a ti.

No contesto porque sé que tiene razón. No fueron muchas sesiones, pero desde los dieciséis a los dieciocho fui a terapia. Eso me permitió perdonarme, aunque una parte de mí cree que sin el perdón de mi padre, esa herida nunca se

cerrará del todo. Por eso le dejo la puerta abierta, aunque sé que debería haberla cerrado hace mucho tiempo. Por eso sigo esperando, aceptando su dinero con tal de asegurarme de que no se olvide de mí del todo.

—No necesitas su perdón —dice cuando lo exteriorizo—. Tu madre no te culpaba, lo has dicho, te quiso hasta su último aliento. Pero aunque no hubiera sido así, Premium, deberías odiarle. Eras solo una niña y no… —Me presiona contra su pecho con fuerza, pero yo ya he visto cómo brillaban sus ojos con rabia y algo más. Zayne no emite ningún sonido, pero sé que está usando toda su fuerza para contenerse y eso me hace pedazos—. Lo siento. Siento que hayas tenido que pasar por eso, nadie debería y tú menos que nadie.

—Por favor, no te pongas triste.

Pega su frente a la mía y siento su aliento cálido en mis labios antes del beso que se prolonga hasta confundirme de quién lo necesita más de los dos. Pese a las lágrimas, me siento mucho más libre que antes. Zayne ha dicho todo lo que esa voz dulce y buena solía repetir en cabeza, esa que tanto se parecía a la de mamá.

—Nos hemos perdido el principio de la peli —digo mirando el reloj de la pantalla de su coche—, pero aún podemos ir. ¿Te apetece?

—Premium.

—¿Sí, Zayne?

—¿Puedo dormir contigo esta noche?

Hay una fiesta, Anthony y el resto del equipo no estarán en casa, así que es allí a donde vamos. Juntos. No está dispuesto a apartarme de su regazo, pero por suerte le hago entrar en razón para que no tengamos un accidente. Se empeña en conducir sujetando una de mis manos y me burlo de él preguntándole si le regalaron el carnet por ser así de guapo. Me burlo para quitar dramatismo, pero me desarma por completo. Me besa el dorso de la mano una y otra vez, y por suerte no me ve cuando sus gestos me inundan los ojos de lágrimas.

—¿Crees que he estropeado la cita? —pregunto al salir del coche—. ¿Debería haberte contado la historia de cuando me puse unos patines en línea y me caí tres minutos después?

—No. —Me coge, le rodeo la cintura con las piernas y él nos adentra en su casa—. Aunque podrías contarme esa otro día.

—¿Otro día? ¿Cómo sabes que voy a decirte que sí otra vez? —Resoplo—. Caray, la confianza y la seguridad de los jugadores de hockey no tiene límites.

Me hace cosquillas, me lleva arriba y me pone una camiseta suya antes de proceder a comerme con la mirada. Quiero que vuelva a desnudarse, quiero

besarle por todas partes, quiero hacer muchas cosas salvo dormir. Pero él nos tira en su cama, rodea mi cuerpo con el suyo y apaga la luz.

—Quiero ser todo lo que no has tenido, Hunt —susurra acariciándome el pelo mientras escucho el reconfortante latido de su corazón.

—¿Por qué? —Me aferro a su camiseta.

—Porque tú eres todo lo que yo no he tenido, todo lo que buscaba.

Zayne siguió pronunciando palabras inimaginables hasta que su voz se perdió en mis sueños. Despertarme a su lado fue un chute de felicidad desconcertante, despertarme y recordar lo que había dicho lo fue todavía más. Sonrío. Siento que la montaña sobre la que estoy tumbada se mueve. El brazo que rodea mi cintura me estrecha con suavidad.

—¿Quién te hace sonreír…? —murmura con voz ronca—. ¿…antes de que me despierte?

Me acurruco contra él y respiro hondo.

Un nuevo capítulo.

Uno que no puedo esperar a vivir.

Trepo por su cuerpo y le beso mientras me acaricia la espalda en un movimiento que sube y baja como las olas. Sienta bien estar latido contra latido, pero su boca es todavía mejor. Me da un apretón en el culo.

—Eres preciosa, ¿te lo he dicho alguna vez?

Me incorporo un instante, cojo los extremos de su camiseta y me la quito dejando mis pechos al descubiertos. Me masturba el ego ver cómo se contrae su abdomen, como sus manos se aprietan en mis muslos, como sus labios se separan mirando la piel recién expuesta.

—Te he echado de menos, ¿lo sabías? —Juego con mis manos, acariciándome sin inclinarme lo bastante como para que pueda hacerlo él—. Necesitaba estar a solas contigo.

Me estremezco al sentir su erección contra mí. Mueve las caderas y jadeo.

—Voy a recoger firmas para que prohíban el hockey y el patinaje en North Star.

—¿Tienes un boli? —pregunto sin oxígeno tras la segunda sacudida.

Zayne se incorpora y devora mi boca mientras mis pezones duros disfrutan de la fricción contra su cuerpo.

De repente oímos un golpe que no puede ser la puerta de la entrada. Un inconfundible «buenos días, capitán» de varios jugadores de hockey nos sacan de dudas. Me quedo congelada en el sitio.

—Juro que voy a mudarme lejos de ellos —maldice mientras me río.

Mi horario no ha cambiado. En serio, lo más mínimo. Aun así tengo la sensación de que mi día es un chicle que se estira y que todo queda en pausa cuando estoy con Zayne. Puede que esté durmiendo menos. Tal vez London me ha dejado unos parches en la nevera para que me los ponga en las ojeras como una amable indirecta rosa. Los entrenamientos de hockey terminan antes que los de patinaje, pero llevo unos días pidiéndole a Alexander un descanso de cinco minutos cuando hacemos entrenamiento extra. Él se va a fumar (tal y como había planeado) y yo camino todo lo rápido que puedo hasta su pista.

—¿Otra vez aquí?

—¿Qué puedo decir? El hockey me apasiona.

Landon me pasa una botella de agua y yo me bebo la mitad.

—¡Bolton! ¡Tu izquierda… buena! —grita tanto que retumba por todo el lugar, no sé para qué quiere un megáfono—. Así me gusta.

Jacob me saluda con la mano y yo le devuelvo el gesto. A medida que miran a su entrenador en busca de indicaciones me ven y tienen una reacción similar. El corazón me hace cosas raras, se me contrae en espasmos peligrosos. Creo que les quiero.

—Bien, ahora haced nuevos equipos —Landon da un par de palmadas—. ¡Swanson y Schneider en equipos diferentes, Jones y Crawford os quiero en la portería!

—Swanson y Jones, vs Schneider y Crawford sería interesante —admito en voz baja—. Sobre todo si Jacob va contra Adler y Jonathan, cosa que no suele pasar. Sé que está en segundo, pero se merece el reto.

—¿Sabéis qué? Voy a hacer yo los equipos —Landon me lanza una mirada antes de alejarse de la valla.

Zayne patina hasta mí con disimulo y me besa. Quiere cogerme la cara, pero con los guantes no puede. Me río. Él también.

—¿Te veo esta noche?

—No puedo, mañana tengo examen.

—Genial, te ayudo a estudiar.

—Mentiroso. —Estrecho la mirada—. Tú solo me despistas.

Solo de pensar en la forma en la que podría despistarme… *Dios, sí, por favor.* Quiero que me desnude y me haga suya. Aquí o en cualquier parte. La biblioteca no me parecería mala idea, así de desesperada me está dejando su castigo. La eterna espera.

—¿En qué estás pensando, Hunt?

—En nada.

—¿Mañana entonces?

—No lo sé, si tienes suerte puede que mañana —remoloneo con el pulso acelerado.

—Iré a la biblioteca a ver si doy con mi suerte. —Se aleja patinando antes de que empiece el partido que me encantaría quedarme a ver.

Me despido y vuelvo como un rápido pingüino, quito los protectores de cuchillas y en cuanto me deslizo por el hielo, Alexander aparece en mi visión periférica. No le miro porque Dás capta la atención de todos los presentes clavando la caída de su triple axel. Bruno se le cruza y tiene que reaccionar rápido, pero se recupera. Bruno solía llevar gafas, rompía dos pares a la semana y empezó con las lentillas. No parece que las lleve puestas ahora mismo.

—Premium, tengo que hablarte de algo a lo que llevo dándole vueltas dese hace semanas. —Dice la alegría de la huerta cuando llega hasta mí desprendiendo olor a tabaco.

—¿De qué se trata?

—Vas a hacer un cuádruple axel para los nacionales. Mañana empezarán las preparaciones.

—Y-yo… Alexander, nunca…

—Sé que nunca lo has hecho en una competición porque no siempre te sale.

—Mejor dicho, casi nunca me sale —musito.

—…una altura adecuada y estoy seguro de que podrás hacerlo —concluye su monólogo, luego me echa un vistazo de arriba abajo—. Eso sí, valdría la pena que te pasaras por el gimnasio de vez en cuando, aunque sin llegar a parecerte a tu amiga. No estoy dispuesto a ver cómo pierdes la feminidad natural y de muñeca que tienes.

—Te pedí que no mencionaras más a Misty.

—Ya sé que te gusta empezar por lo difícil, pero lo añadiremos al final de la coreografía, es el único hueco que puedo hacerte —y con esas palabras sentencia mi destino.

Sudores fríos. Temblor en las manos. Lengua seca. ¿Voy a desmayarme?

—Alexander, no lo sé. No estoy segura.

—Sé que tienes miedo —me pone las manos sobre los hombros—, es normal.

—Es algo más que eso.

—No voy a permitir que te estanques y te vuelvas aburrida porque, seamos sinceros, todos hemos leído las críticas.

—¿Qué criticas?

—Flaca, sin gracia, previsible, vaga, sosa, está por todo internet, no finjas que

no lo lees. Mira, tenemos una oportunidad de oro de sorprender a los jueces, ¿quieres desaprovecharla?

—No.

«No» repito en mi cabeza mientras estoy encerrada en mi cuarto leyendo una y otra vez la misma línea del libro de contabilidad, sin enterarme de una sola palabra.

—¿Por qué lo he dicho? —Golpeo la mesa con la frente y gruño—. Sí, Alexander, quiero desaprovechar la oportunidad que me brindas para romperme la cabeza. Ah y por cierto, te dejo. A partir de ahora entrenaré con Dominik Turner que no me provoca urticaria, ¿defraudar a mi madre? ¿Qué puedo decir? Soy la reina de las decepciones paternas. En el cielo o en la tierra, todos deberían estar acostumbrados ya.

Salgo al salón cuando escucho jaleo y me olvido del examen porque si me he pasado una hora y media viendo los escasos vídeos que hay internet de patinadores logrando un cuádruple axel, el examen está perdido.

—¡Ya basta, eres una cerda imposible! —grita Dás señalando a Misty con la furia de un Titán en bata.

—¿Perdona? ¡¿Perdona?!

Me siento junto a London en el sofá y le pregunto por lo bajo:

—¿Regalos?

—Chocolatinas crujientes de arroz inflado.

—Ahh, claro.

—Es un detalle insignificante, pedazo de idiota —dice la furia italiana—, ¡no tienes que devolverme todo lo que te doy!

—¿Y qué pasa si quiero? ¿No puedo hacerlo? ¿No eres tú aquí la tonta por no aceptar mi invitación?

—¿Invitación a qué? —pregunto a London cogiendo palomitas de su bol, aunque falta nada para la cena.

—Al cine, Misty quería llevarla a ver esa peli nórdica rara en la que solo hablan de medicina y hay que leer subtítulos. Pero Dás cree que solo lo hace por las chocolatinas, mientras que Misty asegura que lo tenía planeado desde hace meses.

—Son tan adorables.

—Y un poco tontas.

—¿No suele ir de la mano?

—Mi-M, acabas de ofender a dos tercios de la población terrestre, vas a ser arrestada.

—¿Cuánto me baja la pena si iba en broma?

—Medio minuto.

—Una jueza temeraria. ¿Cuál será la fianza?

—Chocolatinas seguro que no.

Me arranca una carcajada.

—Oye —gruñe Dás—, estáis interrumpiendo una conversación trascendental muy importante.

—Y redundante.

—¡Vale, London, lo que sea!

—Oye, a mí no me grites, que yo no te he regalado nada.

—Argh —gruñe Misty antes de caminar a pisotones hasta su habitación.

Dás imita el baile hasta la suya. Tres segundos después, el microondas pita.

—¡La cena está lista! —exclama London y ambas salen de sus habitaciones.

«Hogar dulce hogar». Llaman a la puerta justo después. Voy a abrir y sigo sujetando el pomo porque no entiendo la imagen que tengo delante.

—Jack. —Con unas flores y ropa elegante.

—Buenas noches, Premium.

C a p í t u l o 12

Zayne

Saco mi móvil del bolsillo cuando me vibra.

Mamá

Mamá
Ya sé que estás muy ocupado siendo el futuro fichaje de la NHL
Pero saca tiempo para llamarnos, que te dimos la vida y te echamos de menos
Además, hay noticias que queremos compartir contigo.
Puedes dejarme escuchar la voz de mi único hijo antes de que acabe el mes?
Te quiero, ingrato y estoy muy orgullosa de ti.
😘

Vuelvo a guardármelo prometiéndome a mí mismo que la llamaré en cuanto saque un momento. Yo también los echo de menos, pero el tiempo se me escapa de las manos. Lo último que imaginaba para mi noche sería acabar en un bar de ambiente del campus con Ace y Adler, yendo a buscar a la hermana pequeña de Jenkins que por lo visto ha descubierto el alcohol. Pero esto es North Star y todos sabemos que puede pasar cualquier cosa.

—¿Te calmas un momento? —Me interpongo en el camino de Jenkins para cortarle el paso porque está que echa humo.

—No.

—No era una pregunta, chaval.

—Tío, hazle caso, no querrás montar un numerito —me apoya Ace.

—Sí, joder, claro que quiero. Voy a montarle un pollo tan grande que no volverá a emborracharse hasta los treinta y cinco.

—Vamos a ver —pongo mi antebrazo en su pecho y le obligo a retroceder—. Ya es bastante gordo que su mejor amiga te haya llamado a ti para que vengas a buscarla. Eso cabreará mucho a Isabella, ¿y con quién crees que lo pagará si encima de cortarle el rollo, le montas un pollo?

—Me importa una puta mierda que se enfade conmigo.

—No, contigo no, con su amiga. No te enfadas con el perro que te muerde, sino con el dueño.

—¿Acabas de llamarme animal? Swanson, tranquilizar a la peña se te da de puta pena. ¿Podemos entrar de una vez antes de que mi hermana se quede sin neuronas?

Miro a Ace que ya se ha resignado, me hago a un lado y le seguimos. «A ver cómo mejoro yo esta situación». Entramos en el bar y la música está a todo volumen. Veo a Eloise y me pregunto si a día de hoy sigue sacándose algún título universitario o solo va de fiesta en fiesta. Llegamos hasta un grupo de primero, es evidente porque parecen chicas de instituto que no están donde deberían. «El dueño del antro es un capullo, eso para empezar».

—Dios mío, ¿estoy teniendo visiones? —Una chica rubia abre mucho los ojos en mi dirección.

—Sí, por triplicado y compartidas. —La pelirroja me toca el brazo—. Joder, qué guapo es.

Con delicadeza, le aparto la mano. Todas se ríen. Preguntamos por Isabella, pero tardan en contestar, tampoco vemos a su mejor amiga. Entonces las luces rojas que nos caen encima cambian a blancas y la vemos. Tiene la cara pegada a un tío que es demasiado mayor incluso para estar en la universidad. No perdemos un segundo.

—¡Isabella, vámonos a casa! —oigo a amiga que intenta apartarla, pero no lo consigue.

Adler sí. Le da un empujón al tío y pone a su hermana a la espalda.

—¿Tú de qué coño vas?

—Adler, cálmate. Aquí hay mucha gente.

Ace y yo nos ponemos a cada lado.

—Eh, no la he obligado a nada. Lo ha hecho porque ha querido. ¿Y quién eres, su novio?

—Soy su hermano, gilipollas. Le sacas quince años y está borrachísima, ¿es que no lo ves? —Adler se revuelve y me cuesta un huevo controlarlo—. Te vuelves a acercar a mi hermana pequeña y te parto la cara, ¿me has entendido?

—¡Adler, joder, cálmate!

—Lárgate, tío —Ace se vuelve una mole intimidante y el que ha estado a punto de recibir se va hacia la barra.

—¿Por qué te metes en mi vida? —Isabella tira de la camiseta de su hermano, está roja como un tomate—. ¿Es que no puedes largarte y dejarme en paz?

—Lo haré cuando dejes de comportarte como una niña pequeña que cree que

lo sabe todo, pero no sabe una mierda de cómo funciona el mundo. Ahora nos vamos.

—¿Y tú me vas a dar órdenes a mí, que no sabes diferencial la aorta de la pulmonar? —Isabella se revuelve, pero su amiga está de nuestra parte.

No sé por qué me giro, la escena es un caos, la música está fuerte y aunque alguien hubiera gritado mi nombre con fuerza dudo que lo hubiera escuchado. Pero me doy la vuelta y la veo en el reservado, donde hay gente cenando. Premium. Está con Carter.

Ace vuelve hasta mí porque por lo visto, ellos ya estaban fuera.

—Eh, capitán, ¿qué…? *Hooostia*.

No oigo qué más dice, porque las palabras de Premium se repiten en mi cabeza. Tenía que estudiar.

—Puto Jack, no sabe guardársela en los pantalones. A tomar por culo el código.

—Están cenando, nada más. Confío en ella.

—¿Aunque te haya mentido?

Lo fundo con la mirada y juro que pierde diez años de vida. Nos vamos y mientras dejamos a Isabella en su habitación, no dejo de pensar en ello. Hace muy poco que hemos empezado a salir y sé que Jack ha ido detrás de ella desde el principio, como medio campus. Pero nunca imaginé que ella accedería a… joder, si solo es una cena. «Que tú sepas». Me froto la cara con fuerza. Necesito darle un puñetazo a una pared, pero Darren me obligó a hacer un curso de control de la ira tras mi lesión y canalizo como un imbécil al que le va a estallar la vena del cuello.

—Joder.

—Escríbele —dice Ace antes de que Adler salga al pasillo—, pregúntale dónde está.

—Ni una palabra a nadie.

—Claro, capitán.

—No vamos —Adler cierra la puerta de golpe y echa a andar.

No me he alegrado tanto de no tener que dar conversación en mi vida. Cierro la puerta de mi dormitorio y las paredes se van acercando más y más a mí. Una voz en mi cabeza me pide que la llame, esa sería la opción madura de manejar esto. ¿Pero y si me miente? Me paseo de un lado a otro con algo en el estómago que bien podrían ser ladrillos. «Estaba muy guapa». No aguanto más y llamo a su puerta. Está hablando con Dixie por teléfono, pero cuelga en cuanto me ve la cara.

—¿Qué te pasa, tío?

—Premium estaba cenando con Jack en el bar del que hemos sacado a Isabella.

—¿Premium estaba con la hermana de Adler?

—No, estaba cenando con Jack en el reservado.

—A ver, a ver, cálmate un segundo. —Señala su cama para que me siente, acerca la silla del escritorio y entonces le repito la historia—. A ella no le gusta Jack. No se cuela en los entrenos de Jack, no mira a Jack como si fuera Zeus caído del puto Olimpo, tío, espabila.

—Me ha mentido, Anthony. Y estaba muy guapa. ¿Por qué me lo ocultaría?

—Tal vez aunque nunca haya tenido novio sabe que la mayoría de tíos son muy territoriales.

—Debería haberme acercado.

—No.

—Debería haber intervenido de manera casual y ahora sabría lo que pasa.

—¿Casual? —Se ríe—. ¿Tú te has visto la cara? Vamos, Swanson, no me jodas. Habrías conseguido dos cosas acercándote: acojonar a Jack y alejar a Premium. Nadie es fan de los tíos celosos.

—Después de lo que hice por Carter el año pasado no imaginaba que sería capaz de saltarse el código a la primera. —El sentimiento de traición no es fácil de tragar.

—No se ha saltado el código si no sabe que estáis juntos.

—Venga ya.

—¿Cómo va a saberlo? Premium y tú os comportáis como dos animales en celo en el complejo deportivo, pero ahí no están los de baloncesto. En cuanto a lo del código, te recuerdo que hace años tú te acostaste con Eloise, puede que te la esté devolviendo.

—¿Estás insinuando que para Jack, Eloise es como para mí Premium?

—Tal vez.

—Anthony no me toques los huevos, Eloise se había acostado con medio campus esa misma semana y Jack con la otra mitad. —Me levanto. «A la mierda el curso de control de la ira»—. Tengo que hablar con ella.

Anthony se interpone, lo que no entiendo es por qué lo hace con una sonrisa.

—Estás muy pillado, ¿eh?

Salgo de su habitación y bajo a la cocina. No sé qué hacer, creo que voy a cagarla camine en la dirección que camine. Hablamos de exclusividad, ¿no? «Premium no es una mentirosa». Lo sé, quiero creerlo, pero lo que he visto me

está volviendo loco.

Anthony me sigue. Es bastante tarde, así que la mayoría o está durmiendo o a punto. Abro la nevera y cojo una cerveza.

—¿Te ha calmado la salida en plan dramático?

—Sigo queriendo romper algo, pero no antes de bebérmelo.

—Tío, escúchame —Schneider deja de hablar demostrando que ha oído los mismos golpes que yo. Ambos nos giramos hacia las dos entradas a la cocina, pero ahí no hay nadie—. Cojonudo, tu ataque de celos ha invocado un poltergeist. —Se oyen de nuevo—. Oye, creo que es la puerta.

Anthony es quien mira por la mirilla porque es rapidísimo cuando quiere, me sonríe y luego desaparece. Abro la puerta y la veo allí parada. Lo preciosa que está juega en mi contra.

—Hola. —Sus ojos resplandecen—. No he usado el timbre porque es tarde y suponía que el equipo estaría ya durmiendo. Te he escrito, pero no contestabas así que he probado suerte. —Se ríe nerviosa, también se la ve incómoda.

No quiero preguntárselo. No quiero que me lo diga. No quiero que esto se acabe antes de empezar.

—¿Qué haces aquí, Premium?

—Esa es la cuestión —se toca el pelo, se frota las manos y cambia el peso de un pie a otro—. No sé cómo decírtelo. —Vuelve a reírse de forma nerviosa.

Me está matando.

—¿Tiene algo que ver con que estés aquí a estas horas y no estudiando como deberías?

Hace una mueca y sé que mi tono ha sido más cortante de lo que pretendía.

—Sí, tiene todo que ver. —Sonríe, pero es forzado—. Jack se ha presentado en casa con unas flores y me ha pedido si podía invitarme a cenar. No es la primera vez que se presenta en casa, ya que es muy amigo de Dan y él casi vive con nosotras. Bueno, tal vez eso sea exagerado, pero Jack ya me había pedido salir por ahí varias veces y me sabía mal seguir dándole largas.

—Vale.

—El caso es que le he dicho que salía contigo, aunque todavía no tengo claro si podemos decirlo por ahí fuera de nuestro círculo de amistad, espero no haber metido la pata. —Se le enrojecen las mejillas—. El caso es que ha insistido en que estaba invitándome como amigos y aunque es un poco raro, teniendo en cuenta las flores, no he querido decirle que no dos veces. Hemos ido a un bar del campus con discoteca y había tanto ruido que casi no hemos hablado. Juraría que tenía en mente pedirme bailar, pero al final no lo ha hecho. Ha sido incómodo, la

verdad y aunque solo ha sido una cena con un amigo quería decírtelo porque no he estado en casa estudiando como pensaba y si alguno de tus amigos me veía con él… bueno, no quería que se malinterpretara el asunto.

La atraigo hacia mi pecho y la rodeo entera con los brazos. «Soy un idiota integral». No me la merezco. Soy imbécil.

—¿A-así se paga la sinceridad? —Me abraza también—. Pues sale muy a cuenta, sip.

Apoyo la barbilla en su pelo.

—Gracias por venir y contármelo.

—Entonces, ¿te parece bien que diga que eres mi novio? Si alguien me pregunta, claro.

—Me parece perfecto.

Sus brazos me aprietan y puede que esté temblando de frío. Miro la carretera desierta.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —Le acaricio los brazos después de darle un beso en los labios.

Rápido, porque no me merezco nada más. Soy un capullo desconfiado. Me desprecio.

—He pedido un Uber aunque me ha costado bastante conseguirlo, me sabía mal pedirle a Jack que me trajera aquí. Ahora pediré otro para…

—Quédate. Quédate a dormir.

—Pero no he traído pijama —musita.

—No importa, yo te dejo uno mío.

Se muerde el labio.

—¿Y si no me dejas ninguno?

Tiro de ella hacia dentro y la pego a mí para que entre en calor, pero me besa y me pierdo un poco. No sé cómo subimos las escaleras. La puerta de mi habitación se cierra demasiado fuerte. No debería haber dudado de ella. Me prometo no hacerlo nunca más mientras le beso el cuello y ella se retuerce, juntando más nuestros cuerpos.

—¿Por qué me torturas? —Jadea en mi boca mientras mis manos amasan su culo.

Deberíamos parar ya. Deberíamos dormir. Ella debería. Se separa y registro su pregunta.

—¿De qué estás hablando?

Ejerce presión sobre mi polla y las caderas se me mueven solas. Soy un cerdo.

—Sé que lo deseas y yo también, ¿por qué sigues retrasándolo si ambos estamos de acuerdo?

Le acaricio el pelo y recupero el aliento.

—Quiero que estés preparada.

—Lo estoy. Ya hemos hecho unos cuantos ritos de iniciación, ¿no te parece? —bromea, pero sé que está nerviosa cuando entrelaza nuestras manos—. Zayne, quiero que sea contigo.

—¿De verdad lo quieres?

Se aleja un poco y me obligo a quedarme donde estoy. Su iris es un mar de plata candente por el que me siento atraído de un modo implacable y severo. Se deshace de su ropa, pero llego a ella porque no puedo contenerme. Quiero ayudarla, a desvestirse o a lo que sea.

—Hunt, ¿estás segura de que…?

—Si vuelves a hacerme esa pregunta, Swanson… —Me corta y acto seguido se hunde en mi boca, con un ansia que reconozco tan bien que casi la tengo tatuada.

Llevo desesperado por tenerla tanto tiempo que no me puedo creer que vaya a pasar. Dejamos atrás su ropa y yo pierdo parte de la mía, la beso y la llevo a la cama mientras mis manos recorren los lugares de su anatomía en los que más he estado pensando. Está mojada.

—Me encanta cuando gruñes así.

—¿Te gusta? —pregunto mientras me come con los ojos, sonrojándose para mí—. ¿Te gusta ver que me vuelves loco?

—Un tercio de lo que siento yo, estoy segura.

La tumbo y le abro las piernas.

—No tienes ni puta idea, preciosa.

—¿De qué? —Musita antes de morderse el labio.

—De la de veces que he tenido que aliviarme por pensar en ti demasiado. —Bajo por la curva de sus pechos con la lengua, sus pezones están tan duros que siento un latigazo directo en la polla y luego me da una sacudida.

Me la como mientras mis dedos juegan con su clítoris. Se mueve entre gemidos, encuentra mi cinturón y mi cerebro se queda en blanco cuando rodea mi erección con sus delgados dedos. Da una sacudida mientras yo acelero el ritmo de lo que le estoy haciendo, Premium vuelve a repetir el movimiento y el placer me atraviesa entero.

Me cuesta un puto imperio no correrme.

Con todo el autocontrol que poseo, aparto su mano, tiro de ella y la coloco de

tal forma que mi polla descanse en su culo y pueda tocarla con los dedos separándole las piernas lo máximo posible.

—Quiero hacerlo bien —susurro en sus labios cuando gira la cabeza para mirarme, le chupo el inferior mientras aumento la velocidad, hundiéndome más en ella—, por favor, necesito hacerlo como te mereces. —Mi otra mano atrapa su pezón y mientras le beso el cuello con la boca abierta, ella me moja los dedos como deseo—. Tienes una cicatriz en la cadera, ¿por qué?

—Lo dices como si necesitara permiso para *ahhhhh.* —Aumento la fricción en su pezón y le hago una diagonal a su clítoris.

—He hecho una pregunta.

—Pa… patinaje. No fue nada, *Zayne.* —Gime en dirección al techo—. Oh, maldita sea.

Le hundo dos dedos por completo y en seguida los curvo porque quiero que se corra mil veces empezando desde ya.

El sonido que hago al entrar en su cuerpo, penetrándola, es mi puto sueño. No puedo procesar lo mucho que me gusta Premium, lo que la deseo. Se agarra a mí como puede y se le arquea tanto la espalda que temo que se parta en dos. Entonces cae, sacude las caderas mientras cabalga mis dedos y palpita con fuerza.

Espero hasta que deja de convulsionar, saco los dedos y me los llevo a la boca. Su miel es tan deliciosa que tengo que esforzarme mucho en no hundirle la cara entre las piernas. Se le abren los ojos en shock y sé que estoy perdido, que voy a estar a su merced de por vida. Me deshago de mis pantalones y mis bóxers, la tumbo, la dejo aún más expuesta para mí y me coloco entre sus piernas. Está brillante, mojada y perfecta.

—Este es el trato. Si quieres parar, lo dices. Si quieres hacerlo de otra manera, lo dices.

Me pasa los dedos por el pelo mientras me sonríe convirtiéndome en el tío con más suerte del mundo. Asiente.

—Prometido.

Saco un preservativo de la mesita de noche y me lo pongo respirando fuerte. Le meto la punta mientras estimulo su clítoris *(dios, dios, dios)* y vuelve a correrse en cero coma. Mi punta sigue dentro así que llego a sentir como palpita y me lleva al puto cielo. «Cuenta hasta diez». Se me olvida cómo van los números, pero consigo manejar la situación. Ver como se aferra a las sábanas lo dificulta todo. Me mira a mí, a mi polla, a nuestros cuerpos y se tapa los ojos con el antebrazo mientras se le encoge el estómago de forma brusca.

—No puedo mirarte —jadea—, me voy a correr otra vez, qué vergüenza.

—Lo estás haciendo muy bien —mi voz suena ronca y desesperada—. Eres increíble. Eres un sueño, Hunt. —Se aparta el brazo mientras le acaricio la cara interna de los muslos, espero a que recupere la respiración mientras sujeto mi erección, la paso por sus labios y juego con su clítoris—. Lo haré despacio, ¿vale?

—Vale. —Una de sus manos se entrelaza con una de las mías.

De repente siento la necesidad de estar aún más cerca de ella, así que le levanto el brazo para no soltarla mientras me tumbo sobre su cuerpo. Me apoyo en uno de los míos para no aplastarla y compartimos un beso suave, húmedo e íntimo.

Me deslizo dentro de ella unos escasos centímetros, despacio. Joder, es una puta ida de olla. No hay espacio, la estoy dilatando a mi paso.

—Así que este es el quid de la cuestión —gime mientras se recoloca debajo mío—, ahora entiendo muchas cosas.

—¿Qué entiendes? —La descarga de placer que recibo por su contoneo, me ataca la columna, las vértebras y cada una de mis células.

—Todo. No voy a querer salir… de aquí… nunca.

Una sacudida va directa a mi polla. Se le corta la respiración, pero se aventura a mover las caderas contra mí.

—¿No te duele?

—Un poco —se muerde el labio, pero no se rinde.

Tengo que soltarla para poder estimularla como es debido, pero no aparto la mirada igual que ella hace con la mía. Buscamos la posición adecuada, tanteamos el terreno hasta dar con la sincronización que nos conviene. No tengo manos para todo lo que quiero tocarle, pero lo intento. Poco a poco, hacemos que funcione.

A medida que se aceleran nuestros movimientos, las palabras se pierden y solo se oye el roce de nuestros cuerpos, las respiraciones entrecortadas y los gemidos del otro. Quiero decirle lo guapa que está, lo preciosa que es, pero no tengo espacio en la cabeza, ni dentro suyo. Hago una embestida más profunda y Premium se aferra a mí y me clava las uñas en la espalda. Me tiembla el cuerpo, estoy dentro de un volcán y creo que nunca le he tenido tan dura. Mirarla es mi perdición. Estoy al límite.

Sus ojos encuentran los míos antes de que caiga sin freno. Late contra mi polla y es lo más intenso que he sentido en toda mi vida. Me contagia su orgasmo y si quería alargarlo más, soy incapaz. Me derrumbo quince segundos

después que ella como un novato. Me derramo dentro del preservativo y me desplomo.

Estoy intentando recuperarme cuando oigo su sonrisa en mitad del silencio. Una que luego se convierte en una risa suave, cansada y enérgica a la vez.

—¿De qué te ríes?

Puede que diga «increíble» y «asombroso» o algo que se le parezca, estoy haciendo todo lo humanamente posible por enterarme.

—Me has dejado sin palabras, Zayne Swanson.

Se mueve hasta que me coloca ambas manos en las mejillas. Me besa y sé a ciencia cierta que, joder, nunca he sido tan feliz.

Los siguientes días pasan sin que pueda frenarlos. Premium aprueba su examen, nosotros ganamos el partido contra los *Teinants* de Illinois y Landon nos regala los oídos durante tres minutos consecutivos.

Casi no me sabe mal tener que verle la cara de cretino integral a Antonov cada vez que tenemos que ducharnos al acabar un entrenamiento. El resto de patinadores se comportan pero él siempre suelta comentarios desagradables.

—Espero que no traigáis más problemas lo que queda de curso —alza la barbilla y va directo hacia el equipo, para que nos apartemos a su paso.

Tyler y Adler, que son los que más afectados se ven, se hacen a un lado con una reverencia. Pactamos no darle la satisfacción de verle jodernos, pero esto es sublime. Sobre todo por su cara enrabiada.

—¿Os lo tomáis a broma? Vuestra incapacidad de guardaros la polla en los pantalones y enfadar al personal causa todo este jaleo, ¿y vosotros os mofáis?

Silencio. Alguien chista la lengua.

—Mierda, me he dejado el gel de ducha —se queja Ace.

—Tranqui, hermano, tenemos de sobras —Jonathan lo empuja dentro del vestuario y yo estoy por hacerle una foto a la cara del tío del dedo acusador.

Por suerte para todos, me controlo. Me paso la tarde haciendo un trabajo en grupo con cuatro personas con las que no he hablado en todo el curso. Cada uno se muestra menos interesado por estar ahí y es una pena porque me gusta ganar. Me da que si apruebo será un milagro.

Salgo cuando ya es de noche y ceno algo rápido antes de ir a verla. Me ha escrito diciendo que hoy empezaba antes en la biblioteca y que cenaba con Mendhel. Sus amigas han salido, así que el plan es ir a su casa. ¿Qué más, qué más? Ah, sí, le he comprado un postre de su cafetería favorita. Es muy agradecida con los detalles y me hace querer gastarme todos mis ahorros en comprarle todo lo que quiera, mire o toque.

Hace frío fuera, así que esperaba encontrármela dentro. Pero la chica que está llorando en las escaleras, sin duda es ella.

—¿Premium? —Me agacho a su lado—. ¿Qué te ocurre?

—¡Zayne! —Se aferra a mi cuello.

—¿Qué ha pasado?

—Me he ido hace veinte minutos de la biblioteca —se aparta las lágrimas y me mira como puede—, he aprovechado para ir al baño y retocarme un poco la máscara de pestañas que ahora estará por toda mi cara —su tono cada vez más agudo—. Pero me he olvidado el móvil.

—¿Y no lo has encontrado? Yo te ayudo a buscarlo, no pasa nada.

—Sí, si lo tengo.

—¿Y le ha pasado algo? ¿Se te ha roto la pantalla?

—No, mi móvil está bien —alza el teléfono con el ceño fruncido, los ojos tristes y una mano aferrándose a mi chaqueta con fuerza—. La cosa es que cuando he ido a buscarlo, Mendhel estaba preparándose su picoteo habitual de las diez y media mientras ordenaba su escritorio que cada día es un caos mayor al día anterior —solloza—, así que tenía puesto el manos libres mientras hablaba con Xavier. Mendhel le ha preguntado a su hermano: *¿por qué mandas a la chiquilla a ayudarme con lo ocupada que está? La pobre no tiene tiempo ni de respirar.* ¿Y sabes…? ¿Sabes lo que le ha contestado Xavier? Que es una muy buena madre y que yo no tengo ninguna, que tampoco he tenido suerte con la familia que me queda y que me ayudaría tenerla en mi vida. —Solloza más fuerte—. No se está cobrando el favor de los vestidos, Xavier sigue ayudándome, Zayne.

La rodeo y ella llora contra mi pecho. Espero a que lo saque todo mientras la acuno en mis brazos.

—Te lo mereces, Premium, es normal que la gente te quiera y desee cuidar de ti. Odio que hayas crecido pensando lo contrario.

Se aferra más a mí y no espero a que deje de llorar para besarla.

Aunque me gustaría meterla en mi coche y poner la calefacción altísima mientras la veo comerse su postre, no puedo. Esta noche Anthony se lo ha llevado a su cita con Dixie para celebrar la publicación de un libro que ha traducido ella. No puedo recriminarle nada, la verdad, he usado tanto el coche estas últimas semanas que Schneider ha tenido que ingeniárselas en cantidad de ocasiones. Por suerte, el piso de Premium está a tan solo diez minutos. Cuando vamos de camino descubro que el silencio es peligroso al ver que se le inundan los ojos de nuevo, así que no me callo.

—He oído por ahí que te has puesto la camiseta con la que Jacob jugó el último partido, ¿te importaría explicarte?

Me sonríe y me hace jaque mate antes de empezar.

—Verás hay un chico que patina conmigo por el que Jacob puede o no estar colado —empieza a comerse su postre—. ¡Dios qué bueno está esto! Han estado tonteando en alguna que otra fiesta, pero nadie da el paso, así que me pidió si podía agilizar trámites. —Gime—. Mi paladar va a tener un orgasmo.

Se me tensa la espalda al oírla y manejo la situación como puedo.

—¿Y los agilizas poniéndote su camiseta? —Carraspeo.

—Aprovechándome de que Andrey desconoce si Jacob es o no bisexual y de paso recordándole a Andrey que Jacob es un chico muy deseado, popular y por el que tendría que quitarse la timidez de encima de una vez. Ha funcionado, Andrey me ha preguntado si salía con él y cuando le he dicho que no, me ha pedido su número. ¿No es genial?

—Sí lo es.

—Tú también, no creas que no me he dado cuenta de lo que haces. —Me lanza una mirada y sigue—: Es que no es justo que alguien como Jacob esté soltero y suspirando por un chico que, en realidad, también está colado por él. ¿Sabes qué tampoco es justo?

—¿El qué?

—Bueno, como tú la tienes muy grande y yo era virgen hasta hace dos días, aún no me la has podido meter entera.

—Dios santo.

—Quiero practicar hasta que me salga bien.

Lo dice como si fuera una figura de patinaje difícil. Miro a nuestro alrededor, no hay nadie tan cerca.

—Ya lo haces *muy* bien —le aseguro, pero tiene el desafío en la mirada.

—He leído mucho acerca del tema y he visto vídeos.

—¿Cómo dices?

—Sí, acerca de lo que sentís cuando llegáis al final, cuando…

—Premium.

—Quiero darte esa satisfacción.

¿Y qué le digo yo a eso? ¿Eh? ¿Qué? Llegamos a su apartamento. No sé cómo.

—No has probado tu postre —se adentra y deja la bolsa en la encimera—. Es el mejor postre del mundo y hace más de quince minutos que está en tu posesión, ¿acaso estás loco?

—Te lo puedes comer también.

Aspira todo el aire de golpe cargada de ilusión mientras a mí se me quedan los pies clavados al suelo. Me quedo en la puerta porque necesito tragarme todo lo que veo. Fotos de viajes, un tarro con galletas con una etiqueta de «para emergencias» y un póster de Sicilia. Hay cuatro sillas de cuatro colores distintos, cuatro tazas de Starbucks muy diferentes y cuatro patines junto al radiador. Cada una deja su huella a su manera y el piso rebosa vida en todas direcciones. Casi puedo tocar con las manos el bien que le hacen sus mejores amigas y lo mucho que me alegro de que sea así. También tengo que meter a Xavier en esa lista.

—¿Por qué tienes esa cara?

—¿Qué cara?

—Triste.

Sacudo la cabeza.

—No estoy triste, estoy agradecido.

—¿Por qué?

—Por ti.

Se olvida del postre y no sé quién llega antes a quién. De repente ya no nos estamos besando, su lengua está haciéndome *cosas*. La aparto con el puto corazón en la garganta y tan cachondo como sorprendido.

—¿Dónde has aprendido a besar así?

—Te lo he dicho, he visto vídeos.

La cojo del cuello y nos fundimos el uno en el otro, consumiendo lo que nos quema. Mis manos viajan bajo su jersey y descubro que no lleva sujetador. Lo siguiente que sé es que una descarga de placer me ataca de forma directa la erección, poniéndome durísimo en tiempo récord.

—¿Quieres saber algo más? —Me susurra al oído y luego me lo muerde—. Tampoco llevo bragas.

La pongo contra la pared, me arrodillo y le bajo los pantalones. Descubro que no miente y me juro que habrá consecuencias. Sin romper el contacto visual succiono su clítoris con fuerza.

—¡Zayne!

Mi lengua no obtiene suficiente sabor, necesito más. Resbalo por ella, la torturo un poco, le separo las piernas con las manos y vuelvo a succionar.

—Espera —jadea—, se suponía que íbamos a poner en práctica… mis conocimientos… estoy lista para ti.

Le meto un dedo, lo que está es empapada.

—Si estás lista para mí córrete en mi boca.

El gemido que suelta la rompe, pero no termina. Profundizo el movimiento de mi lengua, cambio de dirección y resbalo por ella, tan empalmado que tengo que sujetármela a través del pantalón un segundo largo. Quiere decir algo, pero solo gime. Esas agudas y rápidas súplicas de placer me pueden.

—No pienso correrme en ninguna parte que no sea… tu… tu…

La penetro más deprisa, ahora metiendo y sacando dos dedos del coño más bonito que he visto en mi vida. Empiezan a temblarle las piernas y salgo del trance para mirarla bien mientras la ola de placer la convierte en un espasmo incontrolable. Grita mi nombre con una desesperación que hace que mi ego se corra con ella. Sigo succionándole porque he encontrado mi nueva vocación en la vida, pero antes de que se pierda una segunda vez, sus manos se mueven de mi pelo a mis mejillas para que me levante.

—¿Puedes dejar de regalarme orgasmos un segundo para que pueda demostrarte…? *Dios mío, Zayne.*

Ahora más dilatada, mis dedos entran con facilidad. La separo, la quiero toda para mí, me deleito con cada puto segundo que pasa y por muy real que parezca, esto tiene que ser una fantasía. Estoy soñando.

—No tengo palabras, Hunt, eres preciosa.

Cuando se corre otra vez en mis labios su sabor es delicioso y a decir verdad, me cuesta no quedarme para una tercera ronda. Y una cuarta. En cuanto me pongo en pie, veo que ella se tambalea. La levanto y me rodea con las piernas. Me dirige hasta su habitación sin dejar de besarme, pero no llego a tumbarla en la cama.

—Aquí, aquí —jadea y la empotro contra la pared—, *sí,* dicen que es un mejor ángulo.

Me da la risa. En serio, la mujer que tengo delante no es de este mundo.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunta con las mejillas rojas de algo más de lo que hemos hecho.

Pego su frente con la mía mientras sacudo la cabeza. En cuanto me pongo el preservativo, las risas se acaban. La punta de mi erección atraviesa su entrada y nos arranca un gemido.

—Esto sería mucho más fácil si no fueras puto enorme —murmura poniéndomela más dura.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Estás hablando con la chica que consiguió un cuádruple *lutz* de adolescente, no me paro frente a un reto, —se la meto unos centímetros más—, *aahh*-ataco.

Nos movemos despacio, habituándonos, ella a mi tamaño y yo a no correrme ante lo jodidamente impresionante que es en todos los aspectos imaginables. Alcanzo sus pechos y la acaricio en círculos ascendentes, la miro morderse el labio y oigo un sonido gutural que debe haber sido mío. Intenta alcanzar mi boca, pero siento un placer profundo salvando las distancias lo mínimo y dejándole con las ganas. La penetro un poco más y se aferra a mis hombros.

—*Ahhh.* Ya sabía yo que podía —sonríe con suficiencia hasta que se da cuenta de que no la tiene dentro en absoluto.

Le beso en la mejilla para darle fuerzas y sigo despacio, disfrutando del momento sin ningún objetivo concreto en mente, a diferencia de ella. Me pide que le ayude, oigo la palabra «trucos» entre jadeos.

—Vale ya, no te la voy a meter entera, Premium.

—No me hables en ese tono autoritario, que me corro.

Quiero comérmela entera. Le muerdo el labio, le chupo el cuello, inspiro su olor y me lleno los pulmones. «Putos melocotones».

—Podría empalmarme de lo bien que hueles. —Le coloco una pierna en mi hombro. Suerte que es flexible, joder. Tiene mi polla dentro y aunque no del todo, la última envestida ha sido su límite. Tiene que serlo—. ¿Estás bien? —Le acaricio el clítoris y cuando sufre un espasmo mi erección me hace ver las estrellas—. Dios, lo tienes tan prieto, tan perfecto.

—Sigue.

Saco fuerzas de lo más profundo de mi ser.

—Premium, no hay prisa, si hoy no…

—Dejo el patinaje. —Se contonea y se la mete más cortándome la respiración —. Swanson, si no espabilas, te juro que dejo el patinaje y caerá sobre ti la ira de…

La embisto. Si eso es lo que quiere, le daré lo que quiere. La penetro aplastándola contra la pared, tomando el control, dudando si la tiraremos abajo. Está tan mojada que me resbalo fuera de ella, pero encuentro el camino de vuelta a su entrada.

—Voy a hacer que te corras como en tu vida.

Se pierde en mi boca, se aferra a mi cuerpo como puede mientras se la meto hasta el fondo. Es demoledora. Aceleramos el ritmo guiados por la necesidad. Tiene que ser un prodigio porque nadie con tan poco experiencia debería saber hacerlo tan bien. Repite mi nombre como un mantra desesperado de más. Hasta el fondo, una vez y luego otra.

—Me cago en la puta, Premium.

Algo estalla en mi interior, se desconecta. Me voy a volver loco. La voy a necesitar el resto de mi vida. Sus «justo ahí, más rápido» quedan grabados en mi cerebro mientras el placer me ataca el cuerpo con ansia y con brutalidad. Le doy lo que quiere, se lo doy todo como un puto animal.

—¡Zayne! —chilla cuando el orgasmo la penetra mucho más adentro que yo.

La sostengo, es tan intenso lo que siento y lo que veo, que me derramo en el condón casi a su vez. Gruño como un salvaje porque esto es lo que me hace. Me desplomo contra ella y estoy del todo seguro de que nunca habrá nada igual. Un par de respiraciones agitadas es lo único que retumba por la habitación ahora.

Inclino la cabeza y le beso la mejilla. Ella ladea la suya y me besa en los labios.

—Esto es mejor que un cuádruple *lutz*.

C a p í t u l o 13

Premium

—No sé para qué elegí este trabajo, si hubiera sabido que me iba a pasar la vida sufriendo habría escogido otra cosa. —Oigo la voz de Lila desde el pasillo, pero no freno mis pasos porque necesito una venda.

Entro en la enfermería y veo a Jack Carter sin camiseta sentado en una camilla.

—¿Qué te ha pasado?

—¡La que faltaba! —se exaspera Lila—. ¿Y a ti qué tripa se te ha roto hoy?

Me acerco a Jack y a su hombro lila. Tiene una venda en el brazo que le sube hasta el cuello.

—Tiene peor aspecto de lo que es, lo prometo —se ríe.

—¿Cómo ha sido?

—En un partido.

—¡Salvajes! Los *Tennessee dragons* son unos salvajes —suelta Lila antes de cogerme la cara—. ¿Sigues con todos los dientes?

—Sí, —se los enseño—, solo venía a por algo para la rodilla.

Agradezco mentalmente haberme puesto mayas tupidas que no dejen ver los moratones. Lila va al cuartito a por las vendas mientras menciona a todos los antepasados de Alexander y dice cosas muy feas de ellos.

—Siento lo de tu hombro, Jack. —Hago una mueca.

—No es nada, voy a poder jugar el próximo partido. Solo necesitaré unos días de descanso. —Le oigo respirar con dificultad y alzo la vista de su hombro a sus ojos marrones.

Tiene una expresión confusa que no descifro, entonces yergue la espalda.

—Igual hacen falta algo más que unos días, ¿eh? —digo, a lo que sacude la cabeza una vez.

—Si sigues mirándome así vas a conseguir que quiera empeorar.

Lila vuelve antes de que yo elabore ninguna respuesta.

—Definitivamente, voy a dejar este trabajo. Toma, Elsa, constrúyete el

castillo de hielo que más te guste, pero vigila, ¿de acuerdo? —Se gira hacia Jack —. En cuanto a ti, no soy tu enfermera, tienes que dejar de venir a verme.

—Eres mi favorita, Lila.

—Pues no entiendo por qué, te curo igual que cualquiera y te grito más que nadie.

Me despido de ambos y salgo del vestuario en sigilo para que no me griten más. Llego al hielo y mis tres mejores amigas ya están allí. «Qué gusto da verlas».

—¿Anthony te dijo que zurraría a Antonov por ti? —pregunta London acercándose la primera mientras me coloco las vendas.

—Casi me pidió que le dejara hacerlo. Las cosas no están bien desde que se enteró de que había intentado colarse en su última fiesta para liársela. —No estaban bien antes y eso que no saben nada de cuando vino asegurándome que Zayne le había partido la cara.

—Ya, Mi-M, ¿y no tendrá nada que ver con que estás colada de su mejor amigo y quiere cuidar de ti?

Es cierto que Anthony lleva semanas comportándose como si fuera su hermana pequeña. «Dale un codazo aquí si se te acerca mucho», «grítale, eso siempre acojona», «nosotros siempre estamos cerca, como Superman, llámame si pasa algo».

—Parece ser que le has robado el corazón a todos esos jugadores de hockey, ¿eh, pillina?

Me quito los protectores de cuchillas y entro en el hielo. Le doy un golpe de cadera a London para que deje el tema, pero contra todo pronóstico: no funciona.

—Te has puesto roja.

—No qué va.

—Si es que es tan fácil ganarse tu corazón —Me aprieta las mejillas—. Cuando aprendes las reglas del juego, el hielo se resquebraja.

—El hielo está intacto, suéltame.

—¿Por qué te haces la dura? No engañas a nadie.

Llegamos con las demás mientras aquí Gran Bretaña sigue burlándose de mi vulnerabilidad. Han pasado semanas desde que alguien se cargó los vestuarios del equipo de hockey, pero cuando pasan frente a la entrada de nuestra pista todavía me sorprende verlos.

—Saluda a tu novio el millonario, Dás —Misty la mira descaradamente saboreando el momento.

—Ace no es mi novio y tampoco es millonario, solo es que su familia tiene

mucha pasta.

—¿Y cómo llamas a lo que habéis estado haciendo últimamente? —London me coge del brazo y mientras digiero su perfume de algodón de azúcar, me sumo al baile de cejas.

—Sí, hemos tenido que dejaros la casa libre montones de veces esta semana con tal de que montaseis vuestra fiesta íntima —digo—. Pobre Dan, habrá tenido que irse a la suya.

—¡Serás! —Me suelta—. Aprecias a Dan, no lo disimules.

Le guiño un ojo.

—Somos amigos que se hacen cosas. Punto. Si queréis más detalles, mala suerte, no os los voy a dar —Dás desvía la mirada poniéndose nerviosa.

—Aún no está preparada para la fase de aceptación, —sentencia Misty con una mueca dramática—, tendremos que darle más tiempo.

Un tío llamado Ethan Stone ha estado detrás de Dás durante semanas. Guapo, con una voz exageradamente grave (que creemos que fuerza para tener más pinta de malote), Ethan tiene montones de chicas que le van detrás. ¿Pero qué quería él? A una que pasara de su cara como deporte olímpico.

Dás, por supuesto, cumplía el requisito.

Empezó a comportarse como un acosador dando un pelín de mal rollo tipo: aparezco en mitad de la calle cuando no hay nadie y te sigo, aunque me pidas que me vaya. En uno de nuestros muchos encuentros con el grupo, Ace escuchó a Dás hablar del tema y le dijo que le llamara cuando lo necesitara. Ella lo hizo y empezaron a quedar. En qué momento empezaron los besos, no lo sé, pero que es algo más que un simple tonteo lo tengo claro.

—Imagínate lo que le habrá costado a Premium no acostarse con Zayne más de dos noches seguidas. —Se burla Misty, que no debería poner en duda nuestra creatividad de viciosos.

Se me quita la sonrisa al pensar que mañana tienen un partido importante y no podré verle esta noche. Qué lástima.

—Oye, ¿vamos a pasar por alto que Premium le ha dicho que sí a Alexander? —pregunta Dás en tono serio—. ¿Que va a hacer un maldito cuádruple axel en los nacionales? —Me mira—. Tienes que decirle que no.

—Dás tiene razón —se suma London—. ¿Y si te lesionas?

—O peor —dice Misty—, ¿y si te caes y pasa algo muy gordo por culpa de que el cretino de tu entrenador se cree que eres una condenada marioneta?

—Creo que soy capaz de hacerlo si practico lo suficiente.

—¿Y ese tono a qué se debe? ¿Y el «creo»? —A London se le abren mucho

los ojos—. Subir la dificultad continuamente va de la mano con tener una carrera como la tuya, pero cuando estás segura de verdad, no dudas.

—Chicas, a calentar —dice Clare, avisándonos por lo bajo de que Alexander entra en la pista.

Me alejo de mis amigas y voy directa hacia mi entrenador para no hacerle esperar.

—Ya puedes empezar con el ejercicio.

—¿Y el calentamiento?

—Pensaba que lo habías hecho ya, como estabas ahí parada hablando. Va, espabila.

Alexander se pone a hablar por teléfono y me ignora cuando termino de calentar. Sé que es su forma de castigarme por no hacer las cosas como él las cree convenientes, pero no voy a dejar que me estropee el día, así que espero a su lado. Y luego cuando empiezo a enfriarme, espero un poco más patinando a su alrededor sin alejarme.

—¿Ya has acabado? ¿Por qué no me has dicho nada? —Resopla y pone los ojos en blanco—. En fin, es tarde, pero tendré que acostumbrarme ya que es la nueva norma. Ah, casi se me olvida, vamos a hacer algunos cambios a la coreografía.

—¿Qué? ¿Aún más?

—Un bucle picado, quizá dos, podríamos hacer varios seguidos justo después de que recuperes la velocidad de los *lutz*. Y he oído que Xiang Huang va a hacer más saltos que nadie, aunque no tenemos un valor específico vamos a incrementar el número de saltos que tienes para ir sobre seguro.

—No.

—Perdona, ¿qué? —se acerca arrugando la frente.

—Ya va a costarme mucho añadir el cuádruple axel, van a ser muchas horas de entrenamiento fuera de la pista.

—¿Y no quieres hacerlas? ¿Prefieres vaguear?

—Sí voy a hacerlas, Alexander, pero si añadimos los bucles y todo lo demás…

—¿No vas a tener tiempo para tu nuevo novio? ¿Es eso? Qué decepción ver que al final no eres tan diferente a todas las demás, que pierdes el culo por unos cuantos músculos bien puestos que corren detrás de un disco con un palo en la mano.

—Supongo que cada uno ve en los demás lo que tiene dentro.

Su mirada se vuelve afilada, gélida.

—Premium, no te estaba preguntando si te parece bien. Solo te informo de cómo van a ser las cosas.

Sé que debo ser razonable y no meterle un pie en la boca, que tengo que pasar por encima de mis emociones si quiero que esto funcione. Y quiero. Utilizo un tono mucho más calmado.

—¿Por qué no es suficiente con lo que ya tenemos?

—Porque no. —Se cruza de brazos.

—Alexander, mi coreografía ya era muy complicada antes del cuádruple axel.

—¡Harás lo que se te diga!

—No —contesto y su cara se convierte en un puzzle de incredulidad a medio montar. Siento el peligro en la sien, en las palmas de las manos, por todas partes. Aun así, no dejo que me intimide—. No voy a acabar con la cabeza abierta en mitad de la pista.

—No te la abrirás si practicas lo suficiente.

—Necesitaría años para algo así y seguiría siendo una locura.

Desdén y desprecio es todo lo que veo en sus ojos.

—Así que prefieres perder.

—¿A matarme? Sí, por supuesto.

—Soy tu entrenador, Premium, estas decisiones no son conjuntas.

—Es cierto, esta decisión no lo es.

—¿Así que esas tenemos, eh? ¿Ganas un par de competiciones y crees que estás por encima de mí? Pues entrena tú sola hoy, a ver cómo te va.

Aprieto los puños cuando veo que se larga de verdad. Llego hasta la valla y me aferro a ella con fuerza, y sigo sin poder creérmelo.

No me marcho por si vuelve, pero cuando no lo hace me siento todavía peor. ¿Por qué me lo está poniendo tan difícil? Me esfuerzo en no perder tiempo en discutir, obedezco cuando me pide que repita un movimiento decenas de veces y me quedo mil horas extra con él. Y todavía no es suficiente, aún quiere más. La pista se vacía y yo sigo allí, practicando, pero cuando me pongo los protectores de cuchillas estoy de muy mal humor. No quiero escribir a Zayne porque no quiero despistarle con mis movidas, así que voy a los vestuarios a ducharme, aprovechando que estaré sola.

Al abrir la puerta encuentro *(ew)* a Antonov *(eew)* en toalla *(eeeww)*. Como cualquier patinador, está en buena forma, pero todo el mundo sabe que la imbecilidad te afea en un tres mil por ciento.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Tu novio y sus amigos jodieron nuestros vestuarios, ahora compartimos

este, ¿no te has enterado? —se pasa una mano por el pelo mojado y se lo peina hacia atrás.

—Tu turno ha acabado hace más de hora y media, ¿quieres que te expulsen?

Me sonríe.

—Te recuerdo que el tuyo también ha acabado hace más de medio hora, bonita. Tienes tanto permiso como yo para estar aquí.

Entro, cojo mis cosas y consigo no arrancarle la cabeza antes de salir del vestuario. Acabo de salir del complejo cuando miro el reloj y veo que solo me quedan treinta y cinco minutos para ir a la biblioteca. Debería aprovecharlos para estudiar, pero necesito darme una ducha. Mi humor lo necesita. Acabo de bajar las escaleras cuando me vibra el móvil y el corazón me da un vuelco, pero no es Zayne.

—No me lo puedo creer.

Es Vance. Creí que lo de llamarnos ya había pasado a la historia. Dudo si ignorarlo, pero conociéndolo, eso podría traerme problemas peores. Descuelgo y me alejo del camino central.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento. —Sus palabras entran en mi oído como una serpiente venenosa que repta hacia su presa.

—¿Cómo? Vance, soy yo, Premium. Creo que te has equivocado de número.

—Tu pataleta de niñata mimada me costó más de dos millones de dólares en patrocinadores. ¿Sabes lo que es eso, Premium? —pregunta y reconozco aún menos la voz de mi hermano—. Claro que no, porque tú solo te miras el ombligo. Crees que eres el centro del mundo, ¿verdad? Pues me las vas a pagar.

—Engañaste a papá, le dijiste que te prometí algo de lo que no sabía nada. Tuve que hacer una entrevista a una radio de Rumanía a cambio de que me dejarais en paz y no creas que no sé que eso fue por ti. No vuelvas a llamarme.

—¿Te crees que esa mierda solucionó algo? —grita y me paro en seco—. ¡No tienes ni puta idea del dinero y el prestigio que he perdido por tu culpa! Pero voy a cobrarme lo que me debo.

—Mira no sabía nada sobre ese trato millonario, pero la próxima vez no pongas en juego algo tan importante en manos de otra persona que no te debe ningún favor.

—Pero qué tonta eres, Premium. ¿De verdad crees que te llamaría si no te tuviera cogida por la garganta?

Se me hiela la sangre.

—¿De qué estás hablando?

—A partir de ahora, vas a dar todas las entrevistas que yo te diga. Vas a ir a la

televisión, a la radio e incluso harás conferencias si lo creo conveniente.

—¿Has perdido la cabeza? Mis entrenamientos…

—Tus estúpidas competiciones, los nacionales y las malditas olimpiadas han dejado de importar, ahora lo único que te preocupará será hacerme ganar dinero y ayudarme a recuperar el respeto de mi padre.

—No hay nada que puedas hacer para que eso pase, Vance.

—He conversado bastante con Alexander últimamente, ¿sabes? Me ha hablado mucho de tus nuevos amigos los jugadores de hockey.

—No puedes tocarles, no tienes nada contra ellos y tampoco dejaría que te acercaras a ellos, ¿me oyes?

—Una vez más, vuelves a equivocarte. Jonathan Arlington dejó embarazada a Angelica Turner el verano pasado después de hacer creer a la pobre que la quería. Se desentendió de ella, así sin más, ¿qué cruel, verdad?

—Eso no es cierto. Jonathan no es así.

—Eso tendrá que juzgarlo la gente cuando Angelica vaya por ahí cargándose su reputación. Una chica guapa, con cara de inocente, ha sido engañada por un jugador de hockey bruto y sin escrúpulos, que solo quería aprovecharse de ella. Mmm, diría que no pinta bien para el celíaco, ¿tú qué crees? —Chista la lengua —. Es lo bueno del mundo en el que vivimos, ¿eh? Hoy en día no importa si una noticia es cierta o no, adquiere validez inmediata solo por estar en internet. Por supuesto, a la larga imagino que Jonathan podría demostrar que nunca se acostó con ella, pero la semilla de la duda ya estaría en el tiesto. Además, para entonces ya llevaría semanas atrayendo todo lo que la NHL y los equipos profesionales rechazan. No lo han fichado todavía, ¿no? Pfff, qué mal pronóstico.

—Esto es absurdo, no conseguirás nada —mi voz tiembla, igual que mis manos.

—Misty desarrolla sus músculos a base de esteroides, la ausencia de ellos fue lo que provocó su caída.

—No tienes base. —Me alejo de la gente como puedo y busco un sitio tranquilo para entrar en pánico.

—Jacob Bolton se acostó con el árbitro que medió en el último partido de la temporada pasada y por eso ganaron. Existen fotografías de ambos juntos, la inteligencia artificial es extraordinaria, ¿lo sabías?

—Eso… la gente sabrá que es mentira.

—Anthony Schneider tiene una novia, ¿Dixie, verdad?

—Para, Vance, ya basta.

—Es una pena que vaya a perder su nuevo negocio de traductora, pero es que

con ese número de malas reseñas que no dejará de crecer, ¿quién querría contratar sus servicios? Podrías suponer que su novio estará ahí para consolarla, pero Schneider tampoco se va a librar. Benjamin Welsh, su mayor rival desde primero de carrera, recibirá esta noche un suculento empujón financiero que inclinará la balanza a mi favor. El brazo o la pierna derecha, me da igual lo que le rompa, lo importante es que lo lesione.

Voy a vomitar. Me acerco a unos arbustos. No puedo respirar.

—No puedes hacer esto. Hablaré con nuestro padre.

—No, no lo harás. Si quieres evitar que todo esto pase, harás lo que te digo. Pero si todavía necesitas más alicientes, no te preocupes, he dejado el plato fuerte para el final. ¿Sabías que los padres del tío al que te follas tienen una humilde perrera?

—*No, ellos no* —musito a punto de dejar caer el teléfono.

—Sí, parecen buena gente, recogen perros abandonados y eso, pero tienen muchos gastos. Es una suerte que recibieran una generosa donación de cien mil dólares hace una semana teniendo en cuenta que llevan años en números rojos, ¿no te parece? Aunque ahora que lo pienso, ¿no resulta un tanto sospechoso? Es decir, su hijo va a firmar con la NHL al acabar el curso, sería fácil suponer que se trata de un soborno de los competidores rusos. Al fin y al cabo, es algo que sucede con frecuencia, atacar a tu enemigo desde dentro, el caballo de Troya y todo eso.

—Dios mío. —Los sudores fríos me empapan la camiseta y el estómago se me rebota.

Me flojean las rodillas, todo me da vueltas.

—Indagando un poco, cualquiera podría averiguar que el donante “anónimo” es el ex entrenador ruso Leonid Ivanov. Lo más sensato para la NHL sería mandar a Zayne Swanson a tomar por culo con tal de cubrirse las espaldas. Solo existe una Liga Nacional de Hockey, pero jugadores que quieren entrar en ella hay miles.

Perdería su futuro por mi culpa. Por conocerme. Sería la razón por la que *todos* acabarían en la ruina. Las personas que más me importan me odiarían el resto de sus vidas. No puedo frenar lo que sube por mi garganta. Vomito.

No puedo.

No puedo ser la razón que les destrozará la vida. Me limpio la boca y me acerco al teléfono.

—Haré lo que quieras.

—Bien, por fin nos entendemos. Te avisaré el día de antes de que tengas que

coger tu próximo vuelo. Ah, una última cosa, rompe con Zayne. Tiene la costumbre de meterse donde no le llaman y no puedo permitir que eso pase esta vez. Premium, como has podido comprobar, tengo ojos y oídos en todas partes. Si me mientes, si le cuentas esto a alguien, si intentas engañarme de algún modo… estallará todo, ¿entendido?

—¿Por qué me haces esto, Vance? Soy tu hermana pequeña.

—No, no lo eres.

—¿Qué?

—El único lazo genético que compartimos es el de nuestro padre y cada día que pasa resulta más evidente que no te pareces en nada a él.

Me cuelga. Mis rodillas siguen hundidas en el suelo mientras las lágrimas me queman la garganta. Mi mundo se viene abajo en un segundo. Todo se desvanece. La cabeza me late con fuerza a medida que la desesperación y el pánico ganan terreno, creo que voy a perder el conocimiento. Mi única esperanza es hacer lo que quiere, darle todo lo que pida y así los dejará en paz. Pero una cosa está clara: voy a perder mi carrera de todas formas.

Ese es el precio a pagar, la cláusula inevitable.

De alguna manera consigo controlar las náuseas la segunda vez que me atacan, pero mi estómago sigue revolucionado. No sé a dónde ir, así que vuelvo al complejo, ahora vacío. «No puedo avisar a mi padre, no puedo, estoy sola en esto». Me meto en el vestuario sin que me vean y voy hasta el rincón más alejado posible y lloro hasta que me duele el pecho.

—No puedo volver a casa. Lo sabrán todo solo con verme la cara. Dios, ¿cómo voy a mentirles y que sea creíble? —¿Y cómo voy a dejar a Zayne? «*Si le cuentas esto a alguien, lo sabré y estallará todo*». Alexander le ha ayudado, pero no ha sido el único. Ha hablado con Angélica y quién sabe con cuánta gente más.—. Esto no puede estar pasando.

Recibo una llamada de Mendhel, no contesto, pero le escribo diciéndole que me encuentro mal y que no podré ayudarla esta noche.

Sra. Mendhel

Sra. Mendhel
Vale corazón, ¡recupérate que tienes que darlo todo patinando!

Zayne también me mensajea y London. A ella le digo que pasaré la noche con él, pero a Zayne no soy capaz de escribirle nada.

Necesito pensar, estar sola. Todo se vuelve borroso cuando la conversación se

repite en mi cabeza. Si no consigo engañarles, no me lo perdonarán nunca. Yo no me lo perdonaré nunca.

—No me van a creer. Jacob insistirá, Zayne se dará cuenta de todo, Misty no dejará el tema hasta saber la verdad y Alexander se lo dirá a Vance. No voy a poder salvarlos. No voy a poder hacer nada y va a ser culpa mía. Todo va a ser culpa mía.

Se me cierra la garganta y el oxígeno no pasa a mis pulmones. Entro en pánico y vuelvo a vomitar. El corazón me va tan deprisa que creo que va a soltarme la mano, que va a dejarme ir. Las paredes del vestuario se juntan y separan, se mueven y se rompen a mi alrededor.

Pasan horas hasta que me calmo.

Y por calmarme, quiero decir que puedo conectar dos frases sin entrar en pánico. Sé que necesito un plan, así que abro las notas de mi móvil y empiezo a escribir.

Nueva nota: mis razones

Dejar a Zayne:
~~Necesito experimentar con otras personas~~
~~Estoy enamorada de otro~~
Quiero centrarme en mi pasión, tú me alejas de ella, (no mirarle a los ojos)
Dejar al equipo de hockey:
~~Ser borde con ellos~~
~~Montarles un pollo~~
Evitarlos a toda costa, no ir a fiestas, no mirarles a los ojos
A Lon, Mist, Dás:
~~No siento lo que creía por Zayne~~
~~Me acosté con Jack, no quiero que Zayne lo descubra~~
Tengo miedo de perder todo por lo que tanto he trabajado
(si no funciona, alejarme de ellas)

A la mañana siguiente, acudo al entrenamiento de antes de clase con los ojos hinchados. Fingir que todo iba bien y poner buena cara dejó de ser una posibilidad cuando seguí llorando pasadas las tres de la mañana. No es un problema, formará parte de mi coartada. Aun así, llego tarde para que Alexander ya esté presente y pueda oír la conversación.

—Eh, eh, eh, ¿qué ha pasado? —Misty se abalanza sobre mí y me limito a

sacudir la cabeza y presionar los labios.

—Premium, llegas tarde —La voz de Alexander le prende fuego a mis entrañas, pero no lo muestro.

—Voy —patino hacia él, pero Dás me aprieta la muñeca y no me suelta.

—¿Mi-M? ¿Qué ha pasado?

Cojo aire como puedo.

—Voy a romper con Zayne. —Me suelto de su agarre—. No digáis nada, esperaré a que jueguen el partido. No quiero desconcentrarle.

—¿De qué mierda estás hablando? —London me mira boquiabierta—. ¿Romper con Zayne?

—Quiero centrarme en el patinaje. No puedo perder tiempo después de lo mucho que he trabajado toda mi vida —comparto una mirada con Alexander y siento como mi corazón ennegrece, se marchita y luego se pudre. Llego hasta él poco después—. Empecemos.

—¿Le has dado unas vueltas a las modificaciones que te propuse ayer?

Quiero hundirle los nudillos en la nariz, preguntar por qué lo hace, partirle la cara con un palo de hockey y pasarme la vida llorando.

—No.

—En ese caso, te daré algo más de tiempo.

—Mi respuesta seguirá siendo la misma.

—¿En serio? ¿Después de…? —Suspira, pero parece que se ríe—. Tu altanería sigue intacta. Alucino.

La rabia se convierte en miedo cuando no encuentro motivos para lo que ha hecho. ¿Qué gana él con esto? ¿Solo quiere hacerme daño? ¿De ahí la coreografía temeraria? ¿Quiere hacerme daño físico?

—Te mereces que te deje tirada como ayer, pero estoy de buen humor. Empieza el calentamiento antes de que me lo piense mejor. A ver si hoy cae un milagro en la pista y clavas el cuádruple axel.

Cada segundo que pasa dudo si me fallarán las piernas, pero mi cuerpo está ahí para mí en el peor momento. Me sostiene y no fallo. Cuando llega el momento de la coreografía, consigo el cuádruple axel. Puede que la ausencia de miedo a caerme tenga algo que ver. Lo cierto es que el hielo no puede hacerme más daño del que estoy sintiendo.

Al acabar me libro de mis amigas como puedo: mal y de forma evidente. Dudo si se enfadarán conmigo, pero en cualquier caso, sería mejor si lo hicieran. Llego tarde a clase y aunque sé que me habrán guardado un sitio, ocupo un asiento en la primera fila y me voy en cuanto termina. Le escribo un mensaje a

Zayne deseándole suerte y pidiéndole si podemos vernos luego.

A la hora de comer tengo el estómago cerrado. Sé que no servirá de nada porque ahora estoy a merced de Vance, pero vuelvo a la pista con tal de vaciar mi mente del ruido. Las lágrimas no paran, pero me siento mejor. Empiezo a practicar algunas de las ideas extremas de Alexander, porque si soy capaz de clavar algo así, tal vez pueda convencerlos a todos.

Cambio de opinión a medida que se acerca la hora de la verdad. Temo lo que pueda salir de mí cuando lo tenga delante así que le escribo un mensaje largo, detallado y coherente un rato después de que él me diga que han ganado y que ya están de vuelta. Le hablo del esfuerzo de toda mi vida y le ruego que se aparte de ella. Sollozo con fuerza pero no importa porque nadie lo ve.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta Dás cuando llego a ballet.

No hay forma de ignorarlas en una sala tan pequeña. El resto de patinadoras nos mira.

—Nada, ¿por qué lo preguntas?

—Apareces con los ojos rojos e hinchados, dices que vas a cortar con Zayne y pasas de nuestro culo durante todo el día —dice Misty con los brazos en jarras —. Nos estás ocultando algo, por eso huyes, porque no quieres que lo sepamos.

—Mi-M, ni siquiera nos miras a los ojos —London habla en tono compasivo y cuando alzo la mirada veo un miedo que no entiendo—. ¿Pasó algo con Zayne? ¿Acaso ayer te hizo algo que te hiciera sentir incómoda?

—¿Qué? ¡No! —llega nuestra profesora y me alejo de ellas—. Sabéis que es una buena persona, esto es cosa mía. Dejad de meteros en mis asuntos, esto ya no me hace gracia.

Como si les hubiera dado un bofetón se quedan mudas, pálidas y en el sitio unos largos segundos. Dás resopla y empieza la clase. Bloqueo todos los pensamientos dolorosos de mi cabeza usando el autocontrol que tanto he perfeccionado a lo largo de mi vida.

Y no funciona.

Tengo que salir un momento de clase cuando las manos me cosquillean, el aire que inhalo no se queda en mis pulmones y mi pulso se desboca. Sudada en el baño, recrimino a mi reflejo estar llamando tanto la atención. «Se suponía que ellas debían entenderlo, que eran las fáciles». Al acabar la clase me obligo a quedarme a su lado con tal de que no sospechen más de mí, mientras me aseguro que esta noche también dormiré en el vestuario, que allí podré desahogarme y no fingir. Al principio no parecen muy conformes con que camine a su lado como si nada, pero la conversación avanza y oigo a London hablar de Dan y también me

entero de que ya han vuelto.

Me abrocho los cordones de los patines y salgo a la pista antes que ellas. «Respira, tranquila, tú puedes con esto. Tú puedes». En pleno calentamiento, no sé por qué me doy la vuelta y miro hacia la entrada. Ni por qué siento hasta en los huesos que está ahí, pero así es.

Le veo avanzar con paso firme y por como camina sé que no lleva patines. No puedo dejar que entre en la pista y se rompa la cara, así que me acerco. Lucho contra el impulso de lanzarme a sus brazos, de besarle, de pedirle ayuda. Quiero gritar socorro hasta quedarme afónica, pero no puedo dejar que nadie me oiga.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué ha pasado?

—Te he pedido espacio, Zayne. Esto es lo opuesto a dármelo.

Me observa con atención, recorre mi cara con sus preciosos ojos y siento que me rompo poco a poco.

—No te vayas —dice como si me conociera mejor que yo.

—Felicidades por tu victoria. —Me alejo—. Nos veremos por ahí, supongo.

Me coge la muñeca con fuerza, pero me la suelto en seguida, casi con violencia. La gente a nuestro alrededor empieza a murmurar. No, no, ¡no! ¡Zayne no es el malo en esta historia! Fue lo que pensaron ellas, fue casi su primera conclusión. Me obligo a sonreírle y a ocultar mi temor fácilmente malinterpretable.

—Te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí. Eres una persona increíble, soy consciente, y espero haberte tratado bien. Ahora por favor, acéptalo —aparto la vista, se me rompe la voz y me muerdo la lengua con tanta fuerza que siento el sabor metálico en la boca—. Por favor, vete. ¿Vale? Márchate.

—No.

—¿N-no? ¿Qué quieres decir?

—No sé qué está pasando, Premium, pero quiero que me lo digas ahora mismo. Sea lo que sea lo que te aterra tanto que no puedes ni mirarme, cuéntamelo. Juntos podremos solucionarlo.

«Juntos». No hay un juntos. Yo soy un ancla, si te agarras a mí solo conseguirás acabar en el fondo del mar.

—No soy asunto tuyo Zayne —digo tajante—, sentiste pena por la chica virgen y te acostaste con ella, bien, pasemos página.

—¿Por qué dirías algo así? —Frunce el ceño, es evidente que no me cree.

Está enfadado, dolido, molesto, pero sigue buscando razones. Mis palabras no le atraviesan. Las cuchillas chocan contra su pecho y caen al suelo. Menudo problema. Entonces lo veo, a Alexander, aparece en la lejanía y Zayne sigue aquí. Entro en pánico.

—Vete, vete ahora mismo. Lárgate y no vuelvas a venir a verme.

—No voy a irme.

—¡Zayne! —No puedo controlar las lágrimas, ni la rabia y cuando intenta alcanzarme de nuevo, estallo—. ¡Vete! ¿No ves que me haces sentir fatal? ¡Necesito que te vayas y dejes de recordarme lo mala persona que soy!

Mis gritos atraen las miradas de los patinadores en el hielo.

—Premium, cálmate. Respira. Me estás asustando.

—Me he acostado con otro, ¡¿vale?! Eso es lo que notas, ¡por eso me cuesta horrores mirarte a la cara! ¡No te merezco! —Empujo las náuseas hacia abajo y me aferro a la valla—. Anoche te puse los cuernos. Resulta que la monogamia no es para mí. —Fuerzo una carcajada—. ¡¿Quién lo iba a decir?! —Alexander ya está cerca—. Puedo fingir que fue un error, Zayne, pero esto es quien soy. No estoy echa para ser tu novia, ni la de nadie. —Me doy la vuelta y veo que algunos incluso nos están grabando—. ¡Puedes llamarme zorra si quieres, te doy permiso! No voy a ofenderme. ¡Ahora vete!

Aunque es bueno que nos graben, el hielo se vuelve lejano junto a mis pies y todo empieza a dar vueltas. Mantengo la vista fija en la valla hasta que oigo cómo se marcha. Alexander no dice ni una palabra, pero siento la aprobación que desprende su cuerpo. London y las demás también lo han oído, Zayne se cruza con ellas al irse.

Estoy en el vestuario y todavía no sé cómo he vuelto de la biblioteca. Mendhel se ha creído que mi cara y mi silencio eran debido a que aún no estaba muy fina, por eso me ha insistido en que me marchara pronto. Por suerte, he cumplido mis horas, así que una victoria al bolsillo. Por razones obvias ya no puedo utilizar a Zayne de excusa, así que escribo en el grupo de casa que voy a quedarme con Jack en un bar y que volveré tarde.

—Puedo con esto. Puedo hacerlo. Va a salir bien. El curso acabará y Vance les perderá la pista. —Espero. Ojalá. Puede que no. Tal vez esto dure años—. Cállate.

Tendré que buscarme otro trabajo. Quizá pueda ser bibliotecaria. Fijo que así acabo con menos heridas repartidas por el cuerpo. Lila estaría contenta. Son todo ventajas. Busco algo de comida en mi mochila cuando me duele el estómago de tenerlo tan vacío y encuentro una barrita energética sin gluten con sabor a donut.

Después de comérmela apago la luz, enrollo una sudadera como almohada y me tumbo en un banco. Me vibra el móvil y en el correo electrónico veo adjunto un vuelo a Eslovenia para mañana a medio día.

Lloro hasta quedarme dormida.

Durante el curso, muchas mañanas antes de clase entrenamos en el pequeño gimnasio que hay a la salida de las pistas. Solemos estar solas las cuatro así que es una buena noticia que, a pocos meses de los nacionales, patinemos más que cualquier otra cosa. Eso lo hace más fácil. Así puedo limitarme a la compañía de Alexander.

Lo último que espero ver al salir del vestuario por la mañana es a Jacob, pero ahí está, parado frente a mí. Mira la puerta a mi espalda, mi cara y lo sabe, no sé cómo ni en qué parte del cuerpo lo siento, pero soy consciente de que lo sabe.

—Hola, Premium.

—Hola, Jacob. —Miro el pasillo.

—Espera, no te vayas. —Su tono sigue siendo cariñoso, como siempre.

—Tengo que irme.

—Tienes un aspecto horrible.

—¿Querías que me quedara para decirme eso?

Da un paso hacia mí y yo doy dos hacia atrás. Recuerdo las cámaras del pasillo y me alejo más de él. Vete a saber a cuánta gente tiene comprada Vance, vete a saber a qué tiene acceso. Puede que perdiera dos millones por mi culpa, pero tiene muchos al alcance de su mano. Es dinero de la empresa, pero ¿a quién le importa? El silencio crece y me presiona el pecho.

—¿Alexander te ha hecho algo?

—¿Qué? —Dudo haberle entendido bien—. ¿De dónde te sacas eso?

—Vi el vídeo, Zayne no es el único que no se cree una palabra.

Se me llenan los ojos de lágrimas hasta que le veo borroso. Se acerca y me coge del brazo, sacudo la cabeza, pero no tengo fuerzas para apartarlo a él también.

—Dime qué necesitas y lo haré. Haré lo que sea, Premium.

—¿Lo harías, verdad? —Me tiembla el labio mientras él asiente prendiéndole fuego a mi garganta—. Déjame en paz, Jacob. Desaparece de mi vida y llévate a Zayne contigo. Llévatelos a todos y haced como si nunca nos hubiéramos conocido. Eso es lo que quiero.

Deja que me vaya y lo agradezco. La pista está vacía cuando entro. No siento el frío que hace pese a que se me ha olvidado ponerme la camiseta térmica y voy en manga corta. Cuando ya tengo los músculos calientes, mis amigas aparecen.

—Tenemos que hablar —dice London muy seria—. Hoy, después de clase.

No oí todo lo que Vance dijo, pero sí los nombres. Recuerdo que tenía artimañas para todos, London y Dás incluidas. Pensar que sus esfuerzos y miles de horas de entrenamiento podrían no llevarlas a la cima como se merecen. No solo eso, pensar que podrían acabar hundidas y con el agua al cuello, me dificulta hasta verbalizar una respuesta.

—No puedo.

—Vale ya de esquivarnos, Premium —Dás se pone delante de mí cuando me doy la vuelta—, no te vas a salir con la tuya.

—Vamos a hablar, te guste o no —dice Misty—. Somos tus mejores amigas, corta ya el puto rollo y dinos qué narices te pasa.

—No me pasa nada.

—Sabemos lo que le dijiste a Zayne —insiste la de cabello rubio.

—No nos lo creemos —dice Dás.

—Ni por asomo —dice London, luego resopla—, vamos es que ni de coña. Eres la persona más leal que conozco. Así que empieza a soltar la verdad.

—¿Habéis dicho después de clase, no? ¿Por qué no esperáis a entonces para hacer vuestro interrogatorio? —Me alejo patinando, consigo la velocidad que necesito clavo el triple axel.

La adrenalina me empuja, acelero más y más, y consigo un cuádruple axel. «Una habilidad muy útil para el currículum de bibliotecaria», susurra una voz mezquina en mi cabeza.

—Eso ha sido impactante, Premium. ¡Fantástico! —Alexander patina hasta mí con una sonrisa—. ¿Te has pensado ya lo de los cambios? ¿Has entrado en razón?

—Ambos sabemos que es más que probable que no vaya a los nacionales, ni siquiera sé por qué estoy aquí, así deja de insistir con la misma mierda. —Paso de largo y empiezo la coreografía desde el principio.

Ya he llamado al taxi, estoy frente a la salida apoyada en un aparcamiento de bicis, esperando que Alexander salga cuando mi cerebro vuelve a darme problemas. Aunque sé que no está ahí, le veo. Lleva su bolsa de deporte colgada al hombro, está guapísimo, pero triste. Tanto como cuando discutimos. Bueno, yo le grité y él no me gritó en absoluto. ¿A quién podría extrañarle?

La imagen se vuelve borrosa a medida que pienso en cómo se debió sentir y cierro los ojos suplicando que esto pare. Espero que a la larga, mis palabras le duelan menos. «Haré lo que sea para alejarte de esto, de mí». Zayne me odiará, pero de esta forma no le joderé la vida. No parece un mal pronóstico teniendo en

cuenta las cartas que me dejó Vance en la baraja. Me froto los ojos y oigo la puerta a mi espalda.

—¿Nos vamos? —pregunta Alexander.

Vuelvo la vista hacia delante, pero allí ya no hay nadie. El taxi gira la esquina y se detiene frente a nosotros. Estoy en el avión antes de que me dé cuenta. Pienso en que hoy tenía que presentar un trabajo a tercera hora, en que mis notas van a bajar si sigo yendo a clase para calentar la silla, pero no consigo que me importe. Tal vez lo mejor sería irme lejos.

—Hablaremos del tema cuando te calmes —dice mi entrenador, sentado a mi lado.

No le contesto. Nos encontramos a Vance en el aeropuerto.

—Tienes un aspecto horrible. —Dice mirándome con repulsión—. ¿Estás intentando boicotearme? ¿Es que no entendiste nada de lo que hablamos?

—Está aquí, ¿no? —interviene Alexander—. Está cansada, nada más. —Me mira—. Píntate un poco, anda, ahí tienes un baño.

Camino en silencio hasta el último espejo y uso el rizador de pestañas, pero como están mojadas no se rizan. Pongo rímel encima de todas formas, algo de base y colorete en las mejillas. Luego me recojo la maraña de enredos en una coleta tirante y salgo de nuevo. Alexander no está y no me puedo creer que eso me siente mal. Me acerco a Vance.

—Van a preguntarte sobre tu rutina, tus aspiraciones y tu futuros pasos en los nacionales. Dales el juego que quieren, ¿vale? Tontea sin ser específica, ni dar demasiadas pistas.

Ocupo el asiento junto a la persona que más me odia del mundo sin responderle. Tengo muchas preguntas, pero no hago ninguna. Oigo un ruido constante en mi cabeza, como el de una tele rota y me distrae. Creo que me gusta. Alexander me da un zumo en el trayecto en taxi hasta la radio y yo lo sostengo todo el camino.

Estamos a punto de conocer a los entrevistadores y Vance está que echa humo. Puede que le proponga a Alexander algo relacionado con unas pastillas capaces de animarme, no estoy segura porque no consigo centrarme en lo que dice. Ni en nada. Me pesa el cuerpo y me cuesta caminar, nunca me había pasado.

—Puedo hacerlo —digo con seguridad—. Puedo gustarles. No te preocupes. Haré un buen trabajo.

—Más te vale —me coge del hombro y lo aprieta—. Ya sabes lo que te juegas. No dudaré en hacerlo si vuelves a joderme.

Lo aparto de un manotazo y entro en la sala. Le regalo la mejor de mis sonrisas al hombre que se acerca a mí ofreciéndome la mano, me obligo a expulsar un sonido que se parece mucho a mi risa cuando toca y antes de que me dé cuenta ya estamos en el aire. La periodista que me hace todas las preguntas es bastante maja, así que siento que hablo con una amiga. En una realidad paralela en la que todo va bien, puede incluso que lo disfrute.

No he quitado el modo avión del teléfono desde que dejamos Indiana. Mientras ellas no sepan dónde estoy, menos preguntas harán. Fijo que estos distanciamientos me ayudarán a seguir con la mentira más tiempo. Salimos a comer para celebrar que la entrevista ha ido bien. Bueno, solo Alexander y yo, Vance se marcha justo cuando termino de hablar.

—Tienes que comer algo —dice Alexander, pero no le contesto.

Ni siquiera cuando añade «es sin gluten». No lo hago con intención de irritarle, es que me he quedado sin palabras. Dudo que alguna vez tenga algo que decir. Voy al baño del restaurante a quitarme el maquillaje porque se me está metiendo en los ojos y me pican. Estoy esperando al taxi oyendo llover cuando me doy cuenta de que no es *solo* la lluvia.

—Joder, Premium, ¿estás siquiera escuchándome?

—¿Qué?

—Das muy mal rollo, ¿puedes coger las riendas de tu vida?

No creo que tenga la capacidad de enfadarme ahora mismo, pero si la tuviera, eso me molestaría que flipas.

—Estabas muy rebelde, ¿sabes? Tuve que hacerlo, por tu bien. —Se coloca frente a mí, aunque se moja—. Tenías que darme todo el control, confiar en mí al cien por cien, ¡de ahí la nueva coreografía! Sí, es arriesgada, pero puedes hacerlo, yo creo en ti. Vas a ser muy grande y yo seré el entrenador que te llevó a la cima, ambos saldremos ganando. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes por qué estamos aquí?

—La entrevista de Vance.

—Premium, ¡reacciona! —me sacude—. Alejarte de todos menos de mí es lo que te conviene, de lo contrario no conseguirías tu sueño. ¡Lo he hecho por ti, por nosotros! En esto estamos solos tú y yo, ¿es que no lo ves? Soy el único en el que puedes apoyarte. Ayudé a Vance porque te escapabas de mis manos. Nunca dabas tu brazo a torcer, siempre reprochabas y aún más cuando Zayne Swanson apareció con su grupo de metomentodo. Para que nuestra relación funcionara, debía domarte primero.

Me pregunto si es eso lo que siento. Mi vida ya no es mía. Mis decisiones

tampoco. Es posible que esto sea lo que significa pertenecer a otra persona.

Volvemos a casa y voy de la biblioteca al vestuario, al día siguiente todo se repite. Y al siguiente. Después, no sé qué día es. Cada vez se me da mejor apartar a los que vienen a verme. Zayne no ha sido uno de ellos. «Mejor». Recibo un email con otro vuelo de avión para el próximo lunes, temprano. La hora coincide con un examen, pero eso ya es indiferente.

No reconozco la imagen que me da el espejo porque tengo los párpados muy hinchados. «Eso no le gustará a Vance». Me prometí no llorar la noche del domingo, pero al final pasó. Tengo que volver al piso aunque no quiera, porque necesito algunas de mis cosas. Meto un par de cucharas al congelador y espero de pie, en medio del salón. Cuando me las pongo en los párpados siento un alivio inmenso. Me siento en el sofá y temo quedarme dormida del gusto. No puedo perder el avión.

Entonces alguien toca mis piernas. Me enderezo y aparto las cucharas para ver a London. Está de rodillas frente a mí, llorando desconsoladamente. Me da un vuelco el corazón.

—Eh, ¿qué te pasa? ¿London? ¿Y el examen?

—Necesito… Necesito saberlo. No entiendo por qué te estás haciendo esto. —Solloza con una fuerza bruta—. Sé que debe ser algo muy gordo para que no nos lo hayas contado a ninguna, pero no puedo… no puedo… ¡Me estás haciendo mucho daño! ¡Verte así me está destrozando!

La abrazo y ella solloza contra mí con fuerza. Yo también lloro, aunque no quería hacerlo.

—Lo siento mucho, pero estoy bien. No me pasa nada.

Lejos de tranquilizarla, consigo el efecto contrario. Se agarra a mí con más fuerza mientras sacude la cabeza. El silencio parece la opción correcta y funciona hasta que me vibra el móvil con un mensaje de Alexander recordándome mi deber.

—Tengo que irme, London.

—¿A dónde?

—No puedo decírtelo.

—¡Basta! —grita tirándome la bolsa al suelo. La cojo—. ¡Premium!

Salgo del apartamento, cierro detrás de mí y bajo las escaleras. Se me encoge el estómago, me doblo hacia delante agarrándomelo mientras algo cae al suelo y lo moja. Tengo que seguir porque oigo la puerta abrirse y no puedo dejar que me siga. Llego a la calle y mis pies se frenan en seco cuando lo veo ahí parado. Alexander no tenía que estar abajo, esperándome. Se suponía que iríamos en

taxis distintos. Me mira, luego a London y otra vez a mí.

—No le he dicho nada. —Mi voz suena amenazante, aunque no tengo nada que usar contra él.

—¡Tú! —grita una voz desquiciada a nuestra espalda—. ¡¿Dime qué le has hecho?! ¡Qué le has hecho! ¿A dónde narices te la llevas? —Se lanza sobre Alexander.

—¡London!

—Yo no lo he hecho nada. —Alexander se la quita de encima con un empujón que por poco la tira al suelo.

Sujeto a mi amiga y la suelto en cuanto compruebo que está bien.

—Por favor, Premium, no te vayas —solloza y se muestra más desesperada de lo que la he visto nunca—, por favor, cuéntamelo. Puedo ayudarte, sea lo que sea.

—Vámonos —dejo que Alexander tire de mí y le pido una vez más a London que se marche, que no me siga.

La veo cuando me subo al avión, cuando cierro los ojos. Oigo su voz taladrándome desde dentro. Pensaba que la única que sufriría con esto sería yo.

En eso también estaba muy equivocada.

C a p í t u l o 14

Zayne

Bajo a la cocina a por agua y vacío una botella y media de golpe. Pensaba que la casa estaba vacía, pero me equivocaba.

—Nunca te había visto con barba. Ni sin ducharte. Es lunes, ¿no vas a clase?

—No.

—Vale. ¿Quieres que vayamos al gimnasio a entrenar un rato? Últimamente hemos hecho un poco el vago.

No contesto y entiende que quiero que se largue. Aun así, Adler no lo hace. Cuando más se extiende el silencio por la cocina más consciente soy de que no va a irse en un futuro cercano y eso que se le ve incómodo de narices.

—El otro día vi a Premium.

—Te dije que no fueras a verla, os pedí a todos que os alejarais de ella.

—Fue casualidad, lo juro. Y creo que ella no me vio. Iba cabizbaja y… —se le hunden los hombros—, tenía muy mal aspecto, Zayne. Deberías dejarnos intervenir.

Aprieto las manos contra la isla.

—No.

—Sé que tienes miedo de que la caguemos, que esto es muy gordo, ¿pero te crees que no lo sabemos? —Camina hasta donde estoy—. Casi vivía aquí, venía tanto a vernos entrenar que hasta se había ganado a Landon y eso son palabras mayores. Ahora ni siquiera nos mira a la cara. ¿Jacob te dijo que duerme en los vestuarios?

—Sí.

—Vas a partir el mármol si sigues apretando. ¿Puedes compartir conmigo cuál es tu plan?

—Anthony y yo hemos estado siguiendo a Alexander, hemos hablado con el de seguridad del complejo deportivo con tal de averiguar qué paso la tarde de antes de la nuestro partido. Sé que lo que sea que pasara ocurrió entre entonces y el día de después.

—¿Y bien? ¿Vio algo?

—No, nada en absoluto. Dice que Alexander Freddle se fue muy temprano ese día, mucho antes de acabar el entreno y Premium se quedó mucho más. Lo cual no nos dice una mierda.

—Aun así, ¿crees que le hizo algo? ¿Que la agredió de alguna forma?

—No —admito haciendo que Adler se relaje de inmediato—. Con Alexander es con el único con el que habla. Si le hubiera hecho algo, se alejaría de él. Lo que no entiendo es por qué va contra nosotros y contra sus mejores amigas.

—Antes de que esto pasara, Dásie le dijo a Ace que estaba muy preocupada por Premium porque el cretino de su entrenador quería subir mucho la dificultad de su coreografía y ella había aceptado. ¿Y si Alexander quiere aislarla de todos para que no la defienda nadie? ¿Para que pueda hacer con ella lo que quiera?

Casi le doy un puñetazo a la pared.

—No me sorprendería de él. Lo que no entiendo es por qué iba a aceptar ella. Adler, vete a clase.

Asiente, pero se queda en el sitio.

—Solo una cosa más —se pasa la mano por el cuello—, ¿recuerdas eso que te dijo de haberse acostado con otro? Vale, joder, claro que lo recuerdas. —Carraspea—. Yo tampoco me lo creo, solo para que conste.

—Bien que haces, porque no es verdad.

—Ya, ya, si lo sé. —Desvía la mirada como si le diera miedo mirarme a los ojos—. Lo que venía a decir es que ayer me encontré con Misty. Me dijo que Premium les había mentido.

—¿Respecto a qué?

—El día que cortó contigo les dijo que se encontró a Jack en un bar y que se quedaba con él bebiendo, que llegaría tarde a casa. No solo no volvió, sino que días después descubrieron que él no quedó con Premium. Lo cual nos deja claro que, lo que sea que le ha pasado, solo lo saben ella y Alexander.

—Joder. —Sabía que no se había acostado con Jack, ni con nadie, porque lo que vi en sus ojos mientras lloraba no era culpa, ni arrepentimiento.

Era miedo.

El terror más puro y fuerte que he visto nunca en los ojos de alguien. Apenas duermo por las noches pensando en la forma de arreglar esto, pero sin acercarme a ella cada día que pasa parece más imposible.

—Misty me dijo que cuando intentaban hablar con ella desaparecía —sigue —, y que cuando la llamaban su móvil a veces no daba señal. Sé que te has mantenido lejos de sus amigas por si eso conseguía que Premium se abriera a

ellas, pero no está pasando. Podríamos considerar acercarnos.

«Podríamos». En plural. No puedo decir que a todo el equipo le importara el asunto, porque no era el caso. Pero Anthony, Jacob, Adler, Ace, Tyler y Jonathan estaban muy preocupados. Todo el rato venían a mí con ideas pésimas, pero que demostraban que necesitaban implicarse en la solución. Aunque esa había sido la razón principal de encerrarme en mi habitación para poder pensar, se lo agradecía.

Llaman al timbre dos minutos después de que se largue y sé que Adler se ha dejado las llaves. Voy hacia la entrada gruñendo todo el camino, pero cuando abro la puerta no es él a quien veo.

—London.

—Zayne, por favor, tienes que ayudarme. —Se desmorona contra mi pecho entre sollozos y la sostengo—. Tienes que hacer algo. Por favor, necesito que me ayudes. Premium se va a morir si sigue así, no consigo que me diga lo que le pasa, Premium está… está… Dios mío, tengo mucho miedo. Tengo muchísimo miedo.

Le pido que entre, le preparo un té caliente y no hablo hasta que está algo más calmada.

—¿Qué ha pasado?

—Ha pasado que no pisa el piso nunca y no sé en casa de quién se está quedando porque conozco a toda la gente que ella conoce. No tiene más amigos aparte de vosotros y nosotras. Ha pasado que he vuelto al piso porque… —sacude la cabeza, como si quisiera restarle importancia a algo—. Da igual, he vuelto y la he visto con dos cucharas frías en los ojos para bajar la inflamación de los párpados. Por si no supiera ya que llora mucho, que no ha hecho otra cosa últimamente.

Se me contrae el corazón. Estoy a punto de prenderle fuego a algo. Quiero partirle la cara alguien, pero no sé a quién. Necesito que esto pare. Cuando miro a London, tiene los ojos inundados y las lágrimas no paran de resbalarle por las mejillas.

—He intentado convencerla de que podía contarme lo que fuera que haya pasado, pero no lo ha hecho y Alexander se la ha llevado.

—¿Se la ha llevado? ¿A dónde?

—No lo sé, se han ido en taxi. Ella estaba tan asustada, Zayne…

—¿Asustada de él?

—No, de que yo le hiciera algo a Alexander. Parecía temer que le diera un puñetazo y te juro que tenía muchas ganas, siempre se las he tenido porque es un

cabrón de mucho cuidado que solo se preocupa de la fama que consiga a través de ella. Nunca se ha preocupado por su bienestar, ¡joder, si ni siquiera la acompañaba a la enfermería!

—Su fama —susurro. Alexander. Alexander es la clave de todo. Él es quien la está obligando a todo esto—. Cambió cuando él llegó a la pista. Se desesperó.

—¿Qué has dicho?

—Cuando rompió conmigo… él estaba presente.

—Zayne, no puedes creerte nada de lo que dijo. Estoy segura de que no se acostó con nadie. Ella no es así, estaba muy colada por ti, atesoraba cada palabra que decías como si fuera mágica. ¿A dónde vas?

Coloco el portátil en la isla y tecleo.

—Sé que lo dijo para alejarme de ella.

—¿Lo sabes? —Se limpia las lágrimas frotándose los ojos con fuerza—, ¿de verdad lo sabes?

—Si Premium teme a Alexander, es que él tiene algo contra ella. —Me da un vuelco el corazón cuando veo las noticias.

La patinadora más prestigiosa de la Generación Z concede entrevistas por primera vez en su historia.

—¿Eslovenia? ¿Pero cuándo ha estado ella en Eslovenia? Oh, dios, hoy llevaba una bolsa de viaje. ¡Y su móvil no da llamada muy a menudo! ¿Es esto por lo que falta a clase?

Le pido a London que vayamos a su piso y accede de inmediato. Cogemos el coche.

—Aunque soy fan de pasar a la acción, dudo que encontremos algo, te recuerdo que ya nunca aparece por allí —dice desde el asiento del copiloto—. Es como si ya no fuera su casa. No hace más que esquivarnos, a nosotras, que nos lo contamos todo. Encima cuando conseguimos hablar con ella es distante y suelta monosílabos. Es como si no fuera ella misma.

—Premium ha estado durmiendo en el vestuario del complejo.

—¿Qué? —Vuelve a llorar.

—Jacob la vio salir de allí y fui a comprobarlo al día siguiente.

—¿Cómo has podido mantenerte alejado de ella si estás tan seguro de que miente?

Porque viendo cómo temblaba, no puedo obligarla a enfrentarse a eso. Tengo que encontrar otra forma de ayudarla. La que sea. Llegamos a su apartamento y aparte de las cucharas en el suelo, no hay ni rastro de que haya estado aquí.

Los recuerdos con ella en este piso detienen mis pasos. Siento que alguien me

está arrancando la piel a tiras. Sabía que estaba enamorado de Premium casi desde el momento en me besó, pero si quedaba alguna duda, el dolor las ha despejado todas. London encuentra en el bolsillo de una chaqueta el recibo de una botella de agua de una tienda del aeropuerto, pero nada más. Intenta entrar en su correo electrónico desde el portátil porque se sabe la clave, pero no puede.

—Ha debido cambiar la contraseña.

Ella piensa en hablar con Jack para preguntarle si ha hablado con ella estos últimos días y yo voy a ver a Mendhel. Le pregunto por Premium y me cuenta lo que necesito. La señora Mendhel ahora cree que hemos roto, así que ha accedido a no decirle nada de mi visita, pero sé que ha faltado dos noches a su cita en la biblioteca. La noche de antes de la competición y la del viaje a Eslovenia.

—Sabemos que fue entonces cuando pasó todo —dice Anthony.

—Pero hay algo que no tiene sentido —dice London—, el de seguridad os dijo que Alexander se marchó antes aquella tarde y nosotras lo vimos. Sabemos que no volvió, porque lo dicen las cámaras. ¿Cómo es posible que pasara todo aquella noche si no estaban juntos?

—Puede que la esperara a la salida —dice Jacob.

—Sí, para que no quedara grabado —se suma Dásie.

—Joder, qué puto mal rollo de tío —Adler se aparta de la mesa.

Se intercambian miradas.

—No digáis ni una palabra a nadie —repito por enésima vez antes de que nos separemos.

No puedo fallar al entreno de Landon o me cortará la cabeza, así que es lo que hago. Jugamos de pena, lo cual no me sorprende en absoluto. Landon se queda sin voz de tanto gritar porque alguien ha roto su megáfono. Salgo de la ducha, espero a que el vestuario vuelva a quedarse vacío y me la imagino durmiendo aquí. Es horrible. Me doy cuenta de lo mucho que odio ese sitio.

Salgo de allí dando un portazo.

Se hace de noche y sigo sin intención de salir de mi habitación. Me limpio las migas de la camiseta y veo que caen más en la cama. Paso de limpiarlas. Escucho su entrevista en Eslovenia y me pone la piel de gallina la falsedad de su tono. La veo sonriendo en mi cabeza, pero no es una sonrisa sincera. La escucho tres veces y cuando estoy a punto de acabarla por última vez, las palabras entran en mi cabeza en otro orden.

—Ha sido un placer hablar con usted, es encantadora, señorita Hunt. Tenemos dos últimas preguntas, ¿qué podemos esperar para su programa llegados los nacionales? Seguro que tiene algún reto concreto que pueda revelar

con los oyentes.

—Sí, uno muy especial del que por desgracia no puedo dar detalles. Pero sí os diré que este sin duda es el momento más complicado de mi carrera por todos los riesgos que estoy asumiendo. Espero que los fans del deporte queden satisfechos con el resultado.

—Seguro que quedarán fascinados. La última, prometido, ¿cree que es más fácil llegar hasta donde ha llegado, si lo hace con el apoyo de sus seres queridos? ¿Sus familiares y amigos han jugado un papel importante en su fortaleza mental y emocional?

—Sí, sin duda, si estoy aquí hoy *es gracias a mi familia.*

—Un bonito mensaje para todos nuestros oyentes, buscar el apoyo que nos impulse a llegar a la cima es un esfuerzo igual de importante que el resto para no desfallecer por el camino. Volveremos mañana con nuevas entrevistas deportivas, sigan conectados. Buenas tardes.

El logo de la radio deja de moverse y la pantalla se queda en negro. Silencio.

—Vance.

Busco el nombre de la federación del padre de Premium, pero no lo mencionan por ninguna parte. A eso de las dos de la mañana alguien llama a mi puerta. Anthony y Jacob aparecen tras ella.

—¿Qué hacéis despiertos?

No contestan, tiran de mí y me llevan abajo. Me encuentro a Dásie, Misty y London en la pantalla del portátil de Anthony, juntas en un mismo sofá, con una sola luz tenue encendida.

—Han averiguado algo —dice Schneider—. ¿Chicas?

—Zayne, recuerdas lo de mi encontronazo con Alexander antes de que se fuera en taxi con Premium, ¿no? Te dije que ella parecía asustada de que le pegara o algo, pero ella le odia. No tiene ningún sentido que quiera protegerlo a él cuando es a mí a quien quiere —London lo afirma con férrea y absoluta certeza, dejando claro que todo lo ocurrido no tambalea lo más mínimo su fe en Premium.

—Creemos que Alexander tiene algo en contra de London y que ha amenazado a Premium con usarlo —suelta Misty.

—No solo de mí, de ti también Zayne, de todos.

—Por eso parece temer pasar más de un minuto hablando con nosotros —dice Anthony.

—Esa fue la sensación que tuve cuando la vi salir del vestuario —dice Jacob —, miraba a su alrededor sin parar y repetía que tenía que alejarme de ella.

—¿Pero qué podría tener el maldito Alexander contra todos nosotros? —pregunta London—. ¿Acaso es del FBI? Ha ganado una buena pasta con Premium, pero tanto como para malgastarlo en algo así…

Les cuento mi corazonada con lo de Vance, la frase de Premium y ellas nos hablan de una videollamada que hizo al volver de Nueva York, siguiendo las órdenes de su padre. «Me dijo que su padre era igual a Vance, ¿cómo pude ser tan tonto como para no caer en que le pediría algo a cambio de mantener a su hijo lejos de North Star?». Concluimos que están los tres metidos en el ajo.

Cuando la videollamada acaba, tenemos un nuevo objetivo, intentar averiguar qué tropiezo de nuestra carrera o vida personal podría ser utilizado en nuestra contra. Jacob y Adler se van a dormir, pero Anthony se queda y me taladra con la mirada.

—¿Qué?

—Nada, solo pensaba en que no has venido a decirme lo de Vance cuando lo has descubierto.

—Pensaba que te habrías ido a dormir ya, es tarde.

—Huelo a traición —sus ojos se vuelven rayas. Sé lo que intenta, así que le doy un puñetazo suave en el hombro—. ¿Cómo estás, tío?

—¿Cómo quieres que esté? Si ha vuelto de donde sea que Alexander se la ha llevado, estará pasando la noche en el vestuario. Otra vez. —Me froto la cara—. Necesito hablar con ella.

—Pues hazlo.

—No puedo. Si Alexander y Vance tienen algo en contra nuestra, quiere decir que han pagado a gente del campus para que larguen. Si no ya me dirás cómo. No podemos fiarnos de nadie.

—De nadie, es cierto, pero dudo mucho que hayan pinchado su teléfono. Sé que probaste a llamarla al principio, pero hace días que no lo intentas.

—Me tiene bloqueado, no da señal cuando llamo.

—A mí también, lo he intentado un par de veces esta mañana. —Endurece la mandíbula y aunque disimula, sé que también tiene ganas de destrozar una habitación—. Perdona por saltarme tu regla, no soy tan fuerte como tú.

—Tendrías que haberla visto. Estaba tan asustada.

—Aun así, no puede ser tan grave.

Yo tenía otra sensación muy distinta. Me siento en la silla de mi escritorio y el dolor de estómago se me clava en el abdomen. Abro internet y sigo leyendo las páginas que tengo abiertas, buscando pistas a ciegas. A la mañana siguiente me despierto con un dolor de cuello interesante, pero que se ponga a la cola de

mis preferencias. Acompaño a Anthony mientras les da la charla a todos los que viven en esta casa y también a Jonathan y Ace. Nuestro círculo de más confianza.

—Si le habéis dado una patada a una paloma, habéis escupido en la acera o quitado un caramelo a un niño, quiero saberlo —se pasea delante de los presentes como si fuera Landon—. La más mínima cagada podría ser utilizada en nuestra contra, así que usar el cerebro por una vez en vuestra vida y empezar a largar.

Jacob me sigue arriba cuando Landon Jr. termina. Tiene unas ojeras de campeonato y juraría que está más delgado.

—Capitán, ¿y tú? ¿Tiene trapos sucios que puedan usar contra ti?

—No te preocupes por mí, Jacob.

—Tengo motivos, es a ti a quien de quien más huye Premium. Al único al que montó un pollo lo bastante grande como para que el resto de presentes lo grabaran.

Cierro la puerta de la habitación y me siento un inútil integral. Pienso en lo que dijo y en cómo lo dijo. Premium se aseguró de que mi reputación no se viera afectada. Se insultó a gritos con tal de yo quedara exento de culpa. Me dejo caer en la cama llena de migas que pican y exhalo de forma sonora, listo para otro día de comerme la cabeza. Entonces me vibra el móvil. «Mierda», pienso al leer el nombre en la pantalla.

—Mamá, hola. Siento no haberos podido llamar antes. Muy bien. Sí, como siempre. ¿Y vosotros? ¿Qué? ¿Hablas en serio? Guau, es una gran noticia, lleváis tiempo queriendo reparar la verja de la entrada, ¿tendréis suficien-? ¿Qué? ¿Más de lo que la señora Simons donó hace dos años? Sí, hay personas muy generosas y aunque no podáis arreglarla del todo seguro que una parte… —Me incorporo—. Espera, ¿qué acabas de decir? ¿Cien mil dólares? Dime que no habéis cobrado ese dinero todavía.

C a p í t u l o 15

Premium

—¿Ves como sí podías? —pregunta Alexander—. Estás haciendo un muy buen trabajo con el primer tercio de la nueva coreografía, Premium. A este paso la tendremos entera en solo dos meses.

Alexander está bastante amable desde hace un par de días. No me pasan desapercibidas las miradas de mis amigas, pero intento ignorarlas. Repito la última parte cuando vuelve a poner la música. Mi rodilla se queja y cuando caigo lo hace mi cadera. Contengo la mueca.

—¡Muy bien! Pero sonríe más, Premium, estás muy seria.

—Alexander, ¿eso no es un poco arriesgado? —pregunta la entrenadora de Antonov.

Él se limita a darle la espalda.

—¿Te duele algo? —Sacudo la cabeza mientras me levanta el brazo, el otro día me caí y tengo un moratón grande. Ni siquiera fui a ver a Lila. El golpe no podía ahorrármelo, pero la bronca sí—. Venga, descansa unos minutos, te lo has ganado.

Quiere decir que él se ha ganado un cigarro y que va a fumárselo, que espere aquí. Sigo patinando para que nadie se acerque a mí, pero me digo que es para no enfriarme. Ya que Arkadi Antonov no tiene ni idea de pillar las señales sociales, me sigue y empieza a hablarme.

—¿Qué cojones te pasa?

Freno en seco cuando me corta el paso y le frunzo el ceño.

—¿Qué quieres?

—Estás muy rara. —Hace una mueca—. Vale que seas una flipada egocéntrica, pero solías ver tus limitaciones. Lo que estáis intentando no tiene nombre, ¿quién te crees que eres? Te vas a romper la puta cabeza, Premium. —Paso de largo y me coge de la muñeca.

—¿Puedes soltarme?

—No hasta que contestes.

—Antonov, suéltame. *Por favor.*

—¿Es por Zayne? He visto el vídeo, igual que todo el campus, ¿de verdad le has puesto los cuernos?

«Amenázale con romperle los dedos uno a uno», me digo. «Dile que se meta en su vida y si no tiene, que se compre una». Pero no me sale ningún sonido de la garganta, como si no me funcionaran las cuerdas vocales. Espero y espero, y cuando se cansa de mi silencio, me suelta y se va.

Estoy muy cansada físicamente, pero emocionalmente estoy bien, así que al acabar la clase no las esquivo.

—No has venido a la cita de los fisioterapeutas y tenemos competición en dos días —dice Dás, con cero recriminación en el tono.

Está muy guapa pese a las ojeras y a que hoy no se ha maquillado. Su pelo rojo tiene mucho que ver, es de un color intenso como su personalidad. ¿Siempre ha sido tan guapa? La quiero mucho.

—¿Premium? —interviene London.

—¿Sí?

—No has contestado a la pregunta de Dás. ¿Vas a venir a competir en Massachusetts, verdad?

Lo cierto es que no, Vance quiere que vaya a Estonia. Pero voy a fingir que estoy enferma y todavía es pronto para eso, así que asiento. Que no haya deshecho mi bolsa de equipaje es bueno, menos trabajo esta vez.

—Bien, tengo ganas de que vayamos las cuatro. Esta vez prometo no caerme.

—Te saldrá bien, estoy segura —le digo a Misty con toda la seguridad que me queda en el cuerpo.

—Pensábamos ir a picar algo, ¿te apetece venir?

—Tengo que ir a la biblioteca, London —intento no mirarle mucho el chándal ancho y negro que lleva, pero me cuesta.

Nunca en mi vida la había visto con ropa tan apagada.

—Ah, ya —se revuelve forzando una sonrisa—, es cierto.

Su desilusión se me clava cual daga en la garganta.

—¿Vas a venir a dormir a casa? —pregunta Misty y niego con la cabeza—. ¿Dónde te quedas? ¿Y con quién…?

—Tengo que irme ya, sino no llegaré a tiempo. Hasta mañana. —Me quito los patines en las gradas, los guardo en la bolsa que he dejado preparada y me marcho sin pasar por el vestuario.

Todavía es pronto, así que hago algo que no debería: llamo a Vance.

—¿Por qué me llamas?

—Hola, perdona, solo quería saber si hay alguna posibilidad de posponer el viaje a Estonia. —Alzo más la voz porque casi no se me oye—. Estoy manteniendo las distancias con todo el mundo, pero mi postura de «dejo a mi novio por el patinaje» sería más creíble si fuera a la competición. ¿Crees…?

—Tú solita te has metido en ese berenjenal, ¿ahora quieres que sea yo el que te saque de él?

—¿Cómo?

—Tú decidiste contarles esa mentira. Podrías haberle dicho cualquier otra cosa a esas tres y ahora no tendrías este problema.

—Pero era lo más creíble.

—¿Eso quién lo dice? —Habla con otra persona y luego se oye una puerta cerrarse. Unos pasos, una silla. Silencio—. Sabes lo que pasará si no vas a Estonia, ¿o hace falta que te lo recuerde?

—Iré si me lo pides, pero podrías ayu… —me muerdo el labio y hago una respiración profunda—, podrías ayudarme un poco. *Por favor.* Lo necesito. No me está resultando fácil.

—Todavía no he recuperado el dinero que perdí por tu culpa, cuando lo haga puede que me sienta indulgente.

—Esta es una competición muy importante.

—¿Estás sorda o qué? —alza la voz—. Te cargas cualquier atisbo de amabilidad que tenga contigo, eres de lo que no hay.

—Pero Vance, Massachusetts…

—¿Quieres que deje a toda tu competencia fuera de juego? —Su voz cambia, se vuelve fría, ya no está enfadado—. Puedo hacer que le rompan las piernas a todas las que compitan en tu categoría, incluidas tus tres amigas. ¿Sabes lo mal que te dejaría eso frente a los jueces y al público? Imagina lo sospechoso que sería que la promesa del patinaje Premium Hunt no se presentara y justo fuera la única que no acaba en el hospital.

—N-no, no por favor. Iré a donde quieras. Haz como si no te hubiera llamado, Vance, ¿de acuerdo? ¿Vance?

Cuelga y dudo si me ha oído o no. El miedo me hace volver a llamar, pero no contesta, así que le escribo.

Llego a la biblioteca y Mendhel me observa mucho, como si creyera que fuera a robarle unos libros. Finjo que no me doy cuenta y disfruto del silencio. Puede que se esté aburriendo de mí, porque cada vez hace menos preguntas. Me sabe mal que esté fastidiando los esfuerzos de los hermanos Mendhel, pero no se me ocurre nada para solucionarlo. Le doy las gracias cuando me marcho, pero no

me deja cruzar la puerta.

—Corazón, ¿puedo ayudarte en algo?

—¿Ayudarme?

—No quiero meterme donde no me llaman y ya sé que el noventa y nueve por ciento de la gente dice eso antes de meterse donde no le llaman, pero si necesitas hablar con alguien, aquí estoy.

Vance me ha hecho mucho daño. Tanto, que lo primero que pienso cuando oigo esas palabras es si ella habrá tenido algo que ver. Si habrán podido comprarla a ella también. Debo ser la peor persona de la historia. Sacudo la cabeza, le doy las buenas noches y vuelvo al complejo. Puede que la decana sancionara a la seguridad después de lo ocurrido con las duchas, pero no he tenido inconveniente alguno para venir aquí a deshora. Sobre todo, si espero a que sea la hora de la cena.

Me seco la cara con el dorso de la mano y mantengo la cabeza gacha por si aún queda alguien, aunque a esta hora nunca hay nadie. Tengo bastante sueño, así que no creo que tenga problema en dormir esta noche. Abro la puerta y luego mi taquilla, saco la sudadera más gruesa que metí ahí hace días, entonces lo huelo. Debo estar loca, debo estar perdiendo la cabeza, pero cierro los ojos e inhalo con fuerza porque puedo imaginarme que está ahí sin hacerle daño a nadie. Lo lógico sería que al detectar ese olor mi corazón se relajara, pero mis ojos se vuelven un grifo. Madera quemada y chocolate, inconfundible. Siento unas manos, que no están ahí, rodeándome desde detrás. Me imagino que su cabeza descansa en mi hombro y que su voz grave repite en un susurro «estoy aquí, estoy contigo».

Siento me caigo al vacío al darme cuenta de que está pasando de verdad. Me suelto y me golpeo la espalda con las taquillas.

—¿Qué haces aquí? Vete. Zayne, márchate.

Presiona los labios mientras le brillan los ojos con una tristeza que me hiere. Me estoy desangrando.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije, verte me hace sentir muy mal. Horrible. Porque me acosté con otra persona.

—¿Por qué no has hecho nada por ti? —repite como si esa fuera la pregunta inicial.

—No te entiendo. —Miro la puerta. Esa que podría abrirse en cualquier momento y dejar entrar a alguien que trabaje para Vance. Alguien como Alexander—. Zayne, vete. Gritaré si no lo haces.

—Pues venga, grita. —Se acerca más—. Ni siquiera has contestado a mi pregunta.

—Quiero que te vayas. ¿Cuándo ha dejado de importante lo que quiero? —Es casi imposible lidiar con mi lucha interna a esta distancia.

—¿Por qué no viniste a mí? Vance te estaba atacando a ti.

—¿De qué…? No. ¿De qué estás hablando? Zayne vete, vete y deja de hablar.

Me toca. Me pone una mano en la mejilla y me acaricia, las lágrimas aumentan.

—Sé lo de mis padres. —Aprieta su agarre—. ¿Cómo has podido pensar que te perdonaría después de hacerte esto a ti misma?

—No sabes nada de lo que ha pasado —Lloro en silencio, le pongo las manos en el pecho para apartarlo, pero no lo muevo. No porque no pueda, sino porque no ejerzo la más mínima fuerza—. Os lo quitará todo si no hago lo que quiere, Zayne. Por favor… Si te importo lo más mínimo, vete ahora mismo.

—¿Y qué hay de ti? ¿Acaso tú no importas? ¿Te crees que alguno de nosotros queríamos que te sacrificaras así?

—Esto no es cosa tuya. —Me muevo arrastrando la espalda hacia un lado y gano una ridícula distancia—. Mañana actuarás como si lo que acabas de decir no fueran más que sandeces, que es lo que son. Nadie se enterará de esto. Todo irá bien.

—Si das un paso más, iré a buscar a Alexander a su casa, le diré que lo sé todo y le obligaré a llamar a Vance para asegurarme de que él también se entere.

—¡Zayne! —Mi cuerpo cede y estoy de rodillas. Me tapo la cara con la mano como si eso frenara las lágrimas, pero no es así. Me mojan las manos, la cara, me arde el corazón, lo vamos a perder todo. Mis esfuerzos serán en vano. Vance se enfadará mucho—. ¿Por qué me haces esto? Por favor, por favor, vete.

Se agacha frente a mí y paso a estar contra su pecho. No puedo seguir luchando, me acuna, me abraza y me derrumbo. Lloro durante un siglo y medio, sospecho que más, y él lo único que hace es apretarme más y más contra sí. Cuando le miro su iris no desprende dulzura, o no solo. Además, tiene el ceño fruncido.

—¿Ya te arrepientes? —pregunto.

Cierra los ojos un segundo, endurece la mandíbula y suspira.

—Voy a necesitar mucho tiempo en perdonarte esto, Premium.

—Te estaba protegiendo.

—Estabas haciendo daño a alguien a quien quiero. —Mi corazón deja de latir —. Prométeme que no volverás a cerrarnos la puerta.

—¿*Nos*?

—Misty sabe lo de los esteroides y London lo de la corrupción de sus padres. Seguro que hay más, pero me importa una mierda. *Nos* importa una mierda.

—¿Cómo puedes decir eso? —Sollozo—. Es vuestro futuro, todo por lo que habéis trabajado.

—Vance te hizo creer que no había ningún motivo para tener esperanza y que estabas sola, no es así. No vamos a dejar que se salga con la suya.

—No puedo arriesgarme a que Alexander se dé cuenta y le avise. Dijo que le rompería los huesos a Anthony, que la NHL sabría que un ex entrenador ruso sobornó a tus padres para que jugaras en contra del equipo, que Jacob… que Jonathan…

Me besa. Sus labios son todo lo que necesito y baja todas mis barreras. Disuelve parte del dolor, haciendo que el resto avive las llamas. Esa parte de mi sacrificio personal que había estado ignorado tiene ahora todos los focos, yo vuelvo a tener importancia y mis sueños también. El monstruo de la culpa se hace más pequeño. Lloro mientras me aferro a su cuerpo y le beso. Sus manos en mi espalda, el calor de su cuerpo, el olor dulce, está ahí de verdad. El tesoro que tanto resplandece y que solo veía en sueños todavía existe.

—Dime que puedes arriesgarte. —Susurra—. Dime que lo harás.

—Lo haré.

—Dios, gracias. —Vuelve a besarme intensamente—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Zayne. —Me aferro a su cuerpo con manos temblorosas dejando que el miedo forme parte de mí, sabiendo que va a quedarse una temporada.

Salimos del complejo por separado. Me late el corazón muy deprisa pese a que el campus está vacío. Sigo sus indicaciones y voy a la zona con vegetación apartada del camino que da a la facultad de biología y allí está. No sé quién empieza a llorar antes, pero sí sé quién se acerca primero: ella. Corre hasta mí y choca contra mi cuerpo con fuerza.

—Eres una idiota. Te odio. —London me aprieta con fuerza mientras solloza —. Te juro que te odio.

—No sabía qué hacer. Tengo mucho miedo.

—Matarlo, matar a Vance, esa es la solución. —Me coge la cara con rabia mientras llora—. Pero nunca joderte la vida, ¡te lo estabas quitando todo! Has sido tan cruel, ¡no soportaba verte así! —Me abraza tan fuerte que dudo si me partirá en dos.

Zayne llega hasta nosotras y ni siquiera tengo tiempo a expresar lo nerviosa

que me pongo, me coge de la mano y lo siguiente que sé es que estamos en su coche.

—Esto es una mala idea —me agacho desde el asiento de atrás.

—Por esta zona no hay farolas —dice Zayne y ese debe ser el motivo por el que el terreno no es precisamente liso.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa.

—Nuestro piso es demasiado céntrico —explica London con nuestras manos entrelazadas, como si supiera que siento tentaciones de tirarme del coche en marcha y volver al vestuario caminando—. Dan va a venir a recogernos a Misty, Dás y a mí después para que durmamos allí y no levantar sospechas.

—Sí, yo también creo que lo mejor es que vuelva a…

—No vas a dormir en el vestuario, Premium —dice Zayne apretando el volante, con una voz firme y dura—. Vas a dormir conmigo.

—Pero Alexander…

—Alexander no se va a enterar. Y si le veo, le daré una paliza y no tendrá tiempo de preguntarse por ti.

London sonríe, como si no viera la gravedad del asunto, yo en cambio no puedo respirar.

—¿Sabéis lo que estáis arriesgando?

Zayne no contesta, se limita a hacer lo que lleva haciendo todo el camino: mirarme por el retrovisor.

—De lo que deberíamos estar hablando es de lo que vamos a hacerle a Vance —dice London cambiando de tema—. Zayne, ¿alguno ha encontrado algo turbio en internet?

—Hace rato que no miro el móvil, toma —se lo pasa y luego dice la clave para desbloquearlo.

—Nada nuevo —comenta—. Preguntan cómo ha ido, ¿quieres que les diga que vamos de camino?

—Sí, vale.

—¿Habrá mucha gente? —pregunto revolviéndome en mis emociones.

—Bastante.

—No mucha —dice Zayne—. Los que viven allí y tus amigas.

—Vale, bien.

O no.

—No han encontrado nada de Vance, por el momento —London deja el móvil de Zayne en el asiento del copiloto vacío y me mira—. Tuvieron la idea de

que tú no serías la primera que amenaza. De hecho, con las molestias que se ha tomado en tenernos pillados a todos, está claro que tiene a gente de la federación trabajando desde las sombras para él.

—Jacob ha dicho que iba a hablar con su primo. Es abogado, trabaja en Nueva York y Jacob cree que habrá visto cosas así o peores. ¿Estás bien? —De nuevo, está mirándome por el retrovisor.

—¿Jacob no se llevaba mal con su familia?

—Es el hijo de su tío —aclara, pero aun así siento que este problema se hace más grande cada segundo.

El coche se detiene y ambos se desabrochan.

—Esperad no, no estoy preparada —tiro de ambas chaquetas, aunque ninguno se mueve—. No puedo ver a todos ahora, les he tratado fatal.

—A la única que has tratado fatal es a ti misma. —London se suelta y me pone las manos en las hombros—. Bueno vale, eso no es cierto, pero no hay nadie ahí dentro que no sepa el motivo real y te haya perdonado ya.

Aunque la creo, es difícil. Cada vez me siento más pequeña.

—Podemos quedarnos un poco más aquí si quieres —dice Zayne.

—Claro —London asiente con énfasis—, total, no es como si los que esperan ahí dentro estuvieran al borde del ataque.

—London, ¿quieres entrar tú primero? —Zayne usa un tono suave y ella no puede decir que no.

Aunque por la forma que me aprieta la pierna antes de salir, diría que es lo que le apetece.

—Gracias —le digo cuando nos quedamos a solas.

Me coge la mano y la acaricia en círculos.

—Te estás arriesgando muy bien. —Su voz firme casi hace que le crea—. Parece que lleves toda la vida haciéndolo.

—Pffff. Estoy avergonzada —suspiro—. Tantos problemas para acabar arrastrándoos a todos al agujero conmigo.

—Premium —su mano da un apretón a la mía—, eres la única que no ve que tú eres la principal víctima de todo esto.

—Estoy echa un lío.

—No deberías, es muy sencillo: estamos juntos en esto. Lo solucionaremos, pero a partir de ahora tú no tendrás que cargar con todo sola.

Le acaricio la mejilla y la barba incipiente me pincha, pero cuando Zayne gira la cara para besar mi palma, termina de derretirme entera.

—Estoy lista —miento—. Vamos.

En cuanto entramos en su casa, se hace el silencio. Tantos ojos sobre mí provocan que la culpa se agrande y me engulla. Dás y Misty saltan encima mío y por lo fuerte que me abrazan puedo hacerme una idea de lo que han pasado. Jacob es el siguiente. Tiene los ojos llorosos, lo sé aunque casi no hace contacto visual conmigo. Anthony se limita a mirarme desde las alturas con esa pose de hermano mayor que no sé cómo digerir, está dolido que te cagas, por suerte la mano de Zayne se entrelaza con la mía cuando nos sentamos en el sofá y no me suelta.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta Dás con los ojos muy rojos y un hilo de voz que no reconozco.

—Vance os tiene a todos, incluso a los que no están aquí. —Empiezo a enumerar todo lo que recuerdo, pero no llego a terminar.

—Eso da lo mismo —interrumpe Anthony—. ¿Por qué ibas a sacrificar tu futuro por el nuestro?

—Porque Vance es mi familia.

—No, nosotros lo somos —dice London—. Vance es un piojo que se enganchó a tu pelo al poco de nacer.

Tienen muchas preguntas concretas al principio, pero en seguida dejan de necesitarme.

—Alexander es un cretino asqueroso —gruñe Misty.

—Joder, la llevó de la mano hasta Estonia después de entrenarla desde primero. —Anthony se frota la cara mientras camina de un lado a otro—. Es un enfermo, es un puto traidor.

—Para traidor el extorsionador —Jacob está sentado hacia delante, con los brazos sobre las rodillas y la violencia escrita en la cara como nunca antes lo había visto—. Hacerle eso a su propia hermana.

—Fijo que Antonov también está metido —dice Adler y todos responden «fijo» a coro—. Deberíamos averiguar de una vez sus trapos sucios y usarlos contra él. Estoy hasta las narices de que siempre esté en medio de todos nuestros problemas.

Creen que mi padre está metido, pero yo no estoy tan segura. A estas alturas, creo que simplemente, no le importa lo que me pase.

—¿Y qué vamos a hacer contra Vance? —pregunta Tyler—. ¿Tiene alergia a algo?

—A tener dos dedos de frente —responde Jacob.

A medida que se abruman yo me siento peor, porque van a llegar a la misma conclusión que yo: que estamos con la mierda hasta el cuello, y la parte de mí

más hecha polvo no quiere verlo. Sé que Zayne no quiere oírme decir que puedo seguir como hasta ahora, así que no digo nada. Llevo callada más de veinte minutos cuando tira de mí y subimos a su habitación. Siento un alivio físico cuando la puerta amortigua el sonido y nos quedamos a solas. Me mira, pero la esmeralda no refleja odio, ni recriminación.

—Ven —tira de mi mano y llegamos a la ducha.

Me ayuda a desvestirme y me mete bajo el agua caliente, pero no me sigue. Dobla mi ropa y las toallas mientras el peso del mundo recae sobre sus hombros.

—Zayne. —Sé que está enfadado conmigo y ese es uno de los motivos por los que el nudo en mi garganta crece cada segundo—. ¿Puedes venir aquí? Te necesito.

Entra sin siquiera desvestirse y me abraza. Me pega contra su pecho y me desmorono. Otra vez. Quizá con más fuerza que en el vestuario porque ahora ya he dado el paso, ya lo saben todos. Dice que lo siente y aunque no entiendo por qué las lágrimas no me dejan hablar, lo único que hago es apretarme más contra su cuerpo que sin duda se ha convertido en mi lugar seguro.

Me envuelve en una toalla al salir y a él en otra, luego busca algo de ropa que dejarme y me la pongo sin rechistar. Llorar me ha dejado exhausta, pero no quiero dormir, necesito sacarlo todo o acabará dándome algo. Necesito que al menos él lo entienda de verdad. Se sienta frente a mí, me coloca una toalla seca sobre los hombros para que el pelo no me moje la espalda y pregunta:

—¿Qué necesitas que haga? Dímelo y lo haré. Lo que sea.

Le cojo una mano con dos de las mías.

—Al llegar a Estonia pensé que mi hermano se ablandaría al ver que obedecía, pero no fue así. Ni siquiera se despedía cuando se marchaba, ni me miraba cuando estábamos juntos. Hablaba de mí como si no fuera una persona, luego me enviaba los billetes de avión para la siguiente entrevista y vuelta a empezar. Esta tarde le llamé para preguntarle si podía ir a la competición de Massachusetts porque quiere hacerme coger otro avión justo ese día, intenté razonar con él, hacerle ver que si mis amigas creían mis mentiras todo sería más fácil. Pero no le importó. —Le oigo respirar con dificultad, pero no interviene—. Me amenazó con herirlas físicamente a ellas y a otras patinadoras con tal de hacer creer al jurado y al público que yo era la responsable de todo. Al ser la única que no acabara en el hospital, todo el mundo se me echaría encima y… creo que es cierto, Zayne. Vance me dijo que en realidad no éramos hermanos, sino hermanastros, que el único vínculo genético que compartimos es mi padre, pero aun así no lo entiendo. ¿Por qué me odia tanto? ¿Qué le he hecho para…?

—Nada. Premium, odio que creas que mereces algo de todo esto. Que hay un desencadenante para que tu hermano se comporte como un cabrón de cuidado, pero no lo hay. —Junta su frente con la mía—. Algunas personas están rotas, ¿me oyes? Nacen así y tú has tenido la mala suerte de estar emparentada con él. Pero te prometo que no va a volver a acercarse a ti. No lo permitiré.

—Tengo que coger un avión para ir a Estonia, Zayne, tengo que saltarme la competición o se enfadará.

—No vas a saltarte la competición, Premium. Vas a ir a Massachusetts.

C a p í t u l o 16

Zayne

—No me puedo creer que de verdad vayas a dejarnos hacer esto. —Anthony está que no cabe en sí de gozo.

Anoche Premium se durmió llorando, dejó de ser mi decisión justo entonces.

—Dijo que tenía que domarla, que había ayudado a Vance porque estaba muy rebelde y le contestaba mucho. —Aprieto los puños y Adler se revuelve a mi lado.

Llamamos a la puerta, no son ni las seis de la mañana, pero no tarda en abrirnos. Se le abren los ojos de golpe al vernos a los tres en su porche, Anthony pone su antebrazo contra la puerta con tal de que no la cierre y me autoinvito a pasar. El primer puñetazo se lo lleva en el estómago, justo después de que Adler cierre.

—¿De qué cojones vais? Voy a llamar a vuestro entrenador como no os larguéis en medio segundo.

—Sí, tú llámale —insta Anthony—, fijo que nos ayuda a darte una paliza.

Le doy un golpe en la mano a Alexander y le tiro el móvil de la mano, luego Adler lo chuta lejos. Lo cojo de su estúpida chaqueta de tío arrogante de los cojones y lo aplasto contra la pared.

—Tendría que partirte las piernas por lo que le has hecho y aun así no tendría ni para empezar. No sabes la suerte que tienes de que te necesite para algo porque de lo contrario acabaría viniendo a tu casa la policía.

—Claro que vendrán, cuando les avise. Estáis jodidos los tres, ¡no sabéis hasta qué punto!

Suena algo a mi espalda antes de que mi puño acabe de nuevo contra sus costillas. Cristales. Anthony ha roto algo.

—Uy, qué torpe.

—Escúchame, degenerado, ¿te importa tu reputación? —pregunto—. Pues no vas a tener ninguna como no colabores porque si no haces todo lo que voy a pedirte, hablaré con cada periódico deportivo al que le interese lo más mínimo tu

patética existencia de gusano arrastrado y no podrás volver a trabajar en tu puta vida, ¿lo vas cogiendo?

—No lo harás, sino todos estaréis acabados. No vais a arriesgar vuestro futuro por ella.

—¿Te parece que lo que tienes delante es un tío que no haría cualquier cosa por ella? Porque si es así eres más tonto de lo que imaginaba. —Lo aprieto más contra la pared mientras esos dos le siguen rompiendo la casa—. Vas a llamar al capullo de Vance Hunt y le vas a decir que Premium tiene que presentarse a la competición de Massachusetts sea como sea. Si le dices o no que se meta por el culo sus entrevistas de mierda, eso ya me da igual. Pero tienes que convencerle de que la deje ir.

—¡No va a acceder! Vance no está a mi servicio, tenemos un acuerdo de beneficio mutuo, ¡pero no me antepondrá a sus intereses!

—Adler, el móvil. —No tarda nada en ponérmelo en la mano—. “Todos creerán que soy un mal entrenador si no va, mi reputación era parte de nuestro trato”, invéntate lo que quieras, pero más te vale que suene convincente. —Le suelto y me alejo—. Anthony. —Le paro, no porque no quiera que le destruya la casa, sino porque necesitamos silencio.

—¿Quieres que lo haga ahora? —Alexander está rojo de enfado, tenso y juraría que también está cagado—. Va a notar que me pasa algo.

—Te va a pasar algo más como no empiece a sonar lo que tienes en la mano —Adler Jenkins se acerca a él con el peligro emanando del cuerpo y tengo que tirar de su chaqueta para frenarlo.

«Y se suponía que él venía para controlar a Anthony». Alexander pone el altavoz y la persona que más desprecio suena al otro lado de la línea.

—¿Para qué me llamas?

—Premium tiene que ir a Massachusetts.

—¿Tú también con esas? ¿Te ha dicho que me llamó, no? Pues te digo lo mismo que a ella, no hay ninguna posibilidad de que eso pase.

—No sé qué hablaste con ella, pero me perjudicará a mí que no compita.

—¿A cuento de qué?

—Soy su entrenador, la imagen que dé me repercute. Todos la esperan allí, su ausencia será severamente criticada.

—Alexander no me toques los cojones.

—Ese era el trato, Vance. El acuerdo era de ayuda mutua y me estás perjudicando. Puedes tenerla cuando quieras, pero durante esas horas, Premium es mía.

«Compiten para ver quién quiere recibir antes, está claro».

—No voy a cancelar la entrevista, pero puedo retrasarla. Cogeréis un avión justo después, pero Alexander, te advierto que como no venga fresca y con ganas de tener contento al personal, le inyectaré lo que haga falta. —Cuelga.

La sangre hierve en mis venas.

—Ahí lo tenéis. Ahora largo de mi casa.

—¿Inyectarle el qué? —Oigo mi voz, pero no siento que las palabras salgan de mi garganta.

Me pican los nudillos, el aire se me escapa, estoy a punto de perder la cabeza.

—No le ha hecho nada de eso todavía, no le dejaría —se excusa Alexander —. A Vance le gusta jugar con fuego, tiene esa forma de hablar.

—¿Ibais a drogarla? —este es Anthony—. ¿Estás de coña?

Lo veo todo rojo. Aparto a mi mejor amigo y lo siguiente que oigo es un golpe seco. La espalda de Alexander da contra la pared y ese mismo segundo le hundo el puño en el estómago. Otra vez. No tengo suficiente. Otra más. Nada es suficiente. «Domarla», «le inyectaré lo que haga falta».

—¡Haré que lo pierdas todo! —Le grito mientras tose—. ¿Me oyes? Te voy a hundir en la más absoluta miseria.

Anthony y Adler me sacan a rastras de su casa y la puerta se cierra de un portazo.

—Cálmate, Zayne.

—¿Que me calme?

—Eso o volvemos a entrar, tú decides.

Es evidente que Anthony no se ha quedado satisfecho y yo tampoco. Subo un escalón antes de que Adler me empuje lejos de la entrada.

—¿Quieres perderlo todo, capitán?

—Jenkins vete a casa.

—No, parad. —Extiende los brazos—. Él ahora está de nuestra parte, ¿vale? No podéis joderlo. Si acaba en el hospital Vance se enterará y se acabará todo. No le has pegado en la cara por algo. Piensa en Premium, Zayne, ni siquiera sabe que estamos aquí. Anthony, tío, apóyame.

Mis manos vuelan hasta mi cabeza y la aprieto cuando siento que va a estallar. La rabia me consume, me está destruyendo por completo. El grito que oigo parece mío, creo que lo es, pero al final acabamos en el coche de vuelta a casa.

Jacob está despierto y se huele que algo hemos hecho, su primera reacción es ofenderse por haberlo dejado fuera. Me encanta ese tío, pero está en segundo y

ya está demasiado metido en todo esto. Subo a mi habitación y ella sigue durmiendo. Lleva mi camiseta puesta y está echa un ovillo. Me siento a su lado y la observo. La causante de mi mayor dolor está preciosa mientras duerme.

—¿Cómo pudiste hacerte eso a ti misma? —susurro y entonces caigo en la cuenta de que odio a sus padres.

A ambos. Tuvieron que hacerlo muy mal para hacerle creer a alguien tan maravilloso como ella que no valía nada. Que no merecía ayuda de nadie y que por ende, no debía atreverse a pedirla. Se que soy injusto, pero no me importa nada. Me froto la cara mientras me convenzo de que a Alexander van a salirle moratones por mi culpa. De que le dolerá cada vez que se agache a recoger su dignidad.

No me anima tanto como uno esperaría.

—¿Zayne? ¿Estás bien? —Premium se incorpora medio zombie, sin poder abrir los ojos del todo. Con el ceño fruncido me coge una mano y se la acerca—. ¿Qué te ha…? —El sueño desaparece de golpe—. ¿Zayne?

—¿Cuánto más desconozco, Premium? ¿Tu hermano también quería drogarte? Joder, eso podemos utilizarlo contra él, ¿por qué no dijiste nada?

—No tengo pruebas y además, él se vengaría aireando lo demás. ¿Cómo te has hecho eso? ¿De dónde vienes?

—De ver a Alexander.

—Dime que no.

—Enfádate si quieres, yo también estoy muy enfadado contigo —desvío la mirada hacia la habitación oscura.

—Zayne, no tenías que ir a hablar con él —se queja en tono suave—. Se lo contará todo a Vance.

No puedo resistirme a sus lágrimas, la cojo y acuno contra mi pecho. Ella se deja aunque también está enfadadísima.

—Lo hizo por su reputación, tú lo dijiste. No se arriesgaría a perderla. Sabía que si tú no competías él quedaría en mal lugar, nosotros solo se lo hemos recordado.

—¿Nosotros?

—Anthony, Adler y yo.

—Zayne, maldita sea, ahora sabe que los tres…

—¿Cuál era la alternativa? ¿No competir?

—Pues sí. Obedecer a Vance hasta tener un plan.

—O hasta que lo perdieras todo, ¿no? —la presiono contra mí cuando intenta apartarse.

—No iba a perderlo todo, solo es una competición. Debiste consultármelo.

—¿Para poder oírte decir que tú te encargarías de todo? —susurro cerca de su boca—. ¿Para ver cómo volvías a ese vestuario?

—Zayne este problema es…

—Atrévete a decir que es solo tuyo. —Estoy tan cerca de sus labios que me queman las ganas de besarla.

—Sé que no es solo mío —musita—. Pero una competición no es para tanto. Ni dos. Aunque fueran los nacionales.

—Para. Por favor, para. —Le inclino la barbilla para que me mire a los ojos —. Tú me importas, ya he dicho que te quiero y no sé si para ti esas palabras no significan nada, pero para mí lo son todo. Cada vez que actúas como si tu futuro fuera algo minúsculo y despreciable, después de haberte pasado la vida dedicada al patinaje, me haces mucho daño, ¿es que no lo ves?

Sus labios rozan los míos, como si tuviera miedo de que la rechazara. Deposita un beso suave y rápido en un claro «lo siento» y noto como cada vez se hace más pequeña. Fundo su boca con la mía, presiono su cuerpo contra el mío y ella responde apretándose aún más. Quiero verla resurgir de sus cenizas, quiero arrancarle la tristeza a besos. Se inclina contra mí y me tumbo disfrutando de tenerla encima.

—Te he echado tanto de menos —susurra y aunque debería ser mi ego el que se empalme, es mi corazón el que se estremece. Estoy a su merced, me desarma y no tiene ni idea. Pasa su lengua por mi mandíbula y yo hundo las manos en su culo, metiéndome bajo su ropa. La aprieto porque casi no puedo contenerme y ella se mece contra mí—. Me encanta verte así, pero… —Se quita la camiseta y sus pechos quedan expuestos—. ¿Por qué te has quitado la barba tan pronto?

—Porque ya vuelvo a ser yo. —Tiro de ella y succiono uno de sus pezones. Cómo puede saber tan bien es algo que escapa del alcance de mi comprensión. Gime y se retuerce, se contrae contra mí y se endereza con tal de recuperar el control—. Desvístete, Premium.

Lo hace bajo mi atenta mirada y luego vuelve a tumbarse sobre mí, con la única barrera de mis pantalones porque me he deshecho de la camiseta. No dudo, en cuanto la alcanzo la arrastro por mi cuerpo hasta que tengo la boca en su clítoris y mis manos presionan su culo contra mí. Acelero y la llevo al límite, sus gemidos se vuelven más rápidos y desesperados. Entonces paro.

—Prométeme que cuidarás de ti.

—*Za… Zayne.*

Succiono más, lamo toda su piel rosada y vulnerable. Quiero hablar, pero me

cuesta un imperio no hundirle la lengua y hacerle todas las guarradas que se me ocurran hasta que le tiemble tanto el cuerpo que el orgasmo amenace con hacer que se desmaye. Esto es lo que me hace, me convierte en un puto animal desesperado por tenerla a ella, *solo* a ella.

—Promételo.

—Esto es trampa-*ahhh.*

Me limito a darle toquecitos con la punta de la lengua de la forma más insuficiente y provocativa que se me ocurre mientras la erección que tengo en el pantalón advierte que no le gusta un pelo que la torture.

—Hunt.

—Lo haré, lo haré. Cuidaré de mí, Zayne. Por favor…

Lo que fuera a decir se transforma en un chillido cuando la hago mía. Lo contiene como puede, pero no le sale muy bien. Podría pasarme la vida chupándoselo, comiéndomela de todas las formas imaginables, pero sé que necesita que sea rápido. Lo soy *más o menos*. Su miel es deliciosa, así que culpadla a ella. En cosa de segundos Premium se sacude entre espasmos y se pierde. La calidez líquida que siento en la lengua es mi nueva adicción y delirio.

Se mueve, resbala por mi abdomen y me incorporo. Tengo que sujetarla para que no se caiga mientras intenta coger un preservativo de mi mesita de noche.

—Ten cuidado —le acaricio la espalda volviendo a atraerla hacia mí.

Abre la boca contra mi cuello, me besa y me muerde. Luego sube hasta mis labios y susurra.

—Tenlo tú. —Me quita el pantalón y el bóxer—. Hacerme fuerte tiene sus consecuencias.

—¿Te hago fuerte?

—No te haces idea de hasta qué punto. —Me pone el condón moviendo sus alargados dedos arriba y abajo más de lo necesario.

—Después de lo que te he hecho, vas a tener que andarte con cuidado si no quieres que dure cinco segundos —le advierto rodeándole la muñeca.

Ese brillo en la mirada, ese que tantísimo había echado de menos, vuelve a conseguir que la plata resplandezca. Me siento en el centro de la cama con las piernas abiertas y la pongo a ella encima. Premium se inclina hacia atrás, apoyándose sobre mis rodillas.

—Yo también quiero verte bien —se muerde el labio.

Se mece sobre mi polla y nos arranca un gemido conjunto. Gracias a la postura tengo una visión detallada, perfecta y plena de su cuerpo con la que ya podría correrme. Por la forma con la que me devora con la mirada diría que le

pasa lo mismo. No pierdo el tiempo, me la cojo por la base, acaricio su clítoris y luego la meto despacio en su entrada, sufriendo una descarga de placer inmediata. Ella contonea las caderas y se la hunde más. Aumentamos el ritmo, ¿cómo hay tan poco espacio?

—Dios mío, Hunt. —La agarro de la cintura con una mano y la sujeto contra mí, pero ella se la mete todavía más y mi polla amenaza con hacerme quedar fatal.

«Joder, le queda tan poco». Deja caer la cabeza hacia atrás y gime mi nombre con un deseo descontrolado.

—No puedo aguantar más, Zayne. Me voy a co…

Llego hasta el fondo, estoy dentro de su cuerpo por completo y cabe la posibilidad de que haya llegado a mi momento álgido en la vida. Me arranca con un sonido gutural que no reconozco. Mi erección se hincha, palpita dentro de ella mientras la penetro. Premium gime con una intensidad demoledora, el orgasmo deja su huella impregnándose en su piel y dejando un rastro imborrable en mi memoria. Me derramo con violencia dentro suyo, sintiendo como el placer se alarga hasta límites desconocidos.

Todavía estoy la tiene dentro cuando se inclina hacia delante y me besa. La rodeo con ambos brazos y una sonrisa me tira de los labios mientras le acaricio la espalda. «Gracias por venir a mí, gracias por hacer que mis brazos sean solo tuyos». Me rodea el cuello mientras recupera la respiración.

—Te quiero.

—Disculpa, ¿puedes repetir eso?

—Te quiero, Zayne. Te quiero. Gracias por salvarme cuando yo no era capaz de hacerlo.

La beso.

—Vamos a joder a todos los de la puta lista.

—*Juntos*. —Asiente cargada de determinación.

«Esta es mi chica». Profundizamos el beso.

Me cuesta horrores separarme de ella para ir a entrenar, acabo de recuperarla lo último que quiero hacer es perderla de vista. Pero no he sido el único que se ha saltado horas de gimnasio últimamente y le debemos el esfuerzo a Landon. Aun así, espabilamos y acabamos antes de que lo hagan ellas. Para todo el mundo seguimos sin hablarnos, así que Anthony, Jacob y yo en realidad, vamos a hablar con Dásie y luego con Landon a su despacho. Ni siquiera cruzamos miradas, pero me gusta oírla discutir con Antonov. A quien sí miro es a Alexander que sigue con el mismo aspecto que esta mañana.

—Y esta no es una conversación ficticia ni nada, que tiene el objetivo de que vuestro capitán se quede tranquilo un par de horas más —dice Dás por lo bajo.

—Exacto, díselo a tu prima —sigue Jacob—, es una persona muy sabia.

Landon nos da la charla sobre lo importante que es el torneo que tendremos de aquí a unas semanas y me obliga a mí personalmente a pasar el mensaje al resto del equipo.

—Espero que dejéis de ser unos mantas para entonces, de lo contrario, más os valdría dedicaros a hacer puto ganchillo.

—Tejer no está tan mal —dice Jacob, pero agacha la cabeza antes incluso de que llegue a mirarle.

Anthony no cabe en sí de gozo y lo disimula bastante mal, por eso Landon se ceba un poco comiéndonos la olla. No es ningún problema, nos lo merecemos. Aunque finja que no, nos ha estado dando manga ancha. A su manera, se da cuenta de cuándo los ánimos están por los suelos y cuándo puede apretarnos los tornillos.

—Swanson, espera aquí un momento. —Landon despacha al resto y cierra la puerta tras de sí—. ¿Qué narices pasa?

—¿A qué se refiere, señor?

—Tu actitud de estos días ha sido nefasta.

—Lo siento, entrenador, pero no sé a qué se refiere. No he faltado a ningún partido y el equipo…

—No me refiero al equipo, sino a ti. No has estado luchando por tu puesto de capitán, ni defendiendo lo que es tuyo.

«Fíjate, resulta que soy un hipócrita». Sé que se refiere a los comentarios que pasé por alto de algunos novatos del equipo. O los dejaba en el banquillo y les ladraba a gritos, o permitía que dijeran cualquier tontería. Recuerdo lo de esta mañana y se me hincha el pecho de un modo demasiado visible.

—No va a volver a pasar, señor.

—Más te vale, sino el año que viene se te comerán vivo.

Sonrío para mis adentros. Ni Vance ni nadie va a apartarla de mi camino y a la NHL tampoco. Me despido de Landon cuando termina y salgo de su despacho.

—Tío, sonríe un poco menos, te lo va a notar cualquiera —Anthony me da un empujón.

—No pasa nada, creo que se ha corrido el rumor de que ha pasado página —dice Jacob.

—Lo que se ha corrido es otra cosa —dice Anthony por lo bajo.

—Tengo que hablar con Jack Carter, ¿alguno sabe qué clase tiene?

—Ni idea —contesta Jacob desviando la mirada hacia la pista cuando pasamos por al lado de la entrada—. ¿Por qué con Jack?

Le doy un codazo.

—Tengo que preguntarle si sabe algo acerca de lo ocurrido con los vestuarios masculinos.

Tenemos a Alexander cogido por los huevos, así que ahora debemos averiguar la manera de hacer lo mismo con Vance. ¿Será fácil? No. Sobre todo teniendo en cuenta que no tenemos (ni nunca hemos tenido) al padre de Premium de nuestra parte. Ella cree que no está metido en todo este fango, pero que tampoco podemos fiarnos de él en absoluto. No podemos estar seguros de que no avisaría a Vance, ni de si nos ayudaría, así que por ahora haremos como si no existiera. Panda de cretinos, ¿cómo de tanto estiércol ha podido salir tal diamante? No lo entiendo, pero ese ahora no es el quid de la cuestión.

Mientras el hijo del tío de Jacob intenta averiguar trapos sucios de una federación en principio creada para rememorar la memoria de una gran patinadora fallecida, Jonathan, Adler y Ace están detrás de Antonov para averiguar si él ha tenido algo que ver (en mi opinión, sí, desde luego) sin llamar la atención. Tyler, Anthony y Jacob también están intentando averiguar quién más quiere jodernos del campus, pero es como buscar la punta de una aguja en un mar de paja, dudo que dé resultado. En cualquier caso, mientras mi equipo está en ello, yo necesito averiguar en quién más puedo confiar.

Me cito en un bar llamado los siete tréboles con Carter. Está fuera del campus, pero muy cerca con el coche. Le pido una cerveza antes de que llegue porque es lo que ha bebido siempre en mi presencia, aunque esta vez sin alcohol. El año pasado me metí en varias peleas por él. De volver a aquel momento, sin duda le contaría toda la verdad de lo que tengo entre manos y le pediría que nos ayudara a descubrir quién ha hablado con Vance Hunt.

—¿Qué hay, Swanson?

Le saludo con unos golpes en la espalda y él me los devuelve.

—Hola, Carter.

—¿Es para mí? —señala la cerveza y luego le da un trago—. ¿A qué se debe este honor?

—Quería hablarte de algo importante.

—¿Has recibido otra oferta de la NHL? Tío, esto ya es abusar.

—No, no es eso. Quería saber si estamos bien.

—¿A qué te refieres? —pregunta dudoso, pero se tensa.

Miro la botella que tengo entre manos.

—Tu equipo y tú no habéis tenido nada que ver con lo que ha pasado con nuestras duchas, ¿no? —Doy un trago de cerveza.

—¿Qué? ¿Estás de coña?

—Se que te gustó desde el principio.

—¿Quién?

Le miro y eso es suficiente.

—Tío, he oído los rumores, pero te juro que no he sido yo el que se ha acostado con ella. —Alza las manos en son de paz—. Es cierto que me atrae, ¿a quién no? Pero eres mi colega, no cruzaría esa línea mientras estáis juntos. Esperaría al menos a que hiciera dos semanas que hubierais roto. Por cierto, ¿cuánto hace?

Le pego en el hombro y el capullo se ríe.

—La invité a salir, pero en plan amigos. ¿Me colgué de ella? Puede que un poco, pero estoy saliendo con la mejor amiga de Anne Sutt ahora. No quiero dramas que ya he tenido muchos, solo quiero pasármelo bien.

—Tío, si no quieres dramas, deberías alejarte de ese grupo. Solo es un consejo.

—Nah, no te preocupes. Sé que también se enrolló con Leo hace semanas, pero no supone un problema para ninguno. No le pido exclusividad, porque yo tampoco voy a dársela.

—¿Estás seguro de que a Leo no le importa? Esas cosas pueden acabar jodiendo el equipo.

—Tranqui, no somos tan amigos. —Baja el tono y la mirada hacia su cerveza.

Quitando a Premium, Jack nunca se fija en las chicas que debería, pero eso no es lo que más siento por él. Desde que su antiguo capitán, Owen, se graduó, tengo la sensación de que nadie ha llenado ese vacío dentro y fuera del equipo.

—Dan se pasa la vida en nuestra casa —pido dos rondas más con un gesto y le miro—, tú también podrías si quisieras.

—Supongo que yo podría husmear por ahí, a ver quién habla peor de vosotros y tenga pinta de tenerle asco a las tuberías. —Carraspea—. Podría ir a veros cuando lo sepa.

—Y cuando no, también, Jack —acerco el cuello de mi botellín al suyo y lo choca.

—Entonces, ¿no estás enfadado porque le pidiera una cita amistosa a tu novia?

—No, dijo que fue super incómoda.

—Está bien, búrlate de mí, me lo merezco.

Antes de entrar en el coche, me vibra el móvil como loco, pero para mi desgracia no es Premium. Entro en Instagram, aunque no sé para qué sigo teniendo la aplicación si nunca la uso. Lo único que hago es ver *memes* que me manda Anthony y no hace ninguna falta, porque siempre me los enseña en persona así que acabo viéndolos dos veces.

Anne Sutt

Anne Sutt
Los de tecno hacen una fiesta esta noche, quieres quedar?
Siento que la falsa virgen María te los haya puesto, pero podría ayudarte a olvidarla
Si has aprendido ya que la monogamia es para masocas, te espero con un vestido rojo bajo el arco de Johann Beckmann.
🔥💘👠💄

Entro en casa y lo primero que veo es el culo de Anthony y a Dixie desnuda encima de una mesa sobre la que ya no voy a poder comer.

—Joder —retrocedo y cierro la puerta mientras ellos gritan que no es lo que parece.

Espero unos minutos en la calle y por algún motivo me acuerdo de Serenity Yoon. Puede que porque tengamos más en común de lo parece a simple vista. A ver si la llamo un día de estos. La puerta a mi espalda se abre y aparece un Anthony cabizbajo.

—Capitán, yo…

—Ya, ya, que te has caído encima suyo. —Paso de largo y voy en la dirección en la que he visto correr a Dixie (casualidad). Entro en la cocina y lo que veo en su pelo mejora la situación—. Princesa Leia.

—Zayne. —Hunde la cara en su zumo de frutas.

Anthony entra dando zancadas.

—No es lo que parece, tío.

—Claro que no, Anakin Skywalker. —Sonrío como nunca cogiendo unas almendras de la isla.

—Anakin es el padre de Luke, Zayne —dice muy serio—. Es Luke Skywalker el que está colado por Leia Organa, no su padre.

—¿Pero Luke y Leia en realidad no eran hermanos?

—¿De qué narices estás hablando? —Abre los ojos con horror.

—De que Leia es hija de Anakin Skywalker.

—Sal de mi cocina.

—No nos disfrazamos para follar —interviene Dixie—. No somos de esa clase de pareja.

—Tampoco es que tenga nada de malo.

—Anthony.

—No nos disfrazamos para follar —le roba el zumo—. Dixie ha venido así porque en su oficina hacían una fiesta.

—Las traductoras pueden ser muy juerguistas.

—Una cosa ha llevado a la otra y…

—Y has decidido enseñarle el halcón milenario, lo pillo —concluyo—. ¿Dónde están todos?

Justo entonces se oye la puerta de la entrada y Han Solo aprovecha para llevarse arriba a su princesa.

Pedimos la cena y media hora después Premium entra por la puerta cogida de la mano de Dan y a ver, ¿cómo explico lo que lleva puesto? Brilla, más que nada que le haya visto nunca. Ha mezclado muchos colores y encima de unas medias plateadas se ha puesto unos calentadores rojos. Hay tantas razones por las que todos en el salón se quedan callados, que no sé ni por cual empezar.

—Era necesario —las mejillas se le van tiñendo de rosa cuando se quita la capucha y rápidamente se intensifican a rojo—. Por si alguien nos veía.

El corazón me hace cosas en el pecho. *Cosas fuertes.* Dixie es la primera en acercarse, lo cual se gana un puesto en mi lista negra. La rodea con los brazos y la aprieta hasta que Premium se queda sin aire.

—Nunca te podré agradecer suficiente lo que estás haciendo. —Le dice.

—No hay de qué.

—Sí lo hay, a partir de ahora te cubriré las espaldas siempre que lo necesites. ¿Soy muy leal, sabes? Y si alguna vez quieres un vestido para salir de fiesta o cualquier tipo de sombra de ojos, soy tu chica.

—Tomo nota.

Sigue muy recta, sin saber qué decir o hacer y recuerdo su vena introvertida, esa que le sale cuando está con gente con la que no tiene mucha confianza. Ya se ha amoldado a todos los demás, pero como con Dixie no ha pasado mucho tiempo todavía…

—¿Vas a soltar a mi novia, joven Padawán? —Me coloco a su lado.

—Sí, señor. ¿Hay más pizza? —Dixie alza la voz volviendo con el grupo.

—Sí y también hay de la favorita de Premium —dice Jacob lo bastante alto como para que ella lo oiga y sonría.

—Pero podemos pedir otra cosa si no te apetece —sigue Adler.

Van a estar limpiando la pista todo el finde como no se callen. No es nada personal, pero acabo de recuperarla y ahora cualquiera que se interponga en mi camino es hombre muerto. Incluso si lo que se interpone es una pizza sin gluten.

Una eternidad después la tengo para mí solo. Finjo que no odio cada segundo que se pasa haciendo la bolsa de viaje a Massachusetts con la que luego se ira a Estonia. ¿Habrá algo que pueda hacer? ¿Cómo justificaría si la acompañara? Soy su guardaespaldas, quien se oponga conocerá mis puños. Gruño, resoplo y me quejo para mis adentros como un crío.

—Vaya ceño más fruncido —me mira apoyada en la bolsa que no cierra bien. Luego se mira la camiseta del pijama que le he dejado—. Ah, usaré esto como mi ropa cómoda.

Procede a desnudarse.

—Prem… —«La hostia».

No solo se queda en ropa interior mientras sigue doblando ropa, sino que cuando se agacha hacia la silla para colocarla bien, casi me pone el culo en la cara. El encaje deja tanta piel expuesta que toda la sangre se me baja a la polla. Recorro sus curvas dos veces con la mirada, dos, porque un hombre tiene sus límites y el mío es un dos como una catedral. Mis manos llegan a su culo y estoy a punto de arrodillarme para venerarlo y hundir la cara en él.

—¿Lo estás haciendo adrede?

—Puede. —Se baja una tira del sujetador. Después la otra—. Puede que no me guste verte triste. Que lo odie más que a nada.

Le como la cara. Sé que nunca podré tenerla tan cerca como necesito, pero vale la pena intentarlo.

C a p í t u l o 17

Premium

Estoy en el avión, con los auriculares puestos, fingiendo que estoy dormida con tal de no hablar con Alexander. Tener que fingir que nada ha cambiado con mis mejores amigas es más fácil si las oigo a través de la grabación que me han enviado esta mañana.

«Vas a hacerlo genial hoy, le di mi colgante de la suerte a Misty para romper la maldición de su caída, pero mi pulsera de la suerte se la di a Dan, que se la dio a Jacob, que se la dio a Anthony, que se la dio a Zayne, que la metió en el bolsillo externo de tu bolsa. Podrás llevarla bajo las mangas de tu traje sin que el demonio se entere», dice London, *«te quiero y estaré contigo en todo momento».*

«Es una mierda que no fuéramos nosotras a hacerle una visita a Alexander» esta es Dás, *«ya sé que nos estás protegiendo, pero yo quiero protegerte a ti. Esto es un asco. Pero no quiero ser negativa, escucha esto también cuando vayas de camino a reunirte con el cretino de la federación: tú no eres como tu familia, de hecho, lo lógico sería que tu santa madre te hubiera tenido con otra persona. Para mí eres un tesoro muy preciado, Premium, que nunca se te olvide. Te adoro, nos vemos a la vuelta en casa de Swanson».*

La voz de Misty carraspea una vez, luego otra, *«no voy a llorar, ¿vale? He superado todo el tema de… lo que has estado haciendo a nuestras espaldas»,* la grabación se corta. *«Perdona, se me ha caído el móvil. Cuando todo se solucione, porque va a solucionarse, vamos a disfrutar al máximo de nuestro último semestre juntas. Vamos a hacer un montón de cosas y…»* su voz se vuelve *más aguda hasta que se corta, «vale, no pretendo enrollarme, una última noticia: el otro día casi beso a Clare. Dios, estuve a punto, es tan guapa que un día no voy a poder resistirme. Creo que, no, sé que estoy enamorada de ella. ¿Debería dar el paso y tratar de llevarlo en secreto? Necesito tu consejo. Te echo de menos. Suerte en la competición».*

Hay mucha más prensa fuera del estadio de lo que la hay normalmente y se

lanzan sobre nosotros en cuanto nos ven aparecer.

—Señorita Hunt, del *deep ice* de Birmingham, ¿quién cree que será su mayor rival hoy en el hielo?

—Señorita Hunt, del *N-ice Skating* de Hamburgo, ha concedido unas cuantas entrevistas estas últimas semanas, ¿se debe a su búsqueda de patrocinadores?

Dejo de oírles. Estoy muy ocupada cagándome en todo lo cagable cuando me doy cuenta de que esto es cosa de Vance. Le aborrezco tanto como sea posible. Pongo buena cara y contesto a las preguntas hasta que Alexander tira de mí y me mete en el recinto en el que solo puedes entrar con pase.

Ya con el traje puesto, me siento en las gradas a esperar mi turno mientras me como el desayuno que me ha preparado Jonathan y pienso en lo mucho que me apretó Zayne contra sí después de verme hacer la maleta en su habitación. En la cara que puso cuando me presenté en su casa por la noche, de la mano de Dan y vestida con la ropa de London.

Es la primera vez en mucho tiempo que siento tanta paz antes de competir y sé que es porque no esperaba estar aquí. Lo de hoy es un regalo. La balanza se había inclinado tanto hacia un lado que era inamovible, pero Zayne lo ha cambiado todo. «No pienso defraudarle. Ni a mí misma». La coreografía de hoy es la de siempre, ya tardaré meses en perfeccionar los cambios, aun así, la siento como si fuera nueva.

Alexander se sienta a mi lado mientras una canción de Tchaikovsky empieza a sonar.

—Creí que serías más lista.

Parpadeo repetidas veces mientras le observo, pero sigo sin entenderlo.

—No debiste decirle nada a Zayne, fue una decisión estúpida y espero que no la repitas con tus amigas. Por su bien.

—¿Es una amenaza? Caray, esto es nuevo, cara a cara. A ti te va más lo de apuñalar por la espalda.

—No seas tonta, Premium. Todo lo que he hecho ha sido por ti, por *nosotros*. No voy a hablar con tu hermano del tema, pero si se entera no podré hacer nada por evitar que les joda. Ni siquiera fingiré no disfrutarlo.

Mis manos se tensan sobre la falda, mis nudillos se emblanquecen y los dedos me tiemblan. El muy cretino vengativo ha escogido este momento por una razón.

—Nunca entendí por qué mi madre quería que fueras tú. No sé lo que vio en ti, pero es evidente que ya no está. —Me levanto, pero su mano llega hasta mi muñeca y vuelvo a estar sentada, ahora mucho más cerca suyo.

—Sabes que estás donde estás por el trabajo que hemos hecho juntos. Las horas que hemos compartido en el hielo son las que te están preparando para las olimpiadas, te guste o no somos un buen equipo.

Puede que no fuéramos el peor, pero preferiría envenenarme con cianuro a admitírselo.

—Tienes que entender que tú has provocado esto, Premium. Si hubieras accedido a vivir conmigo como te pedí, si hubieras dejado las malas compañías, no habríamos llegado a estos extremos.

—¿Quieres que viva contigo, Alexander?

—Joder, sí, ¿cuánto tiempo llevo diciéndotelo? Podría ayudarte con las comidas, controlar mejor tus horarios.

—¿Y qué más? ¿Querrías venir conmigo a clase? ¿Decidir la ropa que me pongo? ¿Con quién me acuesto?

—Premium.

—Nunca será contigo.

Los altavoces retumban con mi nombre y me pongo en pie, camino hacia la entrada de la pista y me adentro en ella. Todo se oscurece a mi alrededor, no veo al público. Solo estamos la música, yo y *ella*. «Ella siempre está aquí, esperándome».

El avión aterriza y no consigo deshacerme del sueño. Estoy hecha polvo, tengo los músculos doloridos y quejándose cada vez que me muevo, pero pienso en Zayne y la cosa mejora. Quiero volver a sus brazos. Quiero volver a la noche de ayer, a cuando tiró de mí para acurrucarme contra su pecho como si fuera lo único en el mundo capaz de hacerle cerrar los ojos.

Nos encontramos a Vance a las puertas del edificio de radio nacional. Nos guía en silencio hasta el ascensor y allí es cuando lo para, se gira hacia mí y estampa mi espalda contra una de las paredes.

—No creas ni por un segundo que has ganado. —Me aplasta con más fuerza —. He dejado que compitieras hoy por Alexander, no por ti. Te aseguro que cuando entre en razón y se busque a alguien mejor que tú, vas a pasar a ser mi títere y te olvidarás de una vez por todas de los nacionales.

—Tu plan hace aguas, Vance. —Una de las comisuras de mis labios se pellizca hacia arriba—. Porque si no compito y gano, mi reputación valdrá menos cada día.

—¿Crees que no lo sé? —sonríe—. ¿Acaso eres tan tonta que no te has dado cuenta de que ese ha sido mi plan desde el principio?

—Vance, suéltala, vamos a calmarnos.

—Tú siempre lo has tenido todo desde que naciste. El mundo entero te colocó una medalla de oro en el cuello por ser hija de la gran Anastasia Kashnova. Te dedicas a hacerte la víctima y fingir que mereces algo de lo que tienes por lo duro que trabajas, pero tu esfuerzo es patético. —Gimo dolorida por su agarre, Alexander lo coge del brazo, pero Vance le da un empujón y el ascensor se sacude—. ¿Sabes lo que he tenido que trabajar para estar a la altura de lo que nuestro padre quiere? ¿Lo que me ha costado ganarme el mismo respeto que tiene por ti solo por ponerte una falda y moverte delante de todos como una zorra?

—Fuiste cruel conmigo de pequeños, sin motivo —susurro para mí—. Una parte de mí creció creyendo que me lo merecía, que era el precio a pagar por recibir más atención que tú durante las competiciones. Pero todo estaba en tu cabeza, yo no hice nada para alimentar tu inmenso complejo de inferioridad. —Me niego a creer que las lágrimas que recorren mis mejillas son mías porque solo siento rabia—. No me defendiste cuando papá me culpó de la muerte de mi madre. Siempre empeoraste todo lo que ya era difícil, ¿y tu única justificación es que yo lo he tenido fácil?

—Premium, cállate. Vance, salgamos de aquí.

Lo que sucede en el ascensor no me sorprende. Que Alexander se ponga como una moto al ver que me sangra el labio, sí. No consigo dejar de temblar cuando ocupo la silla frente al micrófono. Las lágrimas se me acumulan en los ojos pese a que la violencia en Vance no es nueva para mí. Lo que más me duele es darme cuenta de que me abandoné a mí misma por un padre y un hermano que no me querían. Perdí a mamá y me perdí a mí también.

—Podemos retrasarlo un minuto si lo necesitas —dice el entrevistador en tono amable, ofreciéndome un pañuelo de tela.

Me limpio haciendo todo lo que puedo por no mirar la sangre.

—No será necesario —dice Vance desde el final de la sala.

Las cámaras de seguridad habrán grabado las imágenes, ¿no? De como estaba perfectamente al entrar y cómo sangraba al salir del ascensor. El entrevistador me mira a mí, dándome la última palabra.

—No hace falta —sacudo la cabeza para tranquilizarlo, pero no las tiene todas consigo.

Cuarenta minutos después estamos a punto de acabar.

—Anastasia Kashnova fue un portento del patinaje, alguien excepcional sin duda. ¿Qué le diría a los fans que aseguran que muy pronto superará todos los logros de su madre, señorita Hunt?

—Espero que pase lo que pase, ella esté orgullosa de mí.

Alguien entra en la sala durante las últimas preguntas y hace que Vance y Alexander salgan de ella. Los minutos se ralentizan al ver que Alexander tampoco vuelve, se estiran igual que mi curiosidad. La entrevista termina y el hombre al otro lado de la mesa se pone en pie y me tiende la mano.

—Ha sido un honor para mí entrevistarte, Premium. Llevamos años detrás de ti y empezaba a pensar que nunca ocurriría, espero que se repita pronto.

—Ha sido un placer —me bajo de la silla alta y salgo fuera.

El pasillo está desierto, así que avanzo hasta girar la esquina y me topo con la última persona en el mundo que esperaba ver allí plantada. Está hablando con una mujer de uniforme, pero cuando me ve se acerca y empieza a hablar. No entiendo ni una sola palabra de lo que dice.

—¿Qué? ¿A dónde se lo han llevado?

—Al aeropuerto, tu hermano está detenido.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué —me mira desde las alturas con algo muy similar al desdén—. Si esas conversaciones llegan a salir a la luz la federación que mantiene viva la imagen de tu madre se hundirá.

—Papá, no entiendo nada.

—Hace años que sé que Vance no quiere ascender, sino que quiere mi puesto en la compañía. Tengo a gente escuchando sus conversaciones de tanto en tanto. Después de verte aparecer en los periódicos sabía que él seguía detrás de ti y no me equivocaba. La extorsión a la que te ha sometido no quedará impune. Ni el resto de sus trapos sucios. —Se afloja la corbata por primera vez en su vida y suspira—. Voy a tener que despedir a mucha gente por esto.

—Papá —le llamo para que no se vaya. Me pongo delante suyo y no sé qué decir a su indiferencia. Lo sabe todo y yo sigo importándole una mierda—. Zayne Swanson, London y todos a los que Vance ha amenazado con destruirles el futuro, ¿estarán bien?

—Te doy mi palabra.

—No te ofendas, pero ya me la diste la última vez y míranos ahora —contesto justo cuando oigo la voz de Alexander llamándome.

—¡Premium, haz algo! —Dos policías lo tienen cogido porque se resiste a caminar por su propio pie—. ¡Diles la verdad, diles que yo no sabía nada!

—No te molestes, a él también lo tenemos bien pillado —dice mi padre.

—No pensaba hacerlo.

Una vez más, estoy en un lujoso restaurante sentada frente a un hombre que

apenas me mira a la cara.

—¿Por qué has insistido en venir?

—Parecías querer hablar y no era el lugar adecuado —responde.

Viene a tomarnos nota, pero antes de que cojan mi carta les freno.

—No, disculpe, yo soy celiaca aunque él no lo sabe. —Sonrío y le pido la recomendación del chef para personas con alergia al gluten.

Por lo visto, hay algo así.

—No reconozco el cinismo que veo en tu cara, hija.

—¿Cómo vas a proteger a mis seres queridos? —insisto puesto que esa es la única razón por la que estoy aquí.

—Creí que solo era un jugador de hockey.

—Necesito pruebas esta vez, papá, tu palabra ya no me sirve.

No dice nada durante un rato. Tengo que soportar el silencio porque sé que presionándole no conseguiré nada, pero estoy al borde de montar un pollo cuando empieza a hablar.

—Lo supe hace una semana, puede que más. He tenido tiempo de enmendar muchos de sus errores. Leonid Ivanov es uno de ellos.

—¿A qué te refieres?

—Mis abogados ya le han hecho firmar una declaración conforme Vance Hunt lo coaccionó para manipular la imagen de Zayne Swanson ante la NHL. ¿Le sorprende a alguien que haya querido lavarse las manos así de rápido? —Se carcajea—. Por desgracia para Vance, va a quedarse sin amigos muy pronto.

—¿Puedo tener una copia de esa declaración?

—Te la enviaré si la quieres, sí.

Uno a uno, mi padre despeja los nubarrones negros cargados de electricidad y problemas que mi hermano puso sobre la cabeza de mis seres queridos, y me deja de piedra.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque Vance actuó bajo mi techo y esa no es la imagen que quiero para la federación de tu madre. No estaría orgullosa.

Las palabras salen de mí sin que pueda frenarlas.

—¿Por qué me odias, papá?

Suelta los cubiertos y dudo si va a levantarse y marcharse. Dudo si jamás tendremos esa conversación.

—No lo hago, Premium. Me odio a mí mismo porque existas. Es culpa mía.

—¿*Culpa* tuya? —Ni de lejos esperaba la respuesta del padre del año, pero tampoco que echara sal en una herida abierta.

—Tu madre no quería tener hijos. —Ladea la cabeza hacia la ventana, transportándose al pasado—. Nunca quiso y yo fui quien la convenció.

—No te atrevas. Mamá me quería. Fue la única que…

—Sí, te quería. Más que a nada en el mundo —afirma con una rotundidad demoledora—. Anastasia no quería tener hijos por los problemas que las mujeres de su familia habían tenido al engendrarlos y porque no quería dejar su carrera de lado. Tenía muchos planes y además, al casarse conmigo adoptó a Vance como hijo propio y esa familia ya le bastaba. Era más que suficiente. Pero yo quería que hubiera más de ella en el mundo. Era un tesoro demasiado preciado para mí como para privar… —Guarda silencio—. La convencí y te quiso en cuanto se enteró de estar embarazada. La pasión de su vida pasó a un segundo plano y solo estabas tú, incluso mucho antes de nacer. Ocho años después murió, ya sabes por qué.

—Me culpaste de su muerte, lo dijiste con palabras. Yo era solo una niña.

—Nunca he sido un buen padre. No supe reaccionar como debería. Han hecho falta años de terapia para poder reconocerme a mí mismo que yo acabé con la vida de tu madre. Pero pese a eso, sigo sin ser capaz de estar en la misma habitación que tú.

—¿Y aun así insistes en que no me odias?

—¿Alguna vez te has arrepentido mucho de algo? Imagina que cada vez que vieras a alguien, esa persona te lo recordara con cada paso que da. Tú no eres la importante en esta historia, hija, solo un daño colateral. —Se limpia la boca con la servilleta sin mostrar remordimiento—. Sé que Anastasia me odiaría por reconocerte esto a la cara, pero si pudiera volver atrás lo haría. Evitaría que tú nacieras. La elegiría a ella antes que a nadie. También dejaría a Vance con su madre. Cambiaría muchas cosas de poder volver atrás. —Se levanta, pero frena sus pasos al pasar por mi lado—. Tal vez nunca pueda quererte, pero haré lo correcto con Vance, Premium. Vive tu vida y sé feliz, si puedes. Si te sirve de consuelo, yo nunca lo seré.

Mis pasos me llevan a donde quieren. Las lágrimas caen por mis mejillas hasta que el avión despega, pero una vez lo hace no vuelven a mí. Y luego, por alguna estúpida razón, puede que de supervivencia, mi cerebro me recuerda lo único capaz de arrancarme una sonrisa irónica:

—No me puedo creer que Antonov no estuviera metido en esto.

Quito el modo avión del teléfono.

Misty, London y Dás me esperan en el aeropuerto al llegar porque resulta que mi padre ha llamado a London. Eso balbucean cuando me tiran al suelo y veo

que sus maletas también están ahí. ¿Ni siquiera han vuelto a casa?

—Nunca más volverás a acercarte a ellos —Misty aplasta su mejilla contra la mía—, no los necesitas. Nosotras somos tu familia.

—Sí, a partir de ahora todas nos apellidaremos Hunt —dice London.

—¿Significa eso que el CCC —capullo, cerdo y cretino— de Vance va a pagar? —pregunta Dás.

—Sí y que no tendremos que escondernos más como criminales —sigue London—. Podremos ser amigas públicamente como Ryan Gosling y Emma Stone.

—¿Habéis estado viendo Barbie sin mí, a que sí? —me limpio las lágrimas y muevo las piernas para desenredarlas de las suyas, pero no puedo.

—Teníamos que animarnos, ¡estábamos súper tristes! —exclama Dás.

—Lo hicisteis muy bien en la competición. Estaba muy orgullosa de vosotras, pero no pude decíroslo.

—Tenemos mucho de lo que ponernos al día —dice London—, propongo que empecemos ahora mismo.

—En la pausa de nuestra amistad aprendimos a hacer cupcakes —suelta Misty de repente.

—¿Cómo? ¿Cupcakes? —Limpio las lágrimas a Dás mientras miro a Misty.

—No tienen gluten —gime y sorbe sus emociones.

—¿Y están buenos? —pregunto mientras London amenaza con romperme las costillas con su abrazo apretado.

—Si te gusta la basura, bastante.

—Están asquerosos, ¡pero algo teníamos que hacer mientras nos comíamos la cabeza a las dos y media de la mañana! —exclama Misty.

—Se ha acabado —llora Dás—. Por fin se ha acabado.

El sol ilumina el cielo con fuerza sin importar las nubes, mis días empiezan a sonar así. A carcajadas. A guardar los abrigos porque ya no hace tanto frío. Huelen a libros nuevos, pizza quemada y a emails que no me atrevo a enviar, pero envío de todas formas porque YOLO y porque estoy trabajando por creer más en mí misma.

Por eso le cuento todo lo sucedido a la señora Mendhel, por eso y porque me importa.

—A veces es mejor no tener familia, solo un par de gatos. O cientos. ¡Ellos sí saben cómo tratar a las personas! ¿Puedo darte un abrazo? ¿Te resultaría violento? —Antes de contestar me atrae hacia sus perlas y me rodea entera sacudiéndome de un lado a otro—. ¡Por qué siempre tiene que sufrir la gente que

menos se lo merece! —Cuando se separa me coge de las mejillas y las aprieta—. Cuánto me alegro de que el jugador de hockey siga de tu parte. Es todo lo que te mereces, corazón, eres una chica muy buena y dulce, ¡que hasta sabe encontrar el rincón de las Ze- y Zo- por muy oculto que esté en esta vieja biblioteca! Te mereces ser feliz.

—Voy a llorar.

—Pues lloremos. —Alza las manos—. ¿Quieres que pida tarta? ¿Ponemos música?

—Vale. —Me limpio la cara, me la froto bastante.

—Me estás volviendo adicta a la comida sin gluten. —Sonríe mientras marca en el teléfono—. Jason, soy yo de nuevo, ¿puedo pedirte la tarta esta noche? Sí, estoy con mi patinadora. —Tapa el teléfono y se inclina hacia mí—. Dice que te vio por la tele en la competición de Massachusetts y que lo bordaste.

Puede que los lazos de sangre no importen nada. Puede que las personas adecuadas compensen todo lo malo y se cuelen mucho más adentro.

Salgo de la biblioteca y saco mi banderín de la mochila, me pongo la gorra a juego y vuelvo al complejo deportivo. Me estiro de la camiseta que llevo encima de la sudadera de Zayne. Parece que he dejado de tener ropa propia, porque la camiseta es del equipo. Llego cuando Landon está dando voces.

—Hola, ¿llevas mucho rato esperando? —le pongo un plato pequeño con tarta sin gluten en el regazo y Dás me sonríe.

—Toda la vida, pero me alegra que ya estés aquí. —Me besa en la mejilla y veo que lleva el nombre de Ace en la camiseta. Me pasa un guante y yo a ella un banderín—. Huele a fresas, pero tiene el color del chocolate. —Le inca el diente y hace sonidos obscenos de placer—. Me encanta tu mundo.

Zayne va en un equipo y Ace en otro, pero gritamos cuando marcan gol, sea quien sea. Gritamos y vitoreamos hasta que Landon nos mira como si se nos hubiera caído un tornillo. El torneo de hockey es de aquí a pocos días, por eso entrenan algunas noches. No me puedo creer que tengan que irse una semana entera, ¡siete malditos días!

—¿Cuándo supiste que querías a Zayne?

—Guau, vaya cambio de tema más radical. Espera, ¿tú y Ace…?

—¡No! Dios, no. Somos amigos, por ahora. —Baja la cabeza—. Es solo que nunca he querido a alguien como tú quieres a Zayne y quería saber qué se siente. Ya sabes, para saber identificarlo cuando me pase.

Juego con el roto del asiento que ocupamos, lo toqueteo con la uña mientras busco la respuesta y Jacob hace el pase de su vida.

—Me di cuenta cuando la idea de que no estuviera ahí me aterraba más que nada. Al saber que debía alejarlo y romper con él fue como si hubiera comido el helado más mugriento y caducado de la historia, pero cuando él me hizo caso y se apartó —sacudo la cabeza—, no lo sé, fue como si no tuviera un corazón latiéndome en el pecho. Como si ya no hubiera olores agradables, ni vistas bonitas, ni pájaros canturreando. No había nada, salvo un vacío infinito que me quemaba.

—Peor que estar enferma. Pfff, no sé si me sale a cuenta.

—Sí, sale a cuenta. Zayne ha abierto un mundo desconocido para mí. Me ha hecho conocerme a mí misma, a verme a través de sus ojos.

—¿Te refieres al sexo?

—No… aunque «guau».

Dás se carcajea y hace preguntas de tamaño y posturas que convierten mi cara en un tomate de lava.

—¿Irá unido al hockey? —pregunta—. ¿Se moverán tan bien por eso? *Per favore.*

Me río también.

—Tal vez sí.

—¿Sabes? —hace un giro con sus grandes ojos azules—. Me encanta lo impredecible que es la vida. ¿Qué probabilidades había de que empezaras el curso siendo virgen y acabaras enamoradísima del capitán del equipo de hockey? Si la cosa sigue por esta línea Misty podría acabar con el machismo en el patinaje antes de que llegue diciembre.

—Yo eso no me lo pierdo. —Le paso un brazo por los hombros y ella, que ya se ha terminado la tarta, me coloca las piernas encima.

—Estaré atenta a las señales. Por si Ace me hace sentir enferma y con náuseas.

—Yo no he dicho nada de náuseas.

—No te retractes, me ha quedado clarísimo.

Salgo de clase un par de veces a la semana cuando me llama la policía y en algún caso tengo que acercarme a la comisaría, pero con las pruebas que tienen soy poco necesaria. Lo cual me viene de perlas para olvidarme del asunto de una vez por todas. Sé que Vance va a pasar un tiempo en la cárcel por todo lo que se está descubriendo que hizo a espaldas de mi padre. Estafó y robó dinero a quien no debía, así que por lo visto arruinarme la vida solo era uno más de sus quehaceres.

Todo esto me ha llevado a tomar una importante decisión: no volveré a

pedirle dinero a mi padre nunca más. Necesito cerrarle la puerta del todo, dejarme claro a mí misma que no le necesito y que lo que esperaba tener nunca llegará. Solo así podré pasar página y ser feliz.

Otra buena noticia es que la reputación de Alexander se ha ido a pique (aplausos) y nunca más volverá a conseguir trabajo en el gremio. Por si fuera poco, he recibido varias ofertas de entrenadores que desean ocupar su puesto, la prensa se ha compadecido de mí y los fans me han mostrado su apoyo. De todas las veces que fantaseé con librarme del yugo de Vance, jamás imaginé que esta sería una posibilidad. Por el momento entreno sola a diario, ya que tengo la esperanza de recibir una respuesta de Dominik Turner. Tal vez sea ingenuo por mi parte, pero voy a arriesgarme y esperar un poco más.

El sol brilla alto con el nuevo día.

La cuenta atrás se cierne sobre mí.

Sobre *nosotros.*

No quiero que se vaya, pero va a pasar igual. Por eso no podemos desaprovechar ni un solo segundo. Nunca había hecho nada tan arriesgado como tumbarme en la isla de la cocina completamente desnuda, pero la lista de «nunca antes» es larguísima y con Zayne… bueno, estoy sumando más cada día. Él se acerca y cojo su erección, primero acaricio la punta y luego llego hasta la base. Gruñe de placer, la tiene brillante por lo que ha pasado hace un rato y no puedo esperar a repetirlo…Todo ha empezado con un beso. Estábamos solos en su cocina y no sé cómo he ido perdiendo ropa. Él también.

Me coge de las axilas, me sienta en la encimera y se cuela entre mis piernas mientras sus manos trazan una línea ascendente en mis muslos, aproximándose al epicentro de mi necesidad mojada. El primer roce de su polla me sacude como fuegos artificiales, el segundo me coloca una cadena al rededor del cuello.

—*Zayne.*

—Me encanta cuando gimes mi nombre así. —Me muerde la oreja y un espasmo me recorre entera.

—¿Así cómo? —Pongo las manos en su cuello, las hundo en su pelo, acerco nuestras bocas y le beso.

Es tan cálido que casi me olvido de la conversación.

—A punto de perder el control. —Me atrae hacia el borde, su mano se cuela entre nosotros y se coge la erección para moverla a conciencia por mis labios y mi centro.

Quiero sentirle dentro de mí otra vez. No consigo verbalizarlo, así que él sigue torturándome, esta vez dando toquecitos justo en mi clítoris con su punta.

Me muerdo el labio muy fuerte, tanto como le deseo. Su otra mano llega hasta mi pezón, lo retuerce y lo hace suyo, su mano es inmensa y mis pechos no son muy grandes, pero no parece importarle.

—Para. Eres perfecta.

—¿Cómo has…? —Dejo de hablar cuando se inclina y se mete uno de mis pechos en la boca, alejando su erección de mí.

Su lengua me hace gemir, la forma en que aprisiona mi pezón con los labios ejerciendo la fricción deseada me hace chillar.

—No cambiaría nada de ti, Premium. Ni una sola peca. —Su entusiasmo lo corrobora—. Quiero atrancar la puerta y que nos quedemos desnudos un mes. —Con su otra mano ataca mi clítoris desesperado de atención.

Mis caderas se mueven solas contra él y dos de sus dedos se adentran en mí sin freno. Se me curva la espalda, me inclino hacia atrás en la encimera intentando aferrarme a algo, sabiendo que nada puede parar lo que se viene. *Justo ahí. Justo ahí.*

—Eres demasiado, me… *ahh, Zayne.* —Palpito con tanta fuerza que no entiendo a mi cuerpo, no sé cómo no me rompo.

—Dios, lo tienes tan mojado, Premium. —Me los mete y los saca a su antojo mientras se deleita con mis pezones duros. Entonces curva los dedos y da de pleno donde más le necesito. Una y otra vez—. Quiero oír cómo te corres. Quiero que lo oiga todo el puto mundo.

—*Zayne*. —Estoy a punto, cabalgo su mano más deprisa.

—Vamos, preciosa, déjame sentirlo en los dedos. —Su tono es ronco, dominante y sexy.

Enciende mi cuerpo hasta que compito por iluminar el maldito universo. El orgasmo me hace chillar con tal fuerza que hasta las ventanas tiemblan. La excitación se convierte en placer que se derrama directamente en mi centro.

—Buena chica —me besa el cuello a medida que ralentiza el ritmo.

Respiro de forma errática. Mi corazón se estremece mientras la intimidad compartida me taladra el alma. Le cojo una mejilla mientras me incorporo, lo atraigo hacia mí y le beso. Mi cuerpo todavía no se ha recuperado del orgasmo, pero siento un impulso que me empuja desde lo más profundo de mi ser.

—Te quiero dentro de mí, Zayne —susurro en sus labios enrojecidos—. Ven a mí.

El siguiente beso lo inicia él y es el puro reflejo del deseo de tenerme más cerca. Rompe mis muros con una sola mirada, pero ese beso me deja sin palabras. Podría echarme a llorar porque Zayne me está besando el alma.

La temperatura sube cuando noto lo dura que la tiene. «Y aun así estás cargado de infinita paciencia». Odio la idea de que se contenga, así que empiezo a masturbarle. Respira de forma agitada, se le mueven las caderas solas y el beso se vuelve más húmedo y urgente, hasta que se aparta y coge un preservativo de uno de los cajones de la cocina. No hago preguntas al respecto, aunque tengo un montón. Zayne solo aparta la mirada para ponérselo y tengo la sensación de que le cuesta un imperio no correrse.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Sabes, Hunt? Ese tono es peligroso.

—Tal vez quiera nadar en ese peligro y luego hacerlo en las consecuencias.

No pierde el tiempo y me mete la mitad de una sola embestida.

Me arranca hasta la última gota de oxígeno de los pulmones. Me inclino más hacia el borde y la presión que ejerce sobre mi clítoris es brutal, de la clase de placer que hace que la gente pierda la cabeza. Me penetra otra vez deslizándose dentro de mí sin barreras. Tenemos las bocas tan abiertas que casi no es un beso, pero es mejor que eso. Su lengua es irresistible, quiero chuparla y sentirla de todas las formas posibles.

Y no solo a su lengua.

El calor que irradia de mi entrepierna es abrasador y se cuela por mi cuerpo sin freno. Ya estoy a punto. Zayne la saca respirando de forma abrupta y vuelve a torturarme acariciándome el clítoris con rapidez hasta que me estremezco.

—Quiero correrme contigo dentro.

—No aguantaré más, si…

—No me importa —le corto—, no quiero que esperes. Te quiero ahora.

Se lo toma muy en serio, como cada cosa que digo. Me embiste y mi boca se abre en un grito sordo. Esta postura es espectacular, mi clítoris se está llevando una fricción demoledora. Zayne está aniquilando todo vestigio de virginidad que quedara en mi cuerpo, cada milímetro de piel que nunca había sido compartida ahora es suya.

Me penetra casi hasta el fondo. Casi, pero no. Estoy llena de él y también bastante segura de que no hay más espacio. Me dilata, me ablanda, pero tiene que haber un límite. «Digo yo». No nos besamos, solo nos miramos con los labios entreabiertos jadeantes y muertos de placer. Me penetra con la mirada y con su polla.

—Eres todo lo que había soñado que serías —Apoya la frente en mi hombro —. Eres quiero y querré siempre.

Intento besarle el cuello, pero sus caderas juegan contra mí. Espasmos.

Contracciones. Temblores. Estoy sudando. No puedo más. Lo es todo, Zayne lo es todo. Las compuertas se han abierto, no hay vuelta atrás. Nunca me he corrido así. El poder rompe en todas direcciones mientras cabalgo su erección y voy a quedarme afónica de tanto gritar.

Con un sonido gutural Zayne me sigue, se tensa, se aferra a mí con fuerza y me hunde en su oleada de placer. Pasados unos minutos quiero pedirle que lo repita, que quiero verlo otra vez. Mil veces más. Quiero ver como el orgasmo amenaza con desintegrarle las células un millón de veces, así para empezar.

—*Hunt* —dice como un mantra suave y tierno antes de besarme la mejilla—. Eres increíble.

—*Tú… tú.*… Dios, Zayne.

—Gracias.

—¿Qué he estado haciendo toda mi vida? —Jadeo y me besa la comisura de los labios, luego niega con la cabeza.

—Contigo.

—¿Qué? —pregunto, consciente de que mi cerebro no funciona lo bastante bien como para que encaje esa pieza en algún puzzle conversacional.

—Para mí también es la primera vez que siento algo así, contigo. —Su cara adquiere más color al sacudir la cabeza—. Con el resto nunca fue así ni por asomo.

Mi corazón se salta ciento quince latidos y no sé cómo sigo respirando. Nos besamos durante un rato, abrazados, incapaces de despegarnos.

Cuando recupera la compostura me sonríe y yo le sonrío también. Se libra del preservativo y luego busca un vaso de agua. Podría quedarme mirándolo una vida entera de lo imponente y guapo que es. Echo de menos su cuerpo cuando se va y lo agradezco el doble cuando vuelve a mí. Nuestras manos se entrelazan mientras bebemos del mismo vaso por turnos.

Zayne le ha puesto un hielo que cojo cuando terminamos el agua. La cosa empieza conmigo cogiéndolo con los labios y resbalándolo por su garganta, pero luego él me besa, me lo quita y lo siguiente que sé es que lo tengo contra un pezón. Pone los brazos a ambos lados de la encimera haciéndome su prisionera. Me quita aún más espacio y luego me sube las piernas. Agarrándome de los tobillos, me mantiene las piernas bien abiertas y se mete entre ellas. Da toquecitos, pero la sensación es demasiado extrema, me gusta, pero… Oigo como el hielo cae al suelo, pero Zayne no se levanta. Mis terminaciones nerviosas se alocan mientras su lengua resbala y succiona mi clítoris. Mi vista cae en la isla de la cocina, está despejada y entonces recuerdo algo que imaginé

hace tiempo. Algo que quería probar.

—Es… espera. Un segundo.

Me gruñe y succiona más fuerte antes de apartarse y mirarme con una peligrosidad intimidante en la mirada. Tardo unos segundos en recordar lo que iba a decir. Puede que aproveche la oportunidad y que esta vez cuando acerque su lengua de nuevo a mí, no sea capaz de frenarlo y acabe teniendo otro orgasmo. Zayne se muestra más que dispuesto a quedarse allí horas, pero no puedo permitírselo. Me subo a la isla. (Vale, puede que él me ayude porque es bastante alta). «Casa de gigantes».

—Estás seguro de que no va venir nadie, ¿no? —pregunto con el pulso desbocado por la excitación y por esta vena atrevida y nueva en mí.

—Sí. —Me mira interesado y jadea al ver que me tumbo, alzo las rodillas y abro las piernas—. Premium, ¿qué vas a hacer?

Dejo que mi cabeza caiga hacia atrás, inclinada en el borde, pero con lo que no contaba era con que me doliera el cuello.

—Au, au.

Zayne me incorpora y me mira medio preocupado medio cachondo.

—¿Qué estás haciendo? —Me acaricia el rostro.

Le explico lo que había visto y lo que quería hacer, pero sin entrar mucho en detalle para que sea sorpresa.

—Eso suele hacerse en una cama, porque el borde es blando. La isla es dura.

—Pero es que la cama es demasiado baja para lo alto que eres. —Hago pucheros.

Se ríe, incluso se le mueven los hombros. Yo hago lo único que puedo hacer: lloriquear.

—¿De qué te ríes?

—De nada, es que eres preciosa. —Me besa, pero se sigue riendo, así que le pego—. En serio, deberías tener cuidado por ahí.

—No, para, quiero hacértelo. Solo necesito algo para el cuello.

—Premium, mi amor… —no termina la frase y parece que se congela, igual que yo.

—¿Qué has dicho?

Se sonroja. Agacha la cabeza y se le dibuja una sonrisa en la cara.

—Puedo no repetirlo si te molesta.

—No, no… sí, que me ha gustado.

—Vale.

—Repítelo.

Se acerca, me acaricia el labio inferior y me besa despacio, dejando que la calidez de su lengua resbale por la mía.

—Las veces que tú quieras, mi amor.

«Ay, Dios». Cargada de seguridad, cojo su camiseta y la enrollo para ponerla en mi cuello. Le pido que me ayude a subir de nuevo a la isla y lo hace, aunque luego no se separa de mí y por poco olvido mi objetivo. Me recoloco y una vez estoy posicionada y lista para él, se va. Sé a dónde así que lo suelto sin más.

—No hace falta que te lo pongas. —Se queda muy quieto y cuando me mira la intensidad que irradia su cuerpo es digna de ver—. Me dijiste que estabas limpio.

—Lo estoy —dice sin moverse, como si esa no fuera razón de peso suficiente como para practicar sexo oral sin preservativo.

Algo en mi estómago se estruja y marea. Mariposas desorientadas, eso me está dando.

—¿Zayne?

—Puede que no te guste. Que te dé asco.

Frunzo el ceño. No puedo imaginarme algo suyo que me dé asco. Estoy bastante segura de que no va a pasar, más o menos al noventa y nueve coma nueve por ciento.

—¿Puedes darme la oportunidad al menos?

Suelta una exhalación sonora como si estuviera perdiendo el control. O la cabeza. Se coge la polla y podría escribir largo y tendido sobre el halago que supone que se le ponga dura tan rápido. Tal vez algún día le cuente que a mí me pasa lo mismo con él. Me coloco en posición y lo atraigo hacia mí. La gracia de esto es que tenga una visión clara de mi garganta, de mi cuerpo, y también… Subo las rodillas y cuelo una mano entre mis piernas.

—Dios Santo —gruñe.

Le chupo la punta brillante, saco la lengua y disfruto del sabor salado. Una vez hallada la posición, estoy bastante cómoda. Sus manos llegan hasta mis pechos y los amasan mientras juega con mi boca. En un principio no iba a masturbarme, era una técnica más para excitarle, una recompensa por todo lo que él hace por mí. Pero sus manos me están matando, lo que oigo también, por no hablar de lo que viaja a través de mi cuerpo que hace que mi clítoris esté poniéndome las cosas *muy* difíciles. Gimo con fuerza. Ralentizo mi mano y me centro en la otra y en mi boca.

—Quiero que te des lo que deseas delante mío, quiero verlo —dice mientras paso la lengua por toda su longitud. Se contrae, pero se las ingenia para volver a

hablar—. Vamos, preciosa.

Estoy ardiendo, así que soy fácil de convencer. Recupero el ritmo de mis dedos y los sonidos masculinos que salen de su garganta son puro deleite para mis oídos. Separo más los labios y me la meto en la boca. La posición es perfecta, lo sé por lo bien que entra.

—Qué bien lo haces, mi amor.

Se me derrite hasta la columna. *Mi amor.* Su placer es excitante y la sensación de poder es adictiva. Por otra parte, la tiene enorme y dudo que me vaya a caber entera. Me relajo, cierro los ojos para agudizar mis sentidos y no le doy vueltas porque quiero dar lo mejor de mí. Consigo más centímetros y luego más. Me meto dos dedos mientras sus embestidas cambian de suaves a rápidas. Le ayudo con mi mano, llegando hasta su base, acompañándolo. Pongo en práctica lo que leí en aquel blog de recomendaciones y tenso los labios para reducir el espacio disponible en mi boca.

—Ostia puta, Premium.

Sé lo cerca que está, lo noto en todo mi cuerpo, así que me aplico a fondo. Mi espalda se arquea mientras Zayne entra en mi boca. Resbala por mi garganta más rápido y luego más aun. Se apoya en la isla con una mano para no apretarme demasiado, mientras la otra se aferra a mis pechos en una caricia intensa.

No es hasta que Zayne se derrama en mi garganta, que lo hago yo en mis dedos. Es nuevo, es diferente a todo, puede que mi garganta esté irritada, pero no es malo, me gusta. *Mucho*. Cuando los dos dejamos de temblar, me ayuda a incorporarme y me mira con vulnerabilidad.

—Eres delicioso, ¿lo sabías? —paso la lengua por mis labios y bajo el tono —. Voy a tener problemas serios si oigo tu voz en mi cabeza estando por ahí.

—Eres asombrosa. —Me acaricia la mejilla y junta nuestras frentes.

Su forma de mirarme hace competencia a sus gruñidos, a sus elogios y al sonido previo de pérdida de control que se le escapa antes de correrse y me quema la piel. Me rodea con los brazos y me levanta, luego me saca de la cocina.

—Nuestra ropa —advierto.

—Te dejaré ropa limpia —dice en tono suave mientras le rodeo con los pies cuando entiendo que no va a soltarme.

Zayne sube las escaleras como si no llevara un koala de tamaño humano aferrado al cuerpo.

—¿A dónde me llevas?

No contesta, solo me besa por todas partes, me estrecha en sus brazos y cuando llegamos al cuarto de baño de su dormitorio, me deposita en el suelo con

la delicadeza de un especialista en desactivación de artefactos explosivos que está en plena faena. Me quedo sin palabras cuando me enjabona, me besa los brazos y las manos, bajo las costillas y en los labios.

—Te quiero, Hunt —dice, aunque va a acabar por dolerme el corazón.

Veo el peligro, pero no me aparto, sino que me aferro a él.

—Yo también te quiero, Zayne.

Empiezo a pensar que esta ha sido y será siempre, la mejor decisión de mi vida.

C a p í t u l o 18

Zayne

Ya he metido todo en el coche. Jacob, Adler y Tyler están listos, pero Anthony sigue dentro de casa. Me apoyo en el techo, luego en la puerta abierta y al final toco el claxon con rabia.

—¡Schneider! —gruño con mi voz de líder del equipo que tanto les acojona.

Le oigo replicar no sé qué sobre algo importante y me acuerdo que a él se la suda todo eso de la autoridad.

—Vamos a llegar tarde al aeropuerto —canturrea Tyler sentado en el capó, despreocupado a más no poder.

«Claro, la bronca de Landon no será para él».

—Podríamos dar una vuelta a la manzana a ver si sirve de motivación —se burla Adler apoyado en el maletero.

—Fíjate, no es mala idea.

—¿No es una mierda que aunque ganemos el torneo no podremos llevarnos la copa a casa? —pregunta Tyler—. ¿Quién narices tuvo la ocurrencia?

—Es para convertir el estadio en un paseo de la fama —explica Adler.

—Es lo que se interpone entre mi sueño de beber cerveza de esa copa el resto de mi vida y yo —replica Tyler.

—Eh, capi —oigo la voz de Jacob amortiguada desde dentro del coche—. ¿No es esa Premium?

Me doy la vuelta y me aparto del coche al verla corriendo hacia mí. No me ha escrito, ha venido hasta aquí. Esto no puede ser bueno. Troto hacia ella con la preocupación pisándome los talones.

—¿Qué ocurre? —pregunto, pero no contesta—. Premium, ¿qué…?

Espera hasta estar lo bastante cerca y que su sonrisa resulte inconfundible. Se lanza a mis brazos y se ríe nerviosa contra mí sin dejar de repetir mi nombre.

—Ha aceptado. ¡Zayne, ha aceptado!

—¿Quién? ¿De qué estás hablando? —Sosteniéndola por la cintura me inclino para mirarla a los ojos.

Joder, su iris de plata va a acabar conmigo.

—¡Dominik! Va a ser mi entrenador. He estado hablando con él una hora, se enteró de las noticias, de lo de Alexander, y me ha elegido a mí. ¡Tengo entrenador! Voy a poder estar a la altura en los nacionales y… —La beso, la levanto y damos vueltas.

—Estoy muy orgulloso de ti. Diste el paso y ahora lo has conseguido, ¿estás contenta?

Vuelve a reírse, asiente un millón de veces y me besa por toda la cara rodeándome el cuello con los brazos.

—Si no te fueras, juro que me pasaría la mañana celebrándolo contigo. —Sus mejillas ganan color, pero su mirada resplandece con seguridad en sí misma.

—Si no me fuera nos pasaríamos la semana entera celebrándolo. —Le beso la frente cuando un claxon suena a nuestra espalda.

El coche nos ha seguido, ahora Anthony ocupa el asiento del conductor y todos llevan manos de goma espuma y banderines del equipo, lo que supongo que es eso importante que estaba buscando Schneider.

—Hola, Premium.

—Hola, Jacob. Hola, chicos.

—¿A qué se debe esta grata sorpresa? —pregunta Anthony.

—Dominik Turner va a ser mi entrenador. —Dice a riesgo de partirse la cara por sonreír tanto.

Cuando estoy con ella, el resto del mundo me estorba. Me vuelvo egoísta, acaparador, necesitado y posesivo. Pero juro que ver lo locos que se ponen por su victoria me hace algo dentro. Es una más del equipo y eso me encanta. Vuelvo a cogerla, a acercarla a mí y a besarla.

—Si no llegáramos tarde ya, nos quedaríamos un rato, pero a este paso el avión se irá sin nosotros. —Me apoyo en el capó y a ella contra mi pecho.

—Lo entiendo, pero para que pueda irme tendrás que soltarme —se ríe y creo que estoy en el paraíso.

No quiero irme. No quiero coger un avión.

—¿Lo que he dicho antes de una semana? Necesitaría un mes mínimo, Hunt.

—Suena a plan perfecto —Me besa, pero es una treta para soltarse, luego se aleja—. Pero tendremos que esperar a que acabe el curso para eso.

—¿No quieres que te acerquemos al campus?

—Ya llegáis tarde y el aeropuerto está en la otra dirección. Además, ya que me estoy saltando clase, lo mínimo que puedo hacer es compensarlo con algo de entrenamiento. —Empieza a trotar—. ¡Mucha suerte en el torneo, chicos!

—Qué pena, ¿ya se va? —oigo decir a Jacob.

—¿Querías llevártela a Boston o qué? —pregunta Adler.

—Seguro que le habría encantado vernos jugar —sigue Tyler—. Durante los entrenamientos siempre nos anima mucho y parece que disfruta de verdad, que no es fingido.

Anthony se ríe mientras vuelve a su asiento de copiloto dándome unos golpecitos en el hombro, despidiéndose de Premium con la mano cuando ella mira hacia atrás antes de girar la esquina.

La bronca de Landon sin duda me ayuda a recuperar el control de mi cabeza. Nos jugamos mucho en este torneo y tengo que centrarme para que al volver a casa ella también pueda estar orgullosa de mí. Dos horas después aterrizamos en Boston. Entramos en la recepción del hotel que está a reventar de jugadores, prensa y entrenadores con cara de mala leche.

—Será cosa del gremio —dice Anthony riéndose por lo bajo hasta que Landon lo mira.

—Me alegro mucho por ti, te lo mereces, Premium —dice Jonathan hablando por teléfono con mi novia.

Me acerco a él no sé si para quitarle el móvil o para darle un codazo en pleno estómago, pero Ace y Adler me interceptan.

—Alerta, novio celoso.

—Capitán, no estás dando buen ejemplo.

—¿Qué pensarán de ti los niños?

—Sin duda que Jonathan podría darle una buena tunda.

—Y que Premium tendría que besar un trapo ensangrentado a la vuelta.

—Moveos —pido, pero parece que hoy no intimido ni a las moscas porque no lo hacen.

—Traemos noticias, capitán.

—*Malas* noticias —remarca Ace—. Para sorpresa de todos, no expulsaron a Benjamin Welsh. Todavía está en el equipo.

—No. —Sigo la mirada de Ace y lo veo junto a una chimenea con los suyos —. ¿Cómo es posible? Lo de Vance se hizo público hace semanas. Joseph Hunt hundió su reputación.

—Si, pero su equipo lo apoya pese a todo —responde Adler—. Por lo visto solo lo sancionarán porque no llegó a hacer nada. Además, Benjamin asegura que solo pretendía estafar a Vance quedándose con el dinero sin cumplir su parte del trato.

—Y una mierda.

—Ya, yo opino lo mismo, pero ahí no acaba el asunto. Landon había aceptado que fuéramos sus rivales en el quinto partido del torneo porque Benjamin no iba a estar en el equipo.

—Si pretenden que juguemos contra Welsh están flipando —sentencio.

—Fijo que Landon está discutiendo de eso con su entrenador ahora mismo —dice Ace, moviendo la cabeza hacia él.

Sabe mantener las formas y aunque grita mucho, nunca ha llegado a las manos con nadie. Pese a eso, Landon intimida que no veas. Sé que es el efecto que produce a la mayoría porque varios miembros de la organización están mediando entre Paul y él, y parecen a punto de echarse las manos a la cabeza pidiendo socorro. Busco a Anthony y le veo hablando con nuestros colegas de Delaware. Adler me da en el hombro cuando localiza a Benjamin acercándose a él como una hiena a una gacela.

«No tiene ni puta idea». Le corto el paso.

—¿Pero a quién tenemos aquí? Menuda sorpresa, si es Swanson el lisiado y el equipo A de Don Nadies. Espero que tu hombro esté listo para jugar un partido de verdad y no las chorradas de crías que hacéis por Indiana.

—Eres escoria, ¿lo sabías?

Frunce las cejas rojizas y baja la barbilla para igualar nuestra altura.

—Lo que sé es que voy a barrer el suelo con vosotros, North Star. Si es que os atrevéis a jugar. ¿Qué tal está tu novia, por cierto? ¿Sigue sin entrenador?

Su arrogancia va a conseguir que me parta los dientes de tanto apretar la mandíbula.

—¿Crees que jugaremos contra vosotros si tú estás en el equipo? —Doy un paso hacia él y siento los puños ardiéndome con ganas de conocer su cara—. Más te vale darle la mala noticia a tu entrenador cuanto antes porque lo único que vais a hacer aquí es turismo.

—Debe chupártela muy bien para que desprendas tanto odio solo porque la mencione, me genera curiosidad. —Se le curvan los labios en una sonrisa—. Podrías darle mi número cuando la hayas usado suficiente. He visto algunos vídeos, seguro que tanta flexibilidad me repercute de forma muy favorable.

Lo veo todo rojo, pero antes de hacer algo que no debería una mano tira de mí y sé al instante que no es la de Adler, ni la de Ace. Es Landon. Me arrolla a su paso y un segundo después estoy frente a las puertas del ascensor con el resto de mi equipo. No dice ni una palabra, pero está enfadado que te cagas. Nos da las llaves de las habitaciones a cada uno y en cuanto ponemos un pie en el elegante y minimalista pasillo, dice:

—Swanson, Schneider, conmigo. Al resto os veré en el entrenamiento en una hora.

—¿La hemos cagado tan pronto? —Susurra Anthony ajeno a toda la situación.

Quiero darle una patada a una maceta y ver cómo se hace pedazos. Cierro la puerta tras de mí mientras Landon se pasea y Anthony intenta averiguar qué se nos viene encima.

—Sentaos. —Ocupamos el sofá que hay delante del ventanal por el que puede verse Boston en su máximo esplendor—. Tenemos un problema. Benjamin Welsh está aquí y va a jugar.

—¿Qué? —Anthony se acerca al borde del sofá y yo al tiempo.

—No podemos jugar contra él, entrenador. No después de lo que hizo. Ese cabrón no tiene principios.

—Un segundo, ¿pero no lo habían expulsado del equipo?

—Solo lo sancionaron —explica Landon—. Por lo visto Welsh ha estado practicando sus dotes de arte dramático y asegura que engañó a Vance para quedarse con su dinero. Que nunca tuvo intención de ir contra ti.

—Y una mierda —gruño y al momento Landon me lanza una mirada de *chaval no me toques los huevos y baja el tono* que funciona.

—Podemos volver a casa —sentencia—, renunciar al torneo.

—¿De qué está hablando? —oigo preguntar a Anthony.

Landon ocupa una silla cuando parece querer hacerla pedazos.

—Podemos no jugar el partido contra ellos, pero si nos echamos atrás ahora la organización no nos deja participar en ningún otro. No consideran que el soborno de Vance sea suficiente como para pedirles que retiren a su jugador estrella. De hecho, consideran que es una estrategia para que ganemos el partido.

Me levanto porque me va a estallar la aorta.

—Algo podremos hacer —rompo el silencio—, ¿no existen grabaciones telefónicas que podamos usar?

—Hablé con Joseph Hunt en su día, tan solo tenía en su posesión unos emails poco comprometedores —explica—. Unos que solo le han ganado una sanción.

—Venga ya, todo el mundo sabe que Welsh es un puto animal que no tiene registradas las palabras «jugar limpio» en su disco duro. ¿Cómo es posible que la organización no esté de nuestra parte?

—Es lo que hay, así están las cosas. Swanson, no os quiero ver cerca de Benjamin a ninguno, ¿entendido? Especialmente, si hay cámaras delante como en el vestíbulo —me lanza una mirada recriminatoria.

—Sí, señor. —Vuelvo a sentarme y me froto la cara intentando calmarme, pero acabamos de perder el torneo sin siquiera jugarlo, así que no doy con nada.

Landon hace la pregunta de todas formas.

—¿Queréis volver a casa?

—No —dice Anthony rotundo.

—¿De qué estás hablando? Sí, claro que nos volvemos.

—Vamos a jugar. —Anthony me mira a mí y luego a Landon—. Ni de coña renunciaremos al torneo por esto.

—Schneider, medítalo un momento —pide Landon.

—No hay nada que meditar —intervengo—. Vance Hunt le pagó para que te rompiera los huesos y él aceptó. Quedan muy pocos meses para que te gradúes y firmes el contrato de tu vida, no vamos a jugar contra ellos. Punto.

—Ni de coña voy a mandar al equipo a casa por algo que solo me incumbe a mí. ¿Quiere partirme los huesos? Que lo intente. Él será una montaña, pero yo un armario de dos puertas y voy a entrar de cabeza en la NHL, igual que tú. Benjamin no va ser el primero ni el último que suponga un problema y puedo asegurarte de que echarme atrás no será nunca una posibilidad. —Se levanta—. El que debería tenerme miedo es él.

Entrenamos, hablamos con la prensa junto a los trofeos de años anteriores y jugamos un amistoso con el equipo de Nebraska. Después de cenar subo a la azotea del hotel para hablar con ella.

—Me ha llamado Dixie, está muy preocupada. Todo esto es culpa mía.

—No, de eso nada.

—Claro que sí, Zayne, Anthony no estaría metido en esto de no ser por mí.

—Tú eres una víctima por haberle tenido de familia. Anthony no te culpa, ni nadie del equipo.

—Pues deberían.

—Premium —digo tajante—, me prometiste que no lo harías más.

Odiaba la idea de que cargara con la culpa de todo, pero más todavía de que fuera cruel consigo misma.

—Lo siento —suspira—, es que me siento fatal.

—Y yo también, pero Anthony ha decidido jugar y voy a protegerle. No le pasará nada, mi amor.

—Dios, cómo odio la distancia. No me gusta nada, necesito estar ahí, abrazarte. Oír a Landon pedirle a Anthony que recapacite un par de veces por lo menos.

—Landon se ha quedado sin palabras, creo que es la primera vez que pasa. —

De que Anthony los tiene bien puestos, no hay duda. Igual que tampoco la hay de que el equipo va a cubrirle las espaldas—. Háblame de ti, ¿cómo te ha ido el día?

—Bien.

—Venga, deja de poner caras y háblame. —La conozco tan bien que no me hace falta verla—. Tu voz me tranquiliza.

—¿Tienes poderes o qué? —Chista la lengua—. Pues he estado practicando y echándote de menos. —Se ríe a medida que me da detalles en los que siempre intervienen sus mejores amigas—. Clare me ha ayudado a mitad de su clase con Misty y hemos acabado entrenando las tres juntas. Ha sido genial, aunque no quería molestar, me ha ayudado mucho con el cuádruple axel.

—¿Sigues queriendo hacerlo en los nacionales?

—Sí, aunque esperaré a oír la opinión de Dominik. Me ha dejado claro que lleva estudiando mi forma de patinar durante años, creo que podrá aconsejarme bien.

—Es increíble. —Dejo que la admiración que siento por ella cale hondo y me impida sentir el frío que hace aquí arriba. Me inclino sobre la piedra grisácea que bordea la azotea y las siguientes palabras salen de mí con facilidad—. Deberíamos venir a Boston juntos, las vistas te encantarían.

—¿Ac-acabas de proponerme hacer un viaje juntos? —Le tiembla la voz, se ha puesto nerviosa—. ¿Ya estamos en ese punto de la relación?

—Te he dicho que te quiero y tú también me lo has dicho a mí, ¿en qué punto creías que estábamos?

—Bueno, mmm, yo… no lo sé, esto es nuevo para mí.

—Para mí también.

—Un viaje entonces, ¿eh? —dice pensativa en tono cantarín—. La verdad es que la idea suena muy bien.

—A mí todo lo que tenga que ver contigo me suena a sueño.

—Nunca creí que lo más difícil del patinaje no sería competir, pero maldita sea, Swanson. La distancia me va a hacer polvo.

Nos quedamos hablando al menos una hora y es como un chute de energía y posibilidades. «Podemos con esto». Con cada partido que pasa estoy más seguro de que vamos a limpiar la pista con Benjamin y su séquito.

El día en cuestión llega más pronto que tarde.

Después de comer bajo al vestíbulo siguiendo órdenes de Landon para hacer no sé qué fotos con otros capitanes. Vamos de un sitio a otro sin parar y al final me he acostumbrado a la idea de presentarme ante un montón de gente sin saber

exactamente para qué.

La veo justo cuando voy de vuelta al ascensor, mientras ella camina hacia la salida cargada con una maleta y un montón de bolsas antes de perder una por el camino. Se la recojo, pero no se la devuelvo.

—Grac-, Zayne Swanson. La estrella del momento.

—Hola, Naomi. No esperaba verte aquí.

—Ya me iba. —Estrecha la mirada—. ¿Vas a devolverme mi bolsa?

—No lo sé, ¿has leído mis emails? —pregunto, ella sonríe y asiente, varias veces—. No me atrevo a sacar conclusiones de lo que acabas de hacer.

—Pensaba escribirte en una semana o dos, pero supongo que ya puedes darle tú el mensaje a Adler Jenkins de que tiene entrenadora para este verano —me coge la bolsa y se la cuelga al hombro.

—Te ayudo —le cojo la maleta y la sigo—, no te arrepentirás, Naomi. Te aseguro que es un jugador excelente. Su potencial es tan grande que resulta irritante.

—Le he visto jugar estos días, no hace falta que me digas lo que ya sé.

—¿Por eso has venido? ¿Para acabar de convencerte?

Recupera su maleta y me corta el paso.

—Tienes poco tiempo para prepararte para el partido, no lo malgastes dándome coba cuando ya has conseguido lo que querías. Adiós, Swanson.

—Gracias, Naomi. No te arrepentirás. ¡Gracias!

Alza una mano a modo de despedida antes de cruzar las puertas y yo alzo el puño en señal de victoria en cuanto me giro. Decido no darle la noticia a Adler en cuanto le veo para que no se despiste durante el partido, pero lo mío me cuesta. Cae la noche. Estamos en el vestuario, a diez minutos de que empiece el juego y Landon nos está dando la charla.

—Sabemos que el equipo de Paul Stoke no se andan con chiquitas. Esperad violencia, pero limitaos a defenderos. No ataquéis. Pensad que las cámaras lo estarán grabando todo y a pesar de que la organización no se ha puesto de nuestra parte, muchos fans sí.

—Yo he leído que Welsh está acabado —dice Jacob.

—Muy acabado no estará si le dejan jugar —maldice Jonathan por lo bajo.

—Benjamin no ha sido un problema solo para nosotros —sigue nuestro entrenador—, lo ha sido para todo aquel que se haya cruzado en su camino desde que empezó la carrera, pero eso ahora es del todo indiferente. Hemos venido aquí a dejar el sello de North Star en la copa y eso es lo que vamos a hacer, ¿me habéis oído?

—¡Sí, entrenador! —gritamos al tiempo.

—Jugad limpio, hacedlo como sabéis y llegaréis al último partido a final de semana. Esa es la mejor forma que se me ocurre de joder a Welsh y a Paul sin que puedan hacer nada al respecto. Vamos a hundir a los KandaBears, a dejar su reputación tan baja que nadie vuelva a invitarlos a venir, ¡¿estáis conmigo?!

Las respuestas se pisan, todas en forma de rugidos, gruñidos o gritos.

Nos presentan, entramos en el hielo y la pista se llena de gente en cosa de segundos. El público está como loco, se palpa la tensión y dan la señal para que nos coloquemos en posición antes que en el resto de partidos. Me dirijo al centro, donde la pista se ilumina de forma intermitente. Los ojos de Benjamin viajan de Adler y Ace a mi espalda, a Jonathan a mi izquierda para acabar en Anthony a mi derecha.

—Al parecer, sí voy a tener lo que llevo años buscando.

—No llevas tanto tiempo esperando a hacer el ridículo —dice Anthony—, perdisteis el último partido contra los de Nueva York, ¿cuándo? Hace pocas semanas, ¿no?

—Veremos si sigues tan gallito cuando te rompa el cuello —baja el tono y soy el único que le oye, ni siquiera el árbitro.

Empieza el partido y tras una breve pelea, le cuelo el disco entre las piernas a Welsh. Anthony es una bala y se lo lleva lejos, le hace un pase magistral a Jacob junto a la portería, él pierde el disco antes de hacer su lanzamiento, Anthony recupera la jugada, se la pasa a Ace y él se la devuelve a Jacob Bolton que marca el primer punto del partido.

Un segundo después Tony Scarbosa se lo ha llevado por delante, lo ha estampado contra la valla y lo ha tirado al suelo, Jacob ha perdido el casco y tiene sangre en la cara. Welsh aparta a su jugador entre risas cuando llega al tiempo que Anthony y yo.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro, Jacob?

—Sí, capitán.

El árbitro saca a Tony de la pista con toda la calma y mete a otro jugador todavía peor. William Macks, la mayor mole de los KandaBears. Ese era su plan, sacar a William de forma indirecta para que el público no viera clara su estrategia. Jacob mueve el brazo izquierdo llevándose la mano al hombro, pero asegura que está bien.

Si ya estaba enfadado, ahora soy una maldita bomba con la cuenta atrás a

cero.

El partido continúa y es una puta locura. En cuanto Ace toca el disco, William lo placa contra Clark Maiden de su propio equipo tirándolos a ambos al suelo. Adler llega hasta Ace antes que nadie y lo ayuda a levantarse mientras Tyler se hace con el disco y se lo lleva. Adler atrae la atención de dos jugadores rivales cuando se separa de Ace y tengo un mal presentimiento. Patino tan rápido como puedo, veo algo caer al suelo en el último segundo, William coloca su stick junto a la cuchilla de Adler para que se caiga y lo consigue. Aterriza sobre el hielo un instante antes de que William se le tire encima, fingiendo su propia caída.

Hay sangre en el hielo, lo que he visto caer era el protector dental de William. Farsante. Adler se levanta con rabia, rojo y cerrando la boca a cal y canto para no cagarla. Llamo al árbitro para defenderle, pero no hace falta, vuelven a cambiar de jugador y me queda clara una cosa.

El partido de hoy les da igual. Esto es una puta *vendetta* personal.

Ignoro una recepción perfecta que tenía a huevo por evitar que Jacob vuelva a recibir. Me cuelo entre Tony y Clark para entorpecer un ataque directo a Jonathan, pero en la otra parte de la pista, vuelven a cebarse con Adler. Anthony se ha metido en medio y ahora tiene sangre en la cara, suya. Landon está que echa humo, pero nadie para el partido. Vamos tres a cero, a nuestro favor, pero no siento que ganemos en absoluto.

No me alejo de Benjamin porque a pesar de que no ha hecho nada todavía, él no aparta la vista de Anthony. Me va el pulso a mil, esperando algo que ni siquiera sé qué pinta tiene, pero que sé que no me va a gustar. Hace treinta minutos que nadie ha agredido a nadie, pero estamos tan fuera del partido que nadie marca.

El tiempo se ralentiza cuando veo la jugada desde lejos junto con el movimiento de alerta que Benjamin hace a Tony Scarbosa. Cinco Kandabears obedecen a su capitán y dejan de perseguir el disco para rodear a Anthony posicionándose en forma de «v». Patino a toda velocidad hacia los cinco, me acerco tan rápido como puedo al ver que quien va en cabeza ya ha escupido su protector dental y se ha dado la vuelta hacia Anthony. Con la vista en el hielo fija en las cuchillas de Anthony, me doy cuenta tarde de que también tengo la cabeza enfocada hacia abajo. El hombro de Benjamin Welsh se estrella contra mi cara con una fuerza bruta.

Veo sangre, acto seguido, mi cerebro se desconecta.

C a p í t u l o 19

Premium

Salgo de mi cuarto y freno justo a tiempo para no pisar el cupcake rosa que alguien ha dejado en mi puerta.

—Buenos días, dormilona —dice London desde el sofá.

—Son las seis menos cinco de la mañana. —Doy un mordisco a la masa crujiente mientras la crema rosa se deshace en mi boca—. ¿Dormilona?

—Tú sueles estar aquí sentada desde hace, como poco, siete minutos. ¿Te gusta tu cupcake de Barbie?

—Sí, está asqueroso, gracias. —Me siento con ella.

—No hay de qué. Me alegra que te guste nuestro intento de acompañarte en tu lamentable supervivencia sin Zayne.

—¿Cómo dices?

—Se fue ayer y ya das pena.

Inspiro todo lo que conlleva London. Su aroma dulce a lavanda y pachuli, sus trenzas, su sombra de ojos rosa. Luego estrecho la mirada y alzo las cejas.

—¿Así que quieres que finja que no me siento fatal por Anthony y que solo estoy así porque echo de menos a Zayne?

—Eh, ya lo hablamos anoche.

—Lo sé, no voy a culparme. —Después de que él me diera la charla, me la dieron ellas. Me froto la cara y lucho contra mi inercia—. Es tan difícil como pedirle a la Luna que orbite entorno a otra cosa que no sea la Tierra, pero aprenderé.

Tengo ganas de que llegue mañana, el partido acabe y todos podamos volver a respirar. London me da un beso en la mejilla.

—Esta es mi Mi-M. Por cierto, Dás dijo anoche que podríamos invitar a Clare para que los pruebe.

—Misty nos odiaría si la primera vez que Clare viene al piso fuera para algo tan repugnante como esto.

Le ofrezco un mordisco. Me mira mientras lo mastica.

—¿Entonces a las nueve?

—Menos cuarto.

—¿De qué habláis? —Misty sale del cuarto de Dás con dos corazones dibujados en las mejillas hechos por crema solar.

—De lo bien que me queda tu jersey —dice Dás, saliendo del cuarto de Misty.

—Este no te lo quedes. —Misty le reprocha con la mirada mientras se abrocha mi chaqueta favorita hasta arriba.

Odiamos dejarnos ropa. Tendremos que comprar más.

—Me ofenden tus insinuaciones, Misty-Mist. —Dás le toca una mejilla y se pone la crema robada en la nariz.

—Esperad un momento —Misty nos frena antes de que salgamos—. Hay algo que tengo que contaros.

—¿Que vamos a llegar tarde? —London sujeta el pomo de la puerta.

—No, que ayer besé a Clare.

—¡¿Que hiciste *qué*?! —El grito arrasa con mi garganta.

—La besé y ella me devolvió el beso. Nos liamos a lo bestia, durante al menos diez minutos. Ahora no sé cómo mirarla a la cara, si se siente incómoda creo que podría morirme.

Sufrimos un infarto conjunto. La empujamos al sofá y ocupamos la mesita de café de enfrente. London, Dás y yo, en ese orden.

—Nunca podré perdonarte que hayas tardado tanto en decírnoslo, empieza a rajar.

—Eso, ladrona de protector solar esconde noticiones.

—Olvídate de un solo detalle y te esperará la guillotina.

Misty se tapa la cara.

—Salimos tarde del entreno, ya lo sabéis. —Se pone el pelo detrás de las orejas—. No es típico en ella que me pida que me quede más tiempo, así que no hice preguntas.

—Claro, fue por eso, nosotras te creemos.

—Nada de interrupciones. —Le doy un codazo a Dás.

—Sigue —ordena London.

—Pero cuando me pidió si podía acompañarla a su coche a dejar unas cosas, no lo sé, el ambiente estaba cargado de una tensión sexual que dejé de poder manejar. Se la veía tan guapa mientras me decía lo contenta que estaba de ser mi entrenadora, lo orgullosa que se sentía de mis actos en favor de la igualdad de los patinadores… De repente estábamos muy cerca y…

—Le metiste la lengua hasta la garganta —dice Dás.

—Y la empotré contra el capó.

—¿Qué hizo ella? —chilla London.

—Abrir la puerta trasera del coche y empujarme dentro.

—¡Oh, dioooos mío! —grito apunto de sufrir un ataque.

Nos zarandeamos unas a otras entre carcajadas y gritos, incapaces de soportar tanta emoción.

—Acabé sin camiseta y sin sujetador, ella también. No sé cómo nos frenamos y no lo hicimos allí mismo. Bueno sí, Clare dijo que siendo mi entrenadora debía guardar las distancias. —Apoya los codos sobre sus rodillas—. Quería decirle que podíamos esperar a que acabara el curso, que esa era la razón por la que no me había lanzado todavía, pero me quedé pasmada viéndola medio desnuda. Era tan espectacular y yo me sentía *tan* necesitada de todo lo que representa Clare para mí que me fui casi sin decirle nada.

—¿Sin decirle nada?

—¡Misty!

—¡Se pensará que te asustó!

—Quería comérselo allí mismo, ¿vale? Tocarla como he querido hacerlo desde hace meses, ¿y vosotras queréis que me funcione el cerebro como es debido? Pedid más, si queréis.

Dás se pone en pie.

—Vámonos, necesito saber cuál es el desenlace de esta historia.

La imito.

—Yo también.

London.

—Es la hora.

Misty se hunde más en el sofá, se revuelve y gime, pero la levantamos. Creo que nunca nos hemos dado tanta prisa en llegar al complejo deportivo. Ni siquiera en los días más fríos. ¿Qué le vamos a hacer? La primavera ha caído sobre nosotras con la fuerza de un tornado lleno de mariposas.

No llegamos al vestuario, cuando Misty la ve esperando en la pista se aleja de nosotras y la seguimos de forma disimulada mientras hablamos de otros temas super interesantes.

—Zapatos, lluvia, montones de cosas.

—Ya ves, pensé lo mismo cuando Zack me dijo lo de las gafas de cebra y botas.

—No creí que las mesas fueran tan azules, pero ya lo ves. ¿Qué cosas, eh?

Guardamos silencio cuando empiezan a hablar.

—¿Oís algo? —pregunta London.

—Sí, a ti.

—Se están abrazando —dice Dás.

—Necesitamos subtítulos no un narrador de invidentes —me quejo.

—¿Nos acercamos más? —pregunta London.

Estamos donde empiezan las gradas, ocultas por los inclinados escalones.

—¿Se puede saber qué hacéis? —Una voz masculina suena a nuestra espalda y saltamos como un trío de gatos a los que lanzan una bolsa de pepinos.

London es la primera en reaccionar.

—¡Antonov! Hola, ¿qué tal? No hacemos nada, ¿y a ti qué te importa?

—Mira que te gusta meterte en nuestros asuntos —me acerco y le empujo—. Cuánto tiempo hace que no nos vemos, ¿eh?

—Desde ayer.

—Pues eso, ya estarás cansado de nosotras. ¿Cómo te va la vida? ¿No te faltan los patines?

—Es una suerte que los vestuarios ya estén arreglados, aunque podemos compartirlos —dice Dás.

—¿Qué? —Arkadi arruga el rostro como en su vida.

—Nada. No lo sé. ¿Qué?

—Vámonos, ¡hay mucho que hacer! Es un nuevo día —dice London empujándonos a todos—. Un nuevo día lleno de oportunidades.

Nos deshacemos de Antonov, flipamos en silencio en los vestuarios porque hay más gente. Se vacían, flipamos un poquito más ya con los patines puestos y cuando salimos, nos topamos con Misty y volvemos a entrar.

—Pues sí que has tardado —dice Dás.

—¿Te ha llevado de vuelta a su coche?

—¿Qué sale, de la cárcel? —dice London.

—Estamos saliendo. Oficialmente.

Saltamos y lo celebramos a gritos como si las puertas fueran insonorizadas. Al salir ponemos las típicas caras largas de *he madrugado y no me apetece* porque tenemos que disimular frente al resto. Su relación empieza hoy, pero «oficialmente» significa «en secreto» y todas lo sabemos.

Llega la noche y vuelvo a hablar con Zayne. Es mi momento favorito del día, pero tengo que colgar pronto para ir a la biblioteca. Entonces decido cometer el mayor error de mi existencia.

—Ya queda muy poco de tu rutina nocturna —dice London terminando su

postre de chocolate alto en proteínas que no sabe a chocolate—. Dijiste que las seis semanas previas a los nacionales ya no trabajarías en la biblioteca.

—Sí, no me puedo creer que falte tan poco, ¡no puedo esperar a verlos! —Un escalofrío recorre mi columna cuando la cuchara deja de moverse.

Suplico al universo una marcha atrás de cinco segundos mientras el silencio se expande.

—¿A quiénes? —pregunta Dás y cuando no contesto, me miran todas.

—¿Mmm? —Alzo las cejas.

—¿A quienes no puedes esperar a ver?

—A los jueces. Apuesto a que llegado el día, no podrán mantener su cara de póker al ver lo que estamos preparando con tanto esfuerzo.

—Mi-M —London ladea la cabeza—. ¿Estás mintiendo?

—No.

—¿Y a qué viene lo de los jueces? —pregunta Misty—. *¿Premium?*

Sacudo la cabeza y la mano delante de mi cara, y no se me ocurre nada mejor que caminar hacia la puerta con la sonrisa más falsa de la historia. Me cortan el paso. Claro que me lo cortan.

—¿De qué vas?

—¿Qué nos ocultas?

—Habla, Mi-M. Desembucha.

—London, Dás, Misty —las miro una a una—. Necesito que olvidéis lo que acaba de pasar.

—No —responden al unísono antes de empujarme hasta el sofá.

—¿Por favor? —insisto una vez más. «Nada». Suelto un suspiro de resignación—. Contacté con Xavier Mendhel hace algún tiempo para pedirle un enorme favor: los trajes de las cuatro para los nacionales. Sabía que no podría pagárselos al cien por cien, pero esperaba llegar a un muy respetable setenta y cinco por ciento si encontraba trabajo. Pero me dijo que no aceptaría mi dinero, que nos apreciaba mucho a las cuatro y que a cambio de los vestidos, lo único que debía hacer era echar una mano a su hermana en la biblioteca por las noches.

—¿Por qué harías algo así? —pregunta Misty con voz llorosa.

—Quería celebrar el final de una era —me encojo de hombros y me aovillo sobre mí misma porque las emociones me están aplastando el pecho.

—Eh, que esto no es *The Eras Tour*, no hay fecha del último concierto, nuestra amistad no se acabará nunca.

—Lo sé, Dás.

—No tienes tiempo ni de respirar —los ojos de London son una piscina

oscura y reluciente—. Y aun así aceptaste trabajar por las noches. Apenas duermes, vas a ser la que envejezca antes, ¡serás una anciana a los veintitrés!

Le cojo la mano y otras dos se suman encima.

—Creí que ayudar en la biblioteca era mi forma de pagarle, que tal vez su hermana se sentía sola y Xavier quería que le hiciera compañía, pero resultó que eso también lo estaba haciendo por mí. Él sabía que cualquiera tendría mucha suerte de tener a su hermana en su vida y lo cierto es que la aprecio mucho, es una mujer genial. Pero en conclusión, nos está regalando los trajes.

—Quiero a ese hombre —suelta Misty. Luego se arrodilla frente a mí y me abraza—. Eres excepcional, Mi-M, y te has pasado tres pueblos.

London se limita a preocuparse del aspecto de mi cara y Dás llora mientras suelta palabras de queja en italiano.

Las quiero tanto.

Al día siguiente insisten en salir de fiesta. Dás dice que por Misty y Clare, London dice que para celebrar todo lo de los vestidos de Xavier, y Misty dice que para que deje de pensar en Zayne y el partido durante medio segundo. Así que a eso de las diez me esperan guapísimas en pijama, listas para empezar a arreglarse cuando llego de la biblioteca. Todo por la tradición.

Oímos la música mucho antes de entrar en una casa llena de jugadores de baloncesto conocidos y mucha otra gente. Dan ha venido a buscarnos y aunque ha dicho que era cordialidad de compis de campus, me da que no podía aguantar un segundo más sin ver al bellezón que tiene por novia. No le culpo. London ha estado muy ocupada con los exámenes y los entrenamientos, preparando la última competición que tenemos antes de los nacionales, así que no se han podido ver mucho. Es una suerte inmensa que compartamos tanto tiempo juntas, en serio, lo lógico sería que a estas alturas nos tuviéramos asco, pero las quiero más que a nada.

Encontramos a Jack y su grupo y nos reciben como cualquier otro día. Nos unimos a un juego que no entiendo en absoluto en qué consiste, bebemos algo llamado *Pump Fake* que viene en un vaso con un balón de baloncesto enganchado y sabe mucho mejor de lo que debería, y acabamos bailando a tope en la pista (que viene siendo el salón de la casa de alguien).

Más de una hora después, Dás y Misty salen al jardín a por helados de hielo de colores llamativos y London y yo vamos a por bebidas. O ese era el plan hasta que Dan se nos cruza. Mi amiga se pierde en sus brazos, pero no me importa, les digo que me encargo de las bebidas y voy a la cocina esquivando a gente.

Puede que eche de menos ver a Jacob y a Jonathan por ahí, a Dixie subida a la encimera mientras Anthony la mira como a la mujer más bella de este mundo. Puede que no se me dé bien socializar y que no me gusten las fiestas si no son en casa del equipo de hockey. Pero sobre todo, es más que probable que esté echando mucho de menos a Zayne.

Es una enredadera peligrosa que se ha aferrado a mi corazón y ya no hay quien la suelte. «¿Sabes lo que te digo? Mejor, que se agarre bien fuerte».

—Joder —dice una voz ronca a mi lado mientras sirvo más ponche mágico en el primer vaso.

Ladeo la cabeza y veo a Arkadi al otro lado de la encimera. «Vaya hombre, la fiesta a la mierda».

—¿Esa es nuestra nueva forma de saludarnos? —Alzo una ceja sin derramar ni una gota fuera del segundo vaso.

No contesta en seguida, me observa y espero en silencio sus críticas.

—¿Por qué no somos amigos, Premium?

—Porque eres insoportable la mayor parte del tiempo. No, mejor dicho, porque lo eres siempre.

—No te cortes, suéltalo todo. —Se acerca a mí y la visión periférica ya me deja claro que no podría hacer ni un doble *lutz*—. Te he dicho montones de veces que patines conmigo, sabes que valoro tus habilidades. ¿Por qué no eres capaz de aceptarlo?

—Porque solo me ves como un complemento, algo que colgarías en tus llaves para que queden mejor.

Se queda a medias de una palabra que seguro que no iba a gustarme cuando alguien me pasa un brazo por encima de los hombros, al tiempo que le hace lo mismo a Antonov. La cara de Dallas se inclina entre nosotros y tengo que hacer fuerza para que no se caiga sobre la encimera. Luego recuerdo que es un cretino que tampoco me cae bien y le suelto.

—Ey, Premium —Dallas sonríe y me mira de arriba abajo—, joder qué buena estás. ¿Siempre has tenido ese culo?

—No seas imbécil. —Antonov le da un golpe en el pecho a su amigo.

—El imbécil es Peterson, que me manda a buscarte en vez de venir él. Dice no sé qué de unas de psicología. ¿Quieres ir?

—Sí, ahora voy, cuando termine de hablar. —Lo empuja un poco para que se vaya.

No sé qué hago aún aquí, pero supongo que una parte de mí quiere saber lo que esta versión menos borde de Antonov tiene que decir. La música está muy

alta así que no oigo muy bien lo que Dallas le dice a Antonov cuando me da la espalda y se le acerca.

—¿Vas a confesarte?

—Vete.

—Que vigilen los vestuarios de todo el campus.

—¡Que te largues! —Le ladra antes de volver a clavar su iris cobalto sobre mí.

—¿Ha dicho vestuarios? —Mis labios se separan con un grito sordo cuando su cara me lo confirma—. ¿Fuiste tú? —Dejo de poder hablar cuando me pone una mano en la boca y tira de mí hacia un pasillo menos transcurrido. Si nos ve alguien, nadie mueve un músculo para intervenir. Lo aparto de un empujón y resulta más que fácil hacer que retroceda—. ¿De qué mierda vas, Antonov? ¿Jodiste los vestuarios? ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

—Porque estaba celoso, ¿vale? Como si no fuera evidente.

—¿De qué estás hablando?

—Dallas os escuchó a London y a ti, de eso hablo. Saber que Zayne y tú lo habíais hecho en los vestuarios me enfureció. No debí hacerlo, reconozco que se me fue un poco la pinza. —Se acerca de nuevo y pone una mano en la pared, ocupando mi espacio vital—. Pero no soy el único responsable aquí. Te gustaba mucho molestarme con tal de llamar mi atención, pero dejé de interesarte cuando apareció él, ¿esperabas que me diera igual?

—¿Molestarte para llamar tu atención?

—Sí, no lo llevé muy bien. Me gustaba como estaban las cosas. Tú te hacías la dura y yo te compraba el papel, pero siempre éramos tú y yo los últimos que quedábamos en la pista día sí y día también. —Su aliento alcoholizado me acaricia las mejillas y su mano una de las mías. Está áspera y fría—. Siempre éramos tú y yo los que coincidíamos cuando todos se tomaban un día libre. El dúo dinámico. Reconozco que lo de cargarme mi propia ducha fue un accidente que no deja en muy buen lugar mi conocimiento sobre tuberías. —Se ríe de una forma suave que desconozco.

—Antonov, apártate. Estás borracho y no sabes lo que dices.

—¿Vas a fingir que no es así y que me lo imaginé todo? ¿Qué no disfrutabas de nuestra conexión? —Sus labios se acercan peligrosamente a los míos y vuelvo a empujarle.

—¿De qué conexión estás hablando, Arkadi? Fuiste cruel conmigo desde el primer día y también lo fuiste con la gente a la que quiero. De todas las veces que me caí, nunca, ni una sola vez me tendiste la mano.

—Porque sabía que podías levantarte sola.

—¡Eras tú el que me empujaba montones de veces! —grito y endurece la mandíbula mientras niega con la cabeza. Esta vez soy yo la que se acerca—. Odiaba quedarme a solas contigo y Alexander porque te dedicabas a competir por hacer lo que me exigía antes que yo y así poder dejarme en mal lugar.

—Premium, por favor, lo hacía por ti, por tu bien. Nuestra rivalidad icónica era algo que nos hacía mejorar a ambos.

—Vete a la mierda.

—Vale, puede que me pasara un poco porque no dabas el paso y esperar era cada vez más difícil, ¿eso es lo que quieres oír? Bien, no me importa admitirlo porque sé que tú sientes lo mismo. ¿O acaso vas a negármelo? ¿Negarás todas esas miradas intensas? ¿O cuando chocabas contra mí a propósito con tal de agarrarme? A mí también me gustaba. —Reduce la distancia y antes de que sus labios toquen los míos mi mano acaba contra su mejilla.

—Sí, claro que voy a negártelo, ¡porque no es cierto! Has sido odioso, Antonov, competitivo a un nivel innecesario y por encima de todo cruel. Te aseguro que no voy a pensar en ti, ni mucho menos extrañar tu compañía, ni un solo día. —Le dejo atrás y antes de que pueda buscar a mis amigas me vibra el móvil. Con la respiración agitada, espero ver uno de sus tres nombres en la pantalla, pero en vez de eso, leo Anthony Schneider. Tengo varias perdidas de Jacob, no me había dado cuenta. Trago el mal presentimiento y descuelgo—. ¿Anthony?

—Zayne está en hospital.

Reproduzco la conversación con Anthony mientras voy al aeropuerto y cuando me subo al avión. Dás me aprieta la mano y me repite que todo va a salir bien, pero no la creo. No puedo después de haber visto las imágenes.

—Mi-M —Se desabrocha el cinturón de seguridad, me atrae hacia sí y mis ojos se vuelven un grifo.

Me tiembla el cuerpo, estoy helada y sudando, y el estómago se me retuerce cada vez que inspiro.

—La cara de Zayne sangraba tanto. Ha debido dolerle muchísimo. Ese puto animal ha chocado contra él con tanta fuerza y el golpe que se ha dado en la cabeza al caer… —Me tapo la cara con las manos y me deshago en silencio—. ¿Y por qué seguía inconsciente cuando se lo han llevado? ¿Y si…?

—No nos pongamos en lo peor. Llevaba casco, seguro que ha amortiguado la caída. Lo más seguro es que cuando lleguemos ya esté consciente.

Ahora mismo no podía pensar en nadie más que en él, ni siquiera en Jacob,

en Adler, en Jonathan, en Ace y en todos, que por lo visto habían ido al torneo a que les dieran la paliza de sus vidas.

El avión aterriza en Boston y mi desesperación empieza a convertirse en rabia. Pedimos un taxi y llegamos al hospital. Le aprieto tanto la mano a Dás que no entiendo cómo no me suelta, pero no lo hace, si cabe, me devuelve el apretón. Nos encontramos con ellos en la planta dieciocho, en la sala de espera cincuenta y tres, y cada rostro está peor que el anterior.

—¿Cómo estáis? —pregunta Dás pese a que ve igual que yo los hinchazones, las manchas de sangre seca en la ropa, las heridas abiertas en la cara y las manos, el cabestrillo de Tyler, la mano de Adler vendada e inmovilizada…

—Estamos bien —contesta Ace.

—Y una mierda —se me inundan los ojos de lágrimas.

Dás les asegura que London y Misty también querían venir, pero que no teníamos dinero para tantos billetes mientras yo cruzo las puertas al ver a Anthony al otro lado. Odio el olor a desinfectante, el chirrido de mis deportivas en el suelo, el maldito color blanco y toda esta situación envuelta de un silencio que me aterra.

—Premium. Has venido. —Me mira como un fantasma.

—Claro que he venido. Joder, tú también estás hecho polvo. —No sé cómo abrazarle cuando me rodea con los brazos, así que lo hago suave—. Anthony, por favor, dime dónde está. Necesito verle.

No está lejos, una puerta más allá. Si antes mis ojos eran un grifo, se vuelven malditas cascadas al ver que Zayne está lleno de vendas. *Mi amor.*

—¿Sigue inconsciente? ¿No ha despertado? ¿Eso no es malo? ¿Qué le han hecho?

—Está sedado, ha recuperado la consciencia hace poco más de una hora. Le harán pruebas, pero ahora tiene que descansar.

—¿Qué ha pasado, Anthony?

Sus hombros caen y su rostro se oscurece.

—Benjamin no venía a por mí. Su objetivo no era yo, era Zayne. Él estuvo cubriéndome las espaldas todo el partido y se descuidó a sí mismo. —Se le hunde el pecho con una respiración abrupta—. Cometió un error que él nunca cometería y el hijo de puta de Benjamin lo aprovechó. Una contusión así podría afectar a su carrera y al resto de su vida, y es culpa mía. —Sus ojos se enrojecen y aparta la mirada.

—No es culpa tuya, tú no podías saberlo.

—Landon nos dio la opción de irnos a casa. Zayne la aceptó y yo me negué.

Yo le he hecho esto.

—No es cierto —Una versión cruda de Dixie, sin maquillaje, ni purpurina aparece frente a mí—. Tú no le has hecho esto. Él intentó salvarte el culo y tú habrías hecho lo mismo porque es tu mejor amigo. La culpa la tiene el equipo de los KandaBears y voy a tatuártelo si es necesario.

Dixie se lo lleva a una sala o al baño o no sé a dónde, pero yo me quedo con Zayne haciéndole compañía a través de un cristal mientras dejo que el miedo campe a sus anchas y tome el control de todo. No debería estar conectado a una máquina. No debería estar ahí solo. El suelo bajo mis pies se resquebraja y caigo sin control.

Dás y Jacob aparecen a mi lado al cabo de un rato.

—¿Qué le va a pasar a Benjamin? —pregunta Dás.

—Landon se está encargando.

—¿Por eso no está aquí? —pregunto con toda la recriminación que me cabe en el cuerpo.

—Sí que está, en alguna parte, hablando con abogados deportivos y con todo dios.

Eso no me tranquiliza ni una pizca. ¿Los restos de sangre seca que manchan la mejilla, la frente, la nariz y el labio de Zayne? No hay nada que pueda competir contra eso, nada que esté a la altura. Bueno, sí, Zayne despertándose y asegurándome que está bien bailando delante de mí para demostrármelo. Pero eso no iba a pasar. Cuando despertara iban a hacerle pruebas. Pruebas para saber si la contusión iba a dejarle secuelas.

—¿Es esto lo que trae consigo el hockey? ¿Es que acaso es un condenado juego de salvajes? ¿No existen unas reglas que velen por la seguridad de sus jugadores? ¡¿Un maldito árbitro aunque sea?!

—Premium, cálmate.

—¡No quiero calmarme, Jacob! —grito más—. ¡Zayne está inconsciente! ¡¿Es que nadie va a ayudarlo?! ¡Espero que hayan detenido al maldito Benjamin Welsh de las narices porque le ha roto la suya a Zayne! Igual también le ha destrozado la vida…

Acuden enfermeros con mirada preocupada, pero Jacob me lleva a la escalera de emergencia como si fuera yo la que tiene un problema justo después de pedirle a Dás que vigile a Zayne. Tal vez sí sea así. Es posible que me esté dando un ataque. Intenta tranquilizarme, pero su viva imagen me horroriza.

—Te han roto la cara Jacob, y a Tyler el brazo, y a Adler…

—Tyler se lo ha dislocado y lo de Adler se curará en semanas. Te aseguro que

ellos acabaron mucho peor. —Me acaricia la cara con su mano vendada—. No les van a reconocer ni sus familias. Por favor, deja de llorar.

—¿De verdad solo está sedado? ¿De verdad ha recuperado la consciencia? ¿No me estáis engañado?

—Te lo juro por mi vida, Premium. Ha despertado hace una hora y no lo habrían sedado si corriera peligro al dormirse. —Endurece la mandíbula—. El golpe que le dio Benjamin fue malo, pero es un tío duro de cojones, esto no es nada para él.

Sollozo con fuerza cuando me abraza.

Volvemos con Dás al cabo de unos minutos, Dixie y Anthony reaparecen, luego esperan en la sala con el resto, algunos vienen y van, pero Jacob siempre se queda. Estoy segura al noventa por ciento de que teme que monte una escena, me saquen a patadas y acabe volviéndome tarumba. Le miro a través del reflejo del cristal.

—¿Cómo os conocisteis?

—Entré en el equipo y el primer día me llevé una bronca de campeonato de Landon. —Jacob apoya la cabeza en el cristal y se ladea hacia mí.

—¿Por qué motivo?

—Me había olvidado el casco. Hizo toda una disertación de lo importante que es tener la equipación completa y luego me sentó en el banquillo. A mitad del entrenamiento, Zayne se tiró al suelo, se acercó cojeando donde estaba sentado, me dio su casco y dijo «vas a tener que relevarme, tío, no puedo más».

—¿Y Landon?

—Ya le conoces, fingió no darse cuenta. —Su sonrisa se desvanece—. Yo estaba cerca de Zayne cuando vi a Benjamin correr hacia él. Sentí que lo veía a cámara lenta, pero aun así no llegué a tiempo. No puedes imaginarte lo culpable e inútil que me siento ahora mismo.

—¿Por qué todos asumís una culpa que no os pertenece?

El reloj avanza, Landon aparece y pide al equipo que vuelva al hotel y descanse. Después de un abrazo envuelto en un silencio cargado de palabras, Dás se va con Ace, Adler, Tyler y Jonathan. Landon, Jacob, Anthony, Dixie y yo nos quedamos con Zayne. Vuelvo a esperar frente al cristal. No estoy tranquila cuando le veo, pero estoy mucho más nerviosa cuando no. Necesito el contacto visual.

—No puedes pasarte la noche aquí —dice una enfermera con mirada amable.

—¿Está prohibido? —No reconozco mi propia voz.

—No, cielo, pero si te duermes de pie y te caes podría ser un estropicio. —

Acerca la mano para tocarme el brazo, pero no llega a hacerlo.

—No estoy cansada.

No dice nada, hace una mueca con los labios que no entiendo y se marcha. No me pregunto a dónde. Miro a Zayne y oigo su risa en mi cabeza, siento sus manos entrelazándose con las mías. La imagen del vídeo se reproduce en bucle logrando que me arda la garganta.

—Eh, chica —la enfermera de antes está en la puerta de la habitación de Zayne, la ha abierto y un segundo después hace un movimiento con la cabeza hacia el interior—. Hay una silla bastante cómoda que puedes pegar a su cama.

—¿Puedo entrar?

—Sí, pero necesita descansar así que sé silenciosa y sobre todo, no toques ninguno de los cables.

La quiero. Estoy a punto de decírselo, pero en vez de eso sollozo en silencio estrujándome la nariz con el pañuelo empapado que sostengo desde hace rato. Me acerco a su cama y me hago pequeña. Debo ser fuerte por él, así que intento serenarme mientras cojo la silla y la pego a la cama, pero cuando voy a sujetarle la mano y veo en qué condiciones está, se me olvida cómo se es fuerte cuando te estás haciendo pedazos.

—Mi amor. —Pego la frente a su antebrazo libre de heridas y cables, luego le beso—. Tarda lo que necesites, pero cúrate. Haz que esto sea solo una pesadilla.

Se hace de día.

La enfermera de anoche vino varias veces, pero me hice la dormida aterrada por si me alejaba de él. No lo hizo. Jacob y Anthony se van turnando, aparecen a traerme agua, una manta o conversación. A las nueve y trece de la mañana, mi cabeza rompe el ir y venir de las manos de Morfeo cuando oigo:

—Ey, Hunt.

—Zayne. —*Oh dios mío*—. ¡Zayne! ¿Estás despierto?

—No estoy seguro.

Su boca apenas se mueve, sus ojos están muy rojos y parece que le haya atropellado un tren de mercancías, pero está despierto.

—Estoy aquí, mi amor. ¡Enfermera, se ha despertado! No voy a irme de tu lado, ¿me oyes? Estaré contigo así que no tengas miedo.

—No tengo miedo, solo sueño. —Cierra los ojos—. *Te quiero mucho.* Qué bien que estés aquí.

Puede que llame a gritos a la enfermera. Mary McLean (a quien pienso regalar mi primera medalla de las olimpiadas) asegura que son los restos del sedante lo que lo mantiene adormilado, que en unas cinco horas su cuerpo lo

habrá absorbido todo y veremos su estado real. Ni siquiera el pitido constante del monitor me tranquiliza.

Llega una pareja de cincuenta y tantos con el miedo en el rostro y Mary nos hace salir de la habitación a todos. No puedo odiarles porque sé quiénes son, aunque no los haya visto en mi vida. Ella tiene la nariz respingona y los ojos verdes, él tiene la misma mandíbula y el porte. Sin duda son sus padres. Guardo silencio mientras la enfermera les explica cómo está su hijo y veo su paciencia cuando debe repetirlo varias veces. La ansiedad es contagiosa y siento la necesidad de volver a tocarle quemándome las venas.

—Tenemos que esperar a que le hagan pruebas, señora Swanson.

—Ay, Anthony, mi tesoro. —Lo abraza mientras el padre de Zayne vuelve a mi lado junto al cristal y lo mira, como yo.

Imagino que siente esa paz que rodea al peligro, igual que yo. Como el instante previo a un tsunami, cuando las olas se alejan de la orilla y no se oye la más mínima señal de alarma, pero la esperas.

—Tú debes de ser Premium. —Doy media vuelta y asiento a su madre, sin saber cómo presentarme. No importa, porque un segundo después la mujer me rodea con sus brazos—. Zayne nos ha hablado mucho de ti, siento que nos conozcamos en circunstancias como estas.

—¿Estás bien, hija? —Su padre me da dos golpecitos en el hombro que agrandan el nudo en mi garganta.

Sacudo la cabeza y le abrazo también. Jamás, en toda mi vida, había sido tan informal con los padres de otra persona. Pero son lo más cercano a Zayne que tengo y mi cuerpo actúa por voluntad propia. Noryk y Diana Swanson son dos personas excepcionales y me doy cuenta once segundos y medio después de entablar conversación con ellos. Puede que antes. Se ganan a las enfermeras, se encargan de mostrar afecto al grupo sin distinciones y se preocupan de todo y todos.

Al cabo de unas horas proceden a limpiarle las heridas a Zayne y Dás espera conmigo fuera de la sala. Los enfermeros han dicho que no será agradable de ver, pero está despierto y quiero que me vea.

—Recuerda, si crees que vas a desmayarte, hazme una señal —Dás me coge fuerte del brazo.

Unas olas dentro de mí amenazan con que es demasiado, pero las ignoro. Me mareo, me flojea el cuerpo, pero sigo de pie. Dudo si se lo estoy poniendo más difícil cuando se tensa y hace una mueca de dolor, logrando que me pregunte si está ocultando su sufrimiento por mí, pero pese a todo mis pies no se mueven.

Las heridas que estaban tapadas han quedado al descubierto. Aprieto el agarre de Dás.

Prácticamente no tengo oportunidad de hablar con él porque se lo llevan de una sala a otra. Me aterra que se lo trasladen a alguna zona en la que no pueda verle, pero por suerte, no pasa. La madre de Zayne toma el relevo a Dás y me doy cuenta entonces de que se había quedado dormida de pie, apoyada en la pared.

—A veces desearía que fuera boxeador —dice—, porque así esperaría el golpe cada vez que subiera al ring. Con el hockey, nunca sabes cuándo vas a recibir una llamada del hospital.

—A mí me gustaría más que le fuera el ajedrez o algo todavía más tranquilo. Los crucigramas.

Se ríe y es tan agradable que una calidez casi olvidada se cuela por mis venas. Pasa una mano por encima de mi hombro y me abraza.

—No me imagino a mi hijo haciendo crucigramas más de un minuto y medio, pero si alguien puede convencerle, esa eres tú —me coge de las mejillas y antes de soltarme, las aprieta con un cariño que no me merezco, que no me he ganado —. Me alegra mucho conocerte por fin. —Tomamos asiento a un par de pasos de la puerta que se ha cerrado hace poco—. Cuando Zayne nos habló de la donación fraudulenta que recibimos en la perrera, supe que habíamos puesto su futuro en peligro sin querer. Para sorpresa de su padre y mía, no tardamos en darnos cuenta de que su lugar en la NHL no era lo que más le preocupaba de aquello, sino tú. —Me da unos golpecitos en la espalda—. Este curso no para de ser difícil, ¿eh?

—Solo quiero que Zayne esté bien.

—Y yo, tesoro, y yo.

Le hacen pruebas y los resultados son positivos. Pese a la fuerte contusión, no hay indicios de que el golpe vaya a dejarle secuelas. A medida que el médico explica lo que podría haber pasado, me siento aún más afortunada porque no vaya a tener migrañas crónicas ni nada peor.

Llega la noche y vuelvo al otro lado del cristal, pero Noryk Swanson me pide que pase justo después de salir él. Gracias a su generosidad, es a mí a quien ve cuando abre los ojos a eso de las dos y cuarto de la mañana.

—¿Necesitas algo? ¿Agua? ¿Llamo a la enfermera McLean? ¿A tu madre?

—Quiero hablar con un médico.

—¿Con un médico? ¿Con qué médico? ¿A cuál aviso? ¿Qué te duele? ¿Qué quieres que les diga? —No llego a alejarme de su camilla porque agarra mi

sudadera con una fuerza que grita vitalidad y salud en todos los idiomas.

—Avisa al que sea, tengo que pedirles que me dejen estar aquí una semana más.

—¿Por qué?

—Porque ya soy adicto a que cuides de mí y no me gustaría parar ahora.

Me dejo caer en la silla de nuevo, acercándome tanto como puedo.

—¿Te burlas de mí en una situación como esta?

—No he podido resistirme.

—Debería ponerme furiosa.

—No, es que odio verte triste. —Tira de mi mano y la pone contra su pecho —. Espero que te hayas traído pijama porque no pienso dejar que te vayas de aquí ni a la noche.

—Son las dos de la mañana, más de noche no creo que se haga.

—Perfecto. Súbete aquí conmigo. —Da golpecitos en la cama con la mano libre.

—Ni de broma, estás hecho polvo.

—¿Vas a negarle el último deseo a un moribundo?

—No te estás muriendo.

—Todos nos estamos muriendo.

—¿Ahora eres filósofo? Vaya cambio de personalidad. —Se me enciende la bombilla—. ¿Estarías dispuesto a cambiar el hockey por los crucigramas?

—No. —Me acerca para besarme, pero no puedo hacerlo porque sé que le dolerá, así que en el último momento, agacho la cara hacia su pecho y le beso allí.

Luego otra vez. Y otra más.

—¿De verdad no quieres que avise a un médico?

—No, estoy bien. —Su voz ronca adormilada me mata.

—¿Y a tus padres? ¿A Landon?

—Te quiero solo para mí, Hunt. ¿Puedo ser egoísta esta noche?

—Puedes serlo todas las que quieras, mi amor —reparto besos por las franjas de piel que me lo permiten—. ¿Te duele mucho?

—Contigo todo me duele menos.

Mi corazón ya no puede más y deja de latir.

—Vas a curarte y a estar bien, como antes, lo han dicho los médicos.

—De ti sí que no voy a curarme. —Cierra los ojos otra vez—. Quiero que siempre estés cerca de mí, Hunt.

Días después de volver a casa sigo saltándome las clases y los

entrenamientos. Hacemos videollamadas con los padres de Zayne, le traigo comida deliciosa y le digo que nada de sexo hasta que mejore.

—Mi cuerpo está perfectamente —dice metiéndome la mano bajo la camiseta (su camiseta) torturándome con sus caricias y ese calor delicioso que desprenden sus manos—. Dios, cuánto te echo de menos.

Yo también le echo de menos. Puede que haya tenido que tomarme un par de duchas largas para no tocarle cuando mi cuerpo me lo pide. Para no ceder cuando lo demandan sus labios.

—Los médicos dijeron una semana de reposo.

—Del hockey y los entrenos, no de hacerle el amor a la mujer más preciosa de la faz de la tierra —me atrae hacia él y me coloca sobre su pecho—. Porque eso sería cruel.

No me gusta nada que cargue con peso, pero no me deja bajarme. El agarre de sus manos detrás de mis muslos es tentador y fuerte. Observo las heridas de su cara que han empezado a curarse, pero que todavía estarán semanas con nosotros, su nariz vendada y las marcas violáceas en la zona de las ojeras como dos medias lunas. Sigue siendo el hombre más guapo del mundo.

—No vas a convencerme con halagos, Zayne —le beso donde puedo tragándome el nudo en la garganta—. Voy a cuidar de ti, te guste o no.

—Necesito hacerte entender lo bien que estoy —me mueve contra él—, quitarte las preocupaciones a poder ser con orgasmos.

Sacudo la cabeza y le freno.

—Necesitas darme tiempo para digerir que alguien hizo mucho daño a alguien a quien quiero. Todavía estoy asustada.

Sus manos suben por mi culo, viajan de nuevo bajo mi camiseta y entonces sus brazos se juntan en un abrazo apretado.

—Te daré todo lo que quieras de mí, Hunt.

Me acostumbro peligrosamente rápido a estar encerrada con él en su habitación. Varios días después me convence para que nos duchemos juntos y aunque lo cierto es que lo necesitamos, veo sus intenciones y no huyo de ellas. Me deja desvestirle con cuidado y su cuerpo emana el calor de un animal a punto de atacar.

No andaba mal equivocada.

Primero me rodea con los brazos, aprisionándome contra su cuerpo de mi forma favorita y luego empiezan los besos. Es la primera vez que me acerco a sus labios porque no quiero reabrir ninguna herida, pero me asegura (y me demuestra) que puede con lo que sea. Es un beso suave, delicado, pero que de

alguna forma sacia nuestra necesidad. Noto su erección contra mi pierna y mis caderas se mueven contra él adquiriendo voluntad propia. Me toca los pechos como si fuera la primera vez, como si no creyera lo que ve.

—Dime que pare y lo haré, Hunt.

—Supongo que podemos empezar despacio. —Le beso el pecho, bajo por su abdomen y luego todavía más, pero antes de llegar a mi destino me levanta.

—Cogiste un vuelo esa misma noche y has estado a mi lado desde entonces. Cuidándome, sin separarte de mí ni un instante. No soy yo el que va a correrse primero.

—Todavía estás convaleciente.

Me mira como si fuera imposible e irritante y a su vez le encantara. Me coge en brazos y la longitud de su erección ejerce fricción contra mi entrada, de delante a atrás. Empiezo a gemir más pronto que tarde.

—Cuánto había echado de menos ese sonido.

Se frota contra mí y es irresistible, estoy mojada y le necesito.

—Zayne, aún no estás lis-listo. Te vas a hacer daño. Tengo miedo.

—Te juro que antes de salir del hospital ya estaba listo para esto. —Hunde los dedos en mi culo mientras me mueve despacio contra su polla.

Me gira la cabeza y su lengua hace cosas en mi cuello, justo donde mi pulso golpea con una rapidez descontrolada. Es una suerte que empezara a tomar pastillas anticonceptivas hace semanas porque puede que, poco más de un minuto después, me aferre a él y acabe siendo yo la que le suplique que entre dentro de mí.

Envueltos en un par de toallas blancas y esponjosas, Zayne me besa la mejilla y me deja en la cama, luego va a la habitación de Anthony con tal de prestarme unos pantalones de Dixie que pueda usar ya que los suyos se me caen hasta los tobillos.

No es hasta entonces que veo el vídeo en cuestión al completo. La vez anterior dejé de verlo en el momento en que Zayne cae al suelo llevándose las manos a la cara, para un instante después perder el conocimiento. Pasado el horrible trago, veo cómo reaccionan todos. Veo cómo Adler se deshace de sus guantes y por qué acaba con los dedos así. Veo a Anthony agarrando a dos moles a la vez intentando llegar hasta Zayne mientras los golpea con una rabia que nunca antes había visto en él. Ace, Jacob, Jonathan, todos se dan cuenta de que algo ha pasado antes de que Zayne caiga y acabe el partido. Landon tiene que estar tan orgulloso de su reacción como yo, aunque solo uno de los dos lo admitirá.

Vuelve, cierra la puerta y cuando dejo caer la toalla al suelo la nuez se le mueve a través de la garganta de esa forma que tanto me gusta. «Todavía hay mucha piel herida a la que amar».

Al cabo de un rato nos vestimos, aunque al final he pasado de los pantalones. Una vez más saca el tema de que yo vuelva a la vida normal.

—Tienes que entrenar —me da una botella de agua.

—Ya he entrenado un montón toda mi vida, voy sobrada. —Se la devuelvo para que también beba.

—Premium, compites dentro de escasas semanas.

—Dominik y yo no empezaremos hasta el lunes. Déjame ser tu enfermera hasta entonces.

Suspira, se sienta en la cama y a mí en su regazo. Se apoya en el cabecero y me acomoda encima como si fuéramos a estar así tres horas.

—Vamos, dilo.

—¿Decir el qué? —pregunto mientras nos tapo con el edredón porque no quiero que pase frío.

—Todo lo que sentiste.

—Ah, eso. —Bajo la mirada hacia su camiseta gris que huele a madera quemada y chocolate tanto como él. Sacudo la cabeza—. No quiero pensar en ello.

—No haces otra cosa —me acaricia la mejilla, hunde la mano en mi pelo y junta nuestras frentes.

—¿Por qué no me dices tú lo que fue para ti? —acaricio su labio inferior—. Aún no lo has hecho.

Se toma un instante para pensar, pero no aparta sus ojos de los míos.

—Pienso que cometí un error que podía haber pagado muy caro y que no volveré a bajar la guardia. Me tranquiliza que tu hermano enviara dinero a Benjamin por segunda vez, justo después de que lo detuvieran. Vance no solo le quitó la diana de la espalda a Anthony, sino que se la puso a Benjamin sin saberlo.

—Seguro que lo sabía, pero le daba igual a quién se llevara por delante. —Lucho contra la culpa de que mi hermano quisiera ir contra Zayne igual que hago todos los días.

Cada vez cuesta un poco menos. Le beso un hueco libre en la barbilla.

—Me siento afortunado de que Landon haya conseguido poner a todos a nuestro favor y hayan echado a Benjamin de los KandaBears.

—No solo eso, no van a dejarle competir en los próximos cinco años. Eso es

como tirar su carrera a la basura, que por cierto, es lo que se merece.

La mano que tiene en mi culo me atrae más hacia sí.

—Creía que no podría enamorarme más de ti de lo que ya lo estaba, pero lo que hiciste en el hospital…

—Me alegra —el calor me sube a la cara—, pero no repetiría la experiencia.

Espero que se ría, pero no lo hace.

—No tienes ni idea de lo que me haces, de lo que le has hecho a mi mundo. —Le brillan los ojos con una férrea determinación que me devora el alma entera —. Tú y yo formamos el mejor equipo de todos, Hunt.

—Me da que sí, Swanson, pero necesito un poco más de tiempo para comprobarlo. Solicito una prórroga del partido, ¿te parece?

—Me parece perfecto. —Sus labios encuentran los míos y sé que sus brazos no van a soltarme nunca.

E p í l o g o

Zayne

Unos meses después

A. Schneider

A. Schneider
Puedes, por favor, dejar de ser un mamón insoportable y mover tu culo hasta ***nuestro*** coche

Zayne Swanson
Vamos a tener que pensar qué hacer con él

A. Schneider
Me estás pidiendo el divorcio????
💔💔💔💔

Zayne Swanson
Después del verano te vas a Arizona y yo a Florida
no podemos seguir compartiéndolo

A. Schneider
Puedes dejar de recordármelo un puto segundo?

Zayne Swanson
Sigues sensible con el tema, eh?
Quieres un pañuelo para secarte las lágrimas??

A. Schneider
Es el fin del dúo dinámico
Aquí acaba una era.
Ya no habrá más aventuras de Sche y Swa
🏒🏒🏒

Zayne Swanson
Nadie nos llama así (y doy gracias)
Quien sabe, algún día puede que juguemos un partido siendo rivales

A. Schneider

Deberíamos hacernos un tatuaje juntos, tío
(Escribiendo…)

Guardo el móvil porque no quiero explicarle otra vez por qué no quiero tatuarme un palo de hockey en el bíceps. Me apoyo en el marco de la puerta de su habitación y revivo todos los momentos que hemos pasado juntos, que no han sido pocos.

—No encuentro mi collar de la suerte. —Premium corre de un lado a otro de su apartamento sin coger aire.

—No tienes, es una pulsera de la suerte y es de London. Tú te la pones aunque no eres supersticiosa porque la quieres y sabes que es su forma de darte apoyo. —Me giro a mirarla—. La llevas en la muñeca ahora mismo.

Tres segundos de alivio después su preciosa cara se frunce de nuevo.

—¿Y el móvil? He perdido el móvil. No puedo irme sin el móvil, ahí van los billetes.

—Lo tengo yo, ¿recuerdas? Me has pedido que te lo guarde —me toco el bolsillo del pantalón.

—¿Me lo das para que mire si Dominik me ha escrito otro mensaje? Puede que ya haya salido para el aeropuerto. Puede que ya lleve rato esperando.

—Aquí tengo que plantarme, Hunt —cuadro los hombros—, me han hecho prometer que no te lo devolvería hasta llegar a la terminal y soy un tío de palabra.

—Pero… —Me acerco a sus labios antes de darle oportunidad a que me contradiga y la beso. Sube los brazos hasta dejarlos alrededor de mi cuello y me veo tentado a repetir alguno de esos recuerdos que tenemos aquí—. Qué convincente. Oye, ¿Anthony…?

—Sí, ya está abajo esperándonos. Diría que algo impaciente.

Premium se muerde el labio y yo se lo beso otra vez. Tengo una adicción digna de estudio, pero por favor, que no me la cure nadie. Al llegar abajo Dás y Ace están fuera del coche con la cara pegada el uno al otro, y Anthony está que echa humo.

—Vamos a perder el avión. —Sale del asiento del conductor con cara de ser el hijo secreto de Landon.

Premium da un respingo ante la imagen catastrofista mental.

—Esa clase de vocabulario no está permitido delante de las patinadoras —le aprieto el hombro—. ¿Dan ya se ha llevado al resto?

—Sí, todos van en camino menos nosotros.

—Pues sí que está ilusionado —dice Ace por lo bajo—, está más tenso que

cuando competimos nosotros.

Por lo visto, Alexander se quedaba una tajada mayor de los premios de Premium, (bastante más de lo que ella intuía). Tuvo que viajar muchas veces al extranjero a lo largo de la carrera y Dominik nos hizo saber que ahí ganaba mucha pasta gansa. ¿Cuál fue la reacción de Premium? Ponerse a dar saltos de alegría porque ahí acababan sus miedos de tener que contactar de nuevo a su padre. En cualquier caso, el viaje nos lo paga Dominik. Sí, a todos. Ni me imagino la de pasta que debe de tener en su cuenta bancaria para haber desembolsado semejante cantidad sin pestañear, pero se lo agradezco. Me muero por verla patinar en los nacionales. Ha trabajado tanto y ha tenido tantos nervios que necesito experimenta esto con ella, formar parte de la aventura.

Justo cuando ya estamos listos, a Anthony le vibra el móvil y decide que tiene que salir del coche para cogerlo.

—¿Por qué está tan…? —Dás no termina la frase, pero no hace falta.

—Ahí donde lo ves, es un tío cariñoso que se emociona con Titanic aunque jura que no la ha visto nunca —le responde Ace—. Está llevando como puede la idea de irse a la punta opuesta del país a la que se va Zayne.

—Solo estamos a tres horas y media en avión —gruño detrás del volante.

—Ahí donde lo ves, Swanson todavía está en la fase de negación.

Me giro en el asiento y le doy un golpe al bocazas. Premium aprovecha para hacerme un cariño y entrelazar nuestras manos.

—¿Seguro que no quieres sentarte delante?

—No, ya podré tenerte en el avión —me guiña un ojo—. Estoy dispuesta a compartir.

Anthony cuelga, ocupa el asiento del copiloto y cierra la puerta con una suavidad atípica en él.

—¿Estamos todos listos? —Sonríe de oreja a oreja frotándose las manos y se gira hacia las chicas—. ¿Cómo estáis, aparte de guapísimas? ¿Nerviosas? Os he traído chucherías sin gluten, por lo visto existen, tomad. Le guardo una bolsa a Dominik por si quiere.

—Tengo miedo —susurra Dás.

—No, *tía*, que huelen el miedo —le gruñe Ace.

Anthony suelta una carcajada sonora y pone la radio. Sigue dando muy mal rollo a cuatro quintos del coche.

—¿Quién era? —pregunto.

—¿Quién va a ser? La luz de mis ojos. La mujer que va a trasladarse a Arizona por mí para trabajar de traductora allá donde yo vaya porque está tan

loca por mí como yo por ella. ¿Puedo pedirle que se case conmigo? ¿Aún es pronto? ¿Debería hacerlo?

Arranco el coche a sabiendas que la conversación da para largo, puesto que ya la hemos tenido unas mil veces. En cuanto llegamos, London y Misty se abalanzan sobre Premium y Dás como si no se hubieran visto en una década. Están nerviosas, así que Jacob (con una camiseta de *Premium Hunt Team*), Dan, Ace, Anthony y yo intentamos no molestar sentándonos cerca de la puerta de embarque con las maletas mientras ellas hacen algo que London ha catalogado como compras innecesarias anti-tensión. Todavía faltan veinte minutos de espera cuando Jacob, Dan y Ace van a por algo de desayuno y el efecto de la llamada de Dixie empieza a diluirse en el tío-suspiritos. «Esta aventura acaba igual que empezó».

—¿Qué te pica?

—Nada, solo aprecio el presente. Ya sabes, porque esta va a ser la última vez que cojamos un vuelo juntos.

Las piezas encajan de golpe y porrazo.

—¿Has venido aquí por…?

—No, claro que no. Quiero a Premium, he venido por ella. Tú eres un añadido.

«Joder con las emociones». Lo empujo del asiento, pero ni se inmuta.

—Capullo, no va a cambiar nada.

—Eso lo dices ahora, pero la distancia pesa y al final mi primer hijo no tendrá padrino.

—¿Hijo…? ¿Acaso Dixie…?

—Digo en diez años, cuando lo tenga.

—Ah, vale. —Esta vez soy yo quien suelto un largo suspiro sonoro—. Estaré cuando sea que pase.

—¿De verdad?

—Sí. Después de ver la de puñetazos que le diste a Benjamin, está claro que si tienes un hijo no hará falta que yo le enseñe a pelear. Pero supongo que podría ser el tío guay al que llama cuando su padre sea un coñazo.

—Es todo lo que pido.

Subimos al avión y llegamos a Nebraska en cuatro horas. Dominik, Clare y el resto de entrenadores han preparado una cena especial antes de los nacionales, en lugar de después. ¿La razón? Motivar a sus patinadores, recordarles el esfuerzo que han hecho sin centrarse en el resultado que obtendrán mañana. Después de alimentarme a base de cacahuetes y batidos, mi estómago me pide

comida de verdad desde hace horas. ¿Tengo que ver a Antonov? Sí, lo cual no me gusta, pero estoy de tan buen humor que digiero cualquier cosa.

La mujer responsable de toda mi fortuna sale del baño con un vestido naranja que ya quiero quitarle.

—Venga ya, Premium. ¿No te cansas de ser tan guapa? ¿No te duele la cara? ¿Y el cuerpo? —Me levanto de la cama cuando se sonroja porque tengo que besarla.

¿Cómo es posible que se sonroje todavía? Llego a su cuello e inhalo el delicioso melocotón haciendo que se estremezca, le muerdo y le hago cosquillas.

—Me alegra que te guste —gana algo de distancia y se sube el tirante fino que no deja de caérsele—. Pero tendrás que ser paciente hasta después de la competición, tengo que estar descansada.

—No te compro ni por un segundo esa mentira.

—No es mentira, tengo un ritual de descanso para los nacionales la mar de estricto. No incluye sexo salvaje, lo siento.

—Si quieres dormir esta noche vas a tener que hacerlo en otra habitación, Hunt, porque te juro que cuando volvamos voy a tardar cinco segundos en arrancarte el vestido del cuerpo.

—Tengo una pregunta.

—Dispara.

—¿Tienen que ser cinco? ¿No pueden ser dos segundos?

Estamos a punto (a punto de narices) de no ir a cenar. Es un peligro. Por suerte para mí, creo que aún no se ha dado cuenta de que me tiene de rodillas.

—¿Acabas de ponerle mi colonia a tu almohada?

—Para nada. —Me guardo *su* bote de colonia en *mi* bolsa y llaman a la puerta.

London nos avisa de que van a bajar ya, así que me resigno a ponerme la camisa y la chaqueta del traje, pese a que eso signifique que de verdad vamos a ir a cenar.

—Es injusto lo bueno que estás. ¿Te lo digo lo suficiente?

—No —miento, me lo dice continuamente y me hace sentir muy bien conmigo mismo.

Me abraza después de comerme con los ojos y su mirada se vuelve dulce.

—¿Me has perdonado ya?

—¿A qué te refieres?

—Por hacer daño a alguien a quien quieres. Dijiste que necesitabas tiempo. ¿Ha pasado ya ese tiempo?

—Cuando decidiste cerrarle la puerta a tu padre, a Vance y a Alexander —le beso la frente—, ese día cuidaste tan bien de ti, que no pude sentirme más orgulloso. Te perdoné entonces.

—Ufff, menos mal, no me gustaría petarlo en los nacionales teniendo cargas emocionales. —Evita el contacto visual a toda costa.

—Vas a bordar la coreografía.

—Eso espero —duda y da un respingo cuando carraspeo con fuerza—. Sí, desde luego que voy a bordarlo mañana. Pfff, soy Premium Hunt, *premium* significa lujo, de primera calidad, es evidente que voy a ganar la mejor medalla.

Me encanta ver lo que se esfuerza.

—Eh —inclino su barbilla una vez más—, tu madre estaría orgullosa de ti. Pase lo que pase mañana.

Se le inundan los ojos, sonríe y asiente.

—¿Lo estás tú?

Balanceo la cabeza a ambos lados y estrecho la mirada.

—Yo soy un poco más exigente.

Se le abre la boca con ofensa y la suelto, acelero el paso saliendo de la habitación antes de que ella eche a correr.

Porque el amor de tu vida te persigue, aunque huyas de él.

A t h e n a P a u l s e n

Agradecimientos

Ay, Premium & Zayne, menuda aventura tan… Uy, ¡hola!

¿Es violento que te pregunte cara a cara, mirándote a los ojos expectante, si te ha gustado la historia? Supongo que sí. Puedes dejar las estrellas que te apetezcan en una reseña de Amazon, yo me doy la vuelta y no miro, lo prometo…



Se me dan fatal estas cosas, pero imagínate que te pongo una manta súper suave por encima de los hombros y te sirvo un chocolate caliente en el día más frío de este invierno. Eso siento yo contigo.

Gracias por leer El hielo se resquebraja
Espero que hayas disfrutado con la lectura.
Nos vemos muy pronto con más historias.
Recuerda que estas son posibles gracias a ti :)




EL HIELO
SE RESQUEBRAJA
ICE
ATHENA PAULSEN